



LIBRARY



R. 43.533

13 años

BELLAH,



NOVELA

POR M. OCTAVIO FEUILLET



— — — — —
TOMO I.
— — — — —

SEVILLA:

Imprenta de D. José María Atienza, calle
de las Serpes, número 5. .
1851.



1877

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1877

1877



CAPITULO PRIMERO.

En el fondo de una pequeña bahía, bañada por el Océano, y en la costa Sur de Finisterre, se descubre el pueblecillo de F... que antes de ser invadido por los artistas se hallaba ocupado por mujeres lindísima adornadas de caprichosos y encantadores trajes. Desgraciadamente se dejaron ver los artistas, é inmediatamente supieron las jóvenes de F. que poseían un tipo delicioso que las hacía un interesantes, y hé aquí la razón por la que empezaron á llevar con cierto desaliño su traje especial, y á no hallarse satisfechas con las tocas que hasta entonces habían usado sus madres.

En el año de 1795 era un fenómeno digno de notarse el feliz sosiego de que gozaba este pueblecillo, tranquilamente situado entre el Océano y la revolucion. Hasta esta época la isurreccion bretona habia sacado pocos partidarios de esta estrema de la península. La república tenia alli escasas simpatias, sobre todo desde que habia convertido en departamento el obispado. Los pescadores de F..., en particular, no supieron con indiferencia esta jugarreta de un poder enredador, que era el dictado con que distinguia su rector al comité de salud pública; pero este poder verdaderamente embrollon, habiendo limitado sus relaciones directas con los pescadores á una niñada, consiguió, casi sin saberlo, que estos no se unieran, como tenia pensado, á los mozos de Coquereau de Bois-Hardy: respetábanse sus barcas, sus mujeres y sus casas, y hasta el anciano rector á pesar de su imprudente lenguaje, lo habia sido igualmente, no se sabe bien si por ignorancia ó de buen grado; en una palabra, aquellas sencillas gentes viendo que la

república los olvidaba, habían [acabado también por olvidarla á su vez.

Tales eran las disposiciones sensatas y generosas de los habitantes de F... para con la conversion nacional, cuando al rayar el dia 12 de junio de 1795 se vió turbada esta armonia, fruto de una tolerancia mútua, por el ruido de los culatazos que hacian retemblar las puertas mas notables del lugar. Despertados los habitantes con el mayor sobresalto, descubrieron con turbacion en la plaza de la iglesia los uniformes azules y los plumajes rojos de los granaderos de la república. Un destacamento de cincuenta hombres próximamente, precedido de dos oficiales á caballo, acababa de invadir el pueblecillo, violando así los derechos de neutralidad que el hecho parecia haber concedido á ese pequeño rincón del mundo, libre hasta entonces de toda huella revolucionaria.

Sin embargo, el pánico causado en el lugar por tan brutal agresion fue cediendo poco á poco en vista de las seguridades dadas por los oficiales y del buen compor-

tamiento de los soldados. Pronto no quedó otro cuidado à los habitantes que el de adivinar el objeto de la expedicion. A pesar de la debilidad del destacamento el grado superior de uno de los oficiales, que llevaba charreteras de comandante, parecia indicar que no carecia de importancia este paseo militar. Detras de la pequeña columna republicana, veíanse muchos caballos de silla conducidos por un lugareño breton vestido rigurosamente de antiguo traje nacional, complemento de una apariencia, sin duda amistosa, pero que no dejaba de envolver con nuevo misterio un suceso, suficientemente inesplicable de suyo.

En el mismo instante en que los bravos pescadores de F... se perdian en multitud de conjeturas, se vieron sorprendidos por otro espectáculo igualmente inusitado: una fragata, inglesa al parecer acababa de dejarse ver al Sur de esta bahia, maniobrando con la intencion evidente de acercarse à la costa cuanto permite la prudencia à un buque de estas dimensiones. El segundo suceso tuvo la ventaja de proporcionar à los

indigenas la esplicacion natural del primero; desde aquel momento se vió ya claramente que el objeto de la fragata no era otro que el de desembarcar en la costa sus cuerpos de invasion, cuya operacion estaban encargados de impedir los soldados que habian llegado por la mañana. Pero bastaba una simple comparacion mental entre las fuerzas del destacamento y las que en sus anchos costados podia contener la fragata, para prever desde luego el resultado inevitable del choque. Este ingenioso descubrimiento puso fin á la zozobra pública; pero, si se ha de hacer justicia á la poblacion de la costa bretona, debemos decir que no fué recibido en el pueblo sin cierta satisfaccion mezclada de disgusto, porque no eran mejor vistos los colores de la vieja Inglaterra que los de la república francesa.

Por una notable singularidad, la idea que la aparicion de la fragata habia hecho nacer en el espiritu de los pescadores, era precisamente la que se habia esparcido entre los soldados dispersos por la playa. Hijos groseros, pero entusiastas, de aquella república

cuyo heroísmo era el alimento cotidiano y necesario, criados entre el clamor de fabulosas hazañas, y llenos de ese orgullo patriótico que engendra los grandes recuerdos y que provoca los actos heroicos, estos bravos no veían en su mayor número nada de chocante en el combate prodigiosamente desigual que creía cercano. Esta cuestión se agitaba, sin embargo, con calor en un grupo formado de cinco ó seis jóvenes granaderos, cuya inesperienza había creído deber aconsejarse de un sargento de bigotes canos, en presencia de esta crisis inminente. Este personaje, llamado Broi-doux, en vez de responder inmediatamente á las interpelaciones de sus inferiores, creyó muy oportuno resplandecer previamente su dignidad así que, sacó de su sombrero un pañuelo de cuadros, le estendió con precaución en la arena, y acabó por sentarse con cierta majestad burlesca sobre este modesto tapiz. Sacando entonces tabaco en pequeñas proporciones de de una bolsa de cuero, cuyo nombre no me acuerdo, empezó á rellenar una pipa de bar-

ro de pequeño tubo, con la circunspeccion metódica de un hombre que conoce el precio de las cosas. Despues de haber pasado el dedo pulgar por el agujero del tubo, con el objeto de igualar la superficie del precioso vegetal, sacó Broidoux un eslabon, y le hizo chocar varias veces con una piedra de chispa, todo con la mayor ceremonia. En fin, cuando vió la pipa encendida y sujeta con los labios, se tendió en la arena tan largo como era el grave sarjento, interpuso entre su nuca y el húmedo suelo sus dos manos cruzadas, y arrojando al aire grandes bocanadas de humo.

—Ahora, dijo, ¿qué es lo que tienes el honor de preguntarme, Colibri?

—No era yo, mi sarjento, respondió el jóven torpe y mofletudo á guien Broidoux designaba con el apodo amistoso de Colibri; son mis camaradas los que dicen que ese gran demonio de buque va á desembarcar un ható de pícaros ahí enfrente, y que nosotros estamos aqui para impedirlo. ¿Lo creéis así, mi sarjento?

—A esta pregunta, dijo Broidoux, quizá podrían dar los sabios cincuenta respuestas. En cuanto á mí, Colibri, no se me ocurren mas que dos, á saber, *primero*, que lo creo; *segundo*, que lo espero.

Al oír estas palabras, que tomaban en la boca que las vertía una autoridad profética, los jóvenes granaderos se miraron furtivamente, comunicándose mutuamente sus secretas impresiones con un movimiento de cabeza acompañado de una mueca particular del labio inferior.

—Mi sargento, replicó tímidamente Colibri: ¿habiais navegado antes de hacer la guerra en América?

—Naturalmente, muchacho, el camino de tierra no se habia descubierto todavía cuando pasé al Nuevo-Mundo, y la atravesía á nada ofrecía entonces, como ahora, algunas dificultades.

—Pues bien, mi sargento; siendo así, debeis saber cuántos hombres puede conducir un buque de la fuerza del que tenemos á la vista.

—En un buque de este porte, replicó flemáticamente Broidoux, he solido ver hasta mil quinientos valientes con su equipo, sin que por eso estuviesen sus codos menos holgados que los de un ciego en una plaza pública.

—Siendo asi, dijo Colibri, antes quien esta manifestacion abria una perspectiva nada graciosa, ¿creeis que la fragata puede desembarcar mil hombres?

—Sin mas dificultad que la que yo tengo al escupir. ¿Y bien?

—Que nosotros no somos mas que cincuenta, observó Colibri con reserva.

—Y qué, dijo Broidoux.

—Qué serán veinte contra uno, mi sargento.

—Quieres tener la bondad de decirme, prosiguió el veterano, cuál es el nombre de aquel pingajo de varios colores que está colgado en la punta del mástil y que empieza á llamarse la atencion de un modo desagradable?

—Es el pabellon inglés, dijo Colibri.

—Muy bien. ¿Y serás bastante amable

para traer á mi memoria el nombre, el apellido y las cualidades de esta alhaja? preguntó el sargento señalando con la mano un guion tricolor que el viento agitaba por encima de un pabellon de fusiles.

—Es la bandera de la república.

—Una é indivisible, ciudadano Colibri. Pero, ¡oye! como en los tiempos que corren está uno espuesto á los mas desagradables encuentros, si alguna vez te hallases de manos á boca con un ejército de prusianos, de ingleses, ó de federalistas de cualquiera clase, ten cuidado de atar un harapo como aquel á la coleta del general enemigo, y le verás súbitamente apretar los talones con todo su ejército, ni mas ni menos que un jóven mimado á quien el cocinero de su mamá engancha una rodilla en la espalda.

—Pero, mi sargento, replicó Colibri: si hemos venido á b tirnos, para qué sirven los caballos de sillas que ese lugareño de largas greñas conducia de la brida detras de nosotros?

—Esos caballos, dijo el sargento, des-

pues de un minuto de reflexion, estan destinados para los prisioneros de nota, segun todas las apariencias.

—Mirad! gritó de repente Colibri, la fragata no anda ya.

El sarjento Broidoux, abandonando su negligente posicion, se incorporó un poco apoyándose en el codo, puso su mano en forma de pantalla encima de sus ojos, y consideró un momento la fragata con atencion:

—Están al paio, prosiguió, y, si no me engaño, echan los botes al mar. De aquí á una hora, mueliachos, cambiaremos los tacos.

Broidoux sacudió las cenizas de su pipa, volviéndola hácia abajo, y llenándola segunda vez con la misma precaucion que la primera, añadió:

—Una cosa que no te desagradará, Colibri, es que estamos fuera del alcance de sus cañones. Si esta costa, en vez de estar sembrada de arrecifes en una legua á la redonda, estuviese como algunas otras que he visto, en las que un

navio de alto bordo se pasea tranquilamente como una dama en su salon, la fragata hubiera anclado á nuestra izquierda, mientras que las tropas de desembarco nos habrian atacado por la derecha. A ser asi, habriamos sido á la vez fusilados de frente y vendimiados de costado, lo que nos hubiera colocado en una situacion verdaderamente crítica.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras el sarjento, cuando la fragata echó un bote al mar. Esta circunstancia escitó un interés nuevo entre los pescadores y los soldados. Miradas burlonas ó perplejas se dirijian, ya hácia el mar, ya hácia el jefe de las tropas republicanas, que, colocado sobre una roca, examinaba con un antejo de campaña los movimientos del buque inglés. Este personaje, que no representaba arriba de veinte y cinco años, llevaba el recargado uniforme de comandante de la república, con una elegancia poco comun, atendidas las costumbres militares de aquella época. El género de belleza impreso en su fisonomia; la perfecta

delicadeza de todas sus facciones, en que los ojos de las nobles vejanconas buscan los signos de raza, habrían desde luego asegurado al joven oficial una acogida fraternal en los salones de Verona. La nobleza de su frente y la pensativa dulzura de sus ojos, contrastando visiblemente con la dureza de las líneas de la boca, le habrían proporcionado una atención lisonjera en toda reunión de mujeres, sin acepción de partido. A algunos pasos detrás de él se veía un joven de diez y nueve años escasos, de rubios cabellos y de sonrosadas mejillas, vestido de ligero uniforme de ayudante de campo; este adolescente figuraba, en calidad de teniente en el estado mayor del general Hoche, y hacia algunos días que dividía con el joven jefe de batallón el mando de la columna expedicionaria.

—Comandante Hervé, gritó de repente el mas joven de los dos oficiales, al notar que las olas invadian la roca que servía de observatorio á su superior: os advierto

que la marea sube, os llega ya el agua á media pierna.

Volvióse el comandante Hervé con semblante distraído; miró al jóven ayudante con ese aire vago del hombre que duda si ha sido llamado, y despues volvió á sus observaciones con el anteojo. El jóven ayudante soltó una carcajada.

—Os digo, comandante, continuó haciendo un tornavoz de sus dos manos, que la marea va subiendo, y que os vais á ahogar, entendeis?

El comandante se sobresaltó como un hombre que despierta, paseó á su alrededor atónitas miradas, y notando que sus botas estaban sumergidas hasta los tobillos, se lanzó de un salto sobre la playa, murmurando una imprecacion, cuyo carácter, contenido y discreto, anunciaba costumbres distinguidas, porque un hombre bien criado difiere de un galopin hasta en las groserias en que pueden arrastrarle las sorpresas de la pasion. Despues, metiendo unos tras otros los tubos de su anteojo comenzo á pasarse en la arena rá-

pidamente, sin otro objeto que el de calmar una gran agitacion de espiritu.

Los soldados, inquietos, no perdian un solo movimiento de su jefe.

—Seguro estoy, se atrevió á decir Colibri, hablando bastante alto para ser oido de Broidoux, aunque sin dirigirse á él directamente: seguro estoy que el comandante siente no haber traído todo el batallon.

Como continuase fumando Broidoux con una dulzura oriental, Colibri osó añadir.

—Necesario es que el general haya sido mal informado relativámente á las fuerzas del enemigo; de otro modo, él mismo hubiera venido con dos ó tres baterias...

—Por qué no con toda la division, el estado mayor y la música? exclamó el sargento Broidoux con voz atronadora. ¿No faltaba mas si no que hasta la misma república se hubiera puesto en marcha con todos sus *descamisados* de Francia y de Navarra para conservar la frescura del cutis del ciudadano Colibri? ¿El general, dices tú, gorrion desp'umado? ¿Tratas de

divertirte glosando las ideas y proyectos del general? ¿Asistes tú á su consejo? Mucho lo dudo, y la razon de dudar es que veo que ignoras completamente la teoria del efecto moral; asi es, Colibri, que no aciertas á meter en tu obtusa cabeza que es una calaverada deliciosa, de magañico efecto moral, eso de oponer cincuenta granaderos á un millar de hombres... Que nosotros debemos ser hecho pedazos, es cosa que tampoco se me oculta; pero no por eso será menor el efecto moral, y los enemigos conocerán el caso que hacemos de ellos. Y ahora que tu valor se deja ver lleno de moderantismo, debo prevenirte que si por casualidad sintieses, cuando las cerezas te lleguen por delante, algunos culatazos por detras, no seas tan mentecato que te dejes sobrecoger por una frivola sorpresa, en atencion á que yo conozco personalmente á quien te los receta.

Antes que el sarjento Broidoux hubiese podido averiguar el efecto moral de su discurso en el semblante de su subordinado, llamó su atencion hácia el mar una

esclamacion partida del grupo que le rodeaba, y observó entonces con admiracion que solo se habia destacado un bote de la fragata, el cual se dirigia á fuerza de remos hasta la playa, mientras que el buque se alejaba bordeando á dos leguas de la costa.

—Nos envian un parlamentario, prosiguió el sarjento; esto es lo que se llama una conducta prudente, por no decir otra cosa. Haces el favor de decidme, Colibri, tú que tienes ojos de águila disecada, que es lo que descubres en esa lanchilla?

—Salvo el respeto que os debo, mi sarjento, yo creo descubrir una media docena de hombres con enaguas.

—Entonces, dijo Broidoux, son escoesas, No conozco á nadie mas que estos que lleven enaguas entre todos los ejéritos del mundo civilizado.

—Mi sarjento, exclamó Colibri: ¿llevan tambien papalina los escoeses?

—Papalinas? dijo Broidoux: no lo creo. Lo que tú querrás decir son turbantes.

—Por lo menos hay una papalina, mi

sargento. Serán quizás escocesas.

—Todo es posible, prosiguió el sargento, volviéndose á tumbar con la mayor filosofía; pero si las mujeres toman cartas en el asunto, buenas noches.

Durante este diálogo, el comandante Hervé sentado en la quilla de una barca, trazaba figuras cabalísticas en la arena con la vaina de su sable, mientras que sus destruidos ojos parecían leer palabras invisibles en el confuso mundo de los recuerdos y de las esperanzas. Una mano que le tocó ligeramente en el hombro le arrancó súbitamente de sus meditaciones, al mismo tiempo que una voz clara y casi infantil le decía por detras:

—Hé aquí un momento feliz para vos, Pelven.

—Feliz, Francisco! respondió el jóven sonriendo con aire pensativo; no lo sé todavía. He vivido ya lo bastante para saber que no se puede calificar un momento de feliz ó desgraciado hasta que ha transcurrido.

—Cómo? prosiguió Francisco observando

con cariño la mirada melancólica de su amigo, ¿no trae á vuestros brazos esa barca una hermana querida? No es este el instante por el cual suspirais hace dos años?

—¿Y sé acaso, dijo Pelven, si encontraré la hermana de que me acuerdo y que espero? ¿Ha vivido tanto tiempo al lado de mis enemigos! Habrá aprendido quizás á odiar en todo cuanto la rodea el uniforme que llevo.

—No, no puede ser! exclamó el jóven ayudante con una vivacidad que cubrió su frente de un rubor súbito. Basta saber lo que me habeis dicho de ella, Hervé; lo que revelan las cartas que habeis tenido la bondad de enseñarme, para convencerse de que tal sospecha es imposible, indigna.

—Y por otra parte, continuó Hervé sonriendo al ver el entusiasmo caballeresco del jóven, mi hermana no viene sola. Está acompañada siempre de personas que estoy seguro que no me aman, y ya podeis comprender, Francisco, que es muy

doloroso ver frialdad y hasta animadversion en rostros antes tan cariñosos y amigos.

—¿Me sería lícito, sin faltar á la discrecion, comandante Hervé, solicitar una enumeracion de la tripulacion femenina de la barca?

—En un tiempo en que la política es una perla de las mas raras, Francisco, me es imposible dejar de satisfacer una curiosidad que se espresa con tan notable delicadeza. Nada os diré de Andrea Pelven, mi hermana, de quien tantas veces sin duda os habré hablado.

Francisco se sonrojó nuevamente.

—Pero, continuó el comandante, vos habeis sido el primero en escusar esta debilidad de hermano. Además de ella, la barca, que dista aun media luega de nosotros, tiene la honra de conducir á la Sra. Eleonora de Kergant, en otro tiempo canonesa; era hermana del marqués de Kergant, mi tutor, y en la actualidad es la enemiga mas encarnizada que tengo en todos los dominios de la república francesa, y la amiga mas tierna que la etiqueta, el

gran conocimiento del mundo y los cosméticos han conservado en esta era de abominacion.

Detras de dicha señora y á una respetuosa distancia, descubrireis una jóven bretona, que prometia ser una de las criaturas mas bellas que hayan entusiasmado la mirada del hombre. Se llama Adela, y es hija del ciudadano Kad, ese robusto guia breton que ha conducido los caballos y que distinguireis recostado sobre el mástil. Os ruego que observeis que ese hombre, con sus cabellos caidos, su gran sombrero, sus anchos calzones y su traje á lo Luis XIV, es sin embargo en su género un tipo de estremada belleza, que puede daros una idea de la que caracteriza á su hija. Adela ha sido criada en el castillo, ocupa una condicion mista, y no es ni señorita ni sirvienta. Tiene las manos blancas y sabe ortografía. Por último, á una distancia respetuosa todavia notareis una doncella inglesa ó escocesa, ó no sé de dónde, una miss Mac-Gregor, que cuenta gefes de clan entre sus an-

tepasados, y que repetidas desgracias han reducido al estado en que se encuentra. Como la ha recibido recientemente la canonesa á su servicio, no la he visto nunca; sin embargo, si quereis que os haga su retrato, héle aqui; es una torpe y alta mujer, muy colorada, que toma tabaco á escondidas. Estais satisfecho, Francisco?

—Todavía no, mi comandante, porque, si no me engaño yo veo cinco mujeres en el bote, y no me habeis hablado mas que de cuatro.

—Es cierto, replicó Hervé de Pelven, y continuó con una turbacion que no pasó desapercibida para su amigo: se halla allí ademas, ó á lo menos debe de hallarse, pues no distingo nada desde aquí, la señorita Bellah de Kergant, hija del marqués y sobrina de la canonesa. El nombre de Bellah es tradicional en la familia, desde los Conan y los Alain.

--Y es eso todo? preguntó Francisco. Si á esa relacion no añadís un elogio ni un epigrama acerca de esa jóven, me veré obligado á figurarme que es, ó contrahe-

cha, ó sumamente perfecta, ya que por lo visto vuestro pincel, ó no se digna, ó no se atreve á hacer su pintura.

—Siempre fué cosa delicada, dijo Hervé, el hablar de nuestros enemigos, y yo tengo el disgusto de contar á la señorita de Kergant en el número de los mas ardientes adversarios de la causa que defiende. Es amiga de mi hermana, y, con respecto á mí, ha manifestado tambien durante muchos años los mismos sentimientos que pueden abrigarse por un hermano; pero ahora yo no soy para ella otra cosa que un miserable, manchado con la sangre de su rey y con el polvo de las ruinas de su patria....

Como cosa de un minuto de silencio sucedió á estas palabras, pronunciadas por el jóven comandante con una voz alterada y vibrante, y despues prosiguió:

—Ya la vereis, Francisco; ya la vereis, y entonces podreis decirme si jamás pintor alguno supo hacer reflejar sobre un rostro mas divino la pureza de una virgen y los sufrimientos de un mártir.

Otra vez volvió á hacer pausa Hervé, con el objeto de ocultar la turbacion de su semblante, volviendo la cabeza, y añadió:

—Sr. Francisco, es una lucha á veces bien terrible la que se traba entre las creencias y los deberes, haciendo despuntar la edad de hombre en abierta contraposicion con los mas dulces sentimientos de la infancia.

El jóven comandante se levantó al terminar las anteriores palabras, y anduvo precipitadamente algunos pasos hasta la playa, en tanto que el teniente permanecia en el sitio en que acababa de oír aquella semi-confidencia, humedecidos en lágrimas los ojos y la frente empañada con una nube de melancolia, que sentaba muy bien con la habitual animacion de su fisonomia.

Aprovecharemos ahora el corto intervalo que separa todavia el bote inglés de la costa para completar tan brevemente como nos sea dable una esposicion de hechos indispensables por desgracia siempre que se

hacen relaciones, por muy humildes que sean.

Hervé y su hermana, huérfanos desde sus mas tiernos años, habian sido encomendados á la tutela del marqués de Kergant, antiguo amigo de su padre, el conde de Pelven. El marqués habia cumplido con una piadosa caballerosidad el empeño contraido á la cabecera del lecho del moribundo. Los dos pobres niños habian hallado bajo el albergue del leal caballero una acogida de hermanos por parte de Bellah, hija única de aquel, compartiendo con ella los beneficios de una educacion impregnada de una solicitud severa. Al cumplir Hervé los diez y siete años, fué enviado á un colegio de Paris, del cual no salió sino para entrar en la escuela militar de Brienne. A fines de verano, el jóven iba á pasar algunas semanas á la morada de los Kergant; pero aunque continuaba observando siempre igual agradecimiento respetuoso hácia su tutor y la misma ternura hácia sus dos encantadoras hermanas, que acogian constantemente

su llegada con lágrimas de cariño, iba sintiendo de año en año apoderarse de su mente ideas nuevas, que parecían querer sustituir á las que habia alimentado su cerebro en la infancia. El dia en que el marqués tuvo noticia del resultado fatal del viaje del rey Luis XVI á Varennes previendo el desesperado esfuerzo por qué habia de atestiguar la nobleza bretona su adhesion á sus ideas religiosas, que se veian atacadas, llamó á toda prisa á su pupilo: Hervé obedió, y acudió á Kergant.

Allí vivió por espacio de algunos meses, entregado á crueles martirios de espíritu, fluctuando entre los poderosos recuerdos de su corazon y las profundas convicciones de su inteligencia. Al cabo, un dia se resolvió, y emprendió en secreto su marcha á Paris. Poco tiempo despues el marqués de Kergant sabia por medio de una respetuosa carta, que el hijo del conde de Pelven servia en clase de voluntario en las tropas de la república. Desde entonces, á pesar de que la señorita de Pelven echó de ver en la conducta de su tutor para

con ella un exceso de atenciones y cuidados, no tuvo valor para volver á pronunciar el nombre de su hermano, prefiriendo considerarle olvidado á verle ultratajado. Los demas individuos de la casa observaban estrictamente igual silencio, prestando todos asi un tributo de reprobacion hácia el partido que habia abrazado Hervé, aunque en su interior cada uno, segun su carácter, mirase el hecho con mas ó con menos indulgencia. El marques reputaba al hijo de su antiguo amigo como un renegado y un infame, que siendo á un tiempo traidor á su Dios y á su rey, no merecia perdon en este mundo ni en el otro. La Sra. de Kergant, la canonesa, veia aparecer á cada paso al antiguo pupilo de su hermano en el campo estrecho y fantástico de sus precauciones, bajo las formas mas estrañas; ya se le figuraba blandiendo una pica rematada por una cabeza ensangrentada ya revestido de una estraordinaria carmãñola, bailando sin órden ni concierto el baile llamado *Sahirá*, debajo de cadáveres humanos colgados en lugar de faroles; ya

corriendo las calles en la ridícula facha que ella creía que debían de llevar los *descamisados*, tomando en su sentido literal esta denominación política.

Por lo que hace á la jóven Bellah, existía en medio de los revolucionarios un hombre nacido con las mas nobles cualidades, pero que luego se habia estraviado hasta el punto de incurrir en el crimen y dejarse llevar de un delirio incalificable, y ella miraba con tal horror semejante desercion de sus altares domésticos, que jamás la altiva criatura osó, ni aun siquiera se le pasó por las mientes, el mezclar el nombre del traidor á los religiosos murmullos de sus plegarias. ¿Quién sabe si acaso esperaria allá en el fondo de su alma que Dios se dignase leer en sus llorosos ojos el nombre proscrito en sus oraciones?

Como quiera que fuese, la señorita de Kergant tenia un sencilla costumbre, que se observa en algunas mujeres demasiado honestas para pensar en hacer resaltar sus gracias, ni aun con los mas inocentes artificios de la coquetería, pero lo suficiente

mujeres para poseer el instinto de su belleza. Jamás sus ojos se habían permitido uno de esos resplandores imprevistos, de esos ataques furtivos, de esos deslumbramientos mágicos que multiplican el brillo de las miradas maestras femeninas. Bellah no tenía mas que un dardo en su aljaba, pero valia por muchos: toda su coquetería se encerraba en una dulcísima mirada que solia dirigir á los cielos. Ahora bien; no es extraño que semejante mística mirada, cuando intervenia en las oraciones de la jóven realista, reemplazase elocuentemente el nombre que los labios pronunciar no querian.

Hervé de Pelven llegaba con su fusil al hombro á unirse con el ejército del Mosela, cuando el general Hoche se encargaba de su mando en jefe. El comportamiento de Hervé en un combate de avanzadas le valió casi inmediatamente despues de su llegada el grado de teniente. Algun tiempo despues, en el ataque de las líneas de Wissemburgo, se replegaba su batallón en desór-

den ante la artilleria formidable de un reducto austriaco, y él se precipitó solo sobre las faginas con una bandera tricolor en la mano, y se mantuvo á pie firme durante un minuto al alcance del fuego enemigo, por un portento de arrojo y de fortuna. Los republicanos, atraidos y electrizados con su ejemplo, le hallaron moribundo entre los cadáveres enemigos. El general en jefe, testigo de este hecho de armas, quiso que el bizarro jóven conservase el mando del batallon que acababa de salvar y cubrir de gloria; pero no bien habia salido Hervé del lecho de dolor en que le habian sumergido sus heridas, cuando el general Hoche, guiado antes por la fortuna, que tan pronto se le mostraba propicia como adversa, pasó desde su campo de victoria á las prisiones del *Comité de salud pública*. Hervé perdía con esto aun mas que un protector: las tiernas atenciones y prevenciones que con él habia guardado el general, tanto mas apreciables, cuanto mayor era la diferencia de edades y graduaciones que existia entre ellos, le daban ya derecho para llorar un

amigo en la persona del jefe que habia sido arrancado de su lado.

Hacia esta época fue cuando supo Pelven, por carta fechada en Lóndres, que su hermana Andrea, la señorita de Bellah de Kergant y la canonesa habian emigrado á Inglaterra, en virtud de una orden nacida de la tierna solicitud del marqués; en cuanto á este, la carta de Andrea guardaba un profundo silencio. Hervé encontró la penosa esplicacion de esta reserva cuando vió figurar poco tiempo despues el nombre de Kergant entre los nombres de los jefes realistas que hicieron en el Oeste tan terrible diversion á nuestros valientes de la frontera. A contar desde este dia, el jóven oficial recibió repetidas cartas de su hermana, y el misterio de esta correspondencia, que no podia mantenerse sino por vias ocultas, disminuyó la confianza que el patricio convertido se habia granjeado desde luego en el ejército republicano. A pesar de las altas dotes militares que continuó descubriendo, la ligera sospecha que sobre él pesaba fue causa de

que continuase con la sola graduacion á que le habian elevado su primeros hechos de armas, graduacion que en esta época de rápidas fortunas y de ruidosas caidas podia aparecer subalterna á los ojos de un jóven de mérito y de valor.

El tedio producido por esta dudosa situacion acabó de entristecer el carácter de Hervé, que se habia sentido invadido, desde largo tiempo atras, por una profunda melancolía. La fiebre entusiasta que habia servido para inspirar y sostener su generosa resolucion, se habia amortiguado no bien consumó el sacrificio; porque la naturaleza, permitiendo á la fibra del alma humana recibir una tension capaz de producir los agudos tonos del entusiasmo, ha limitado la posible duracion de este esfuerzo, que acabaria por minar la existencia si se prolongara demasiado.

No quedaba, pues, á Hervé otra cosa que el tranquilo apoyo de una conviccion elevada y firme, y esto era lo necesario para que no se arrepintiese; pero demasiado poco para hacerle feliz. El destino

ha concedido á un limitado número de almas el don de encontrar una felicidad que les satisface en el ardiente alimento de las ideas, de la razon y de los hechos. Casi todas tienen necesidad de una especie de superfluidad delicada: que forma para ellas una parte de lo necesario. Demasiado débiles quizás, han menester de vez en cuando buscar un refugio y sacar nuevas fuerzas en las distracciones de una naturaleza menos severa; dotadas quizás igualmente de una organizacion mas esquisita, unen á sus visibles aspiraciones propensiones mas tiernas, que necesitan ser satisfechas á su vez.

Hervé no habia conocido todo el valor de su sacrificio hasta despues de haberlo consumado. Solamente entonces fué cuando se le aparecieron sus sentimientos, desembarazados del tumulto de sus irresoluciones, en toda su leal sinceridad. A la implacable fidelidad de su memoria debió el no poder desechar la impresion mas que fraternal que los hechizos de la señorita de Kergant habian producido en su alma,

y que le perseguía como un recuerdo vengador. Aun cuando Hervé hubiese conocido tan mal el carácter de Bellah, que le fuese lícito abrigar algunas dudas sobre la manera con que ella debía interpretar su conducta, las cartas de Andrea le hubieran ilustrado lo suficiente acerca de este punto. No solo no añadía jamás la señorita de Kergant en las cartas de su amiga una sola palabra de política para el hombre que había sido su hermano durante tanto tiempo, sino que, por el contrario, se veía harto claro que hasta la misma Andrea se encontraba ligada por inflexibles prohibiciones. Esto es lo que Hervé estaba autorizado á creer, en vista de esta invariable posdata: «Bellah continúa bien.» Una sola vez osó Andrea estender los límites de este cruel boletín, y á continuación de la fórmula habitual de «Bellah continúa bien,» leyó Hervé admirado estas palabras: «Es tan bella como buena.» No se acertaría á decir por qué este pequeño suplemento, muy natural en una mujer, irritó á Hervé hasta el punto

de comenzar á juzgar efecto del odio el violento sentimiento que el recuerdo de la señorita de Kergant escitaba en su corazón.

El 9 de thermidor volvió á su país el general Hoche. Encargado poco después del mando de las costas de Brest, reclutó sus fuerzas de muchos cuerpos destacados del ejército del Norte. La 60.^a media brigada, en la que servia Pelven, fue la primera que Hoche pensó en reclamar, y y Hervé entró en campaña en su tierra natal. Allí encontró al jóven que conocemos con el nombre de Francisco, distinguido muy particularmente por parte del general. Segun los misteriosos chismes que circulaban en el estado mayor, el general republicano habia conocido en la cárcel á la madre, todavia muy jóven, de este niño, y le habia recomendado eficazmente á su hija cuando fué llamada á comparecer ante el terrible tribunal, del que no se volvía nunca. Ya fuese respetuosa piedad en favor de los votos de una madre próxima á morir, ya recuerdo de otro sentimiento

mas dulce, lo cierto es que el general manifestaba hácia este joven una afeccion muy tierna.

En cierto dia de invierno del año de 1794, el general Hoche, que solo podia disponer de su cuartel y de tres batallones, fue atacado súbitamente en las márgenes del Vilaines por los blancos del Stoffet. Desde la cumbre de un cerro, en que se habia situado durante el combate, vió de repente caer prisionero, por cinco ó seis partidarios, á su joven ayudante y casi al mismo tiempo observó que un oficial republicano, lanzándose con las bridas en la boca en medio del grupo enemigo que arrebatava al bizarro niño, le cogió por el cuello de su uniforme, y se presentaba con este trofeo vivo al pie de la eminencia, desde la que todo el estado mayor aplaudió entusiasmado. Esta hazaña caballeresca acabó de fortificar el interés amistoso de que Hoche le habia dado tantas pruebas de un sentimiento de viva gratitud. En cuanto á Francisco, se habia sentido desde luego dominado por una afeccion ardiente y apasio-

nada hácia su libertador.

Algunas semanas despues se firmó la primera pacificacion de la Vendée y de la Bretaña. Hervé recibió una carta de su hermana, en la que le rogaba solicitase para ella y para sus compañeras de emigracion el permiso de entrar en Francia; deseaba ademas que una escolta de soldados republicanos las protegiese hasta Kergant contra los chuanes enemigos de la pacificacion, que quizás tratarian de vengar en ellas la parte que al marques correspondia en este feliz resultado.

A pesar de la poca confianza que tenia Hoche en esa paz aparente é incompleta nunca pudo imaginarse que la presencia de dos ó tres mujeres pudiese aumentar los peligros que la Bretaña preparaba á la república. El 9 de thermidor acababa de verse sustituido el régimen del terror por otro sistema mas clemente. El marqués de Kergant se contaba tambien entre el número de jefes realistas amistiados. Hoche no vaciló un instante en hacer esta inocente concesion á un hombre á quien tanto de-

bia, y cuyo carácter le inspiraba una confianza sin límites. El lector conocerá ahora el motivo que conducía á la costa de F... al destacamento de granaderos republicanos que dejamos abandonado hace tanto tiempo.

El bote inglés tocaba ya á la costa y entraba impulsado por la marea alta, en una pequeña ensenada formada por un grupo de rocas á flor de agua cerca de la playa. Hervé y Francisco se aproximaron á las rocas para ayudar al desembarco mientras que los soldados se formaban con curiosidad á algunos pasos detras de ellos. Solo el sargento Broidoux permanecía algo lejos, tumbado en tierra, siguiendo con la vista á las paviotas, y protestando con su postura desdeñosa contra la ceremoniosa escena, que parecia querer dar un mentís á la ciencia profética. Cuando el bote estuvo á algunos pasos de los arrecifes, le detuvieron bruscamente los remeros, al mismo tiempo que el jóven guardia marina que mandaba la embarcacion saltaba sobre el primer banco, y saludando con la ma-

yor política, dijo mientras Hervé llevaba la mano al sombrero:

—Señor oficial, si sois quien supongo, no llevareis á mal que os pida los documentos que lo acrediten antes de entregar en vuestras manos el precioso depósito que me está confiado.

—Caballero, interrumpió inmediatamente una voz de mujer: yo misma os aseguro que es mi hermano.

Hervé hizo con la mano una señal amistosa á la jóven que acababa de hablar, y sacando un papel de su bolsillo, le clavó en la punta del sable, y le presentó al guardia marina. Este leyó entonces la comision, que estaba concebida en estos términos: «En virtud de los poderes con que estoy revestido por la convencion nacional, autorizo para entrar á morar con toda libertad en el territorio de la república á las ciudadanas Eleonora Kergant, hija mayor del ciudadano Kergant; á su hermana la ex-canonesa; á Bellah Kergant y Andrea Pelven, sus hijas menores, acompañadas de los ciudadanos Kad, Alix y Mac-

Gregor, sus criados officiosos. Firmado, Hoche.» Despues de concluida esta lectura, durante la cual madama Eleonora de Kergant creyó de su deber alzar los hombros repetidas veces, el guardia marina la entregó el papel, y el bote se aproximó á las rocas. Previeniendo el político aceleramiento de Hervé, saltó la canonesa sobre la playa, haciendo una cortesía á la Pompadour, y volviéndose apresuradamente, ofreció sucesivamente la mano á cada una de sus compañeras de destierro. Mas ya fuese efecto de la casualidad, ya de una crueldad premeditada por parte de la Sra. de Kergant, la última que desembarcó fue Andrea.

—¡Hermano querido! exclamó arrojándose á los brazos de Hervé, y enjugándose con sus rubios cabellos las lágrimas que inundaban su encendido rostro. Hénos aquí por último, ¡Dios mio! Hénos aquí por primera vez á tu lado despues de tanto tiempo... Pero es cosa bien singular, Bellah. ¡Creia encontrarle con los cabellos blancos!

— ¡Cómo, niña querida! dijo sonriendo

Hervé: ¿no te haces cargo de que solamente hace dos años que no nos hemos visto?

—¡Solamente! prosiguió la jóven. ¡Pero me parece que es bastante tiempo dos años!

—Demasiado ciertamente; pero no es suficiente para hacer á un hombre decrepito.

—En fin, tanto mejor, dijo Andrea haciendo un gracioso mohín: despues se echó á reir, saltó una vez mas al cuello de su hermano, y se apoyó en su brazo para subir la playa hasta el pueblecillo. La canonesa, por su parte, habia cogido con precipitacion el brazo de Bellah, como para frustrar toda tentativa política que el oficial republicano hubiese tenido el temerario pensamiento de concebir.

A algunos pasos de allí, el guia breton estaba sentado en el costado de una barca, teniendo entre las suyas una mano de su hija y hablándola gravemente en el antiguo dialecto de sus abuelos. La heramosura en cierto modo judáica de Adela adquiria un

atractivo mas con la elegancia de su traje especial. La majestuosa regularidad de su rostro, animado con dos bellos ojos negros, que destacaba deliciosamente bajo una cofia bretona, cuyas blancas alas levantadas iban a unirse en la parte superior de la cabeza. Nada se notaba en su aire ni en sus maneras de ese embarazo que revela torpeza en los movimientos de las mujeres de condicion inferior.

Hervé no pudo dejar de notar con cuánta prodigalidad se habian realizado en la mas humilde de sus compañeras de infancia todas las gracias que en otro tiempo prometia su naciente belleza; pero ahora no bastaba para sostener la comparacion con la de Bellah, que aunque ofrecia con corta diferencia el mismo tipo, estaba sin embargo endulzado con una cultura de inteligencia mas delicada; era la misma dignidad con un colorido menos enérgico, y una distincion de formas mas esquisita. Bellah parecia ser el segundo ejemplar de una obra diversa, cuyos detalles estuviesen ejecutados con mayor esmero que en el pri-

mero, ganando de esta manera en perfeccion lo que podia haber perdido en fuerza primitiva.

Mientras que el comandante Hervé subia la playa oyendo con trasporte la voz de su querida hermana, dulce eco del tiempo que pasó, el jóven ayudante se alejaba á pasos lentos, con el corazon oprimido por por esa tristeza que nos inspira una fiesta de familia, en la que no tenemos derecho de tomar parte.

CAPITULO II.

A la voz de su comandante tomaron los soldados las armas y ocuparon sus puestos. Las mujeres montaron los caballos preparados para ellas, y se situaron en el centro del destacamento, que salió del pueblecillo, precedido por el guardabosque Kad. A fin de dar el menos pasto posible á las conjeturas, según las órdenes del general debía Hervé evitar el tránsito por lugares habitados; de modo que la pequeña caravana, dirigida por el guía, se encontró bien pronto caminando por senderos apenas transitados rodeados de páramos pantanosos y de áridos matorrales. Hervé dejando con pesar á su hermana, á quien la canonesa acababa de dirigir una pregunta imperativa,

se acercó con su caballo al del jóven ayudante, que marchaba al frente de todos:

—¡Qué tal, Francisco! le dijo ¿Obraba yo ligeramente cuando me atrevia á pensar mal de esta entrevista?

—Cierto que si, comandante; á menos que no pesen igualmente en la balanza de vuestro corazon los gruñidos de una vieja que la expansiva ternura de un ángel que el cielo os dió por hermana.

—Nada de eso; mas ya que habeis visto con vuestros propios ojos á la señorita de Kergant, decidme con franqueza la opinion que os habeis formado de ella.

—Me parece de carácter muy amable, comandante Hervé.

—¿Muy amable, decís? En verdad que sois muy moderado en vuestros juicios. ¿Acaso os ha parecido muy amable la acogida que la he merecido?

—Ni agradable, ni desagradable, porque no os ha hecho ninguna; pero en cambio, Pelven, vuestra encantadora hermana ..

—Mi encantadora hermana no tiene nece-

sidad de que nadie salga á su defensa, cuando ninguno que yo sepa, se ha atrevido á ofenderla en lo mas mínimo, interrumpió Hervé algo incomodado.

Nada respondió á esto Francisco, á quien Hervé con cierta espresion de sorpresa mezclada de pesar, que templó súbitamente el entusiasmo del jóven:

—Mas en qué diablos consiste, prosiguió riendo, que me hables de Andrea, cuando me refiero á Bellah? Decidme, querido Francisco: ¿no os parece imponente en cierto modo la belleza de la señorita de Kergant?

—Esa es la palabra que la corresponde, contestó el ayudante. Hace un momento la recogí el látigo que se la habia caído, y al darme las gracias me dirigió una mirada tan estraña, que me estremecí de pies á cabeza. Quise responder con alguna frase delicada; pero no me fue posible hacer otra cosa que soltar una especie de gruñido sordo. Os confieso que la guardo algun rencor. Posee un género de belleza extraordinario, si se quiere, pero que admira mas que inte-

resa. ¡Qué diferencia, mi querido Pelven, entre ella y!..

—Y la canonesa, dijo con viveza Hervé; seguramente la diferencia es notable; nada se os escapa.

Sumamente entretenidos con su conversacion, se habian adelantado algun tanto nuestros jóvenes del resto de la escolta, la que en este momento subia penosamente la escarpada pendiente de una colina. El paisaje que se descubria estaba formada por una cadena de desnudas cimas, entre las cuales se veian serpentear una multitud de arroyuelos, que se precipitaban luego por medio de las rocas. La línea de los uniformes que ondulaban constantemente siguiendo los recodos del sendero; el agraciado aspecto de la cabalgata femenina; los flotantes velos; las blancas plumas que el viento agitaba sobre los elegantes sombreros de las amazonas; la vida, en fin, el movimiento y los entreverados colores, ofrecian en tan agreste paraje una escena de tan pintoresco interes, que no dejó de herir la imaginacion de los jóvenes oficiales.

—Decid, Pelven, exclamó Francisco: ¿no os creéis en este momento un hechicero conduciendo prisioneras á una porcion de princesas, juntamente con la reina viuda?

—Mas fácilmente me creeria un hechizado, replicó Hervé. Además debo deciros, Francisco, que no me agrada este desierto pais, y que no me merece mucha confianza nuestro guia; es muy buen hombre á su manera, pero tan realista como el mismo tigre real. No lo perdais de vista un momento. Y si no, ¿qué es lo que está haciendo ahora allá abajo?

El guarda-bosque marchaba entonces por el borde de una roca cortada á pico hácia la derecha, y se paraba de vez en cuando para arrojar con el pie fragmentos de roca al abismo invisible del valle.

—Nada, á lo que parece, dijo Francisco: el ciudadano Kad se divierte del modo mas inocente.

—Esa misma inocencia aparente es la que mas me hace sospechar, dijo Hervé. Un hombre de fisonomia y carácter tan graves no se entrega sin objeto á esas

pueriles distracciones. Observad; ahora escucha; acaba de inclinar la cabeza hácia el lado del precipicio.

—¿Y que? Escuchará el ruido producido por las piedras al chocar de roca en roca. Eso cuando mas querrá decir que este digno salvaje tiene muy desarrollado el órgano de los placeres sencillos...

¡Silencio! interrumpió Hervé, tocando el brazo del jóven teniente. ¿No habeis oido?

—¡Oido! ¿El qué?

—Que han silbado. Ademas he visto al guia cambiar una mirada con la canonesa.

—Efectivamente he oido algo parecido á un silbido, ó al soplo del viento al atravesar los matorrales. Lo que sí he perdido ha sido la mirada entre el salvaje y la canonesa, y, á decir verdad, lo siento, pero con todo, comandante, me parecen infundados vuestros recelos. ¿No estamos suficientemente protegidos con la presencia de vuestra hermana? Podreis acaso suponer que haya tomado parte en un complot en el que su hermano seria la primera víctima?

—Es que podría muy bien no saber nada.

—Por otra parte, cuanto mas miro la empolvada cabeza de la canonesa, cada vez la encuentro mayores analogias con la muestra de un peluquero, sobre la que hubiera nevado; pero no soy capaz de creer que pueda brotar de ella una sola idea sanguinaria.

—Teniente, esa vieja es demasiado astuta, sea cual fuere su cabeza; y estoy seguro de que habrá politiqueado mucho en Inglaterra. Quizá, ahí donde la veis, se habrá entendido directamente con Pett.

—¡Pobre Pett! Le compadezco, dijo Francisco.

—Sea en buen hora; pero supongamos que entre las ideas que hayan podido formarse bajo el cráneo de la canonesa, se el ha ocurrido la siguiente: Para hacer pesar sobre el comantante Hervé una sospecha de complicidad, que le comprometa sin remedio á los ojos de la república, y ponerle en el caso de abrazar la causa realista, nada mas natural que conducir su escolta á

una emboscada, dejándole libre à él. ¿Qué os parece?

¡Hui! Qué especioso es eso, dijo Francisco. ¿No os haceis cargo que para abrigar ese pensamiento seria necesario que no conociesen al comandante Hervé?

—Y quién os dice que la pasion no les ciegue hasta el punto de inferirme ese agravio? Pero no... teneis razon... son ideas locas. Quería solamente recordaros que, como estamos en pais enemigo, es preciso ir muy alerta.

Descansad acerca de ese punto, comandante; yo vigilaré al guia, à la reina viuda, y hasta á...

—Mi encantadora hermana, ¿no es eso? preguntó con dulzura Hervé.

—Qué decís, Sr. de Pelven? ¿Habia de sospechar de la inocencia misma? Yo me referia à esa bella flor salvaje; à la hija del guardabosque.

La llegada de Andrea dió fin à la conversacion de los dos jóvenes. Eran las doce del dia, y la caravana seguia entonces las revueltas de un sendero, à cuyos lados se

descubrieran inmensas llanuras de un aspecto triste, cuyos límites se perdían en el horizonte; algunas retamas de la altura de un hombre prestaban únicamente alguna apariencia de cultivo á este desierto breton; de vez en cuando se descubrieran en el suelo pedazos de granito cubiertos de verde musgo. Veíanse además cinco ó seis chozas en el centro de aquella dilatada meseta; pero aquellas señales de la presencia del hombre no servían para dar confianza al viajero, sino que, por el contrario, tenían impreso cierto carácter miserable y sombrío que aumentaba con un nuevo sentimiento de inquietud el tedio de la soledad.

La caravana se detuvo media hora en este triste oasis. Delante de la puerta de la cabaña mas próxima al camino estaba sentado en un banquillo un muchacho andrajoso, de mirar triste y facciones marchitas que sacaba alternativamente cada una de sus manos al sol con una especie de satisfacción estúpida. «Es mi pobre hijo, á quien Dios se ha servido poner en este estado,» di-

jo una vieja que salia de la cabaña, viendo que Hervé se aproximaba con aire de intereses. Hervé puso una moneda de plata en la mano de la desgraciada madre, y se alejó de este aflictivo espectáculo; pero volviéndose bruscamente algunos momentos despues, se quedó admirado al observar la animada conversacion que el niño enfermo sostenia con el guardabosque, estendiendo los brazos hácia el norte y hablando con estremada volubilidad. Apenas notó que las miradas de Hervé se fijaban en él volvió á caer de repente en su estúpida actitud.

—¡Qué lástima! ¿No es verdad, señor? dijo Kad al pasar al lado del jóven comandante.

Este no respondió nada; pero desconfiando de un idiota tan inteligente, procuró que no pudiese hablar otra vez con el guia.

Volvieron á ponerse en marcha, y las horas trascurrieron sin que ningun nuevo accidente viniese á confirmar las sospechas del Pelven. El sol tocaba ya á su término, y Francisco, dominado por el encanto particular de este instante del dia, se entre-

gaba con expansivo contento á la fácil poesía de su edad. Entreteniase en componer mientras andaban, una especie de balada de estilo caballeresco, en la que cada uno de los personajes de la expedición desempeñaba su papel. Hervé no podía dejar de sonreír oyendo la épica composición de su jóven amigo, en la que se descubría un carácter heróico y burlesco á la vez.

Parándose de repente al nombrar á la descendiente de los Mac-Gregor, que era el apodo con que distinguía á la doncella escocesa, dijo:

—¿Sabeis que me parece la criada mas discreta y la escocesa mas púdica de cuantas pueden existir? Tengo, sin embargo, el sentimiento de deciros, comandante, que no he acertado á encontrar ninguna semejanza entre ella y la monstruosa caricatura que hicisteis cuando os pedí su retrato.

Ya os dije entonces, Francisco, que, no la habia visto, y ahora añado que si continua viajando con la misma castidad, no la veré nunca.

—Pues yo he sido mas feliz, dijo Fran-

cisco. Una traicion de Febo me ha permitido entrever un óvalo gracioso y dos sargas de perlas. En cuanto á la elegancia del talle y á la delicadeza de las manos, nada os diré, en atencion á que podeis juzgar tan bien como yo.

—Me parece, gentil caballero, dijo riendo Hervé, que esto concierne á nuestros escuderos.

El sargento Broidoux, que podia pasar por el escudero principal de la aventura, venia en este momento á justificar las palabras de su comandante, entreteniendo el tedio de la marcha con la esplicacion sesuda y magistral de la cuestion principiada por sus superiores.

—Existen, decia Broidoux, que se habia propuesto hablar, segun costumbre, de todas las materias, mujeres de todas especies. Las hay que llaman la atencion por sus carnes, al paso que algunas están lucidas como un sable de caballería. Unas son morenas otras son blancas. Véanse algunas que tienen pudor; asi como hay muchas

no le tienen, y debo añadir para tu instrucción, Colibri, que aquellas que al parecer tienen mas, son precisamente las que tienen menos.

—¿Cómo es esto, sarjento? dijo Colibri, á quien habia sorprendido esta profunda revelacion.

—Cómo! Nada mas facil que justificarlo: dime, Colibri. ¿qué creerias si te encontrases de repente una mujer desnuda en un bosque?

Esta imàgen hipotética sacó los colores al rostro del púdico Colibri.

—Cuerno, sarjento! respondió moviendo el cuerpo con cierto recato: creeria... ¿con que habeis dicho una mujer desnuda en un bosque?

—Si, en un bosque; di, ¿qué opinion te formarias de ella?

—Sarjento, se me figura que la opinion que formase no seria la mas decente.

—Sea enhorabuena, contestó Broidoux. Pues; bien el mismo que ahora te habla ha visto en los bosques del Canadá, mas de

cuatro veces, algunas ciudadanas tan vestidas como mi nariz, y puedo asegurarte, Colibri, que estas criaturas estaban mejor defendidas con su inocencia que un reducto de ciento veinte cañones de grueso calibre. Lo que te prueba, jóven simpático, el poco caso que se debe hacer del mayor ó menor número de varas de telas y de los dengues cuando llega el caso de examinar concienzudamente un objeto. Y viniendo ahora á ocuparnos de la jóven escocesa que nos acompaña, debo decirte que todos sus tapujos y monadas me hacen el mismo efecto moral que una ciruela verde, y que si no debiese fidelidad eterna á cierta paisanita, cuyo nombre respetable está escrito en mi brazo izquierdo, hubiera ofrecido ya mi corazón y mi mano, no importa cuál, á la citada ciudadana.

—¿Segun eso creéis, sarjento, dijo Colibri, que á pesar de su velo y de sus adornos no se ofenderia de una proposicion hecha con decencia y política?

—Puedes asegurarte por tí mismo, Colibri.

—¿Pero no veis en eso ningun peligro, mi sarjento?

—En realidad no veo mas que dos, respondió Broidoux, á saber: *primo*, que tu princesa te cruce la cara de un latigazo; *secundo*, que el comandante te quite el polvo de las costillas con su sable; pero no deben detenerte esas pequeñeses. Tal como me ves yo seria un *quidam* si no hubiese empezado, en amor como en guerra, por recibir felpas acompañadas de circunstancias cuyo detalle te haria estremecer. Solo te citaré una recibida en 85; la muchacha á quien hacia el amor, era tan negra como el diablo; se llamaba Luisa, y no tenia mas defecto que el de pertenecer á una familia de principes...

Al dar principio á este episodio íntimo, fue súbitamente interrumpido Broidoux por las exclamaciones que partian sin interrupcion de todos los puntos de la columna. La noche se habia echado ya encima, y estaba sumamente clara. La caravana empezaba á bajar en aquel momento la falda de una montaña. El fondo del estrecho valle

que estaba debajo desaparecia del todo: la mitad en la oscuridad y el resto bajo el trasparente velo de los blancos vapores que se desprendian de los pantanos. A la distancia de una media legua, se divisaba, saliendo del seno de la niebla, la cumbre de una colina ligeramente dibujada en el horizonte, y en ella la negra é informe masa de un castillo feudal destruido, que destacaba perfectamente en el azul del cielo. En un murallon aislado se descubrian dos ventanas iguales, iluminadas con una especie de claridad fantástica por los pálidos resplandores de la luna, cuyo disco era invisible. Hervé y Francisco fueron los primeros que hicieron alto ante esta estraña aparicion. Las mujeres, obedeciendo á un vago sentimiento de terror, habian estrechado la distancia que las separaba, y acercándose á los dos oficiales:

—¿No es cierto, señorita, que este es un paisaje digno de nuestro pais? dijo Hervé volviendose hácia la escocesa, que se habia levantado por fin el velo.

La jóven se inclinó sin responder.

—Querido hermano, preguntó Andrea: ¿vamos á pasar la noche en aquellas espantosas ruinas?

—Harto bien sabes, amada Andrea, que para nada he intervenido en el itinerario que seguimos, dijo Hervé; si te desagrade el sitio en que vamos á pasar la noche, puedes dirigirte al honrado Kad.

—Me voy á morir de miedo allí dentro, prosiguió Andrea.

—Espero, dijo la canonesa, con el tono agresivo y solemne que distinguia su lenguaje, que la señorita de Pelven se reconciliará inmediatamente con ese castillo, cuando sepa que fue construido por sus valientes antepasados, y que es acaso el mas antiguo patrimonio de su familia.

—Muchas gracias! No me faltaba mas que esto! Vaya una razon para tranquilizarme! exclamó Andrea. ¿Construidos por mis valientes antepasados habeis dicho, señora? Pues bien; aun es mayor mi miedo. Esto cuando mas querrá decir que la descendiente de aquellos señores es una mujer muy cobarde. Dios mio! Y yo que tengo

todos sus retratos en la cabeza! Puedo asegurar desde ahora que voy á estar viendo pasar en procesion durante toda la noche desde Oliverio el de los pies grandes, hasta Godo fredo el de la barba torcida.

—Y aunque asi sea, ¿qué teneis que temer? interrumpió una voz, cuyo timbre, singularmente dulce y grave á la vez, precipitó de repente los latidos del corazon de Hervé. Sois su descendiente leal; habeis conservado ilesos el honor de su nombre y la fidelidad de sus creencias... No sois vos quien debe temblar ante los que supieron vivir y morir por su Dios y por su rey.

El jóven comandante republicano sintió al oir estas palabras que toda la sangre se le agolpaba en la cabeza.

—Si se leyese la historia de mi familia, dijo con acento conmovido, quizás se encontrarían algunos entre aquellos á que se refiere la señorita de Kergant que murieron peleando contra su rey en defensa de su patria; y es digno de notarse además que la patria de un breton en aquellos

tiempos era la Bretaña y en el dia lo es la Francia.

Al concluir de verter estas palabras, se lanzó Hervé á caballo por el escabroso sendero que bajaba serpenteando por la falda de la colina. Francisco se acercó á su amigo despues de haber dado órden al destacamento para proseguir la marcha.

—Razon teniais, comandante, dijo: no es una mujer vulgar; su voz tiene no sé qué armonía penetrante que sorprende. Lo que mas me admira es que hayais podido contestarla: De mi sé decir que en vuestro lugar hubiera apelado á la fuga.

—Me aborrece, murmuró Hervé: me aborrece, y lo que es aun peor, me desprecia.

—Que no os amo, es cosa que puede suponerse sin esfuerzo, aunque no es tampoco imposible lo contrario; pero... observad al guia, mi comandante: ¿qué es lo que le pasa? Está haciendo cruces con los brazos.

—Será alguna supersticion bretona, dijo Hervé.

Aproximándose entonces al guía, creyó oírle rezar en voz baja, y le vió, por último, llevar con fervor á sus labios las medallas de un enorme rosario. Admirado de este súbito arranque de devoción, tocó ligeramente con la mano la espalda del guía, que no fue dueño de dominar un estremecimiento.

—Disimulad, amigo mio, dijo Pelven: pero este camino es infernal, y tenemos necesidad de todo vuestro celo. Habeis escogido mal el momento para entregaros á esos éxtasis religiosos.

—No es en verdad al descendiente de los que allí reposan, respondió gravemente el breton estendiendo el brazo en direccion del castillo arruinado, á quien corresponde decir que no está bien rezar cuando se baja al valle de los Fantasma.

--Demasiado bien sabeis, Kad, que no he vivido jamás en esta comarca: así es que á nadie debe extrañar que ignore completamente los misterios de este valle, cuyo nombre oigo ahora por la vez primera.

—Mala señal es que el ave huya del

matorral en que sus padres fabricaron su nido, dijo el guarda-bosque con cierto énfasis solemne.

—Kad, en otro tiempo fuimos amigos; pero no me pongais en el caso de que lo eche en olvido, contestó Hervé. Lo que yo os preguntaba era si ofrecia este valle algun peligro particular, por el que juzgáseis oportuno conjurarle.

—Este valle es de mucho tránsito, dijo Kad bajando la voz y acercando el rosario á su boca.

—Por qué no tomáis otro camino? Ya conoceréis que solo vos sois la causa de vuestros ridículos temores.

—No experimento ningun temor, respondió el breton... He atravesado solo durante la noche muchos valles tan transitados como este, y jamás he abrigado miedo. Sin duda habrá sido porque estaba mi conciencia entre *ellos* y yo. Delante de aquel cuya conciencia está tranquila, no se levantan visiones. Dejadme, pues, rezar, Sr. Hervé, que no es por mi por quien rezo.

—Y si eso es así, ¿por qué criminal rezaís, maese Kad?

Esta pregunta iba dirigida con cierto tono de cólera y de amenaza, que el guía debió desdeñar, porque respondió inmediatamente sin ninguna turbación, aunque con un ligero matiz de tristeza:

—Rogaba, señor, por los que han sabido olvidar las oraciones que rezaron en su infancia, aprendiendo por el contrario á amenazar á aquellos que les mecieron siendo niños sobre sus rodillas.

Este llamamiento hecho á recuerdos muy queridos por una voz en otro tiempo amiga, ablandó hasta el enternecimiento la altiva fiereza de Hervé. Por un singular capricho de su alma, escitó mas su sensibilidad la sencilla reprobación de este campesino, cuya inteligente y áspera prohibición le era conocida, que el anatema vertido por los labios de Bellah. Así que, no fue dueño de resistir al deseo de combatir las prevenciones en nombre de las cuales le habia condenado aquel hombre oírado.

—Razon teneis, buen Kad, dijo Hervé: triste época por cierto es la que alcanzamos, en la que son enemigos los hijos de una misma patria y un hogar mismo; pero ¿quién tiene la culpa de ello?... Vos que teneis nobles sentimientos y me conoceis, ¿podeis creer que habria renunciado à todas mis afecciones á no verme impulsado por un nuevo deber que el mismo Dios me ha impuesto?

—No hay nuevos deberes que valgan, replicó Kad con un tono sentencioso: lo que mi padre tuvo por justo, debo yo seguirlo teniendo del mismo modo; la verdad no cambia nunca.

—Y sin embargo, añadió Hervé, yo os he oido contar varias veces que en los tiempos antiguos entraban las gentes de vuestro pais ante las piedras lo mismo que si fuesen paganos.

—Si, señor; es cierto.

—Pues bien; eso se esplica fácilmente considerando que entonces aquella era la verdad para ellos; y así sucedió que, despues que se conoció la religion del crucificado,

fueron apellidados infieles y apóstatas los primeros que abjuraron del culto de los falsos dioses, y se consagraron á la ley nueva. Entonces se les dió tambien á ellos ese dictado que vos ahora me dais, y se les dijo, como vos ahora me decis, que la verdad no cambia nunca; pero, sin embargo, preciso era reconocer que habia cambiado.

—Ya! dijo el breton: eso consistia en que la ley del Evangelio era buena, y no mandaba á los hombres que despojassen de sus bienes y diesen la muerte á sus hermanos.

—Pero les mandaba, replicó Hervé con gran calor, que se tratasen unos á otros lo mismo que hijos de un mismo padre y criaturas formadas del mismo barro, y como luego han sobrevenido hombres orgullosos que han olvidado esa ley de que hablais, y juzgando que pertenecen á una clase de seres superiores al de sus hermanos, los han vilipendiado y esclavizado, se ha hecho preciso que los hombres de buena fe se pongan de parte de la justicia y de la verdad, en cuyo nombre

combaten á los que quieren atentar contra ellas.

—Sí, ya os comprendo, dijo el guarda-bosque, que habia escuchado con religiosa atención las palabras de Hervé: esos hombres que decís, son sin duda los que nosotros llamamos los señores, los nobles; pero no sé cómo habláis así, pues todos vuestros ascendientes han pertenecido á la nobleza, y no creo que por eso vayais á decir que han sido criminales.

—Mis padres; amigo mio, creyeron obrar bien como obraron; pero Dios se ha dignado despues iluminar los espíritus de los que les hemos sucedido, y yo no hubiera procedido como es de ley si hubiera permanecido apegado á las costumbres de mis antecesores, solo por satisfacer mis miras ambiciosas, cuando por otra parte mi conciencia me ponía en claro la iniquidad que encerraban dichas costumbres. Ellos cumplieron con su deber haciendo lo que hicieron, y yo haciendo lo que hago cumpla con el mio.

—Hé ahí, dijo Kad, unas ideas que á

mí no se me hubieran ocurrido seguramente. Despues quedó un momento abismado en meditaciones, y prosiguió:—Yo no he tenido ningunos estudios, como vos sabéis bien, Sr. Hervé; tanto, que apenas sé escribir mi nombre; pero me gusta meditar á veces sobre lo que oigo decir, excepto sobre los asuntos religiosos, en los cuales nunca me mezclo. Pues bien; yo he oido contar que los que son de vuestras mismas opiniones no quieren que haya grandes y pequeños, ricos y pobres, sino que todos seámos iguales; y acerca de eso, permitid que os diga que me parece que deseais una cosa imposible, pues el mismo Dios ha marcado diferencias entre los hombres, haciendo á los unos fuertes y á los otros débiles; á los unos con talento y á los otros sin él, á los unos laboriosos y á los otros haraganes, y aunque destruyais á todas las criaturas nacidas y por nacer, no por eso lograreis enmendar la obra del Señor.

—Podeis decir ademas, amigo Kad, que seriamos unos miserables mentecatos si

abrigásemos el empeño que habeis indicado; pero tan lejos estamos de intentar cambiar lo que Dios ha creado, que tratamos arreglar nuestra justicia á la de los hombres.

—Mas, ¿acaso dice la religion que Dios maldice ya á los hombres en el vientre de sus madres? Nada menos que eso; el Señor manda á los hombres al mundo con el libre albedrío de poder optar entre el bien y el mal, y aguarda al fin de la existencia de cada uno para juzgarle con arreglo á sus obras. Pues bien; nuestra república quiere de la misma suerte, que ningun hombre se vea sumido en la desesperacion por el solo hecho de su nacimiento, sino que todos puedan ejercer libremente las facultades de que son deudores al Altísimo, á fin de que puedan ellos mismos y nadie mas ser responsables de su felicidad ó infortunios. Nuestra república quiere que todos sus hijos tengan igual derecho á servirla y honrarla, pues uno de esos dogmas fundamentales enseña que el trabajo debe redundar en beneficio del que le practica y

sufre sus molestias.

—Efectivamente, dijo el breton, con aire meditabundo; todo eso parece muy bueno á primera vista, y yo nunca habia caido en ello. Os doy mil gracias, Sr. Hervé, por haberme ilustrado con una relacion tan agradable é interesante. Válgame Dios, y yo que os he conocido tan niño! Me acuerdo que yo fui quien os enseñé á disparar el primer tiro en vuestra vida: ¡gallardo mozo érais entonces, por vida mia! Pero, en fin, nada se ha perdido; ya veo que habeis consultado á razones de grande importancia para separaros de nuestra compañía, y os digo de todas veras que esa idea me consuela en el alma.

No bien concluyó de hablar esto Kad, anduvo algunos pasos sin despegar sus labios, y con la cabeza inclinada hácia el suelo, y despues volvió á decir con tono su melancólico:

—Ya se ve, yo soy ya tan viejo!... Si contase algunos años menos, trataria de poner en prensa mi entendimiento para sacar algunas reflexiones de lo que acabo de

escucharos, porque conozco que encierra ideas muy elevadas; pero ¡qué diablo! á mi edad, si quisiese estraer de mi cabeza los recuerdos de tantas cosas y gentes que guardo en ella confundidos, y procurase reemplazarlos con otros, creo que emprendería una tarea que seria capaz de concluir con mi vida. Conque asi, no volvamos á hablar de ese asunto si lo teneis á bien, Sr. Hervé.

—Traed acá esa mano, Kad, dijo Hervé.

Dió con la suya un apretón cordial á la del anciano guarda-bosque, que la estendió hacia él solícito y rebosando de gozo, y luego, volviendo la cabeza y reparando en el jóven ayudante, que se hallaba á su lado, añadió:

—Qué me decias, Kad, de ese valle de las Fantasma, como vos le llamais? Volved á repetirmelo, pues no os he prestado atencion cuando hablábais.

—Decia, señor, que se halla muy concurrido.

—Y qué quereis dar á entender con eso? esclamó Francisco.

—Con eso quiere dar á entender, dijo Hervé, que el viejo Guillermo, por otro nombre llamado el Diablo, celebra sus conventículos en ese valle, y que no tardareis mucho en ver columpiarse en los aires, al resplandor de la luna, á una legion de fantasmas y duendes.

—Bravo, repuso Francisco riendo; ya hemos encontrado diversion... Sus palabras fueron interrumpidas por un grito inesperado que lanzó el guarda-bosque.

La pequeña caravana habia bajado ya casi toda la cuesta, y continuaba desliziéndose lentamente por un sendero tortuoso y escarpado, que degeneraba en una verdadera escalera de rocas. Las mujeres, y aun los mismos soldados, iban todos tan alarmados con las dificultades que presentaba el terreno, á pesar de que montaban caballos que tenian costumbre de andar por otros semejantes, que observaban un profundo silencio, y tuvieron por lo tanto ocasion de oír y comentar la esclamacion del guarda-bosque.

Kad permaneció inmóvil, formando una

especie de tornavoz con una de sus manos, que tenia arrimada á la oreja para recoger el sonido, y colocado en la actitud de un hombre que espera con gran ansiedad y zozobra algun suceso muy grave.

—Oís algo? dijo Hervé en voz muy baja.

—No, respondió Kad: me habia engañado, y doy gracias de que así haya sucedido, porque, á pesar de que con eso hubiera visto una cosa sorprendente y de esas que solo se ven una sola vez en la vida... El guia cortó su conversacion de repente, y luego, sobrecogido de un temblor que le agitaba de pies á cabeza como si fuese un azogado, exclamó:

—Ay, no, no me engañaba, son ellas! No las oís, señor? Ya llegan!

Pelven y los que le seguian prestaron oido atento y oyeron con bastante claridad un ruido como si fuese producido por golpes sordos y que eran dados por intervalos, á la manera de los que pudieran resultar de golpear con un martillo sobre algun objeto de madera. De cuando en cuando de-

jaba de oirse el ruido, y despues volvia á escucharse con nueva intensidad, reproduciéndose ademas á un mismo tiempo por varios puntos del valle.

—Qué demonio de ruido es ese? dijo Francisco; cualquiera diria que era el que hacen las lavanderas cuando apalean la ropa.

—Si, murmuró el guarda-bosque con un tono grave y melancólico; no es mala ropa la que golpean: ropa de muertos.

Luego que hubo pronunciado estas palabras, alzó los ojos al cielo, y comenzó á orar á media voz.

Hervé se hallaba en brasas: conocia que era preciso poner término á una escena que amenazaba comunicar el miedo á las mujeres que le acompañaban, y quizás á alguno de sus soldados; pero no tenia corazon para emplear ningun medio violento que pudiese servir de mordaza al hombre con quien acababa de reanudar tan fuertemente una amistad comenzada desde tantos años á aquella parte. Batallando estaba con pensar cuál seria la idea que pudiese sacarle del apuro,

cuando de repente se sintió asido con dulzura del brazo.

—Hermano mio, murmuró la cariñosa voz de Andrea: no me riñais si os digo que siento unos temblores de miedo, terribles... Ese ruido que se oye es producido por algunas lavanderas que trabajan de noche, no es cierto?... Decidme que sí, porque si no, me muero de susto.

—Vamos, tonta, dijo Hervé sonriendo; y despues, acerándose al oido del guarda-bosque: —Andad, Kad, le dijo, y no os detengais hablando necedades, que vais á asustar á mi hermana,

Kad miró un momento á Hervé con aire indeciso; exhaló un hondo suspiro, y volvió á emprender su camino, revolviendo entre sus dedos un rosario.

Hervé entonces se volvió hácia sus soldados, y les dijo en tono festivo:

—Muchachos, dicen que hay allá abajo algunas ex-lavanderas; pero vosotros no debeis ignorar que no admite esa profesion la república: conque asi, ¡adelante!

— Mi comandante, gritó Broidoux: Coli-

bri ya va à dar trabajo á las lavanderas con media docena de medias de seda que lleva para que le laven.

Tranquilizado acerca del estado de valor en que se hallaba su jente por las risas que siguieron á la chistosa ocurrencia del sargento, el comandante Hervé volvió á colocarse tranquilo al lado de Francisco.

A medida que iban bajando la cuesta, los extraños sonidos que salian del valle solitario se hacian mas perceptibles, imitando cada vez mas el ruido que forma el sacudimiento de una paleta sobre la ropa mojada, y otras veces el que produce el choque de la madera contra la piedra.

—¿Me quereis decir, comandante, dijo Francisco, qué especie de animal, es sobre poco mas ó menos, una lavandera en termino de quiromancia?

—Las lavanderas, tenientes, son mujeres infernales, que no bien dan las doce de la noche comienzan á hacer lejía. Cuéntase ademas que ruegan á los caminantes que les ayuden á torcer la ropa, y que en caso de que

así lo hagan, no hay mejor medio para librarse de ellas que torcer uno por otro camino que por donde ellas se hallen: si se tuerce al revés, es uno perdido.

—Muchas gracias por la noticia, comandante, dijo Francisco. Ahora yo deseara saber á qué causa atribuis allá en vuestros adentros la música ingrata que hace un rato está molestando nuestros oídos; porque ya va disipándose la niebla, y la luna iluminando el valle, y yo no distingo desde aquí ningun indicio de morada de almas vivientes.

—En efecto; pero nos falta todavía que andar un rincón del valle, que no podemos percibir desde donde estamos, por impedirlo esa roca que vamos faldeando, y de allí será sin duda de donde provendrá el ruido al cual no hay que buscar cosas maravillosas, pues hay bastante para producirle con que algun pastorcillo se esté entreteniéndolo en golpear con su cayado sobre las piedras del camino.

—No me satisface del todo la explicación que dais del suceso, mi comandante, á no ser que queráis decir que son una do-

cena de pastorcillos los que están dando los golpes.

—Será acaso alguna cascada.

—¡Quiá! ¿Qué semejanza tiene eso con el ruido de una cascada? Y hay por aquí un olor que trasciende á azufre; ¿no lo advertís, Pelven?

—¡Mal haya las orejas que de tan poco nos sirven de noche! dijo Hervé. ¡Por vida mia que ya me van dando que pensar esos golpes! ¿Creeis vos en apariciones, Francisco?

—Casi casi, voy creyendo, mi comandante. Confieso que es vergonzoso; pero me hallo alterado de veras.

—¡Chito! A lo menos hablad bajo, no sea que nos oigan. ¡Toma, toma; ya caigo! ¿Sabeis lo que es el ruido? Pues es nada mas ni menos que el eco producido por los golpes de las herraduras de nuestros caballos. Y yo tan torpe que no habia caido en ello!

—¡Malditas lavanderas ó diablos exclamó de repente Francisco; por fin hemos dados con vosotras! Mirad, Hervé; ¿no veis allí á

esos demonios de mugeres?

Los dos oficiales acababan de llegar en este momento al otro lado de la roca, que hasta entonces les habia impedido que viesen una parte del valle. Hervé dirigió la vista hácia el punto que Francisco le designaba con el dedo, y vió con asombro á algunos pasos de ellos una cáfila de mugeres vestidas de blanco, arrodilladas unas delante de unos charcos de agua y otras tendiendo ropa recién lavada sobre unos matorrales. Algunos murmullos sordos y ahogados dieron á entender á Hervé que los soldados y mugeres de su acompañamiento acababan de percibir á un tiempo aquel extraño espectáculo.

—Ea, Colibri dijo Broidoux: ¡ahora es la tuya! Desempaqueta tus medias de seda.

—Hervé, exclamó Andrea, enlazando con sus brazos el cuerpo de su hermano. ¡Por Dios, dime, qué es esto que pasa!

—Son algunos chuanes, querida mia: no temas. Ya tenia yo noticia de que habia de encontrarlos en este sitio.

No bien hubo acabado de decir Hervé

esta piadosa mentira, inventada con el objeto de sustituir en el ánimo de su hermana las terribles incertidumbres de que estaba siendo víctima con la emoción franca de un peligro conocido, echó de ver Hervé que la canonesa había verificado un movimiento brusco de sorpresa, y tenía fijos sobre él sus ojos penetrantes. La mirada de la canonesa hizo nacer en su corazón todas las sospechas que por un momento había echado en olvido, é inclinándose hácia Francisco, le dijo con gran viveza:

—¿Habeis observado? La canonesa parece que no demuestra la menor inquietud: temo que me tienda algun lazo infernal.

—¡Tanto mejor! respondió el jóven, respirando con audacia. ¿Quereis que carguemos, mi comandante?

Volviendo en esto los dos jóvenes la cabeza con curiosidad hácia el valle, observaron que las lavanderas continuaban trabajando, sin curarse en nada á lo menos en apariencia, de la aparición del destacamento republicano. Los soldados se mostraban inquietos y desasosegados.

—Esto ya va haciéndose en extremo pesado, murmuró, Hervé. Muchachos, prosiguió en alta voz: hagámosles que doblen su ropa. Cargad las armas. Vosotras, señoras, y vos tambien; Kad, permaneced detras de esta roca: yo os lo ruego.

Comenzóse á oír el ruido de las baquetas de hierro en los fusiles, y en seguida los dos oficiales formaron su tropa en peloton, y comenzaron á avanzar por el terreno cenagoso del valle.

A medida que se iban acercando á las nocturnas operarias, ya fuese resultado de la ilusion producida por el resplandor incierto de la luna, ó ya de la disposicion particular de su espiritu, los soldados creian ver poco á poco agrandarse la estatura y las formas de aquellos seres desconocidos hasta el punto de llegar á aparecer con unas proporciones completamente sobrenaturales. Ya no se hallaban unos de otros separados mas que por unos cuarenta pasos, cuando de repente la legion fantástica dejó su trabajo y formó en corro, dejando oír en torno suyo un zumbido semejante

al producido por un enjambre de abejas al lado de una colmena. Hervé dió orden de hacerle alto.

—¡Eh! gritó: ¿quién anda ahí bajo? ¿Quién vive?

Y despues de un momento de silencio, exclamó de nuevo:

—Quien quiera que seais, os advierto que yo no quiero esponer ni un solo hombre de mi gente en un encuentro tan necio, y voy á haceros fuego si no os rendís. Muchachos, preparad las armas.

—¡Agua va! murmuró Broidoux.

Las lavanderas continuaban impertérritas su giro y su rumor misterioso.

—¡Apunten! ¡fuego! dijo Hervé.

No bien se hubo disipado el humo producido por la descarga y pudieron percibir los soldados el efecto que habia causado, estalló una gran hilaridad entre las filas al ver que todas las actrices del baile fantástico se hallaban tendidas en el suelo, tan largas como eran.

—Así aprenderán, dijo Broidoux, á no

volver á bailar danzas deshonestas á la luz de la luna.

Sin embargo, desconfiado de una victoria tan completa, volvió á mandar cargar las armas, y dió orden á los granaderos para que se mantuviesen en órden de batalla, despues de lo cual volvió á ponerse en marcha la partida, precedida por los dos jóvenes oficiales. Apenas habian andado unos diez pasos, cuando las blancas figuras, que yacian unas sobre otras en el suelo volvieron á incorporarse de repente todas á una vez, y apretaron á correr saltando y brincando, como si tal cosa.

—¡Seguidme, Francisco, al galope! gritó Hervé: y vosotros, muchachos, cada uno por su lado, seguidlas á todo escape. Al decir esto hincó fuertemente las espuelas á su caballo, y se precipitó, en union del joven teniente, en seguimiento de las fugitivas. Por desgracia suya el terreno del valle estaba todo cenagoso, y los caballos se atollaban en los barrancos, de que huian con gran acierto las fantasmas blancas, ora fuese por instinto, ora por tener conoci-

dos aquellos lugares. Los granaderos tambien se habian precipitado en desórden en seguimiento de sus jefes, y las corridas que daban, interrumpidas á cada momento por un concierto de gritos, voces que daban para llamarse unos á otros, imprecaciones y carcajadas, añadian otra escena infernal á la otra de que acababa de ser teatro el valle.

La comparsa de lavanderas, no bien hubo llegado, ya corriendo, ya bailando, al extremo del valle, empezó á trepar por el ribazo en cuya cima descollaban las magníficas ruinas feudales. Hervé y Francisco redoblaron sus esfuerzos, y tuvieron por fin la satisfaccion de observar que las pisadas de sus caballos sonaban ya mas en seco. Pelven llevaba alguna delantera á su amigo.

—¡Comandante! gritó Francisco: esperadme. Y viendo que Hervé no le hacia caso, volvió á decir:—¡Mirad que vais á caer en manos de algunos chuanes que habrá en la cima de esa montaña!

—¡Aunque haya cien mil, yo he de ma-

tar por lo menos uno! dijo Hervé, que se hallaba ya ciego de cólera.

En este instante el jóven comandante llegó á la cumbre de la cuesta, y al descubrir á las lavanderas como á distancia de un tiro de fusil, exhaló un grito de triunfo, porque una vez ya llegados á un terreno llano y firme, la refriega prometia ser muy favorable á la gente de á caballo. Las fugitivas, viéndose tan de cerca seguidas, dieron una rápida vuelta hácia la derecha, y comenzaron á correr con todas sus fuerzas hácia la parte de las ruinas; pero Francisco, que habia previsto esta manobra y habia ganado terreno en la misma direccion apareció de repente á unos doscientos pasos de Pelven, dispuesto á cortar el paso á las lavanderas, que se hallaban encerradas entre los dos oficiales. Hervé las vió guarecerse detras de un lienzo de muralla aislado que sobresalia entre los escombros de una *poterna* exterior; pero con gran sorpresa suya, aunque dicho lienzo se hallaba separado un gran trecho del palacio, perdió completamente de vista á

las fugitivas. Francisco experimentó el mismo asombro que su compañero al observar que habian perdido la huella de la gente á quien iban persiguiendo.

Algunos instantes despues dieron los dos con sus cuerpos en tierra al pretender ir saltando con sus caballos por encima de los escombros. Despues que hubieron recorrido, cayendo y levantando, aquellos lugares, ya no les cupo duda alguna de que habian desaparecido allí las lavanderas. Entonces, no contentos aun con sus pesquisas, se apearon de sus caballos, y empezaron á revolver por aquí y por allá los escombros, dando golpes sobre ellos con sus sables; pero, ya fuese que la oscuridad de la noche, que se habia aumentado extraordinariamente, hiciese infructuosas sus pesquisas, ó ya que interviniese en la desaparicion de las lavanderas algun acontecimiento sobrenatural, el caso es que nada descubrieron que pudiera, segun el órden natural de las cosas, suministrarles una esplicacion satisfactoria de tan desagradable suceso.

CAPITULO III.

—Hé aquí, dijo Hervé, volviendo á montar á caballo, una comedia que durante mucho tiempo estará con el pesar de no haberla podido convertir en tragedia.

—No tengais cuidado, mi comandante, que en cuanto llegue nuestra gente, hemos de ahondar la tierra por si descubrimos algo, hasta que divisemos sus mas profundas entrañas.

—No esperéis tal cosa: lo primero, porque carecemos de los instrumentos necesarios al efecto, y lo segundo, porque no me hallo yo en ánimo de hacer perder la vida á ninguno de mis granaderos, ni de oponernos á algun otro contratiempo si, co-

mo yo lo supongo, esas gentes á quien perseguimos tienen varias salidas y entradas por debajo de tierra, con cuya circunstancia podriamos salir muy mal parados de nuestra empresa. Lo único que sí conviene hacer es observar durante esta noche la mas estricta vigilancia, con el objeto de tener encerrada en su jàula á la fantasmagoria hasta mañana.

—Sea, comandante! Pero advertid que la canonesa va á reirse de todas estas paparruchas.

—Buen provecho le haga! Nosotros nos reiremos tambien cuando nos llegue nuestro turno. Silencio! Ya oigo llegar á nuestra gente.

En efecto, llegaban los soldados, jadeando y cubiertos de lodo. Lanzaron algunos gritos de alegria al ver á sus jefes, y fueron á colocarse al lado de ellos, espresando en sus semblantes la curiosidad que tenian de saber lo que pudiera haberles acontecido. Hervé les contó, echando una mentira sobre su conciencia, cómo los chuanes habian tenido tiempo de bajar por el lado

opuesto de la colina antes de que él pudiese llegar á su cumbre, y hasta les indicó á lo lejos un bosquecillo, en cuyo seno, dijo, que se habian internado, juzgando, por lo tanto, inútil perseguirlos. Ya comenzaba á no saber salir de tantos enredos é invenciones, cuando vino á sacarle del aprieto la llegada de las mujeres de su acompañamiento y el guía. Andrea echó pie á tierra y se abrazó toda trémula al cuello de su hermano, que la reprodujo en breves palabras la misma fábula con que acababa de embaucar á los granaderos. En seguida apostó un centinela al pie de la muralla, so pretesto de vigilar desde allí el bosquecillo de que habia hablado en su narracion inventada, y tomando del brazo á su hermana, se encaminó al castillo, seguido de toda su gente.

—Herminia mia, dijo Hervé, aprovechándose de un momento en que la canonesa se hallaba distraida: ¿sientes todavía en tu pecho algun interés por mi?

—Algun interés? Hervé, por Dios: ¿quieres que exista solamente interés entre dos

huérfanos como nosotros? Por qué no dices cariño? Si, cariño; el mas tierno y acendrado.

—Gracias te doy, querida Andrea: has logrado desterrar de mi mente una idea que me atormentaba à todas horas.

—Y cuál era?

—La de que acaso mi misma hermana era cómplice de alguna emboscada preparada contra mi honor, como hombre y como soldado.

—Tu honor, Hervé? Esa es una palabra sobre la cual temo que no hemos de entendernos.

—Voy à explicártela yo conforme la entiendo, repuso con gravedad Hervé. Mi honor se halla cifrado en defender hasta la muerte los colores de esta escarapela, y por lo tanto cualquier proyecto urdido para hacerme faltar à este deber se convertiria en pesar y luto de los que en contra mia le hubieren concebido.

—Válgame Dios, hermano mio! dijo Andrea. ¿Qué sospecha puedes abrigar en contra mia?

—De tí en particular, ninguna; pero la escena que acaba de tener lugar no juzgo yo que sea tan inesplicable para todas esas señoras como para tí; y mucho me temo que sea el preludio de otras bromas ménos inocentes. Por eso es por lo que te digo, para que tu puedas repetirlo á los demas, que soy incapaz de preferir la vida al honor de morir en compañía de mis soldados.

Al escuchar estas palabras, que revelaban la naturaleza de las aprensiones del carácter de Hervé, se escapó un suspiro á la jóven Andrea.

—Gracias á Dios, exclamó despues, ni tú ni los que te acompañan correis mas peligros que los que corremos nosotras mismas en este viaje. Y luego, aproximando sus labios á una de las mejillas de su hermano:—Ya sabeis, añadió, señor comandante, que somos dos por lo menos aquí á defendernos, y que no venderíamos á muy bajo precio nuestras vidas.

Al concluir de decir estas palabras, que adormecieron como si hubiese sido opio los dolores espirituales del desconfiado Hervé,

se retiró la señorita de Pelven, saltando de escalon en escalon, como una avecilla por el vestibulo de la mansion abandonada.

El edificio vasto é irregular que las gentes del pais llamaban el castillo de las fantasmas, tenia grabado el sello de las diferentes edades que habian pasado por él desde su fundacion. La mole principal de las ruinas, la elevada torre en pie todavía y los restos de la mansion, que se hallaban en forma de almenas, le daban cierto aspecto de fortaleza del siglo XII. Las construcciones de la parte mas baja del edificio ofrecian en la disposicion particular de sus sillares indicios de una época de arquitectura mas remota que la citada, al paso que la parte del edificio que formaba el ala opuesta á la torre, rematada en punta, parecia que daba á entender que habia sido fabricada en tiempo de los individuos de la casa de Valois. Dicha parte del castillo se hallaba todavía adornada de sus correspondientes ventanas y balcones en buen uso, con sus barandillas de hierro.

En este pabellon fue en donde la señorita de Pelven se reunió á Bellah y la canonesa. Guiadas por el guarda-bosque, recorrieron las habitaciones ruinosas que constituian el primer piso del castillo. De prisa y corriendo comenzaron á hacerse los indispensables preparativos para pasar la noche en dos de las habitaciones, que fueron las que presentaron mayor apariencia de un seguro abrigo. En seguida Kad sirvió á las mujeres algunas provisiones que habia logrado reunir en el último pueblecillo por donde pasaron. La cena fue de corta duracion y silenciosa. Andrea y Bellah se retiraron primero que nadie al cuarto que les habia sido destinado. La canonesa compartió su habitacion con Adela, y la escocesa tomó posesion de un pequeño oratorio practicado en una torrecilla. En cuanto á la demas gente, ya se habia encargado de ella Kad, que era el comisionado de cuidar del itinerario de la expedicion, y habia preparado algunos lechos puramente de batalla.

No bien se hallaron solas Andrea y Be-

llah en su espacioso cuarto, alumbrado por una pequeña lámpara, se arrodillaron por un mismo instintivo movimiento, y comenzaron á rezar en voz baja. Andrea fue la primera que se incorporó, y acercándose á una ventana, pareció que contemplaba con interés las escenas que estaban teniendo lugar en el recinto del antiguo castillo. Los soldados habian encendido por una y otra parte hogueras, cuyo fantástico resplandor se reflejaba por intervalos en las ventanas ojivas y arcos de bóveda mutilados del castillo: cada uno procuraba acomodarse lo mejor que le fuera dable para pasar la noche. El comandante Hervé estaba paseándose solo sobre la yerba que cubria el suelo de la parte delantera de la fachada principal del castillo, ocupado sin duda en dar en su cerebro mil vueltas y sentidos á las palabras que hacia poco le habia dirigido su hermana. De repente suspendió sus paseos y alzó los ojos hácia la ventana, desde donde le estaba observando Andrea. La jóven se hizo atrás al observar dicho movimiento de ojos de su hermano, y comenzó á dar paseos, suma-

mente agitada, por la estancia, estrujando de cólera su pañuelo entre las manos. Bellah acababa de abandonar su piadosa actitud, y reparando en lo encendido que se hallaba el semblante de Andrea, la preguntó con ansiedad:

—Qué tienes, hermana mía?

Andrea, en lugar de responder á la anterior pregunta, no hizo otra cosa que rechazar la mano de Bellah, que intentó coger la suya, y seguir sus paseos á toda prisa, dando tormento entre sus dedos á su pañuelo.

—Pero qué es eso? volvió á decir Bellah: estás enfadada conmigo?

—Oye! dijo Andrea parándose bruscamente en presencia de Bellah: esto no puede durar así por mas tiempo. No tienes que pensar en hacerme dormir esta noche, ni las siguientes, ni nunca jamás en mi vida.

—Acaso tendrías miedo? Pero dime, pichona: ¿no ves que yo estoy contigo?... Crees tú que tus nobles abuelos han de salir de su tumba nada mas que para experimentar el placer de darnos un susto?...

Ademas, tenemos luz en el cuarto, y ya sabes que los espíritus no ..

—Eh! quita allá! replicó Andrea: ¿qué me importan á mí mis abuelos? Lo que yo hubiera deseado es no haber tenido ninguno.

Al oír esta súbita respuesta, la señorita de Kergant alzó á los cielos sus pupilas suplicantes, con el encantador movimiento que le era habitual, y dijo:

—Pues entonces, ¿qué es lo que teneis, señorita, que así os impide dormir y dejarme á mí hacerlo tambien esta noche?

—No sé! contestó Andrea.

La señorita de Kergant exhaló un suspiro, hizo un gesto apenas perceptible de compasion y dijo con gran dulzura:

—Pues yo lo sé menos que tú, querida.

—Vuestra tia es una tirana! exclamó Andrea.

—Hermana mia, por Dios!

—Y vos otra!

—Sea, tengamos paciencia! dijo con gran calma la señorita de Kergant, encaminando segunda vez al cielo una mirada digna de

ella. Andrea entonces acabó de exasperarse.

—¡Ni siquiera se os ha pasado por la cabeza, exclamó, la idea de invitar á mi hermano á que viniese á cenar con su hermana, y habeis tenido valor para dejarle á la puerta como si fuera un perro! Pobre hermano mio, como te estamos engañando! Vaya que teneis vos un modo lindo de tratarle!..... Mira, Bellah! tu tia ya comprendo que lo haga; pero tú, tú que no ignoras cuánto Hervé te...

La voluntariosa niña pareció mostrarse vacilante en acabar de pronunciar una frase, cuya esplosion pareció al mismo tiempo hallarse dispuesta á conjurar su hermana mayor, que la dirigió una mirada impregnada de altivez y dulzura.

—Yo no he echado en olvido nunca, dijo Bellah, que el comandante Hervé es el hermano de mi mayor amiga; y por lo mismo que no lo he olvidado ni lo olvidaré nunca, es por lo que hago violencia á mis naturales sentimientos, hasta el punto de tratar con miramiento, yo, noble y cristiana, á

un apóstata, á un caballero que ha mancillado su nombre.

—Corriente, dijo Andrea; pues ahora yo os aseguro tan de cierto como lo es el que vos acabais de hacerme echar en olvido diez años de cariño, que el apóstata y el mal caballero va á saber ahora mismo los planes que vos estais urdiendo en contra suya. Así sabrá tambien que él no es aquí el único traidor. Dejadme pasar, os digo!

—¡Andrea, dijo la señorita de Kergant; no hareis tal cosa!

—Si señora, que lo haré, replicó Andrea, que pretendia dar á entender mayor firmeza de carácter apretando fuertemente sus labios. Habeis pretendido hacerme sonrojar de mi hermano: pues bien; yo haré que vos tengais que sonrojaros en su presencia.

Beilah se asió aterrada y suplicante del vestido de Andrea, y cayó casi de rodillas delante de ella.

—¡Por lo que estimeis como mas sagrado, dijo; por la salvacion de tu alma, Andrea, te ruego que no vayas!

—No, no; quiero ir! Vos os habeis mos-

trado desapiadada; ahora me toca á mi serlo, y lo seré, respondió Andrea dando con la delicada planta de su pie un golpe en el suelo, casi ya fuera de si y sin sentido. Dejadme, dejadme, os repito.

Al mismo tiempo se abalanzó hácia la puerta. Bellah se alzó de la postura en que se habia colocado, y permaneció en una inmovilidad completa. Sus facciones se habian revestido de la pálidez del mármol de una estatua sepulcral; pero á traves de sus miradas, y por el sobrealiento comprimido que resonaba sordamente en su cuerpo, se dejaba ver claramente su alma de fuego y la cólera que abrigaba en su pecho.

De repente, levantando con un ademán verdaderamente regio el dedo índice de su mano derecha, y en tono reposado y solemne, dijo:

—Andrea de Pelven: ¿es esta la hospitalidad que ofreceis bajo el techo donde vivieron nuestros mayores? Este lugar será en adelante maldito por culpa vuestra; pero supuesto que el asunto de que se trata es de tanta importancia, supuesto que es pre-

ciso que así suceda, retiraos. Yo os evitaré la vergüenza de una delacion, y ya vereis como no me inmuto atrayendo el martirio sobre mi frente.

Henchida de entusiasmo, y con los labios trémulos, se dirigió Bellah hácia la puerta, junto á la cual estaba colocada Andrea, atónita y temblorosa. No bien la hubo tocado Bellah para separarla y abrirse ella paso, la pobre niña quedó sin aliento; cubriose su agraciado rostro de una palidez mortal; sus ojos se cerraron lánguidamente, y cayó desmayada en el suelo. Bellah, dejándose caer tambien de rodillas, recibió en sus brazos la cabeza de su amiga, y cubrió de besos la frente de tan delicada criatura.

—Cielos! dijo. Qué es lo que yo he hecho!... Andrea! Hermana de mi corazon! Dios mio, haced que vuelva de su desmayo! Querida mia, Andrea... soy yo; no ha sido nada! Por qué te has asustado? Creias acaso que yo podria enfadarme nunca contigo seriamente? Vamos, háblame, bien mio; pídemelo lo que quieras.

Andrea, vuelta en sí con un diluvio tal de caricias y tiernas atenciones, abrió los ojos, sonrió como á veces los niños cuando despiertan de su sueño, y apoyando un dedo contra su mejilla:

—Confíesame, dijo, que le amas.

—Sin duda, dijo Bellah, delira todavía Andrea; niña, ¿te sientes mejor?

—Un poco mejor si le amas, y mucho peor si no le amas, replicó Andrea.

—Dios mio! Dios mio!

—Si le amas, tu Dios será el suyo y suya tu ley, dijo Andrea.

Y luego levantándose de repente y echándose al cuello de Bellah, continuó:

—Mira: yo no exijo de tí que te asomes á la ventana y grites: — «¡Comandante, yo os adoro!» Pero es muy justo que le proporciones alguna alegría despues de tantas desgracias como sobre él han caido... Sí, preciso es proporcionarle alguna alegría. Veamos, ¿cual podria ser esta?

—Lo que es yo por mi parte no caigo...

—Ah! yo sí, prosiguió la jóven arrancando la pluma blanca del sombrero de Bellah:

¿qué triunfo mayor, hermosa mía, que el de hacer llevar los colores de la casa real á un oficial republicano?

Este hábil compromiso no agradó á la señorita de Kergant. Así fue que se lanzó hácia su hermana adoptiva con ánimo de apoderarse de la pluma de que pensaba usar tan traidoramente; pero Andrea, mas ligera generalmente en sus movimientos que su amiga, habia ya entreabierto la ventana, por manera que Bellah no llegó á tiempo sino para dar con su presencia una significacion mas preciosa á la leve prenda que caia revoloteando sobre la cabeza del comandante Hervé. Andrea soltó la carcajada, y la señorita de Kergant se retiró precipitadamente de la ventana, levantando los hombros con aire de despecho y de dignidad.

Hubiera podido creerse, sin embargo, que el encantador proyectil que yacia á los pies del comandante estaba dotado de la facultad de hechiceria, pues no bien sintió el jóven su casi imperceptible choque, parecia haber echado raices en el sitio

en que aquel acontecimiento le detuvo. Conocía que debían de estar observándole desde la ventana, y permanecía víctima de una verdadera angustia, con los ojos fijos en la misteriosa pluma, sin osar cogerla, ni tampoco dejarla. Si se apoderaba de ella con transporte ¿qué ridículo no pesaría sobre él si hubiese caído por casualidad ó fuese resultado de alguna travesura de Andrea? Si, por el contrario, se alejaba fingiendo indiferencia, ¿no podía resentirse aquella de quien esperaba en el fondo de su alma que procediese este discreto mensaje?

Colocado entre dos extremos opuestos, se decidió por un término medio. Cogió, pues, la ligera pluma con la punta de los dedos, no con la amorosa precipitación de un amante, sino con la indiferencia de un hombre que encuentra alguna cosa que despierta su curiosidad. Prosiguió su camino examinando el hallazgo con perezosa naturalidad, ni mas ni menos que si hubiese dicho en su interior:—«¡Calla, es una pluma de avestruz!... ¿De dónde diablos habrá caído? ¿Quién podía esperar encontrarse una plu-

ma de avestruz en esta parte del mundo?» Mas apenas se vió libre de toda mirada curiosa, por haber doblado la esquina, cambió repentinamente de resolucion, y besó una y mil veces la pluma. Momentos despues, riéndose de su debilidad, separó las presillas de su uniforme, dobló en cuatro partes el precioso mensaje, y le hizo pasar inmediatamente al estado de reliquia.

Despues de haber escondido su tesoro con la misma espresion de rostro que se oculta una mala accion, notando el comandante Hervé el reposo y el silencio que parecian reinar, tanto en la morada de las jóvenes como en las otras partes de las ruinas, se dirigió hácia el vestibulo de aquella mansion señorial, que era donde Francisco habia buscado un abrigo contra el relente de la noche. Subia el joven comandante las gradas que formaban el umbral del vestibulo, cuando el último movimiento nacido de la prudencia, le hizo volver la vista hácia el murallon aislado, en cuyo pie habia terminado de una manera tan enigmática la caza de las lavanderas.

Hervé habia escogido por sí mismo el soldado que habia de reemplazar al primer centinela en este importante puesto, y que era un jóven granadero, cuyo valor é inteligencia le eran particularmente conocidos. Por mas que hizo no pudo divisarle; pero por encima de los escombros colocados en el sitio en que le buscaban sus ojos, vió una tela blanca, que parecia ser agitada con ánimo de llamar su atencion.

Hervé se apresuró á bajar las gradas, y se dirigió hácia la poterna rápidamente, aunque con cautela. Cuando no le separaba ya de ella mas que la distancia de unos diez pasos, pudo distinguir al centinela que, habiéndole reconocido á su vez, quitaba el pañuelo que habia colocado en la punta de la bayoneta, y se limitaba á hacerle algunas señas con la mano, como para excitarle á redoblar la actividad y el misterio. Dos segundos despues estaba Hervé cerca del muro y al lado del soldado.

—Vamos, Roberto; dime qué hay de nuevo, dijo en voz baja, despues de haberse convencido de que estaban completamente solos.

—¿Qué hay, decís, comandante? respondió el soldado, articulando apenas sus palabras con cierto espanto mezclado de alegría. Hay que solo depende de nosotros el coger á la urraca en el nido, y al rey en su trono, y á los cortesanos en su cueva. Se trataba nada menos que de tragaros, aunque hubiéseis sido tan corpulento como una catedral y tan largo como de aquí á China. Se os hace traicion.

—¿Traicion? ¡cómo! ¡Por quién! ¡Habla pronto, habla! exclamó Hervé.

—¡Mas bajo, comandante; mas bajo! Hé aquí la historia. Paseábame tranquilamente con los ojos fijos, segun vuestras órdenes, en el bosque de Pinabetes; pero ¡cuerno! no es allí donde está el enredo. De repente, ¿qué fue lo que oí por detras y por encima de mí? No podia adivinarlo... era un gran ruido de voces parecido al que forma la vocingleria de los abogados. Mas yo que deseo naturalmente instruirme, me volví de un lado, me volví del otro, y por último hé aquí que meto las narices en el quid de la dificultad, y...

Calló de repente el soldado, y permaneció con la boca entreabierta, sobrecogido de terror. Un instante despues le vió dar Hervé un salto hácia atras, y caer pesadamente en tierra. En el mismo instante sintió cerca de su oido la esplosion de una arma de fuego, y experimentando en la cabeza una ruda conmocion, cayó á su vez privado de sentido á algunos pasos del granadero.

Entonces un hombre de talla atlética, el mismo que habia cometido este doble atentado con tan cruel acierto, abandonó el pie del muro de donde parecia haber salido, y dirigió hácia el castillo una mirada investigadora. Durante este tiempo otro individuo, de apariencia mas delicada, se inclinó sobre el inanimado cuerpo del comandante, y le reconoció la cabeza con interes.

—No está herido, á lo que creo, dijo una voz de dulcísimo timbre.

—La denotacion ha sobresaltado á sus compañeros, dijo el otro, y van á precipitarse hácia aqui. Esto nos indica que debemos

ir á otra parte. Al acabar de pronunciar estas palabras, se introdujo seguido de su compañero en una gran abertura practicada al pie del murallon, que se cerró inmediatamente, sin dejar señal alguna de su presencia en aquel sitio.

—115—

CAPITULO IV.

No bien se dejó oír la detonacion, cuando todos los soldados, precedidos por Francisco, se lanzaron en desórden hácia el lugar de donde parecia haber partido la señal de alarma. El jóven teniente arrojó un doloroso gemido al ver tendido sobre las ruinas el inanimado cuerpo de su amigo; pero su desesperacion se calmó cuando pudo observar á la luz de una antorcha que no tenia Hervé ninguna señal de herida.

—La mano que ha sacudido este trompis, dijo gravemente Broidoux levantando el som-

brero del comandante, que tenia todas las señales de una terrible presion; el puño, digo, que ha confeccionado esta tortilla, no está pagado ciertamente al brazo de una señorita.

—Preciso es todavía dar gracias á ese miserable, quien quiera que sea, respondió Francisco, porque al menos no ha querido verter sangre.

—Yo soy, por el contrario, de opinion, mi teniente, que ha vertido mas de un cántaro. Yo no sabía qué era lo que corria por debajo de mis pies; pero...

—¡Cielos! exclamó Francisco cayendo de rodillas junto al cuerpo de Hervé; preciso es que yo haya mirado mal; ¡eso anuncia una horrible herida!

—Horrible, en efecto, dijo Broidoux con un tono serio y triste, que no era habitual en él; pero no le buscáis donde está, mi teniente. Hé aquí el herido, ó, mejor dicho, el muerto, porque me parece que este pobre muchacho no volverá á manejar su arma... Ya ha hecho su última guardia.

Diciendo estas palabras, el sargento, con

ayuda de los soldados, procuraba levantar el cuerpo de Roberto, á quien un montón de escombros habia impedido encontrar hasta entonces.

—¿Muerto? ¿Estais bien seguro de que es cadáver, Broidoux? ¿No será posible hacer nada?

—Nada, como no sea rezar una oración por el descanso de su alma, ciudadano teniente. La bala, como aristócrata, ha escogido el mejor sitio; se ha alojado en el corazón. Es una lástima, continuó Broidoux, dirigiéndose á los soldados que le rodeaban, el ver que una avellana de plomo dirigida por un picaro cobarde entre tan fácilmente en el pecho de un jóven bizarro. ¡Daria con gusto mi ojo izquierdo por tener delante, aunque no fuera mas que durante dos minutos, al bribon que ha puesto su infernal dedo en el gatillo!.... Inútil es decir, ciudadanos, que no es cosa de dejar tendido ahí á nuestro camarada como si fuera una polaina vieja. Tendrá su lecho de seis pies de largo, como si hubiese nacido duque y par durante el antiguo régimen.

¡Voto al diablo! Yo queria mucho á este chico, compañeros; era un valiente. Verdad es que no vestia el uniforme de general en jefe; pero, lo mismo alrededor de la marmita que enfrente de la línea enemiga, era un placer tenerle al lado. ¿Podia darse un compañero de conducta mas irrepreensible?... ¡Qué diablos! Ciudadanos, bien puede caer una lágrima sobre un bigote cano sin deshonrarle, cuando se trata de dar el último adios á un amigo... ¡Ciudadanos! ¡Hé aqui chamuscado al pobre Roberto!

Así concluyó, pasándose una de sus mangas por los ojos el poco académico Broidoux. La solemnidad de la hora y del sitio; la presencia del cadáver, á cuyas facciones parecia prestar una vida fantástica el vacilante reflejo de las antorchas, y el respetado carácter del orador, contribuian á secundar poderosamente el efecto moral de su fúnebre improvisacion; los granaderos, que componian el seneillo auditorio de Broidoux, se miraron moviendo la cabeza con aire satisfecho, como diciendo que no podia desear

un panegirista mas discreto que su viejo sargento.

Durante este tiempo, habia conseguido Francisco restituir al sentimiento de la vida a su jóven amigo; pero la debilidad de Hervé no le permitia todavia responder á las repetidas preguntas del teniente. Algunos soldados, bajo la direccion de Broidoux, se ocuparon en abrir una fosa con sus sables, donde fueron sepultados los restos de su desgraciado camarada. Otros, formando con sus fusiles una especie de camilla, se disputaron el honor de trasportar al comandante hasta el castillo. Habian andado ya las dos terceras partes del camino, cuando el estampido cercano de otra nueva detonacion les detuvo súbitamente. Hervé hizo un movimiento para levantarse; pero cayó de repente quebrantado por este inútil esfuerzo. Francisco, dejando á su lado dos granaderos, se precipitó con el resto de su fuerza en direccion de la torre del castillo, detras de la cual habia sonado el tiro.

El centinela, colocado en este lado de las ruinas, fue encontrado en su puesto car-

gando de nuevo el fusil. Interrogado por Francisco sobre los motivos que le habian movido á dar este alerta, respondió que habiendo visto salir de repente del pie de la escarpa, sobre la que estaba situada la torre, una procesion de fantasmas blancas y negras, les habia dado el *¡quién vive!* y como no hubiese recibido respuesta, hizo fuego. El soldado añadió, con una ligera alteracion en la voz, que habian desaparecido de repente, como si se las hubiese tragado la tierra. Una espesa niebla que se levantaba de un pequeño riachuelo que corria al pie de la torre esplicaba naturalmente á Francisco la nueva desaparicion de su impalpable enemigo. Sin embargo, no fue dueño de dominar un movimiento de amargo despecho, y recomendando al centinela que tuviera la mas activa vigilancia, corrió á incorporarse con Pelven, que, repuesto enteramente de su aturdimiento, venia por sí mismo á su encuentro.

—No puedo dudar, dijo Hervé cuando se halló á solas con su amigo, que ignora mi hermana todo cuanto sucede, porque ella

misma me aseguraba esta tarde que, en su concepto, no corriamos ningun peligro, y yo la creo incapaz de mentir. La suposición que en mi entender tiene mas visos de verdad es á que hemos turbado el retiro de alguna banda de chuanes. Desgraciadamente no podemos pensar en perseguirlos, á causa de esta niebla.

—¿No os ha dejado entrever Roberto alguna especie de complicidad entre nuestras viajeras y los abogados del subterráneo?

—Así lo creyó el pobre muchacho, prosiguió Hervé, y el miramiento algun tanto brutal que ha usado conmigo bastariame á persuadirme de ello. No hay duda de que la canonesa es su cómplice; pero tampoco la hay de que mi hermana lo ignora.

—Ah! no vacilaria en jurarlo, dijo Francisco.

—Es inútil, contestó Hervé; pero observo que mi cabeza me duele mas de lo que quisiera. Tengo gran necesidad de descanso, y me voy á echar. Procurad dormir tambien.

Los dos jóvenes se separaron, despues

de haber convenido en ocultar á las mujeres, y sobre todo á Andrea, los sucesos ocurridos durante la noche, á fin de evitar, á las unas la inquietud, y la satisfaccion de un triunfo secreto á las otras.

Como se retirase Francisco despues de haberse separado del comandante por delante de la fachada principal, no pudo dejar de notar la tranquilidad absoluta que seguia reinando en esta parte privilegiada del castillo. Que los tiros y el alboroto que les siguió no hubiesen conseguido turbar el reposo de las dos jóvenes, podia muy bien explicarse por la profundidad de su sueño, que es uno de los privilegios de esta edad; ¿pero podian acaso invocar esta dulce excusa la canonesa y el guarda-bosque en justificacion de su sordera?

Su equívoca sensibilidad, aumentando las sospechas del jóven teniente, le inspiró una idea vengativa, de la que se apoderó con infantil alegría. Cogio, pues, una piedra, y asegurándose previamente de que nadie le veia, tomó la postura de David delante de Goliath, lanzó con fuerza el proyectil á la

ventana de la canonesa, y corrió á ocultarse de tras de un paredon, soltando, aunque muy bajo, una de esas carcajadas, que son mas familiares á los estudiantes que á los emperadores. Al ruido producido por los cristales rotos, que anunciaba el feliz éxito de la calaverada de Francisco, levantaron la cabeza con inquietud algunos soldados que estaban echados entre las ruinas; pero habiéndose sucedido un profundo silencio, acabaron por creer que habian sido juguete de una de las mil burlas que inventan los espíritus infernales de la noche para hacer rabiar á los pobres mortales, y volvieron á dormirse inmediatamente. En el mismo instante observó Francisco que se acercaba una sombra con precaucion á la destrozada vidriera, y creyó reconocer en ella el poco artístico perfil de aquella á quien principalmente se habia propuesto incomodar.

Viendo que la sombra de la canonesa acercaba algo parecido á una nariz uno de los vidrios intactos, se bajó Francisco y cogió otra piedra. En esta edad no hay piedad. Pero ya fuese que la piedra hubiese terminado

sus investigaciones, ya que hubiese sido guiada por uno de esos saludables presentimientos que el cielo, en su injusta misericordia, envía lo mismo á las viejas que á las demas criaturas, se retiró inmediatamente, y el negocio no tuvo otras consecuencias.

Tres horas despues de la conclusion inocente de este episodio estaban los soldados de pie, estirando al sol sus entorpecidos brazos. El guarda-bosque Kad ocupábase en ensillar los caballos con su gravedad habitual, mientras que Hervé y Francisco, algo separados, parecian empeñados en una discusion muy viva. El sargento Broidoux se quitó la pipa de la boca, acercóse con modestia á los dos oficiales, y saludando militarmente:

—Salud y fraternidad, ciudadanos, dijo. Heos aquí fresco y rosado como una manzana, mi comandante. Observo con placer que aquel puñetazo monstruo no os ha producido mayor efecto moral que el que os hubiera causado una caricia hecha por una linda muchacha... Pero ¿ha-

beis determinado que levantemos el campo sin tener el gusto de ver cómo está adornado el elegante tocador de esas señoras lavanderas?

—Eso es precisamente lo que yo decía al teniente, contestó Hervé. Aunque haya motivos muy fundados para creer que se han marchado ya esos bribones, siempre es oportuno que examinemos su albergue.

—Sea enhorabuena, prosiguió Francisco. ¿Quién os dice lo contrario? Lo que yo deseo únicamente es que os acompañemos todos, porque no es justo que corrais solo el albur de caer en una celada.

—¿Y dónde diablos veis una celada? respondió Hervé. ¿No os he enseñado ya al pie de la torre la puerta por donde salieron, y que han dejado abierta de par en par? Si esto es una celada, no cabe duda que es ingeniosa. Encended una antorcha, Broidoux! Por última vez digo que no quiero que ninguno de nuestros hombres comprometa uno solo de sus cabellos en este negocio. Bastante es; mejor dicho, demasiado es que tenga que echarme en cara la muerte de Roberto.

—Permitidme, ciulladanos, dijo Broidou, que volvía con una antorcha encendida en la mano y otras dos debajo del brazo; permitidme, repito, que os ponga de acuerdo. Vamos los tres: ¡qué diablos! Si hay mujeres, solo tendrán motivo de regocijarse con esta determinacion.

Hervé, á pesar de su deseo por visitar solo el sospechoso subterráneo, consintió en el arreglo por no manifestar desconfianza con nuevas repulsas hácia su leal sargento. Habiendo los tres costado la torre, empezaron á bajar penosamente el suelo inclinado y desigual del subterráneo, agarrándose á los achaparrados arbustos que crecian por entre las hendiduras de la roca. Momentos despues se encontraron á algunos pies encima del fondo de una quebrada, y delante de una pequeña puerta que el comandante Hervé habia descubierto desde arriba, la que estaba colocada de tal modo, que no podia ser descubierta fácilmente por el lado de la llanura. Esta puerta, perfectamente incrustada en la roca, cerraba la entrada de una caverna estrecha y oscura.

Hervé penetró encorvándose con su antorcha en la mano, seguidos de sus dos compañeros. Después de haber dado algunos pasos, les condujo este pasillo á una vasta sala abovedada, cuyos arcos, perfectamente conservados, le prestaban un carácter de sombría elegancia arquitectónica. Algunas teas humeaban todavía en su húmedo pavimento, y esta era la única señal por la que se hubiera podido averiguar la reciente estancia de seres vivos en aquel sitio. La cueva principal comunicaba por medio de cimbradas puertas con otras habitaciones mas pequeñas, en las que los dos jóvenes y el sargento continuaron su pesquisas. Hervé recorrió aquella parte del subterráneo que debía corresponder á el ala del castillo ocupada durante la noche por la canonesa. En el ángulo de un reducido cuarto iluminó repentinamente la roja luz de su antorcha los peldaños de una escalera de caracol, que se internaba en la bóveda. Subióla velozmente Hervé, pero notó que estaba rota hácia la altura de la bóveda, por haber sido arrancados cinco ó seis peldaños, que ya-

rian en su parte inferior, dejando un espacio imposible de atravesar. Después de un examen minucioso de estos fragmentos, quedó convencido Hervé de que habían sido separados durante la noche, y sus sospechas contra la astuta canonesa se corroboraron con este descubrimiento. Un escrupuloso registro hecho en la habitación de la anciana señora no hubiera dejado de aclarar las conjeturas del joven comandante; pero era tal su educación, que desvió con repugnancia lejos de sí, como contrario á las exigencias de su espíritu, el pensamiento de violar la alcoba de una mujer, aunque tuviera cien años.

Incorporóse Hervé en una cueva distante con el joven teniente, en el instante mismo en que acababa este de poner su mano sobre un cerrojo enorme que cerraba una especie de trampa ó de puerta ancha y baja, practicada en el muro, y á la que se llegaba por una rampa de tierna de rápida pendiente. Uniendo sus esfuerzos ambos jóvenes, consiguieron levantar la gran barra que servía de cerrojo, é inmediatamente bajó la

puerta á manera de puente levadizo, dejando entrar á torrentes de luz del día. La casualidad les habia conducido á la abertura misteriosa que tan á tiempo tragó á las lavanderas, y que dió paso al asesino de Roberto. Esta puerta estaba formada de gruesos tableros de roble, forrados en hierro por la parte interior y revestido por la exterior de una ligera capa de mampostería, que acababa perfectamente en el resto de la muralla. Aprovecháronse ambos jóvenes de esta abertura para salir; pero apenas pusieron sus pies en la tierra firme, se oyeron grandes gritos que salian del subterráneo, y ya se disponian á precipitarse dentro nuevamente, cuando apareció triunfalmente Broidoux, trayendo cogido por la oreja á un cautivo de inesperada especie.

A los gritos del sargento corrieron hácia el pie de las murallas los granaderos, el guarda-bosque y el brillante grupo de las emigradas.

El prisionero, que se hallaba en el centro del curioso círculo que le rodeaba, se

se ocupaba tan solo en frotarse tranquilamente los ojos, para disipar el deslumbramiento que la luz súbita del sol le habia causado. Era un niño de unos diez años, con ojos azules y agraciada fisonomía; sus negros cabellos, cortados en cuadro sobre su frente, flotaban por detras sobre sus hombros y espalda; llevaba, por último, un largo chaleco de lana oscura y anchos calzones. Al primer golpe de vista reconoció Hervé al niño, y lanzó en seguida á Kad una mirada mezclada de reconvencion y de lástima, á la que contestó el guia con un gesto de dolor casi imperceptible. Al mismo tiempo las mujeres cambiaban á hurtadillas miradas de tímida confusion.

—Habeis de saber, comandante, dijo Broidoux, que este producto de lavandera dormia ahí como una marmota sobre un monton de paja. Su mamá le habrá dejado olvidado en la gazapina. Yo le he dirigido, tanto con el gesto como de otra manera, algunas preguntas de politica; pero

este monigote parece completamente extraño á los usos del buen tono, porque ha permanecido mudo como un besugo.

Mientras hablaba el sargento, habia paseado á su alrededor el niño una mirada atónita, y cruzando despues los brazos por la espalda, dijo con una ingenuidad que, á la verdad, no dejaba nada que desear:

-- Oh! Qué caballeros tan guapos, y qué jóvenes tan lindas! Buenos dias, señores. Ah! Qué es lo que venis á hacer en este pais?

—Y qué es lo que tú hacias ahí, galopin? exclamó. ¿ que todavia nos vas á interrogar á nosotros?

Todas las dudas que podia conservar Hervé todavia sobre la doblez con que se procedia con él se hubieran desvanecido casi del todo delante de las conocidas facciones del niño cautivo; pero conmovido el joven oficial á la vista de la angustia que se leia en los pálidos y contraidos lábios de Kad, vacilaba en aprovecharse con rigor de su ventajosa posicion.

—Amiguito, dijo al niño: tienes un aire

demasiano despierto para representar bien el papel de tonto. Preciso es que digas la verdad, ó de lo contrario, ni aun tu edad será bastante para librarte de un castigo severo. Tú has pasado la noche en compañía de algunas gentes que tenemos mas de un motivo para suponerlos enemigos.

—Ya lo creo! murmuró Broidoux: aunque no fuera mas que por aquel brutal puñetazo...

—Silencio, sargento, exclamó Hervé. Vamos, dí, niño: ¿quién te ha conducido aqui?

—Han sido las fantasmas, dijo: las fantasmas del valle.

—Las fantasmas! interrumpió Broidoux; yo te daré fantasmas. Y fue alguna de ellas la que movió el gatillo?

—Silencio, repito por la última vez, ciudadano sargento, dijo bruscamente Hervé. Este asunto no os concierne; no perdamos tiempo en interrogarle: registradle únicamente. Este niño pertenece á la ley que ha sabido segar cabezas mas jóvenes, si bien me duele recordarlo; pero en esto de-

bieron pensar antes las gentes sin corazón que no han dudado en sacrificar á esa infeliz criatura.

—Si, sí! dijo el muchacho riendo; siga la zambra! La hada me salvará también. Aquí para entre nosotros, os diré que es mi mujer.

—Y hé aquí su regalo de boda probablemente, dijo Broidoux sacando del bolsillo del jóven prisionero un peon con su cuerda. Mejor hubieras hecho en entretenerte con este juego, que, aunque no es ninguna diversion de potentado, es, sin embargo, un recreo honesto y democrático. Cuando yo tenia la edad de este liron, me pasaba los domingos y resto de la semana jugando con un *ciudadano* de este calibre en el atrio de la iglesia. Esto era causa de que estuviese diciendo siempre el cura que yo acabaria por donde habia empezado; es decir, por la cuerda: todo porque un dia le clavé el peon en uno de sus zapatos de bebillas, ocurrencia que hizo reir mucho à mi padre, que era zapatero en aquel barrio.

Mientras pronunciaba las anteriores palabras, habia el viejo sargento liado magistralmente la cuerda alrededor del peon, hecho lo cual le despidió contra el suelo, observó un momento sus rápidas evoluciones con paternal sonrisa, se bajó de repente, le cogió según sus propias espresiones, en la palma de la mano, y continuó aplaudiendo con una dulce hilaridad las rotaciones infinitas del *ciudadano*.

Mientras tanto habian montado á caballo las mujeres, y habiéndose acercado Kad al comandante Hervé para tenerle el estribo, se inclinó este hasta el oido del breton, y le dijo á media voz:

—Ya estais severamente castigado por haberme engañado, Kad, y yo lo estoy tambien por haber confiado en vuestra buena fé.

Estremecióse el anciano guarda-bosque, y respondió con los ojos fijos en tierra:

—Si, señor: la prueba ha sido dura; pudiera haberlo sido mas si hubiéseis querido; lo sé muy bien; pero os habeis compadecido de un niño... Pensais llevárosle?

—El niño es muy débil, señor... Yo gozo mirándole, porque su difunta madre y él son dos en uno... Dicen que Aix se me parece; pero esa criatura es el vivo retrato de su madre. Es demasiado débil, señor, y si esto ha de acabar por una cárcel ó por...

El guarda-bosque calló llevándose la mano á la garganta, como si estuviese sofocado por la violencia de su emocion.

—Maese Kéd, contestó Hervé: demasiadas concesiones he hecho ya á antiguos sentimientos, de que por vuestra parte pareceis hacer muy poco caso. Podeis y quereis hacer, delante de estos hombres, una confesion franca y esplicita de todo cuanto pasa y se medita?

Despues de haber mirado el breton á su alrededor con aire de dolorosa indecision, levantó una mano hácia el cielo y dijo con tono firme:

—Cúmplase la voluntad de Dios!

—Soldados, á formar... ¡marchen! gritó Hervé.

—Comandante, dijo Broidoux llevando

cogido por el cuello al hijo del guarda-bosque: ¿pues no queria este titi mover las piernas para ir à reunirse con su esposa?

—Le pongo bajo vuestra custodia, sargento; desde ahora me sois responsable de él.

—En ese caso, acércate, pichon, prosiguió Broidoux cogiendo una larga y fuerte correa que habia servido para sujetar los paquetes. Pasó uno de los extremos de esta alrededor de su cintura, ató fuertemente con el otro el cuerpo del jóven cautivo, y en esta forma se incorporó con el destacamento que bajaba la colina de las ruinas, en medio de los últimos vapores de la mañana.

CAPITULO V.

¿No parece mucho mas ligero el pesado fardo de la vida cuando se pone uno en marcha, á pie ó á caballo, con el pecho lleno de un aire fresco como el rocío, bajo un cielo sereno y puro, y á los rayos del sol naciente, por medio de floridos valles y á la vista de mágicos y azulados horizontes?

En este instante de rejuvenecimiento y de bienestar, en que gozamos de toda la poderosa vivacidad de los órganos vigorizados por el reposo, experimentamos cierta

luminosa revelacion del valor de la existencia; nos admiramos de no habertlo conocido hasta entonces, contemplando el marco encantador en que Dios la ha colocado, y nos alegramos de haber nacido. Pero encontramos un hombre que nos habla del curso de la renta ó de las elecciones, y el encanto desaparece; el magnifico efecto de la creacion divina queda destruido.

La serenidad de estas deliciosas sensaciones se veia pintada en el rostro de nuestros viajeros. Hervé y el guarda-bosque eran los únicos en cuya frente estaba impreso el recelo. Hervé marchaba á algunos pasos delante, tratando de poner un poco de orden en su conmovida conciencia y en su atormentado espíritu. Despues de lo que habia pasado, podia abrigar alguna duda acerca de la naturaleza de la perfidia de que era él juguete, pero no sobre la perfidia misma. Sus derechos y hasta sus mismos deberes le ordenaban imperiosamente que retirasen su proteccion á personas que abusaban tan á las claras de su buena fe; cada paso que daba le hacia

cómplice de una traicion nueva, pero cierta. Por otra parte, interrogar con la severidad de un juez ó de un enemigo á aquellas mujeres con quienes le ligaban recuerdos tan queridos, era empresa superior á su fuerza; era, por otra parte, enterar á los soldados de una alevosía que habia causado la muerte á uno de sus camaradas; era, en fin, entregar sin remedio á las emigradas á las terribles consecuencias de unas leyes escritas con sangre. La misma Andrea podia encontrarse envuelta sin saberlo en aquellos peligros; y esto hubiera equivalido á vender á unas débiles mujeres, á vender su propia sangre: y á pesar de la severidad de sus principios, no estaba dotado Hervé del suficiente estoicismo para cargar su conciencia con uno de esos actos que las pasajeras exageraciones del frenesí político pueden considerar heróicas, pero á los que apatematizan y declaran infames las leyes eternas grabadas en el corazón del hombre.

Para no dejarse dominar por semejante ansiedad, tomó Hervé el partido de conti-

nuar hasta Kergant, confiando en que el cielo le proporcionaria ocasion de reparar este momentáneo olvido de un deber absoluto, y prometiendo ponerse, apenas llegase á disposicion del general, confesándole francamente sus faltas.

Mas desahogado entonces su espiritu, dirigió Hervé sus pensamientos hácia un objeto mas ligero, pero quizás menos delicado; á saber: hácia la pluma blanca que cayó de la ventana de la señorita de Kergant, y cuyo verdadero sentido era difícil de adivinar. ¿Era ciertamente de Bellah? Una rápida mirada bastó á asegurarle de que sobre el elegante sombrero de la jóven no existia ya la pluma que antes llevaba. Esta particularidad parecia decisiva; pero casi al mismo tiempo observó, no sin algun enojo, que tambien habia perdido su flotante adorno el sombrero de Andrea, y esto era suficiente para sembrar la duda. Mas esta que estaba en acceho desde el momento en que se pusieron en marcha, no dejó escapar la doble mirada de su hermano sin notarla. Asi fue que dió

inmediatamente un latigazo á su caballo, que avanzó hasta colocarse al lado del de Hervé:

—Hace una mañana, delicioso hermano querido, dijo. Pero, ¿sabes que tienes un sombrero singular?

A la palabra *sombrero*, Hervé, que empezaba ya á desconfiar algo de su hermana, sintió aumentarse su turbación, y se puso á silbar, refreando el caballo, como un pretesto para no responder; pero Andrea no era mujer que se desanimara por tan poca cosa.

—Querido comandante, tienes un *sombrero* singular... un singular *sombrero*...

—¿Y por qué es singular? dijo por último Hervé, viendo que no podía dejar de contestar.

—Por qué? Porque me parece demasiado bajo... Dime, ¿por qué no le pones una pluma?

Esta era, de todas las palabras de la lengua, la que mejor se prestaba para importunar á Hervé.

—Una pluma! prosiguió maquinalmente y á media voz.

—Pues!... eso es, dijo Andrea jugando en su silla.

—Has dormido bien esta noche? preguntó Hervé.

—Si, si, perfectamente, aunque he tenido una pluma, es decir, un sueño de todos los colores, ó como si dijéramos, con penacho.

—Y á propósito de plumas, ¿qué has hecho de la tuya?

—Cómo? Es cierto que no la llevo?.... Ah! sí, ahora recuerdo que el viento me la llevo ayer noche.

—Pues me parece que el viento no ha tenido mas consideracion con tu amiga?

—Já! já! exclamó riendo la jóven; ya dimos en el *quid* de la dificultad! No, el viento solo se ha llevado una; ¿pero cual? Esto es precisamente, ciudadano, lo que yo he prometido ocultarte, porque si te lo dijera, serias demasiado feliz, y hé aqui la razon por qué no te lo digo.

Cuando acabó de pronunciar estas palabras, volvió su caballo Andrea, y se dirigió al galope hácia donde estaban sus compañeras.

Mientras que el comandante Hervé olvidaba, absorto en contemplaciones mas dulces, los pesares inherentes á su equivocada situacion, estudiaba Francisco al soslayo, con mal disimulado placer, las facciones y maneras de la encantadora hermana de su amigo. El jóven ayudante parecia encontrar en este estudio tan particular interes, y se entregaba á él con tanta asiduidad, que no podia dejar de ser notado por la señorita de Pelven, aun cuando no hubiese estado dotada de gran facilidad de percepcion. Raro es que una mujer sepa atraerse las miradas de un hombre de educacion esmerada, cuando no ha hecho nada por su parte para conseguirlo; pero aun lo es mas que sepa producir el amor en el hombre que la juzga digna de aquella atencion. Y casi se puede añadir que si el observador forma, por razones políticas ó sociales, entre los enemigos de su

amada, esta circunstancia sirve solo para dar sabor mas picante á la adoracion. La airosa apostura de Francisco, su carácter turbulento y la coqueteria de adolescente que le enseñaba á retorcer su naciente bigote y á llevar inclinado el sombrero sobre su rizada melena, le daban una verdadera fisonomia de paje, sencilla, imprudente y graciosa á la vez. Por otra parte, la señorita de Pelven no tenia razon alguna para incomodarse por lo que pasaba. Solamente que, imitando á las demas jóvenes que conocen son objeto de una especial curiosidad, tan pronto se la veia mas grave y silenciosa que de costumbre, como aparecia dominada de una locuacidad alegre y juguetona, que comunicaba á su lenguaje y á sus maneras una actividad prodigiosa.

Francisco, que se creia ya enamorado hacia muchos siglos, pensó que podia pasar por tonto si no se declaraba inmediatamente de una manera significativa. Asi que, metió las espuelas á su caballo, pasó una y otra vez por delante de Hervé, como para adiestrar al fogoso alazan que mon-

taba desapareció durante algunos instantes detras de un monte virgen, y volvió á galope, ocultando con precaucion un ramo de violetas, de junquillos y de florecillas de brezo, acerca de las cuales habia oido hablar momentos antes con entusiasmo. Por dicha, Andrea precedia á la canonesa á la distancia de algunos pasos, y parándose Francisco delante de ella, dijo presentándola el ramo:

—Señorita, tengo el honor de entregaros esto de parte de vuestro hermano.

La mentira era de proporciones colosales. Si hubiese tenido tiempo Andrea de reponerse y de reflexionar, el jóven estaba perdido; pero la ignorancia del peligro y la temeridad que ella concede á los enamorados de la edad de Francisco, le aseguraron el privilegio muchas veces inapreciable de la sorpresa. Andrea tomó las flores, sin saber lo que hacia, y se inclinó dando las gracias con balbuceantes palabras.

Cualquiera conocerá que semejante escena no era de aquellas que la canonesa

podía contemplar con indiferencia; por lo que hizo tomar á su caballo un trote corto, llenando el aire de una nube de polvo perfumado; de suerte que se la hubiera podido seguir por la huella que dejaba, como á las diosas de la antigüedad: y fijando sus irritados ojos en el conmovido rostro de Andrea, dijo:

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué era lo que os contaba ese trovador patriota?

—Me suplicaba, señora, continuó Andrea, que os ofreciese este ramillete, en atención á no atreverse á hacerlo por sí mismo, á causa del respeto que le inspira vuestra fisonomía, en su concepto muy altiva... extraordinariamente altiva.

Durante estas palabras habia pasado el ramo de la delicada y aristocrática mano de Andrea á la arrugada de la canonesa. Francisco hundió sus espuelas en los hijares de su caballo, que se encabritó, tiró coces, y estuvo á punto de sacarle de la silla.

—¡Eh, caballero; jóven! dijo la anciana; ¿cómo se llama á estas gentes? ¿Amiguito mio? ¿Teniente?

—Ciudadano, señora, dijo Andrea.

—¡Señor ciudadano! exclamó la canonesa. Pero viendo de mas cerca las agraciadas facciones de jóven oficial, continuó. ¿Dónde habeis aprendido á ser tan respetuoso con las señoras?

—Al lado de mi madre, respondió secamente Francisco.

—Está muy bien dicho, contestó la canonesa y ahora conservaré vuestro ramo. Pero tengo el sentimiento de anunciaros que seguís una senda muy triste.

—¡Triste! Nada de eso, señora, dijo el jóven ayudante sonriendo, puesto que he tenido el honor de encontraros en ella.

—Hé ahí otra singularidad, respondió la canonesa. ¿Y cómo es que un hombre bien nacido, como pareceis vos, está al servicio de esos hombres descorteses y feroces, de esos seres rústicos y sanguinarios?...

—¿De la convencion nacional? añadió Francisco. Señora, á mi me gusta la guerra extraordinariamente, y como es natural, prefiero pelear en defensa de mi pais que en las filas de los batallones enemigos.

—Desgraciado! exclamó la canonesa: os han estraviado con huecas y pomposas palabras, cuyo verdadero sentido no podeis comprender; ¿pero cómo es que vuestra madre, de quien hablábais hace un momento?...

—Es verdad que he hablado de ella; pero, señora, os suplico que no hablemos mas, dijo precipitadamente Francisco. En el mismo instante, sus párpados, sombreados de largas pestañas como los de una mujer, se cerraron con precipitacion para detener dos lágrimas que rodaban ya por sus mejillas.

Un corto silencio siguió á esta expresion involuntaria de un dolor misterioso. Tomando Andrea la palabra de improviso con una aparente indiferencia que desmentian sus húmedos ojos:

—Tia, dijo: á qué huelen esos junquillos? Y diciendo estas palabras, arrancaba de entre las manos de la canonesa dos ó tres flores, que guardó cuidadosamente despues de haber aspirado su olor. Francisco correspondió á esta delicada accion con una

mirada, cuya tierna espresion cubrió de carmin el rostro encantador de la que le habia proporcionado tan dulce consuelo. En este momento un accidente del terreno obligó al jóven oficial á separarse de las dos mujeres, y Andrea estuvo muy lejos de incomodarse por ello.

El paso que atravesaba el destacamento habia cambiado poco á poco de aspecto. Ya no enristecia la vista la escabrosa desnudez de las montañas; el horizonte se limitaba; los caminos se regularizaban entre setos vivos, levantados como trincheras naturales y sostenidos de trecho en trecho por árboles corpulentos cargados de hojas; estos setos servian de vallado á campos ó praderas plantados de manzanos de blancas y encarnadas flores. Al ruido producido por los eaballos, avanzaban grandes bueyes con la cabeza baja á través de los tallares, mirando á los viajeros con aire melancólico. Por uno y otro lado aparecian entre los árboles chozas bajas, revestidas de una cubierta de liquen y de musgo. Acercándose y confundiéndose

à cierta distancia los robles de los setos y manzanos de los campos, parecian cubrir toda la campiña como una espesa selva, en medio de la cual la delicada aguja de los campanarios indicaba de vez en cuando la plaza de un lugar.

Pero los sentimientos de paz y de felicidad que despertaba este pasaje campestre cedian ante recuerdos recientes y dolorosos impresos à cada paso en ruinas, edificios incendiados ó largos cerros llenos de tùmulos. La naturaleza poderosa de este privilegiado suelo se esforzaba en vano, como movida por un maternal pudor, en cubrir de flores y de dulces imágenes las huellas de los crímenes y de las desgracias de los hombres: los campos permanecian sin cultivo, porque aquellos que debian cultivarlos abonaban con sus despojos los inútiles surcos. De vez en cuando oian los viajeros un hondo sollozo, ó el sordo murmullo de una voz que salia de detras de un zarzal, y poco despues veian algunas mugeres y niños arrodillados llorando y orando, verdaderas efigies vi-

vas sobre tumbas ignoradas.

Los troncos de árboles rotos, las ramas destrozadas, los siniestros boquetes de los setos, las señales todavía frescas de los miembros del moribundo en las postreras agonias, y el extraño color del barro de las zanjas, denunciaban de trecho en trecho el teatro de uno de esos combates en que la gloria del vencedor, sea el que fuese, desaparecía ante el crimen del fratricida.

—Preciso es confesar, comandante, que la guerra civil es una cosa horrible, dijo de repente Francisco, rompiendo el silencio, bajo el cual había disimulado hasta entonces, como todos los demás, los tristes pensamientos que asaltaban la imaginación á la vista de aquellos espantosos vestigios.

—Mejor hariais en decir civil ó extraña. ¿Creeis que haya desgracia en aquella que no lo sea tambien en esta? El crimen, si lo hay, ¿concluye acaso en el poste que señala las fronteras? ¿Creeis que los

dolores y las maldiciones sean menos amargos ó menos legítimos porque se espresan ya en una lengua ya en otra? El espíritu humano necesita siglos para generalizar la idea mas sencilla: únicamente le es dado descubrir las verdades poco á poco, y solo descubre en un principio aquellos detalles que de mas cerca le interesan. Se llama absurda y bárbara preocupacion al duelo entre hombre y hombre, y no se vacila en considerar como razonable y justo el duelo entre pueblo y pueblo, que no es mas que la aplicacion del mismo principio en mayor escala. ¿A qué llamamos guerra civil nosotros, los hijos de esa filosofia cristiana, segun la cual la humanidad no es otra cosa que una gran familia? Si la tierra es, pues, una patria, de la que somos ciudadanos los hombres, toda guerra tiene que ser civil, toda guerra tiene que ser una ridicula y bárbara estravagancia.

—Y sois militar sin embargo? dijo Francisco mirando á Hervé con alguna sorpresa.

—El momento en que se abre paso una

verdad, es el mismo de su aplicacion, respondió el jóven comandante. Es lleito pensar de distinta manera que los demas; pero es preciso obrar como ellos.

—Pero al menos, Hervé, ya ha concluido esta horrible guerra.

—Si, por algunos dias, por algunas horas quizás, respondió melancólicamente Hervé.

No estará de mas que digamos aquí en qué motivos se fundaba esta opinion del jóven comandante, que era la misma que abrigan los jefes de ambos partidos, y que los sucesos vinieron á justificar muy pronto. Los tratados de La Faunaye, de Mabilaye y de Saint-Florent, firmados sucesivamente por Charetti, Cormatin y Stofflet, es cierto que parecian haber comprendido en la pacificacion todos los paises insurgentes: á saber: el Anjou, la Bretaña y la Alta Vendée; pero los representantes y generales republicanos conocian demasiado bien las intrigas perseverantes de los agentes realistas de Paris y de Lóndres para tener otro objeto al proponer este armisticio que

el de aumentar las divisiones en las filas de los rebeldes, y separar de la guerra á los campesinos por medio del gusto que poco á poco fueran tomando á sus tranquilos trabajos.

Por otra parte, la misma exageracion que se echaba de ver en las ventajosas condiciones concedidas á los realistas en las cláusulas públicas ó secretas de estos tratados, hubieran bastado para desconfiar de los jefes de este partido, aun cuando hubiesen procedido con una sinceridad que no permiten suponerles los documentos menos ocultos de la historia. La amnistía pudo sin duda ser propuesta y aceptada con buena fe reciproca; pero no se puede decir lo mismo de aquellos artículos que, organizando el cuerpo de guardias territoriales, compuesto de los vendeanos y chuanes mas aguerridos, á las órdenes de los jefes realistas, tendian á introducir un estado dentro de otro estado, y un foco permanente de rebelion en el seno de la república. No sucedia lo mismo con las otras concesiones secretas é inauditas, entre las cuales se con-

taba el empeño formal contraído por parte de los republicanos, por el que se obligaban á entregar al jóven Luis XVII á los jefes armados en su nombre, y cuya autenticidad no se ha acreditado todavia sino por medio de un testimonio imperial. No se concebiria la credulidad de los jefes vendeanos en vista de estas inverosimilitudes politicas, si no se supiese ya que, fingiendo tomarlas al pie de la letra, probaban por otra parte con sus secretos manejos que les daban su verdadero valor.

Esta paz, por último, no era otra cosa, al menos en concepto de los que la habian concluido, que una suspension de armas que creyeron conveniente á sus miras ambos partidos. Sin embargo, lieito es creer que algunos jefes realistas pugieron juzgar serias y obligatorias sus mas increíbles obligaciones de estos tratados verdaderamente sospechosos.

Preciso era recordar este episodio histórico para facilitar la comprension de lo que sigue; pero no se vaya á creer, en vista de semejante digresion, que esta no-

vela tiene la menor pretension en este sentido: ese seria un título que no puede llevar de ningun modo y que nos empeñaria en una obra cón mucho superior á nuestros conocimientos y á nuestras fuerzas. Una ficcion, sea de la naturaleza que quiera, no debe chocar de una manera inconveniente con la verdad de su época, ni con las costumbres cuyo colorido trata de reproducir; pero su misma frivolidad creemos que nos dispensará de mayores escrúpulos.

La caravana hizo alto en una aldea durante una hora para comer y descansar, y luego continuó su marcha hasta la noche, sin otro incidente que el encuentro de algunos cantones republicanos, con los cuales cambió las palabras prescritas en la ordenanza. Empezaba el crepúsculo á dibujar mas claramente en el cielo los contornos de los objetos que se descubrian en el horizonte, cuando el tímido Colibri dirigió la siguiente pregunta al circunspecto Broidoux:

—¿Estoy equivocado, mi sargento, cuan-

do me figuro que la América es un país eu que los hombres son monos?

El sargento levantó los hombros con brusco movimiento, que hizo estremecer de rechazo al pequeño cautivo de largos cabellos que llevaba á remolque.

—Anda, bigardo! dijo Broidoux.—Te diré, Colibri, desde luego, y como por vía de preámbulo, que este diminuto federalista empieza á romperme el espinazo. En cuanto á la idea que te has formado de América y sus habitantes, á quienes crees monos, te haría pasar por asno en cualquiera sociedad...—Andarás alguna vez, bribon! Tira otra vez de la cuerda, y te aseguro que conocerás la configuración de mi pie...—No existen monos, Colibri; esa es una bestia inventada por los curas y los tiranos para humillar al hombre libre. La América, Colibri...—Tiras todavía de la cuerda, galopin!...—La América, precoz discípulo, es como te digo...—Arreeé!..... Pequeño Coburgo...—Ahora podremos hablar con comodidad, y...—Muy bien! No pesas mas que una pluma...—Con comodi-

dad y desahogo, mi amigo Colibri... —Veintemil solideos! Dónde está el hijo del chuan! Voto al diablo! Ha cortado la cuerda! Detenedle, detenedle!... Va hácia la derecha!

En efecto, el niño acababa de aprovechar las primeras sombras de la noche para realizar una evasión, cuyos medios ideó cuando estuvieron detenidos para comer, y se alejaba á todo correr por una heredad labrada que un estrecho foso separaba del camino. Broidoux saltó aquel, y se precipitó en seguimiento del fugitivo, seguido de los soldados, que daban grandes gritos; pero no se hallaba todavía á la mitad de la heredad, cuando ya habia escalado el niño el seto que la cerraba por el lado opuesto, y que estaba contigua á un espeso bosque. Volvióse cuando se vió dueño de esta posición, é hizo una señal con la mano como si deseara hablar. Unos diez fusiles apuntaron en la direccion del chico.

—Qué es esto? exclamó Broidoux jadeando; ¡al primero que haga fuego le aplasto! Hay entre nosotros algun matador de niños? Habla, alhaja.

—Tened cuidado de que no se os pierda mi peon, exclamó el cautivo escapado. Después se internó en el bosque, y desapareció.

—Vamos, dijo Broidoux volviendo hácia el camino seguido de sus camaradas, que podian apenas contener la risa; no tengais empacho, pichones. ¿Se atreverá alguno de vosotros á venir á hacerme cosquillas en la punta de la nariz?... Tu peon, tuno? añadió el viejo sargento entre dientes. Que yo viva lo bastante para encontrarte con barbas, y si no te hago tragar tu peon con la cuerda, y las barbas, y...

—¡Muy bien, sargento! exclamó Hervé; que con trabajo disimulaba la satisfaccion que le habia causado el resultado de la aventura: ¿os habeis pasado á los realistas?

—Ciudadano comandante, respondió Broidux algo amostazado; si quereis dar á entender que estaria muy puesto en razon fusilar á un tonto, que me alejen cinco balas en la cabeza, y todo queda concluido. Pero yo no veo razon.

—Ni yo tampoco, buen Broidoux, dijo Hervé. Sé lo que valeis delante de un hombre. Dejemos las mujeres y los niños á esos carceleros y verdugos que deshonran á la república.

Completamente rehabilitado el viejo sargento á los ojos de sus inferiores con las palabras de su jóven comandante, desató la inútil correa que ceñia su cintura, y la hizo servir para convencer á los soldados mas risueños que no habia olvidado su indiscreta alegría. Fue interrumpido en esta inocente distraccion por el guarda-bosque Kad, que tendiéndole cordialmente la mano le dijo:

—Quizás no pensamos lo mismo en muchas cosas, camarada; pero todo cuanto yo poseo estará siempre á disposicion del hombre que reserva piedad en su corazon para las criaturas.

El sargento quedó mas sorprendido que enfadado con este preámbulo, y recogiendo un poco en sí mismo, estrechó con tal fuerza la mano que se le presentaba, que poco faltó para obligar á dar un grito de

dolor al breton.

—Todos los valientes, dijo gravemente, tienen las mismas ideas sobre ciertos puntos.

Volvieron á continuar su marcha, y de allí á un momento no se volvió á oír otro ruido en la columna que el producido por las pisadas, á causa de la doble influencia ejercida en la organizacion de todos por la fatiga y por la noche. Notando mas de una vez Hervé que Andrea se tambaleaba en su silla, como si no pudiese resistir á la fuerza del sueño, se colocó á su lado, y la sostuvo con tierna solicitud. La hermosa jóven, viéndose objeto de tan cariñosa proteccion, se abandonó con sencilla confianza á un adormecimiento que aumentaba en vez de interrumpir el sosegado paso de su caballo, y no se despertó sino cuando llegaron á su oído los sonidos distintos, aunque lejanos todavía, de una pequeña campana que daba las once. Andrea las oyó con atencion, y arrojando de repente un grito de alegría:

—¡Vamos, Bellah! dijo: ¡ahí está Ker-

gant! Es la campana de la capilla. Hermano querido, deseo llegar antes que nadie; ¿me lo permites? Y sin aguardar respuesta, la graciosa niña se lanzó al galope por una larga y sombría avenida, á cuyo fin se veían brillar entre los árboles luces parecidas á las fosforescentes que producen algunos gusanos ocultos en la yerba.

El castillo señorial de Kergent era de aspecto austero y casi claustral. Presentaba la forma de un triángulo equilátero, cuyos lados estaban cerrados por unos altos torreoncillos rematados en agudas flechas. Sus cimientos se hundían en los fosos llenos de agua; pero un puente permanente reemplazaba al levadizo, y conducía á la puerta principal. La capilla, cuya campana se acababa de oír, se elevaba hácia la derecha del castillo sobre un montecillo, cuyos lados estaban tapizados de césped.

Muchos otros edificios que servían de cortijos y cuadras contribuían con la capilla á formar un espacio cuadrado delante del castillo, que hacía veces de patio. En medio

de él, algunos criados con hachas encendidas escuchaban con respeto las órdenes que les daba un hombre cuya edad había encanecido sus cabellos, sin conseguir encorvar su aventajada talla, ni aflojar los músculos de su enérgico y severo rostro. El marques de Kergant estaba completamente vestido de negro, y tenía atado un crespon al brazo y otro símbolo semejante de duelo en el puño del cuchillo de caza que pendía de su costado. Andrea y Bellah bajaron al mismo tiempo del caballo, y el marques las estrechó á la vez contra su pecho. La canonesa llegó en seguida, y se arrojó en sus brazos, diciéndole despues algunas palabras al oido. El anciano se adelantó acto continuo hácia la doncella escocesa, y la designó el castillo con la mano, inclinándose con una política ceremoniosa. La hija de los Mac-Gregor cogió el brazo de la canonesa, y se dirigió con ella hácia la entrada del castillo.

—Seguidlas, hijas mias, dijo el marques; debeis estar muertas de fatiga.

—Disimulad, padre mio, exclamó Andrea

con tono suplicante, hay aquí alguno... ¡Dios mio!... Alguno...

—Marcha, hija mia, prosiguió el marques. Ya está dispuesta la habitacion de tu hermano.

Andrea llevó aceleradamente á sus labios la mano de su padre adoptivo, la humedeció con sus lágrimas, y se retiró con su amiga. Mr. de Kergant siguió á sus hijas hasta el puente que habia echado sobre el foso. Al llegar allí se paró, colocó sus gentes á la espalda, y esperó.

En este instante entraba en el patio del castillo el destacamento republicano. Hervé echó pie á tierra, y se adelantó hácia el marques, víctima de una emocion que apenas podia dominar. Francisco y los soldados le seguian á una distancia corta. Cuando llegó á la puerta se descubrió, y saludó profundamente al anciano.

—Caballero, dijo el marques devolviéndole el saludo: os doy las graeias.

—Desearia, señor, replicó Hervé, que me fuesen dadas de tan buena voluntad como yo procuro merecerlas.

—Estad seguro, ciudadano comandante, pues este, y no otro, es vuestro título, contestó el marques, que yo no soy de aquellos cuyos labios dicen una cosa cuando su corazón les dicta otra. Permitidme que ofrezca hospitalidad, por esta noche, al hijo del conde de Pelven.

Hervé se sorprendió y ofendió del acento amargo y altanero con que fueron pronunciadas estas palabras.

—Señor, dijo: tengo que pedir os el mismo favor para mi teniente y mis soldados.

—Y estos señores sabrán concederse á sí mismos el permiso, aunque yo se lo niegue, ¿no es verdad?

—Por piedad, señor...

—Eso es justamente lo que yo desearia ver, continuó el marques levantando la voz. He hecho el juramento de no consentir jamás que penetre bajo mi techo, mientras yo viva, ninguno de los asesinos de vuestra pretendida república, y harto es que quebrante mi juramento en favor del hijo del conde de Pelven.

Al oír este provocativo insulto, estalló en las filas de los granaderos un murmullo de cólera. Hervé les impuso silencio con la mano, y volviéndose hácia el marques:

—Me sería lícito preguntaros, dijo, si hicisteis ese juramento el mismo día en que firmásteis un tratado con nuestros representantes, y en que aceptásteis la amnistía de nuestra pretendida república?

—No! exclamó con energía Mr. de Kergant; le hice el día en que teñisteis vuestras banderas con la sangre de vuestro rey, y le he renovado ayer mismo, que fue el día en que supe el caso que se debe hacer de vuestra palabra, cuando no habeis vacilado en asesinar cobardemente en su prision al hijo del mártir, ya no hay tratados, ya no hay paz.

—Basta.

—Entrad, ciudadano Hervé, y no temais nada; pero no pidais mas.

—No creo que seais capaz de pensar con seriedad que aceptaré semejante hospitalidad, dijo Hervé con una sonrisa cuya

tranquila política sonrojó las mejillas del anciano gentil-hombre. Puesto que me hallo en tierra enemiga, sé cómo debe pasar la noche un soldado. Seguidme, valientes; vivaquearemos juntos.

Los granaderos respondieron con una aclamacion unánime, y siguieron á su jóven jefe, que se alejaba del castillo á precipitado paso.

—Mi comandante, dijo Broidoux: no estaria tan altivo si no tuviese en sus cuevas algunas docenas de chuanes. Pero es igual: decid una palabra, y veremos quién duerme fuera.

—No, respondió Hervé; todavia osarian decir que violamos los tratados. No estoy por otra parte incomodado por la recepcion; al contrario, ella me evita... ¿Pero quién es ese que nos sigue? Ah! Sois vos, Kad? Hacedme un favor, amigo; tened cuidado de nuestros caballos. Creo que esos pobres animales no estarán comprendidos en el juramento.

—Lo haré como deseais, señor. ¿No se os ofrece nada mas?

—Estos valientes muchachos tienen el estómago vacío, mi buen Kad. Id al lugar, y traedles algo para cenar. Nos encontrareis en la montaña de las Piedras. Tomad mi bolsa.

—Pero, Sr. Hervé...

—Tomad mi bolsa os digo, y por vuestro bien pagadlo todo, aun cuando debiéseis poner el dinero en la mano de ese anciano.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

—Estos valientes muchachos tienen el estómago vacío, mi buen Kad. Id al lugar, y traedles algo para cenar. Nos encontramos en la montaña de las Piedras. Tomad mi bolsa.

—Pero, Sr. Hervé...

—Tomad mi bolsa os digo. Y por vuestra bien pagado todo, aun cuando debéis poner el dinero en la mano de ese cuando.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

BELLAH.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637

BELLAH,



NOVELA

POR M. OCTAVIO FEUILLET.

TOMO II.

SEVILLA:

Imprenta de D. José María Atienza, calle
de las Sierpes, número 5.

1851.

BELLA

NOVEL

THE BELLA

NOVEL

BELLA

THE BELLA

NOVEL



CAPITULO VI.

Guiados por los recuerdos todavia vivos de su infancia, entró el comandante Hervé seguido de su tropa en un dédalo de senderos que les condujo, despues de algunos minutos de marcha, al pie de una colina escarpada y desierta. Aparte de las copas de algunas aulagas, la única vegetacion que brotaba en el ingrato suelo de aquella montaña era una yerba fina y res-

baladiza como el musgo que la cubria desde la base hasta la cúspide, y sobre la que apenas tenia el pie donde fijarse. Ademas no se veia ninguna roca, ni aun el mas pequeño guijarro que justificar pudiera el nombre de montaña de las Piedras que le habia dado Hervé. Los soldados se detuvieron, dudando en subir tan árida pendiente, tristemente barrida por el viento de la noche, y que parecia, entre todos los sitios del mundo, el menos apropiado para darles abrigo.

—Tened paciencia, amigos míos, dijo el jóven; os preparo una sorpresa al llegar arriba.

Los soldados subieron entonces resueltamente por el primer camino que se ofreció á su vista. Hervé les seguia, cuando los ecos de una voz que le llamaba por su nombre le detuvieron de repente.

—Es vuestra hermana, dijo Francisco.

—Sí, sí: esto debia suceder, murmuró Hervé. Dirigidles, amigo mio; yo me incorporaré pronto con vosotros.

El jóven teniente se alejó, y en el ins-

tante mismo caía Andrea desvanecida y sin aliento en los brazos de su hermano.

—Vamos, niña; vamos, dijo Hervé: ya debíamos esperarnos lo que sucede. No llores, ángel mio; te lo suplico.

Andrea levantó la cabeza para responder; pero otra nueva explosión de dolor la volvió á echar sofocada y palpitante en el pecho de su hermano.

—Pobre niña! Vamos, ten algun valor, murmuró Hervé.

Despues, dirigiéndose al cielo con el rostro contraído por un movimiento súbito de desesperacion, mientras que Andrea seguia sollozando, como si su corazón estuviese próximo á estallar sobre el de su hermano:

—Dios mio! dijo: ¡llora por la paz! Escuchadla, Señor! Acabad para siempre con nuestras discordias, Dios de bondad!

—Llévame, llévame lejos de aquí! Esclamó Andrea.

Hervé la hizo sentar á su lado, y estrechándola una mano, dijo:

—¡Llévarte lejos de aquí, alma mia! ¡Y

á donde? A un campamento!... ¡A una cárcel!

—Y qué importa eso, hermano mio? Yo no puedo permanecer por mas tiempo bajo un techo del cual te han arrojado ignominiosamente.

—Te engañas; me han tratado como lo que soy, como enemigo. Natural es que el rumor verdadero ó falso de la muerte del jóven pretendiente haya exasperado á Mr. de Kergant hasta el punto de hacerle olvidar toda dignidad.

—Conque nó quieres llevarme contigo, Hervé, dijo Andrea con una voz tierna, como una caricia.

—Mientras no tenga un asilo honroso y seguro que ofrecerte, ángel mio, debo dejarte en aquel que nuestro padre escogió.

Cuando acabó de pronunciar estas palabras, se levantó.

—Es necesario que nos separemos, añadió; no quiero que puedan ni aun sospechar mis soldados que tengo el pensamiento de abandonarlos.

—Separarnos! repitió Andrea... ¿No nos hemos vuelto á ver sino para separarnos tan pronto y de esta manera?...

—Te prometo no partir sin volverte á ver.

Andrea le hizo repetir esta promesa, y despues de haberla estrechado contra su corazon, se volvió bruscamente, y empezó á subir la montaña con precipitacion.

La pendiente de esta era demasiado rápida, y la yerba que la cubria demasiado resbaladiza para que fuese prudente escalarla en línea recta; pero en las escursiones de su infancia Hervé habia acostumbrado valerse, para llegar á la cumbre, de un estrecho sendero, cuyas revueltas corrian en estrechas gargantas de una á otra loma. Pero los obstáculos y peligros que detienen al paseante que se halla á sangre fria son ignorados ó despreciados por aquel á quien agitan violentos sentimientos ó fuertes preocupaciones de espíritu, y hasta le ofrecen la ventaja de proporcionarle una punzante distraccion, que despertando en él la inquietud de los

instintos naturales, produce en el alma una ilusion momentánea de reposo, por medio de la produccion de un tormento de distinta naturaleza del que le agitaba. Hervé, pues, víctima de la horrible tortura que le despedazaba el corazon, se habia lanzado con una especie de frenesí por la parte mas escabrosa y empinada de la colina. Al llegar á la mitad de su altura, faltáronle ya las fuerzas, y cayó de rodillas; pero no por eso dejó de seguir subiendo, aunque ya casi arrastrándose por tierra, y teniéndose que asir á cada paso, para no despeñarse, de algunos arbustos espinosos con que se ensangrentaba las manos. Francisco, que se hallaba al otro lado de la cima de la montaña, al oír el ruido que producía Hervé al subir y su respiracion fatigosa, se imaginó que le venian persiguiendo, y exclamó:

—Animo, amigo; ya estais casi arriba!... Qué es eso, volvemos á tener lavanderas? Qué pasa? Decidlo pronto!

—No, no hay nada, contestó Hervé; nada, sino que creo que voy á volverme

loco: y cayó sin fuerzas y vertiendo crecidas gotas de sudor á los pies del teniente.

La cúspide de la montaña formaba una gran llanura, cuyos extremos caian casi perpendicularmente formando áridas y horribles pendientes; su aspecto singularmente salvaje no reconocia otros limites que un cielo tempestuoso, en que el resplandor intermitente de la luna desgarraba las nubes en caprichosos girones. Hácia el centro de la llanura se percibia desde lejos á la manera de un confuso caos de moles de piedra; pero luego, aproximándose mas, se echaba de ver que habia presidido cierto órden misterioso en aquel amontonamiento de pedruscos, los cuales eran de infinitas formas y dimensiones. Los unos se elevaban aislados como si fuesen obeliscos colosales, ó se hallaban alineados simétricamente en dilatadas hileras cual otros tantos fantasmas, petrificados sus mantos grises; los otros estaban sobrepuestos entre sí, imitando toscamente una mesa larga y estrecha, asentada sobre un pie único; otra parte de ellos, nada pequeña por cierto,

reposaba horizontalmente sobre dos enormes pilares, por ese principio elemental de arquitectura que ponen los niños en práctica cuando tratan de fabricar un castillo de naipes. En fin, bajo la influencia del mismo principio, se habían combinado series de montañas mazizas, bajeles fantásticos y galerías bajas y cubiertas cerradas por una de sus estremidades. Allí era donde parecía haber suspendido su trabajo el artista desconocido, como si no hubiera podido idear nuevas concepciones su ingenio después de haber combinado tan variadas estructuras de monumentos.

Los soldados se habían agrupado con curiosidad alrededor de las ruinas; ninguna escavacion en el suelo indicaba el lugar de donde hubiesen sido sacados materiales tan gigantescos. Precisamente debían haber sido trasportados sobre la cima desde el fondo de los valles. Por qué medios y con qué objeto? Estas eran las preguntas en cuya contestacion se estrellaban la sagacidad y esperiencia del mismo Broidoux. Sin embargo, uno de los axiomas favoritos

del sargento era que un jefe militar no debe nunca ponerse en el caso de ser tratado de ignorante por sus subalternos. Así, pues, no tuvo obstáculo alguno en afirmar á Colibri que en tiempos muy remotos el hijo de un gigante aristócrata se había entretenido en colocar aquellos pedruscos los unos sobre los otros, en lugar de ir tranquilamente á la escuela como era su deber; porque, añadió el sargento, debe uno obedecer á su padre, aun cuando sea hotentote; los mismos hijos de Pitt y Cobourg deben obediencia á estos por muy extraño que parezca.

Estas lecciones de moral fueron interrumpidas por la llegada de Kad, que apareció precedido de un pequeño caballo cargado de víveres y leña seca, al que los soldados hicieron los honores al momento. El viejo guarda-bosque ofreció su ayuda para encender el fuego, cambió un apretón de manos con el sargento, y se alejó, prometiendo á Hervé y á Francisco traerles las monturas al pie de la montaña al amanecer del día siguiente.

Despues de cenar los granaderos, escogieron sus lechos al abrigo de aquellas galerias druidicas, y todos se durmieron en paz. El mismo Francisco se entregó dulcemente al sueño á la entrada de una de dichas galerias, en tanto que Hervé contaba que habia visto en otro tiempo á algunos ancianos orar al pie de aquellas reliquias del culto de sus antepasados. El jóven comandante sonrió de repente, al ver que se habia quedado sin auditorio; arregló con un cuidado paternal los pliegues de la capa que Francisco habia dejado abierta al sorprenderle el sueño, y se alejó, dedicando un suspiro al recuerdo de aquella edad venturosa en que arrullan nuestro sueño mil encantadoras ilusiones.

Despues de haber dado algunos pasos alrededor del recinto, en otro tiempo sagrado, Hervé tomó asiento sobre una de las piedras que se elevaban por uno y otro lado. Este lugar era considerado todavia en cierto modo como sagrado por los habitantes del pais; tan pronto les hacia alejarse de él el temor, como si fuese un sitio

de maldicion, como les hacia prosternarse el respeto, murmurando algunas plegarias del Evangelio al pie de aquellos implacables altares. Aquel sentimiento de supersticiosa curiosidad que ejerce tanto poder en la infancia, y del que no se ve casi nunca enteramente libre el hombre durante todo el curso de su vida, habia grabado todo el recuerdo de este lugar en la mente de Hervé, allado de los mas interesantes de sus primeros años. Muy niño aun, é imbuido su espiritu en las leyendas recitadas al lado del hogar, se habia dirigido varias veces á las montañas de las Piedras, guiado por esa especie de atraccion magnética que nos comunica el mismo miedo, haciéndonos, por un capricho singular de la naturaleza, que cuanto mayor sea este último, mayor sea la fuerza interior que nos impela hácia el lugar del peligro. Acordábase de haberse internado una tarde por debajo de las sombrías bóvedas de una galeria cubierta, que sin duda debia de existir en aquel paraje, y que habiéndole sorprendido la noche sin que pudiese dar

con la salida, y no pudiendo por lo tanto regresar al castillo, salieron las gentes de este por todas partes en su busca, y le encontraron por fin desmayado en medio de la galería.

Bellah, cuyo carácter meditabundo, atraída hácia todo lo que presentase un aspecto romanesco, habia acompañado muchas veces en otros tiempos á Hervé en sus expediciones á la montaña, cuando llegaba la noche, cubriendo con su oscuro manto aquella muda ciudad de piedras, la pobre niña, sobresaltada, se colocaba enteramente bajo la proteccion y amparo de su hermano adoptivo, de mas edad y esperiencia que ella; y ese secreto encanto que comunicaba tanto la proteccion prestada como la recibida, habia sido para ambos como el presentimiento de un afecto mas tierno para en adelante, y como el primer eslabon de una cadena que habia de ligarles en su dia mas estrechamente y con vínculos mas dulces. Allí, pues, era donde gustaban de evocar sus vírgenes imaginaciones las tra-

diciones entretenidas ó terribles de su pais natal, ya figurándose ver danzar sobre el musgo de aquellas cavernas á los espectros nocturnos, ya los siniestros altares de los impíos ritos. Allí era tambien, por fin, donde los dos temerarios niños habian compartido las primeras palpitaciones producidas por el peligro, las primeras alegrías y las primeras ilusiones. Semejantes recuerdos se agolpaban ahora en la mente de Hervé, estenuado de fatiga y desvelado completamente; se habia recostado nada mas sobre unos de los planos de piedra, y se hallaba en la actitud de una estatua de mármol reclinada sobre un sepulcro, dirigiendo una mirada retrospectiva hácia los años de su infancia. De repente se estremió: por enmedio de todas aquellas moles descubrió una gigantesca forma de mujer, que, saltando de piedra en piedra, sin producir ruido, parecia encaminar hácia él sus pasos. Incorporóse Hervé bruscamente, y llevó su mano á la frente, con la emocion

violenta de un hombre que desconfía de su razón; pero la blanca aparición se hallaba ya en este momento á su lado, y reconoció á Bellah en ella.

—¿Vos aquí á estas horas, hermana mía? exclamó, apoderándose de la mano de la jóven.

—La señorita de Kergant retiró su mano. ¿Puede, dijo, el comandante Hervé concederme algunos minutos de audiencia?

Hervé, vuelto en sí de su sorpresa, se inclinó respetuosamente y se quitó el sombrero, y luego, observando que las miradas inquietas de Bellah procuraban inquirir, al través de las tinieblas, si habia alguien que pudiese oírles, exclamó:

—La señorita de Kergant puede hablar sin ningun temor; mi gente se halla reposando allá abajo al abrigo del fuego.

La jóven, despues de pasado un momento de silencio, dijo:

—Caballero, ya sabreis que vuestro gobierno ha quebrantado por medio de un nuevo crimen los tratados que á él nos unian.

—Ninguna noticia tenia de ello, contestó Hervé.

—Pues bien; por eso vengo yo á deciroslo, repuso la señorita de Kergant.

Hervé la dirigió un saludo respetuoso.

—Caballero, prosiguió ella: ¿teneis tan falsa nocion del honor, que os juzgais obligado para con un gobierno que de tal modo viola sus juramentos? ¿Os hallais resuelto á cargar con la responsabilidad de todos los odiosos actos de que tenga á bien haceros cómplice?

—La señorita de Kergant, respondió Hervé, se dignará permitirme que rechace la idea de la complicidad en que me ha supuesto envuelto. Yo solamente respondo de mí; pero lo hago con la cara descubierta. Yo no me sacrifico en obsequio de hombres, sino en obsequio de ideas. Deploro como el primero los extravíos á que puedan arrastrar, y quisiera castigarlos.

Compadezco á los mártires que se inmolan en sus aras, y desearia salvarlos; pero aun de entre el polvo de las ruinas y de entre la sangre de los cadáveres, los prin-

cipios porque yo combato surgen puros, sin mancha y dignos de la adhesion que les profeso. Os confieso que se me resiste el usar de este lenguaje con una señora; pero no puedo pasar por otro punto. En cuanto á ese nuevo crimen de que me habeis hablado, permitidme que antes de formar acerca de él mi opinion aguarde á oirle referir por otra persona, que, con vuestro perdon sea dicho, pueda juzgarse con algunas mas condiciones de imparcialidad que vos en la materia.

—¿Dudais de mi palabra, caballero? dijo Bellah con el acento del mas amargo desden.

—¡Si, dudo de vuestra palabra, exclamó Hervé en un arranque súbito de cólera, que rayaba en violento: dudo de vuestra voz, dudo de esos lábios helados, y hasta dudo de las estrañas espresiones que se atreven á verter! ¿Quién sois vos? ¿Qué me quereis? ¿Qué venís á hacer aquí? ¿Quién os envia? ¡No habeis vacilado en escoger este sitio para abrumarme con el peso de vuestra indignacion! ¡Ah! ¡Pardiez, que es

un rigor inaudito! ¡Es una crueldad que no acierta á comprender la imaginacion del hombre! ¡Retiraos, señora; retiraos!

La energía de este desesperado trasporte acabó con la resolucion que hasta entonces habia sostenido á Bellah, y respondió con acento débil y sumiso, como el de un niño;

—¡Dios mio... Dios mio!... Hervé, me retiro, puesto que así lo deseais.

Pero en vez de alejarse, se apoyó sobre el altar de piedra, y colocó sus manos sobre el corazon para comprimir sus latidos.

—Bellah, prosiguió Hervé con dulzura: perdonadme; pero habeis llenado la medida de mis sufrimientos. Os suplico que os retireis.

—Compadeceos de un hombre cuyo desgarrado corazon no puede contener un dolor mas. Vuestra mision está cumplida; ¡adiós!

—¡Ah! ¡Todavía no, Hervé! ¿Quereis que nos separemos así? Si he escogido este sitio con preferencia á cualquier otro, ha sido

porque en él, al menos, esperaba estar secundada por vuestros recuerdos. Aunque ignoro lo que han sido para vos los dos años interminables que hemos estado separados..

—Han sido tales, dijo con pasión Hervé, que los cambiaria con todos los que les han de seguir, por una sola hora de aquel tiempo tan dulce que pasó.

—¡Ah! ¡Quiera el cielo que así sea! Ese tiempo que tanto echais de menos, aun puede volver, Hervé. De vos solo pende entrar en esta familia que tanto es mia como vuestra, y encontrar un padre cariñoso y unas hermanas que os adoren. ¿No es verdad, hermano mio? En vuestra mano está; pero, ¿querreis?

—Sí; pero aguardo solamente que esto sea posible algun dia, dijo el jóven comandante moviendo tristemente la cabeza.

—Ese dia ha llegado ya, prosiguió con celeridad Bellah. Escuchadme, Hervé. La guerra va á encenderse de un momento á otro; quizás podria deciros las razones poderosas que me asisten para asegurar

que triunfará nuestra causa... Mas esto os importa poco, lo sé... Sin embargo, no echeis en olvido que esta causa es la de vuestros padres, es la de los desgraciados, es la causa de Dios. Muy bien habeis podido equivocaros, Hervé; pero esto es ya imposible ahora. Demasiado lo sabeis... ¡Ah! ¡Cómo os amaremos, Hervé!... Este es nuestro sueño eterno. Mi padre ha concebido proyectos ambiciosos por vos y para vos. Desea que se haga á vuestro talento y valor la justicia que tienen derecho á exigir, y se hará, no lo dudeis. Si necesitais pruebas, Hervé, aquí las teneis.

Al pronunciar estas palabras, sacó de su seno un pliego cerrado, que puso en manos del jóven republicano; pero arrojándole este con desden á sus pies;

—La justicia que yo merecia si tal hiciera, dijo, seria el desprecio de mis amigos, el de mis enemigos, y hasta el vuestro, Bellah.

—El mio! No... nunca... os engaÑais. ¡Cómo habia yo de despreciar al hombre

que supo reparar noblemente sus yerros!

—Repito que vos la primera, Bellah, y hariais bien. Os suplico que no hablemos mas de esto.

—Dios mio!... ¿Y si os dijese, Hervé, que no podeis volver á las filas de los republicanos sin esponeros á perder la vida?

—Ese es un albur que se corre todos los dias en la milicia. Cada instante que pasa me hace mas y mas resignado.

—Si, prosiguió la jóven con un tono de conviccion incomprendible. Vos estais dispuesto siempre á morir como muere un soldado... Pero si os esperase en su lugar la ignominiosa muerte del traidor, el cadalso, ¿qué diriais?

—¿El cadalso? repitió Hervé; es imposible.

—Sereis acusado, sí, lo sereis. Ah! en nombre del cielo, dad crédito á mis palabras.

—Acusado! Y de qué? Decidlo.

—Ay! Aun cuando se tratase de la vida

de mi padre, como se trata de la vuestra, no podría hacerlo.

—Bien; lo sabré! de boca de mis jueces.

—Hervé! Vuestro corazón se ha endurecido entre esos hombres sanguinarios..... Sacrificais vuestra vida sin pensar que no os pertenece á vos solo. La infeliz Andrea...

—Si llegase á morir, dijo Hervé volviendo la cabeza, ya sé el corazón que dejaré al lado del suyo.

Bellah cogió bruscamente el brazo de su jóven amante, y clavando en él sus ojos anegados en lágrimas:

—Y qué será de mí? dijo.

El alterado rostro de Bellah y su acento apagado y confuso dieron á sus palabras tal espresion, que Hervé se sintió conmovido, como si sus labios se hubiesen rozado con los de su amada. Estrechó entre sus temblorosas manos la que Bellah le abandonaba, y mirando con apasionado trasporte á la jóven, que permanecía algo inclinada, con los párpados entornados y palpitante el seno:

—Bellah, dijo: os amo con frenesi. No

ha habido un instante en estos dos años en que vuestra encantadora imágen se haya separado un instante de mi corazón. Todo lo demás era indiferente para mí; pero esté ó no alucinado, yo no veo honor fuera del deber que me he impuesto, y no sabré vivir deshonorado... ni aun cerca de vos... ¡Ah! ¡Qué es lo que digo! Sobre todo, á vuestro lado.

Cuando acabó de pronunciar estas palabras, la señorita de Kergant inclinó postrada la cabeza sobre su pecho.

—Dios mio! murmuró: ¿qué le puedo decir ya? Nada! Hervé, continuó con voz desgarradora: conozco que vuestra determinacion es irrevocable; ¡es una despedida suprema, eterna, la que haceis en este momento! Ya no nos volveremos á ver nunca, ¿habeis entendido?... Nunca!... Todo ha concluido entre nosotros!... Perdóneme Dios por haberos hablado en mi nombre, por haber mezclado el interés de un miserable corazón de mujer... Creí hacer bien... Desgraciada! Nada me hubiese costado mas en este mundo, y sin

embargo, ¿qué he conseguido?... Una humillacion...

—¡Bellah! Desgarraís mi corazon.... Adios!

— Adios! exclamó la jóven, que parecia invocar en su ayuda todo su valor. ¡Adios, hombre sin recuerdos, sin alma y sin piedad! Mi deber será implacable como el vuestro... Adios!...

Y se alejó precipitadamente, pero con paso tan veloz, que su marcha como su venida, parecia la fantástica aparicion de un sueño.

Cuando hubo desaparecido por uno de los senderos que estaban abiertos á los costados de aquella montaña, se aproximó Pelven con precipitacion al borde de la meseta, con el objeto de recoger los últimos murmullos de una felicidad que se le escapaba para siempre... Apenas llegó, creyó oír que la voz de un hombre se mezclaba con la de Bellah. La idea de que la tentativa de la señorita de Kergant habia tenido un confidente, y de qué presidió en su resolucion una especie de

arreglo diplomático, se representó de improviso en la imaginacion de Pelven bajo los colores mas vivos é irritantes. Tomando un sendero mas recto, bajó algunos pasos con precaucion, y pudo descubrir al lado de Bellah un hombre de elegante continente, de maneras distinguidas y aire de buen tono. La señorita de Kergant parecia interrumpir de vez en cuando, con breves objeciones, el animado discurso de su compañero, que tan pronto levantaba la voz produciendo las modulaciones mas sonoras, como tomaba el tono de la mas íntima confianza. Cuando llegaron al pie de la montaña, pudo continuar siguiéndoles Hervé á alguna distancia sin ser visto, merced al gran conocimiento que del pais tenia. Procuraba encontrar alguna relacion entre la agraciada apostura del desconocido y extraño timbre de su voz, con tal cual recuerdo de su pasada vida, que disipase al menos una parte de sus dudas, y entrégase á su odio un hombre en nombre de sus ansias; pero todo era en vano. Cuando estuvieron á doscientos pasos del

castillo se paró bruscamente el desconocido, y pronunció algunas palabras vehementes apoderándose con viveza de un brazo de la señorita de Kergant. Dejando escapar Hervé una sorda exclamacion de rabia, saltó el vallado que le ocultaba, y se dirigia ya precipitadamente hácia el sitio en que tenia lugar esta escena sospechosa, cuando se quedó inmóvil y absorto en vista de un inesperado suceso. La señorita de Kergant, que habia desasido su brazo, cogió á su vez la mano del atrevido caballero, y acercó sus labios á ella doblando la rodilla, despues de lo cual se dirigió con celeridad al castillo, seguida lentamente de aquel que habia sido objeto de favor tan extraordinario.

Hervé, dejando á un lado todo misterio y dominado por una irresistible cólera se adelantó rápidamente, y dijo con reprimido aunque claro acento :

—¡Caballero, tened la bondad de oir una palabra!

Volviéndose el desconocido, contestó:

—¿Quién es? ¿Quién me llama?

—Yo os suplico que me oigais dos

segundos, dijo el comandante apresurando el paso.

—¡Calla! Es ese demonio de oficial, murmuró el desconocido.

Después levantó los hombros, y aceleró su marcha de tal suerte, que no pudiendo seguirle Hervé dentro del recinto del castillo, se vió obligado á renunciar á una esplicacion satisfactoria.

—No, se decia á sí mismo el oficial al volver á la montaña: jamás las caprichosas fantasías de una noche de insomnio han presentado ante mis ojos tan crueles visiones! La altiva, la casta Bellah de rodillas delante de un hombre recibiendo... ¡que digo! prodigando sus caricias... ¡y esto cuando todavía palpitaba en su perjura boca la declaracion hecha á otro! ¡Bellah enjugando con impura mano las lágrimas que le arrancó la mentira! ¡Ah!.... Al menos, ahora estoy tranquilo...

Y sus manos convulsas, sacando de su pecho la pluma blanca, recuerdo de un instante mas feliz, la destrozaba con furor, arrojando al suelo sus pedazos.

Después de esta ejecución en efígie, acercóse el comandante Hervé al fuego medio apagado del vivac, y se echó á algunos pasos de Francisco. La postracion consiguiente á este dia de fatigas y cuidados acabó por vencer la agitacion de su espiritu, y fue preciso que al rayar el dia le arrancase de su profundo sueño la mano del puntual Broidoux.

Pocos instantes despues llegaba sin aliento Andrea á la cúspide de la montaña: recorrió la meseta con una mirada, y viéndola desierta, soltó un grito desgarrador, y cayó en tierra, anegada en lágrimas.

CAPITULO VII.

El principal cuerpo del ejército republicano estaba por aquella época acantonado en Vitré, límite de los departamentos del Ille-y-Vilaine y de Mayenne. El general en jefe ocupaba un edificio de modesta apariencia, situado entre Rennes y Vitré, que tenia algo de mansion señorial y de casa de recreo, sin ser ninguna de ambas cosas, y que á decir verdad no poseia otros títulos al honor de albergar semejante huésped, que su situacion agreste y retirada. Rogamos al lector que tenga la bondad de

trasladarse con nosotros al patio de esta residencia, previniéndole únicamente que han trascurrido cuatro dias entre las últimas escenas que hemos descrito y las que van á seguir las.

Era la una de la tarde, y muchos soldados, vestidos de diferentes uniformes, jugaban ó hablaban con cierta libertad mezclada de respeto, que denunciaba la presencia del jefe superior en un terreno cercado de muros que se estendia delante del cuerpo principal del edificio; los mas activos se ocupaban en bruñir sus armas ó los bocados de los caballos al sol; los mas haraganes, acostados perezosamente en posturas variadas y hasta opuestas, parecian entregados, ya en seguir á las nubes en sus movibles combinaciones, ya en hacer profundos estudios botánicos. Dos granaderos de bigote canoso, que formaban parte de este cuadro caprichoso y característico, habian colocado una larga viga en equilibrio sobre el tronco de un árbol roto, y se columpiaban con gravedad tan silenciosa como si hubiese

BELLAH.—T. II. 3

pendido de este negocio la salvacion de su alma. Dirigióse hácia este grupo un jóven oficial, que atravesaba el patio en aquel momento con algunos papeles en la mano y una pluma entre los dientes, y dijo:

— ¡Mayencais! ¿No ha llegado todavía el comandante Pelven?

— Todavía no, respondió Mayencais, que llegaba entonces al punto mas elevado de su ascension.

— ¿Y no hay ninguna noticia de él?

— Ninguna, dijo Mayencais descendiendo majestuosamente al abismo.

— Procura no caerte, tuno, prosiguió el jóven oficial, algo ofendido del laconismo de su interlocutor, empujando con el pie el vacilante teatro de los juegos de Mayencais. Cediendo la viga á esta fuerza impulsiva, giró al principio sobre sí misma, y acabó por caer con sus adherentes en medio de los mayores aplausos de los espectadores.

Mientras que los viejos justadores ponian su mayor cuidado en volver á po-

ner la viga en equilibrio con imperturbable gravedad, el centinela apostado exteriormente al lado de una cimbrada puerta que daba al campo soltó un ¡quién vive! al que respondió una voz con tono áspero y breve; aquel presentó las armas, y un instante despues entraban ruidosamente en el patio cinco hombres á caballo con los uniformes en desórden y llenos de manchas de espuma. Cuatro venian vestidos de húsares de la república, y el quinto, que fue el que entró primero y que parecia no pertenecer al ejército, no traia otros signos distintivos que un ceñidor y un plumaje tricolor. El repentino silencio que sucedió en el patio al ruido de una diversion militar, y la especie de timidez con que se pronunciaba por todas partes el nombre del recién venido, daban á conocer inmediatamente que era para casi todos un antiguo conocido á quien volvian á ver con mas respeto que placer. El que acababa de recibir el equívoco homenaje de esta acogida, la justificaba suficientemente,

fueran los que quisiesen sus derechos, por la ascética severidad de su rostro y la espresion de su mirada, dotada de una fijeza singular y en cierto modo implacable. Dejando las riendas de su caballo en manos de un soldado, atravesó rápidamente el espacio que le separaba de la entrada del edificio, subió una escalera interior, y llegó inmediatamente á una antesala, en la que habia dos centinelas, y separando con la mano, en medio de la mayor distraccion, á uno de los soldados que al mismo tiempo que le hacia el saludo militar parecia dudar dejarle libre el paso, abrió una gran puerta, penetró en la pieza contigua, y dejó conocer que habia encontrado lo que buscaba con tanta precipitacion como escasa ceremonia.

El salon en que habia tenido lugar esta descortés invasion estaba ocupado por dos personas. Una de ellas, que era una jóven rubia, esbelta y delicada como un niño, abandonó bruscamente el canapé en que estaba sentada, ó mejor

dicho, recostada á la turca, apenas oyó el ruido producido por la puerta; mas viendo el rostro austero del que se presentaba, arrojó un grito, dió dos ó tres pasos, y desapareció detras de una manpara. Esta rápida huida dejaba á solas al indiscreto que acababa de entrar con un hombre de talla elegante y aventajada, y en cuyas facciones se veia una varonil hermosura unida á la frescura y gracia de la juventud. Este personaje vestia uniforme militar, adornado en el cuello y en algunas otras partes de un bordado de oro representando hojas de encina; delante de él, y á algunos pasos del canapé de que ya se ha hablado, se veian colocados sobre una mesa un sable y una banda tricolor. Viendo el individuo de fisonomia tan poco simpática, para quien sin duda estaban de mas las ceremonias, la turbacion que habia producido su llegada, se paró de repente frunciendo las cejas y avanzando el labio inferior con desdeñosa sonrisa. Un ligero carmin coloreó las mejillas de aquel á quien se di-

rigia esta muda reconvenccion al hacer un saludo algo embarazoso; pero volviéndose á sentar con altanera negligencia:

—Ciudadano representante, dijo con sequedad: creo que me tratas con una confianza limitada.

—Ciudadano general, has de saber que he adquirido la malita costumbre de echar en olvido las reglas de la etiqueta para con los demas, por la sencilla razon de que jamás he exigido que se guarden conmigo. Sin embargo, hasta me escusaré, si lo crees necesario, porque no me parece bien invocar, por tan poca cosa, los derechos ilimitados que nos concede el poder de la convencion y el interés de la república.

—Tus derechos! La república! exclamó impetuosamente el jóven general. Solo existe una república en el mundo, y es la república con careta, que se llama Venecia, capaz de haber concedido derechos semejantes á los que te arrogas. Debo recordarte, ciudadano representante, que hay un punto en que la vigilancia mas legitima

deja de serlo para cambiar de nombre.

—Y he llegado á él? dijo el representante con voz lenta y sorda; espíciate, ciudadano; si solo ha sido tu objeto inferirme una ofensa personal, debo hacerte presente que no soy de aquellos á quienes hieren de manera que les hacen olvidar sus deberes como hombres públicos; pero si es tu intencion señalar límites al poder de la convencion, dílo desde luego, si es á ella á quien se dirigen el insulto y la amenaza, dílo tambien, porque haria muy al caso que yo lo supiera antes de añadir una palabra mas.

La alteracion que se veia en el rostro del general y el ligero temblor que agitó sus lábios, indicaron bien á las claras que no sin esfuerzo sufría el peso con que abrumaba su cabeza cubierta de laureles la pesada mano del convencional. Levantóse por último, y dijo con forzada sonrisa:

—Confieso que desearia ser amo en mi casa, como lo es el mas miserable; pero si uu arranque involuntario, digno en ver-

dad de excusa, me ha hecho olvidar por un instante el respeto que debo á la convencion y á aquellos que representan su poderosa soberania, lo siento en el alma. Segun parece, ha sido largo el viaje que has hecho, ciudadano; ¿me traes algunas órdenes?

—Órdenes no; pero si noticias.

—Y de qué naturaleza son?

—No vacilaria en decir que son buenas, si las mirase bajo el punto de vista estrecho y mezquino del orgullo; porque bastan á confirmar mi prevision y á justificar todos mis consejos, tantas veces desoidos. Tú tienes gran talento, ciudadano general; pero eres demasiado jóven. Las épocas revolucionarias no se parecen en nada á las de las ilusiones caballerescas. No son las mujeres quienes tejen las coronas cívicas. Posees un alma grande, lo repito; pero eres demasiado accesible á las lisonjas de una engañosa popularidad. Todos los obreros del gran edificio revolucionario deben resignarse á ver maldecidos sus nombres, con tal que no

sea buena su obra. Tú no has querido hacerme caso; has preferido pactar donde era necesario combatir, y curar donde era preciso herir: entonces te dije con todas tus palabras de conciliacion, tus concesiones y tus sentimientos de piedad, no eran mas que otras tantas semillas de ingratitud y de traicion: hoy puedo ya anunciarte que estas han dado su fruto.

—Supongo que quereis darme á entender, respondió el jóven general, que habia estado luchando con su impaciencia mientras hablaba el sombrío republicano, que ha roto el enemigo los tratados que aseguraban la pacificacion.

—Abierta y audazmente.

—Y es á mí á quien se acusa, ciudadano representante? ¿Se quiere hacer pesar la responsabilidad sobre el sistema moderado y humanitario que he juzgado conveniente establecer en esta desgraciada guerra? Pero ¿he sido secundado? ¿He sido acaso ni aun obedecido? ¿He sido yo quien mandó asesinar, con desprecio de los tra-

tados, á los ex-condes de Geslin y de Tristant? ¿He sido yo quien hice pasear por campos y ciudades la cabeza de Boishardy para enseñar al enemigo cuáles habian de ser los efectos que se seguirian á mis palabras de paz? Estos crímenes, á pesar de mis repetidas instancias, están todavía impunes. Pues bien, los bandidos, como nosotros los llamamos, dan pruebas de que tienen sangre en las venas! ¿Conque dices que los chuanes han roto las hostilidades?

—El pais entero arde en guerra desde el Bajo-Maine hasta el fondo de la Bretaña. Pluvigner ha caído en poder de esos bandidos. Además han sorprendido y hecho prisionera una de nuestras corbetas en las aguas de Vannes. Duhesme ha sido batido junto á Plélan y Humbert en Camors. Hemos perdido los almacenes de Pont-de-Buis, y han sido, por último, tomados y destruidos nuestros acantonamientos de Morbihan.

—¿Es eso todo? dijo el general, que afectaba escuchar la relacion de todos estos desastres con tanta indiferencia como

complacencia mostraba el representante en enumerarlos.

— No, todavía hay mas: un Borbon está á la cabeza de los rebeldes.

— Qué es lo que dices? Es imposible! exclamó el jefe republicano perdiendo de repente el aire de indiferencia con que habia ocultado hasta entonces su orgullo herido. ¡Eso sería terrible!... añadió en voz baja.

— Es demasiado cierto. Duhesme y Humbert le han visto, y el primero le ha hablado durante el combate. Es, segun dicen, el ex-conde de Artois, hermano de Capeto.

— El conde de Artois! Imposible! dijo una vez mas el general, cuyos animados movimientos revelaban una profunda agitación de espíritu. Un momento antes de entrar tú me notificaron la llegada de su ayudante de campo, el ex-marques de Riviere, al cuartel general de Charette; pero no me dijeron nada del principe, lo que prueba que no ha abandonado el suelo inglés... Y por dónde quieres que haya entrado? Có-

mo? En qué instante fatal ha podido desembarcar en Bretaña?

—Ese es precisameete el punto sobre el que deseo oír tu opinion, ciudadano general. La activa vigilancia ejercida en toda la costa da á la aparicion del ex-príncipe un carácter tan grave, que no es posible esplicarla sin dar cabida á sensibles conjeturas. Hasta se ha llegado á pronunciar la palabra *traicion*.

Saliendo el general de su actitud pensativa, se irguió de repente, y clavando una ardiente mirada en la fria y dura del convencional, repitió con voz conmovida:

—¿Conque se ha llegado á pronunciar la palabra *traicion*? ¿Y contra quién?

—Interpretas mal mis palabras, ciudadano general. No es de ti de quien se sospecha.

—Y por qué no? replicó con amargura. ¿No debia esperar eso desde el momento en que quise hacer mas digna del siglo y de una nacion civilizada esta guerra cruel? Era necesario combatir... cortar... destruir... añadió dando algunos pasos pre-

cipitados por la habitacion. Es un ejército ó una ciudad lo que tengo delante? No; es todo un pueblo. ¡Arrojadle en el Océano, si podeis, y pasad el arado por la mitad de la Francia! Yo no me considero con fuerzas para ejecutar esa atroz locura. Si esto se llama traicion, sea en buen hora. Que se sospeche de mí, que se me denuncie; poco me importa. Ya estoy cansado de esta guerra de salvajes, en la que quizás perezca ignominiosamente al pie de un matorral, como un jefe de bandidos. ¡Que se me arranque esta espada, lo quiero, lo pido! Pero que al menos se me deje en libertad de ganar uno por uno todos los grados de la milicia en campos de batalla en que no se asesine á los heridos y en que no se mutile á los muertos.

—Veo que pierdes la calma, ciudadano general; y sin embargo, quizás la necesites para oír lo que me queda que decirte. Ya manifesté antes, y repito ahora, que nadie sospecha de tí; esto es esacto; pero si se vitupera que seas tan fácil en depositar tu confianza y en conceder tu amis-

tad á algunos *sospechosos* que abusan villanamente de ella. Me refiero á uno de tus oficiales, á aquel á quien honras con tu intimidad, al ex-conde de Pelven.

—Ciudadano representante, el comandante Pelven ha hecho por su patria mas sacrificios que tú y que yo. Dejándole por espacio de dos años en la humilde graduacion que tiene, se ha cometido una injusticia irritante que yo no tardaré en reparar.

—Date prisa si no quieres que alguno se anticipe, porque si el Borbon no es un ingrato, debe recompensar con largueza al patriota puro y sin mancha que no solo ha ido á proteger su desembarco, sino que le ha escoltado hasta dejarle en medio de su ejército de bandidos,

—¿Tienes pruebas de lo que dices; ciudadano?

—Hé aquí lo que me escribe uno de nuestros agentes de Inglaterra, dijo el convencional sacando una carta de su cartera; por ti mismo juzgarás si estos indicios referentes á los hechos que ya conoces constituyen ó no pruebas bastantes.

Desgraciadamente no llegó esta carta hasta dos días después del suceso que estaba destinada á evitar. Escucha. «La fragata inglesa *Loyalti* debe desembarcar en Inglaterra á un Borbon, que no se sabe de positivo si será el duque de Enghien, hijo de Condé, ó el conde de Artois, aunque según todas las probabilidades debe ser el último. Viaja disfrazado de mujer, en clase de criada de la hermana é hija del ex-marques de Kergant, que han obtenido permiso para vivir en el citado país, por mediación del ex-conde de Pelven, oficial republicano que goza de gran favor con el general en jefe. Dase por segura la connivencia de Pelven para proteger el desembarco que deberá efectuarse por la costa Sur del Finisterra, en uno de los días de la próxima década. Todo el Oeste, inclusa la Normandía, solo espera la llegada de este jefe, tantas veces prometida, para levantarse en masa.»

Mientras duró esta lectura habia permanecido inmóvil el general, leyéndose el estupor en sus desencajadas facciones.

—Vamos, ¿crees ahora en la verdad de lo que te decia? añadió el representante mostrándole la carta: el jóven jefe la recorrió con la vista, soltó un gemido, se dejó caer en el canapé, y permaneció durante algun tiempo con la cabeza entre las manos, sumergido en dolorosos pensamientos.

El único testigo de este dolor mudo era de un carácter tal, que no se podia esperar que abrigase simpatias en favor de cualquier debilidad humana, por noble y generosa que fuese la causa que la originase; y esto es tan cierto, que hasta se descubria el secreto placer del triunfo en la irónica mirada con que contemplaba el desaliento del jóven general republicano.

—Lo que mas te sorprenderá, prosiguió, es la imprudente audacia de que hace alarde tu ex-amigo. En vez de permanecer, segun dicta la prudencia, al lado de aquel á quien ha servido con tanta lealtad, me han asegurado que vuelve á ponerse á tus órdenes, con el fin, sin duda,

de continuar con el espionaje un proyecto inaugurado con la traicion.

—¡Pelven convertido en espia! murmuró el general, como si la union de estas palabras ofreciese á su espiritu un enigma indescifrable.

—Preciso es antes de todo castigar el crimen, murmuró el convencional.

El general tardó algunos instantes en contestar, y levantando por fin la cabeza como si saliese de una meditacion profunda, dijo:

—Está bien, ciudadano representante; se castigará.

—Aguardo tan solo el regreso de Pelven, porque no dudo que me darás la escolta suficiente para conducirle á Rennes, donde le interrogaré en presencia de mis cólegas. Escusado me parece decir que será juzgado revolucionariamente.

—Ya te he dicho que el crimen será castigado; creo que me comprenderás.

—No por cierto, respondió el representante con aire de sorpresa. ¿Acaso debo

comprender que te niegas á entregar á ese gran criminal de la vindicta nacional?

—¡La nacion me ha revestido de poder suficiente para servirla y vengarla! No tengo, pues, necesidad de la ayuda de nadie.

Hablaba el general con un acento tan reflexivo y una decision tan tranquila, que consiguió alterar el aplomo del convencional.

—General, exclamó con violencia: demasiado te he sufrido, mucho mas de lo que podia esperarse de mi carácter y de mis deberes; pero ha llegado á un punto tal, en que es imposible aguantar mas. ¿Olvidas quién soy? Olvidas que si abro esa ventana y pronuncio dos palabras tus mismos soldados te arrancarán las charreteras?

—Haz la prueba, dijo el general, que una vez tomada su resolucion parecia gozarse en su reciente y peligrosa independencia.

—Eso es ya locura! murmuró el representante, viendo naturalmente un acto des-

nudo de toda razon en aquel desafio hecho á su terrible poder.

— Nada de eso, contestó el general con el mismo tono de extraordinaria calma: es solamente una prueba que trato de hacer. Uno de nosotros, ciudadano, goza en el pais de la confianza mas ilimitada. Falta, pues, saber cual, y pues se presenta ocasion de salir de dudas, nada mas puesto en razon que darnos prisa á aprovecharla. Dices que vuelve á encenderse de nuevo esta guerra horrible, aterradora, y á eso respondo que no seré yo quien trate de acabarla si no se me quita la pesada cadena que me abrumba, si se quiere que continúe con mis movimientos embarazados por una ultrajante inquisicion, con mis leales intenciones mal interpretadas por el suspicaz fanatismo, y con mis planes contraidos por la mas atrevida ignorancia.

— ¿Lo crees así? Pues bien; caiga la desgracia sobre tí, ó mejor dicho, caiga sobre la república.

— Sobre la república! Ah! no, que es mi madre, respondió el jóven caudillo, cuya

frente altanera se iluminó con el brillo del entusiasmo: le debo cuanto soy, y la amo con frenesí, como lo he probado ya, y estoy dispuesto á probarlo siempre si necesario fuese; pero mi república no es la vuestra. La imagen que tengo grabada en mi corazon no es la que vosotros habeis sentado sobre el cadalso. Yo solo querria, aunque fuera á costa de mi vida, arrancar del libro de la historia esa página de luto y de desolacion, esa página de sangre que vosotros habeis añadido con este sagrado título. Las generaciones futuras no podrán perdonaros jamás el haber convertido en horrible á los ojos del mundo el nombre de república, última expresion de sus esperanzas. Ellas os acusarán por haber legado con vuestros furroses un eterno pretesto á los cobardes, una excusa eterna á los tiranos. Déjame acabar. Así, ya ves que nada nuevo puedes decirme: harto bien conozco los argumentos de que os valeis para legitimar vuestros espantosos vértigos. No pretendo por lo tanto debatir este punto contigo.

Pregunta únicamente á mis soldados, si, preguntales si tienen necesidad para vencer de oír ese rumor siniestro que producen vuestras hazañas en toda la Francia. En cuanto á nuestros enemigos del interior, antes que vuestras crueldades hubiesen centuplicado su número, hubiera bastado la fama de nuestras victorias para obligarles á pedir piedad. La inhumanidad no es la fuerza, el odio no es la justicia, la república no es el terror. Yo no he vacilado en decir en voz alta mis principios, lo mismo cuando me ví aherrado en los hediondos calabozos hechos por tus poderosos amigos, que cuando me amagaba su impia hacha, y si solo me han perdonado para sufrir la férula del mas despreciable de ellos, ya pueden preparar los primeros y afilar la segunda. ¡Parte sin demora; denúnciame! El comité nos juzgará á ambos; pero antes de hacerlo, créeme, ciudadano, no te espongas á una prueba imprudente; ya debes conocer que se ha agotado mi paciencia, y que jamás sabré consentir impunemente que

nadie provoque mi ejército á la indisciplina.
Adios.

—Mientras duró esta impetuosa esplosion de una ira, mal y penosamente contenida en el fogoso pecho del jóven general en jefe, el rostro del convencional se habia cubierto alternativamente, ya de un carmin subido, ya de una palidez livida; sus trémulos labios parecieron negarse mas de una vez á espresar la horrible cólera que agitaba sus miembros. Solo pudo responder con una sorda exclamacion á la amenazadora despedida de su rival, y dejó bruscamente la habitacion, haciendo antes un movimiento con la mano, que espresó toda la estension de un resentimiento implacable.

Pero ya habia pasado aquel tiempo en que la mas ligera demostracion de una mano semejante bastaba para hacer rodar la laureada cabeza de un guerrero, ó para segar el torneado cuello de una virgen llena de encantos, pesando mas en la balanza del comité de salud pública el talento y servicios del vencedor de Wisemburgo que el feroz puritanismo y bárbaras virtudes

de aquel resto del thermidor.

Mas de una vez, aun antes de este periodo de la época revolucionaria, habían sido teatro de escenas análogas las tiendas de los generales republicanos; pero entre los oficiales de su estado mayor era donde los jefes militares daban mas comunmente libre curso á los sentimientos de amargo desaliento que la suspicaz presencia de los representantes engendraba en el fondo de su corazon. Las causas eparentes de estas quejas y de estas discordias, fatales siempre y tal cual vez mortales, solian ser, ya el compromiso en que se colocaban la unidad y dignidad del mando por la ignorancia y el fanatismo, ya las trabas que se ponian á un plan de campaña, ó á la inspiracion del campo de batalla por hombres estraños al arte de la guerra; pero nunca aparecian los motivos mas poderosos, aunque ocultos, que eran los celos consiguietes á un poder dividido, el orgullo siempre esclusivista de los militares, y los efectos sin número de las pasiones mezquinas que encuentran cabida aun en las almas herói-

cas. La historia ha perpetuado algunos actos de ignorancia y presuncion de los funcionarios civiles, contra los cuales se opusieron enérgicamente los generales republicanos; pero para ser justa no debia haber echado en olvido tampoeo que hubo mas de uno entre aquellos abogados y legisladores á caballo, que presentó valerosamente su pecho á las balas y que cargó al enemigo al frente de nuestros veteranos.

La mayor parte de los representantes en comision, ya en las fronteras, ya en el Oeste, conociendo que no se hallaban sostenidos con igual vigor por el poder central despues de la reaccion temidorianana, se habian plegado á las circunstancias, consintiendo en aflojar por sí mismo los débiles lazos de su soberania. Algunos tan solo, bien fuese por falta de sagacidad, bien por una calculada resistencia al nuevo órden de cosas, continuaron obstinadamente queriendo hacer uso de sus facultades proconsulares. Entre estos últimos aparecia en primer término el personaje que hemos visto figurar en el

anterior episodio, que solo debió el ser respetado por las medidas de eliminacion que siguieron al triunfo del partido moderado, á su acreditado valor, y á su intachable moralidad privada; pero sus relaciones con el jóven general en jefe, agrandadas mas y mas por las imperiosas tradiciones, por las despiadadas preocupaciones, y hasta por las virtudes del secretario, acabaron, como era de esperar, por convertirse en odio. Ya hemos visto en qué ocasion y con qué rompimiento decisivo creyó, en fin, el jóven general haber pagado todas sus cuentas atrasadas á su terrible adversario.

CAPITULO VIII.

Debemos justificarnos por haber colocado en un cuadro ligero y frívolo una de las figuras mas brillantes, y quizás la mas pura de todas aquellas cuya fisonomia moral han conservado nuestros anales revolucionarios.

Lázaro Hoche, entonces general en jefe de las costas de Brest, y que muy pronto debia tener bajo su mando todas las fuerzas de la república en Bretaña y la Vendée, no habia cumplido aun veinte y siete años. La frivolidad de la juventud des-

aparecía en él ante la madurez del genio.

Su elevada estatura, la singular belleza de sus facciones y su aire abierto, marcial y modesto á la vez, revelaban la fuerza, la inteligencia y la rectitud. Inspiraba respeto y provocaba confianza. No había gloria ni fortuna que no tuviese asiento en aquella despejada frente formada para mandar y para seducir. Como el antiguo embajador romano, el jóven héroe de la moderna república llevaba impresas en su mirada la amenaza de la guerra y la clemencia del triunfo. Era el único capaz de reconquistar á la nación francesa, con las raras y eminentes cualidades de un carácter flexible y vigoroso, aquellas valientes y desgranadas provincias, separadas por abismos de sangre de la madre común; era el único capaz de oponer con éxito la poderosa y desinteresada personalidad de un Washington á aquel desbordamiento de pasiones anárquicas y de gigantescas ambiciones que acabó por anotar nuestra primera república. Pero al menos se le ha concedido la honra de una

rivalidad póstuma con aquel que supo desenvolver gloria en cambio de libertad.

Mas plugo al destino señalar estrechos limites á esta existencia privilegiada. El ilustre republicano escribia su nombre en la historia con rasgos imperecederos, como si hubiese dirigido su mano un triste presentimiento. En aquel rostro altanero podia leerse por intervalos, á traves de su agraciada sonrisa, ese matiz de melancolía que presta despues de tantos siglos una gracia tierna y simpática al recuerdo de Germaneco y que no poseia César.

Es uno de los defectos del novelista, cuando no uno de sus crímenes, querer reducir los jigantes de la historia á las pueriles proporciones del cuadro que pinta. Puede, es verdad, invocar como excusa el interés particular con que se ve siempre descender de sus pedestales á estos semi-dioses para confundirse con el oscuro resto de la humanidad; pero ni por eso pierden las personas formales el derecho de compararle á un niño que pretendiese utilizar para sus juegos las formidables

máquinas de la guerra y de la industria. Sea como fuere, convencidos nosotros de que una falta confesada está por este solo hecho perdonada á medias, volvemos á coger en un tono mas ligero el hilo de nuestra narracion.

Libre el general de la presencia del convencional, permaneció en el mismo sitio durante algunos instantes, con la cabeza inclinada y aire pensativo. Mas haciendo de repente ese movimiento especial del hombre que se abandona resueltamente á todas las consecuencias de un hecho irreparable, y que pasa á otro órden de ideas se levantó y fué á asomarse á una ventana que daba al patio, retiróse de allí al momento como si no hubiese visto lo que buscaba, y empezó á pasearse con impaciencia por la habitacion, deteniéndose de vez en cuando junto á la ventana ó delante de una péndola que se descubria encima de una consola. Breves palabras, que daban á conocer cuáles eran los pensamientos que agitaban su espíritu, se escapaban por intervalos de su boca en

el estado de completa distraccion en que se encontraba.

— Qué decepcion! decia en voz apenas inteligible. Así son todos los hombres! Leccion dura é inesperada... He sido su juguete... Sí, esta es la palabra... Su juguete!... Y por tanto tiempo... Qué de desgracias va á ocasionar! Qué de sangre!... Insulto á mí... Crimen público... Todo... Miserable!...

El ruido producido por una mano que daba algunos golpes en la puerta con la mayor suavidad interrumpió las exclamaciones del general. No bien gritó:—«Adelante!» se abrió la puerta y apareció ante el jóven Hoche la delicada y distinguida figura del jóven comandante Hervé de Pelven.

El general se aproximó con lentitud hacia el que una hora antes llamaba su amigo, y le estuvo considerando durante algun tiempo con singular curiosidad, como si tratase de descubrir en aquellas facciones, para él tan conocidas, algun signo secreto, alguna marca deforme, no

notada hasta entonces. Terminando de repente su exámen con un espresivo movimiento de hombros, se apoyó en el ángulo de la mesa en que estaba colocado su sable, y sin dejar de estudiar con la vista el rostro de Pelven:

—¿Dónde está Francisco? dijo.

Esta pregunta no fue bastante á sacar á Pelven del mudo pasmo en que le habia sumergido la inesplicable acogida del general en jefe.

—Os pregunto que dónde está Francisco, repitió aquel levantando la voz. Qué habeis hecho de él?

—Mi general, dijo el jóven comandante: Francisco está en el patio. Hemos llegado juntos.

—Decidme, caballero Pelven, ¿no es verdad que habeis visto satisfechos vuestros deseos?

—Si, mi general, respondió secamente Hervé, cuyo orgullo se sintió herido en vista de un lenguaje y maneras tan diferentes de la cordial familiaridad á que estaba acostumbrado.

—Eso me colma de alegría tanto como á vos, caballero.

—Tengo el sentimiento de no comprenderos, mi general.

—Y qué me decís de los ehuanes?

—Todo cuanto he visto, ciudadano general, de amenazador y anuncia un próximo levantamiento. Hasta hemos creído oír algún fuego de cañon ayer y esta misma noche.

—Preciso es confesar que habeis hecho una peligrosa campaña, que será recompensada cual se merece, ó no hay justicia en la tierra; pero antes de todo es justo que os felicite por el maravilloso talento de que haceis gala en el papel que habeis tenido el acierto de escoger, caballero Pelven; jamás, lo confieso, ha existido máscara de infamia que se parezca mas al rostro de un hombre honrado.

El rubor encendió las mejillas del joven comandante; pero fue la única señal de emoción que su dominio sobre si mismo no consiguió disimular.

—Hasta ahora no habia conocido, dijo,

que me encuentro en el banquillo de los acusados; se me habia predicho, pero yo creia poder esperar del general Hoche que la esplicacion precediese al ultraje.

Aunque es cierto que la hipocresía desenmascarada encuentra á veces bajo la inspiracion del peligro actitudes y acentos de una lamentable verdad, el continente de Hervé y la firmeza de su voz alteraron visiblemente el convencimiento del general; pero antes de poder contestar, llamó su atencion el ruido producido por algunos caballos y multitud de voces que se sintió en el patio. Pocos momentos despues entró Francisco precipitadamente en la habitacion con un paquete de cartas en la mano.

—Perdonad, mi general, dijo: tenia necesidad de entregaros estos despachos que han traído dos dragones de las divisiones de Humbert y Duhesme. Parece que se bate el cobre por ahí fuera.

El general, que habia dado un golpecito amistoso en el hombro del jóven teniente, abrió los despachos aceleradamente, y dió

principio á una lectura interrumpida con enérgicas exclamaciones: arrojando despues al suelo las cartas con la mayor violencia, y dirigiéndose á Francisco con tono que indicaba un furor difícilmente contenido:

—En un instante vais á dar un gran paso, le dijo, en la esperiencia de la vida. Aquí teneis al señor de Pelven, nuestro comun amigo; miradle bien, y no echeis nunca en olvido que bajo esta fisonomia, tan leal como la que mas, se oculta el alma de un espia y de un traïdor.

—Os han engañado, mi general, dijo friamente Hervé, mientras que de los labios del jóven teniente partia un grito de sorpresa é incredulidad.

—Yo tambien he dudado, hasta que la verdad ha herido mis ojos, prosiguió Hervé; pero es verdaderamente un descuido imperdonable, Sr. de Pelven, dejar olvidados documentos como este, cuando os consta que tambien nosotros tenemos espias. Al mismo tiempo presentaba á los dos oficiales un papel arrugado y

llego de lodo, en el que estaban escritas estas palabras: «Salvo-conducto á favor del conde Hervé de Pelven, mariscal de campo del ejército católico y realista.— Firmado, Charette.»

Hervé miró al jóven teniente, y pronunció casi imperceptiblemente el nombre de Bellah.

—Este salvo-conducto ha sido hallado por uno de nuestros agentes secretos en la montaña de Kergant, donde habeis pasado una noche. Ya no se necesitan mas pruebas; esta basta. Ahora solo me queda que deciros, caballero, que alegueis lo que creais oportuno en vuestra defensa, porque os advierto que vuestra vida está en peligro. Entregad vuestras armas.

Hervé separó los broches de su sable, y entregó este á Francisco, quien le cogió con trémula mano.

—Mi general, dijo entonces el jóven comandante: juro por Dios y por mi honor que no soy culpable. Sucumbo acusado por apariencias á las que no puedo oponer mas que mi palabra. Este salvo-

conducto es auténtico, pero jamás le he aceptado. Y hasta puedo decir, sin faltar á la verdad, que esos hombres, que se suponen amigos, atentaron contra mi vida aun no hace cinco dias.

—¿Y os han herido? preguntó el general con significativa solicitud. ¿Podéis enseñarme la señal de una herida?

—Desgraciadamente no.

—Mi general, yo estaba allí y lo he visto, exclamó Francisco, si no le han herido, le han causado por lo menos una contusion horrible.

—Sí, con la vista, á lo que parece, dijo el general, que habia vuelto á tomar su amenazadora calma. Basta, Francisco. Pero vos no sois tan niño, Sr. de Pelven, que podais ignorar cuál debe ser el resultado posible de este asunto. ¿Deseais que todo se termine entre nosotros, ó preferis que reuna el consejos de guerra?

—Yo no quiero otro juez que vos, mi general.

—Veo que procedeis con talento, porque difícilmente podriais encontrar otro tan

prevenido en vuestro favor. Me habeis engañado cruel y hasta villanamente, Pelven. Quizá puede existir alguna grandeza de alma en el papel que representáis; pero es de una especie tal, que jamás envidiaré. A decir verdad, caballero, continuó con una inflexion de voz dulce y casi tierna, jamás pude suponer que vuestras relaciones, basadas en la mútua estimacion y en la amistad, provocasen una escena como la presente; así que, no sin dolor profundo...

El general, distraido por los sollozos que el pobre Francisco no acertaba á ahogar, enmudeció repentinamente. Abrió en seguida la puerta, y llamando á uno de los soldados que estaban de vigilantes en la antesala:

—El ciudadano Pelven, le dijo, es tu prisionero. Cuenta que me respondes de él, teniente Francisco, aguardadme allí fuera.

El jóven ayudante dirigió al general una suplicante mirada, que solo tuvo por respuesta otra demostracion imperiosa, y se lanzó en la pieza inmediata con desesperada precipitacion.

—Sr. de Pelven, prosiguió entonces el

general: queríase conducirnos á un calabozo, y de allí adonde no se os ocultará. Yo he creído, sin embargo, á pesar de todo, que preferiríais la muerte del soldado.

—Gracias, mi general, dijo Hervé.

—Teneis un cuarto de hora para prepararos.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, se volvió bruscamente, y cerrando la puerta tras sí, se reunió en la antesala con Francisco. Entonces llamó á un viejo sargento que se hallaba á poca distancia con la mano respetuosamente levantada á la altura de la gorra de cuartel, y le dijo:

—Toma quince granaderos; hazles cargar las armas; condúcelos á la esplanada que hay á la izquierda de este edificio, y espera al hombre que yo te envíe.

Cogiendo despues por el brazo á su jóven ayudante, que estaba en aquel momento anegado en lágrimas, le hizo entrar en un cuarto situado al otro lado de la escalera.

No habrá dejado de notar con sorpresa el lector que entre el juez y el acusado

no habia tenido lugar la esplicacion en justicia necesaria para dar á conocer á aquel la naturaleza y estension del crimen imputado; pero debe tenerse presente que por una parte el general creia escusado averiguar mas acerca de este punto, y por otra habia visto Pelven con entera claridad en lo que le sucedia la consecuencia lógica de las maquinaciones puestas en juego para atraerle á la causa realista, haciéndole sospechoso á los ojos de su partido.

Esto era mas que suficiente para motivar una sentencia capital en los tiempos que alcanzaba Pelven. Asi se realizaban de una vez la prediccion hecha por la señorita de Kergant en la montaña de las Piedras y los vagos temores que el recuerdo de su desgraciada expedicion habia producido en su espíritu.

Sin embargo, al verse solo Hervé bajo la custodia de un solo centinela, procuró dominar el instinto de propia conservacion y el caos de ideas y de sentimientos que subleva en todo ser humano la perspec-

tiva de una muerte próxima y segura. Sus ojos se clavaron á su pesar en la aguja de la péndola, y le pareció ver deslizarse junto á él una vision semejante á la de la Biblia, envuelta en un vapor blanquecino. El desgraciado jóven retrocedió algunos pasos, pasándose la mano por el frente con horrible desvarío; pero parándose de repente, respiró con desgarradora satisfaccion al verse vencedor en la lucha suprema que acababa de sostener. Sentóse junto á la mesa, y trazó con trémula mano algunas lineas, dirigidas á su hermana. Permanecia sumergido hacia diez minutos en la cruel amargura de este último y tierno desahogo, cuando un ligero ruido le hizo volver la cabeza del lado de la puerta. Sus miradas encontraron las de Hoche.

—Perdonad, caballero, si turbo vuestros últimos momentos, dijo el general con la vista fija en Hervé; pero en el punto á que han llegado las cosas, debe seros indiferente decirme lo que yo deseo saber con ansia, y es el verdadero nombre del

Borbon que ha desembarcado con vuestros parientes, disfrazado de mujer.

Al oír esta detallada pregunta, se descubrió en los ojos generalmente penetrantes de Hervé una espresion tal de falta de comprension, y se pintó en sus entreabiertos labios una torpeza tan sincera, que el general no fué dueño de dominar una débil sonrisa.

—Estaba persuadido de que era mujer, mi general. ¡No hubiera vacilado en responder con mi cabeza!...

—Mueran los jacobinos y los delatores! exclamó Francisco, entrando precipitadamente en la sala.

—Idos vos! dijo Hoche, con una impaciencia á la que no juzgó preciso obedecer su jóven ayudante.

—¿A lo que parece, Sr. de Pelven, continuó el general, no me creíais tan bien enterado?

—Está tan inocente como un niño, mi general! prosiguió Francisco, con exaltacion creciente.

—Verdad es, mi general, balbuceó Her-

vé: nada se lo de que me decís, y no os comprendo.

Otra nueva sonrisa mas franca y marcada vino á llenar de gracia las hermosas facciones del general en jefe.

—Viva la república! gritó Francisco saltando al cuello de Hervé en un raptó de cariñoso entusiasmo.

—Ya veis, comandante, dijo Hoche, que Francisco os vuelve su estimacion. Disimulad si yo no lo hago tan pronto. A mis ojos sereis siempre culpable de una escesiva imprudencia cuando menos. Lo cierto es que, gracias á vos, tenemos un Borbon en campaña. Inútil es que trate de enumeraros las infinitas desgracias que semejante complicacion traerá consigo; pero cómo me ha de ser dado concebir que los sospechosos incidentes de ese viaje no hayan despertado mas seriamente nuestra desconfianza?

El mas ligero rayo de luz que ilumine un punto de la trama de que hayamos podido ser juguetes, basta muchas veces para hacernos descubrir todos sus hilos.

Así fué cómo la memoria de Hervé renovó instantáneamente, formando un solo cuerpo de delito, todas las circunstancias equívocas de su marcha; á saber: la estrechada reserva de la escocesa, las escenas del castillo de las fantasmas, el extraño lenguaje y rara resistencia de Bellah en la montaña de las Piedras, y el carácter misterioso, en fin, del individuo que habia seguido á la señorita de Kergant en su escursion nocturna. Este último recuerdo penetró mas profundamente que todos los demas en el lacerado corazón del jóven.

—Mi general, dijo: he sido engañado indignamente. Mi hermana es demasiado jóven, y ha creído que se trataba de una broma inocente tan solo. En cuanto á los otros.... el comandante Pelven acabó su pensamiento con un movimiento de cabeza, que revelaba el mas amargo resentimiento.

El general se acercó á la ventana, y permaneció durante algunos instantes con los ojos fijos en el cielo y fruncidas las

cejas, como si fuese presa de una dolorosa irresolución, y volviéndose de repente:

—Supongo, exclamó, que no os estrañará que os pregunte, puesto que pesa sobre mi solo la responsabilidad, cuál es el uso que pensais hacer de la libertad que os devuelvo. Ya conoceréis que no me es dado utilizar vuestros servicios, al menos por ahora. Vamos, decidme, ¿qué hareis?

—Iré sin vacilar al cuartel general del príncipe, ya que se encuentra allí.

—¿Estais loco?

—Volveré á tomar mi nombre y mi título, continuó el jóven con energia, puesto que necesito usar del privilegio que me conceden, para poder decir al héroe de esta farsa representada á mis espensas: «Señor ó monseñor, esto es lo de menos: aquí teneis un hidalgo como vos, que viene á pedir os cuenta del peligro en que habeis puesto, con un fin desleal, lo que mas estima en el mundo: su honor.

—¡Y su acendrada pasion! añadió el general riendo y levantando el brazo con

su seductora gracia. A fe mia, Hervé, que esa locura me agrada. Bien sabeis que no he nacido noble: pero me atrevo á asegurar que hubiera llegado á serlo en aquellos tiempos en que no se necesitaba mas para conseguirlo que ser amante de las aventuras y tener algun valor personal. Sin embargo, este proyecto me parece muy distante de haber sido dictado por la razon y por la prudencia, y solo puedo decir en su apoyo que yo haria lo mismo en vuestro lugar. Por lo demas ya sabeis que si os sucediese alguna desgracia, dejais aquí compañeros que irán á los alcances del folion malandria para rescataros del cautiverio ó vengaros. ¿No es verdad, Francisco?

—Yo partiré con él, dijo Francisco, para ver las damas de la corte.

—Creo poder asegurar que no tendreis dificultad en aguardarme, caballero. Petven, volved á ceniros vuestro sable. Por lo que hace al uniforme, os aconsejaria que os le quitáseis. Tambien es preciso que vayais autorizado con este malhadado

salvo-conducto. De otra manera, os fuera imposible entrar en casa de esos señores, que están en pie de guerra en toda la comarca. Aguardad todavía un momento, continuó el general, escribiendo dos líneas en un pedazo de papel. Ocultad esto en el fomo del traje que lleveis, y así podreis transitar libremente y con seguridad por todas aquellas partes en que impere la república.

—Mi general, tanta bondad me confunde.

—Bien quisiera haceros olvidar el terrible cuarto de hora que acaba de pasar, Pelven. Que el cielo os proteja en vuestro proyecto. Creo que no me conservareis rencor.

Hervé estrechó entre sus manos con visible emoción la que el general le presentaba.

—Adios, mi general, dijo: marchó á comprar el derecho de volver á veros y de continuar prestándoos mis servicios.

—No, á mi no, Pelven, sino á la grande, generosa y fuerte república francesa.

—Eso quise decir, dijo Pelven; y haciendo una afectuosa cortesía, salió acompañado de Francisco.

Pocos momentos despues los caballos de Pelven y del teniente conducian al galope á sus gentes en direccion á Rennes. No bien anduvieron dos leguas, se vió obligado Hervé á tomar un camino apartado, con el fin de evitar el tránsito por la ciudad, que ofrecia para él mil peligros. Allí se separaron nuestros dos jóvenes amigos, dos horas antes de ponerse el sol, volviendo el uno al cuartel general, y disponiéndose el otro á correr los azares á que le impedian, contra todos los consejos de la Providencia, los fogosos sentimientos del hombre ultrajado y del amante celoso.

CAPITULO IX.

A la misma hora próximamente del siguiente dia marchaba el comandante Pelven vestido de militar por el camino que de Plélan conduce á Ploermel, y se esforzaba hostigando los hijares de su caballo en llegar á este último pueblo antes que estallase la tempestad que hacia algun tiempo encapotaba el cielo. Un nubarron pardo y sombrío, estendiéndose por todo el horizonte, descendia poco á poco hasta envolver la parte superior de la copa de los gigantescos árboles de follaje inmóvil

que por uno y otro lado se descubrian. De tiempo en tiempo la arena del camino se esmaltaba de anchas gotas de agua. En toda la campiña reinaba ese inquieto silencio, esa solemne calma en que la naturaleza entera parece recogerse á la aproximacion del peligro. De repente desgarró el relámpago la superficie de la nube, y una horrible detonacion repetida por el eco hizo temblar la tierra, cayendo al mismo tiempo del cielo torrentes de agua y granizo, que ocultaron casi completamente la luz del dia. El caballo del infeliz viajero, desvanecido con los relampagos y cegado con la lluvia, dió un bote de costado, se paró de repente, y luego salió disparado como una flecha arrastrado por una furia impetuosa que su dueño no pudo dominar.

Pelven habia concluido por abandonarse sin resistencia, y no sin una especie de sensacion agradable, á aquella veloz carrera por entre los elementos desencadenados, cuando en un recodo del camino estuvo á punto de ser derribado por el

choque contra unos veinte hombres á caballo que venian de frente, y que pasaron á su lado con la velocidad del rayo. Hervé no tuvo tiempo mas que para reconocer en ellos á otros tantos dragones de la república, y para preguntarles en breves palabras cual era el motivo que les obligaba á ir tan de prisa; pero la rapidez de su marcha y el ruido formidable de la tempestad le impidieron oír la respuesta. Solo vió que se habia vuelto uno de los soldados, y que le hizo una señal con la mano como para indicarle que no avanzase mas. Una media legua mas adelante descubrió Pelven otro nuevo grupo de hombres á caballo que corrian hácia él con igual velocidad, y en el mismo desorden. El jóven comandante, que habia conseguido sujetar su caballo, se situó de costado en el camino, é hizo señal á los fugitivos, porque segun las trazas eran ellos los perseguidos, para que se detuviesen. Aquel torrente de hombres y caballos ni aun pensaron en luchar contra la débil resistencia que se les ponía por

delante, sino que, dividiéndose humildemente en dos secciones al llegar adonde se encontraba Hervé, se volvieron á reunirse adelante, dejándole dueño absoluto de su posición.

—Cobardes! gritó el jóven indignado: y lanzando su caballo en la direccion del destacamento, cogió á un dragon por el cinturon, y le dijo con una cólera que la espantada cara del cautivo cambió de repente en grandes deseos de soltar la carcajada:

—Adónde vas tan de prisa, bellaco?

—A Plélan, señor oficial, que es donde está el primer canton republicano.

—Acaso os persiguen?

—No sé nada, señor oficial. Decías en Ploermel que los chuanes estaban cerca. Yo no lo creo; pero he seguido á mis camaradas.

—Y de dónde diablos venis?

—Perteneceemos á la division de Humbert, que debe estar ahora en Quimper; pero nos hemos extraviado despues de la derrota.

—¡Cómo! De que derrota, cobarde!

—Ahí es nada lo del ojo, señor oficial. Os aconsejo que no paseis de Ploermel, sino que paseais por recreo. Mas adelante re-
parten leña que es un gusto.

—¿Y quien manda á los chuanes?

—Un ciudadano que no debe temer que se le despegue la mano, segun los golpes que da. Y sin embargo es muy guapo.

—¿Pero quién es ese animal?

—Es uno que ha sido rey ó príncipe, ó cosa que lo valga, y á quien quieren mucho. Dicen que ha sido un oficial nuestro quien le ha ayudado á desembarcar. ¡Dadle expresiones si le veis!

—Y dime: ¿dónde hemos sido batidos? dijo Hervé con viveza.

—En Pluvegner, y mas arriba en Camors; pero sin deshonorar la bandera, y eso sí; ya se vé, les llegaban reclutas de todas partes... En Camors, donde hay una hilera de árboles, nos hizo desmontar el general para hacer fuego á pie: nos mantuvimos firmes de árbol en árbol doce horas... Y eso que estaba allí su príncipe: yo le vi muy

bien. «¡Eh, general!» dijo al ciudadano Humbert, desde detras de un árbol donde comía tranquilamente un hocado con los dedos manchados de pólvora, aguardando que empezára otra vez la danza. «¡Eh, general!» dijo, viendo que se habia convenido en parar el fuego por media hora, para hacer una visita á la cantina...

—Pero hombre, ¿qué le dijo? preguntó Hervé, sacudiendo el agua que habia caido sobre su capote.

—«¡Eh, general! dijo: por vida mia os aseguro que teneis ahí los mas valientes granaderos, dragones y demas gente que he visto.»

—«Gracias, caballero á quien no conozco, respondió el ciudadano Humbert; tambien teneis vos chicos muy bien cuidados y robustotes, y no sois vos el mas flojo.»

—Preciso es convenir en que dieron los dos pruebas de caballerosidad, dijo gravemente Hervé; y ¿dónde está el ejército de los azules en este momento?

—¿Que dónde está? Todo se lo ha llevado el diablo, contestó el dragon. Infante-

ria, caballería, cañones y municiones, todo ha desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Nadie sabe lo que ha sido de ellos. El país está tranquilo como una balsa del aceite, tanto, que no se vé á nadie. Pero vos no venis con nosotros?

—Yo no voy, dijo Hervé; anda tú á secar tu ropa.

El dragon saludó militarmente con una mano, y cogiendo con la otra un objeto que le daba Pelven bajo la forma de una moneda de plata, metió espuelas al caballo, y salió á escape.

Media hora despues se apeaba el jóven comandante junto á una venta, situada á un lado del camino, á un tiro de fusil poco mas ó menos de Ploermel, cuya modesta fachada estaba embellecida con el ramo tradicional. Entregando su caballo á un muchacho que calzaba el incómodo zueco y que le miraba con aire de recelosa timidez, entró Pelven en la cocina de la venta, en la que tres campesinos, sentados alrededor de una vasta chimenea, sostenian una animada conversacion en voz baja. No bien se dejó

ver, cesaron de hablar, se levantaron como en señal de respeto, y acercándose á la puerta por una serie de sabias y bien combinadas evoluciones, desaparecieron uno tras otro, no sin haber echado antes una mirada rencorosa sobre el oficial republicano, que en aquel momento divigia algunas preguntas indiferentes á la ventera.

Esta muger, de unos cincuenta años, que gozaba de una corpulencia poco comun y de un color parecido al de la remolacha, no habia mirado en un principio con mejores ojos al distinguido huésped que el cielo y la tempestad la enviaban; pero parando mientes en el agraciado rostro del jóven y la politica con que se espresaba, fué cambiando poco á poco la espresion de su circunspecta fisionomia desde el gesto mas avinagrado hasta la sonrisa mas lisonjera, y acabó por responder que haria cuanto estuviera de su parte para que el noble caballero, quiso decir el digno ciudadano, no sintiese haber entrado en su casa.

Mientras aquella muger le preparaba algo de cenar, sentóse Hervé en uno de los

bancos que estaban al lado de la chimenea, y haciendo como que secaba sus botas, ya capote en el fuego producido por un gran manojo de aulagas, procuró informarse por medios indirectos de todo cuanto se decía en el país; pero había echado la cuenta sin la huésped, porque la discreta matrona le contestó que no se decía nada que valiese la pena de ser repetido; que al buen callar llaman Sancho, y que en boca cerrada no entran moscas.

Bien pronto conoció Hervé que no eran la reserva y el amor al silencio las dotes que mas sobresalian en su interlocutora; pero se guardó muy bien de hacer observacion alguna acerca de este punto, como se puede suponer, y solo contestó suplicándola que no viese en él mas que un viajero, incapaz de procurar sorprender sus secretos, y que solo deseaba saber si era ó no cierto que estaba cerca de Ploermel el ejército realista.

A dar crédito á la ventera, no existia nada que justificase esta noticia, de donde dedujo el jóven comandante que los solda-

dos fugitivos que habia encontrado poco antes huian de su propia sombra, cosa que no le extrañó de modo alguno, en atencion á haber visto huir mas de una vez á los mejores soldados en presencia de estos infundados é inesplicables pánicos.

Mientras cenaba Hervé, trató de reanudar la conversacion con la discreta ventera, empezando por hacer los mayores elogios de su mérito culinario, y del aseo del servicio. Despues de este preámbulo, creyó que ya estaria suficientemente preparada para pedirle detalles mas esplicitos sobre el estado del pais y sobre los riesgos que podia ofrecer el atravesarle. La ventera le contestó que á Dios gracias nunca se la habia ocurrido envenenar á nadie, y que si el noble caballero pernoctaba en su parador, tendria ocasion de observar que las sábanas estaban tan limpias como el mantel y el resto del servicio, en lo que no mintió, segun pudo Hervé notar luego por desgracia suya. La buena mujer añadió que en lo que habia relacion al estado del pais que se entendia mas hallá de Ploermel, no se halla-

ba en disposición de decir nada con certeza, por la sencilla razón de que no había estado en él hacia diez años, aunque fácilmente podían haber sucedido en ese tiempo algunas cosas de que ella no tenía la menor noticia. Por lo demás, dijo que era muy dueño de continuar su viaje si gustaba, á pesar de que nunca se atrevería á aconsejarle que lo hiciese.

Hervé se vió obligado á darse por satisfecho con estas razones: por lo que se levantó de la mesa, y viendo que había cerrado completamente la noche, dijo á la ventera que iba á dar una pequeña vuelta por el pueblo y que mientras le dispusiesen su cuarto.

Una hora después regresó, llevando debajo del brazo un abultado paquete; pagó la cuenta, anunciando de paso que partiría á la madrugada, y se retiró á su cuarto, cuyas comodidades encareció la ventera, aunque dejándole, como se puede suponer, el derecho de formar otra opinión.

Al día siguiente, en tanto que el risueño sol de una mañana de junio producía mil y

mil cambiantes sobre el ligero rocío de las hojas, últimos restos de la tempestad de la noche anterior, un viagero solitario marchaba al trote corto de su caballo por el camino abierto al Oeste de Ploermel. Era un hombre en la primavera de su vida. El ancho ala de su sombrero encubría parte de sus distinguidas facciones, que formaban un contraste muy notable con su traje, compuesto de una ordinaria tela de lana, una camisa de lienzo grueso y unos toscos botines de cuero.

Además llevaba en su mano derecha, á guisa de látigo, un palo, del cual pendía una correa. En suma, todo su exterior, á escepcion de algunas particularidades que solo podian estar al alcance de un observador receloso, era el de un chalan que volvia de algun mercado.

A la salida de Ploermel tropezó con algunas aldeanas que se dirigian á vender leche al pueblo, y que despues de haberle saludado con campesina urbanidad volvieron la cabeza hácia atras impulsadas por un sencillito usombro; mas despues que hubo

atravesado una montaña, célebre en los fastos heróicos de aquel país, no volvió á encontrar ningun ser viviente, y las pocas habitaciones que descubrió á ambos lados del camino estaban cerradas y silenciosas, como si las hubiese dejado desiertas alguna peste. En tan estraña soledad, y en medio de una naturaleza que mostraba por todas partes el sello de la mano del hombre, experimentaba sin embargo el viajero una impresion triste y solemne, semejante á la que se siente cuando se recorre un cementerio. Este sentimiento que en él se notaba iba sin duda mezclado de algun temor, pues de cuando en cuando el jóven se incorporaba sobre los estribos para dirigir una inquieta mirada por encima de las aulagas que matizaban los bordes de las zanjas. Sin embargo, á pesar de que una ó dos veces creyó ver deslizarse algunas formas humanas por entre los lejanos matorrales, se convenció por último que todo habia sido resultado de las creaciones de su espíritu.

Su sorpresa creció, y sintió helada la

sangre en sus venas, cuando al penetrar en una pequeña aldea situada á orillas de un río la halló completamente desierta. Las casas estaban intactas, pero no se veía salir humo por encima de los tejados, ni se descubría ningun semblante humano en las ventanas, ni se percibía el mas ligero rumor en el interior de las habitaciones. El viajero no oía mas ruido que el producido por las herraduras de su caballo al chocar con el desigual piso de las calles. Preguntábase á sí mismo dónde estaba el anciano, el niño, el enfermo, y consideraba, estremeciéndose, la terrible energía de convicciones ó de sentimientos que pudieron aconsejar y obtener un sacrificio tan general y costoso. Sus ojos interrogaban con dolorosa curiosidad á los desolados hogares, á los silenciosos talleres, á la vacía cuna del niño, colocada al lado de la poltrona de la abuela detras de la abandonada rueda: tiernos simbolos del bien destruido; significativos emblemas de la aniquilada felicidad doméstica. Creíase el juguete de una horrible pesadilla,

ó se imaginaba atravesar por una de esas ciudades sepultadas de repente, y cuyo sudario de cenizas acabara de ser levantado después de muchos siglos.

El caminante se apresuró á abandonar aquel pueblo huérfano, atravesando el puente en uno de cuyos lados se veía una cruz de piedra, último signo de esperanza, que mitiga el dolor producido por las ruinas, y no se atrevió á echar pie á tierra hasta que hubo perdido de vista las antiguas torres de un castillo, cuyo aspecto pintoresco hubiera llamado su atención en mejores tiempos. Soltando las bridas de su caballo, le dejó pacer en libertad por el césped húmedo y fresco que tapizaba los lados del camino bajo un grupo de cortados robles, y sentándose después junto á un manso arroyuelo que serpenteaba en el límite del bosquecillo, sacó el joven chalan de sus alforjas algunas provisiones y dió principio á una verdadera comida de escolar, que interrumpia de vez en cuando para prestar atento oído á los confusos rumores de la soledad. Media hora después

volyió á montar á caballo, dirigiendo alternativamente sus miradas hácia los dos caminos que se cruzaban, y permaneciendo algunos instantes como incierto de la dirección que habia de tomar, se dirigió al fin por el que conducia al Sur.

Andadas dos leguas descubrió el viajero hácia su derecha las ruinas de una aldea incendiada, y notando una manga de humo que se levantaba de un campo vecino, se dirigió á él, á pesar de la tenaz resistencia del caballo, y separando con su palo las ramas de un seto de arbustos cargado de flores, vió sobre un monton de paja medio quemada un repugnante hacinamiento de cadáveres de hombres y caballos. Este espectáculo le arrancó una exclamacion de horror y de disgusto, y se alejó precipitadamente de un sitio tan funesto.

Mientras tanto, transcurrían las horas, y el sol que estaba ya á la mitad de su carrera, producía un calor abrumador. Al separarse de los odiosos vestigios que denunciaban la proximidad del hombre,

habia marchado el viajero con mayor precaucion, deteniéndose de vez en cuando para escuchar: pero el silencio que le cercaba alrededor no era turbado sino por el vago zumbido de las plantas y de los insectos que se descubrian en las áridas montañas vecinas, ó por el triste canto de las ranas que salian de los pantanos. Acostumbrándose por grados á la fantástica singularidad de un prolongado aislamiento en el seno de una comarca civilizada, cesó de pensar en ello, y cayó poco á poco en una profunda meditacion. No bien acabó de subir una larga é inclinada pendiente, le sacó bruscamente de su distraccion un ruido parecido al crugido de una rama al romperse, y dirigió su vista á un grupo de elevadas hayas que dominaba la altura y que acababa de atravesar hacia un momento; y como no viese nada de sospechoso bajo aquellos árboles, ni en la masa verde y compacta que formaban sus unidas copas, prosiguió tranquilamente su marcha. Pero volviendo la cabeza casi involuntariamente no bien anduvo diez pasos, descubrió un

espectáculo que le sorprendió extraordinariamente. Consistia este en el rostro de un hombre asomando por entre el follaje con un ojo cerrado y el otro imponente por un brillo feroz, y un poco mas arriba el cañon de un fusil apoyado entre dos ramas que le apuntaba con aterradora precision.

—Hola, muchachos! exclamó el viajero; ¿se acostumbra fusilar por aqui á los vendedanos?

—Ah! eso es otra cosa, dijo el hombre del Haya, levantando un poco su fusil y volviendo á abrir á medias el ojo que tenia cerrado; ¿teneis la bondad de decirme qué hora es?

Por sencilla que fuera esta pregunta, no dejó de alarmar algun tanto al aventurero chalan, porque creyó comprender que se le exigia una contraseña que ignoraba, y esta sospecha se convirtió en dolorosa certidumbre, cuando vió cerrarse de nuevo el ojo del interpelante, y volver á tomar el fusil su posicion horizontal.

—Vas á cometer un atentado de que tendrás que arrepentirte en esta y en la otra vida, dijo entonces con esa fria intrepidez que la proximidad del peligro presta á las almas generosas. ¡Vengo del Anjou: ¿cómo quieres que tenga vuestro pase? Vamos! prosiguió con tono de autoridad; baja y te enseñaré otro que vale tanto como el tuyo.

No bien acabó de pronunciar estas palabras, sacó del bolsillo de su chupa un pedazo de papel que agitó con ademán imperioso.

El misterioso habitante de la Haya obedió á esta invitacion con una diligencia refrenada por la cautela. Separó las verdes ramas que le cubrian, y mostrando al viajero el traje de guerra de un campesino breton, se deslizó por el árbol, y cogiendo de nuevo su fusil, que para bajar se habia echado á la espalda, se acercó al viajero, y tomó á una distancia respetable el papel que aquel le presentaba, leyendo con atencion y no sin alguna dificultad las dos líneas que estaban en él.

trazadas. La espresion de salvaje desconfianza que se habia descubierto hasta entonces en su rostro se cambió de repente en alegre sonrisa, y guiñando el ojo con aire de inteligencia al devolver el papel al chalan, se quitó su sombrero, y dijo hincando una rodilla en tierra:

—¿Continúa sin novedad mi amo Mr. Charette?

—A pedir de boca, buen mozo. Pero dime, ¿no es verdad que me tomabas por espia de los azules?

—Cierto que sí.

—¿Y qué hacias en ese árbol?

El campesino movió la cabeza; una sonrisa de astucia dilató su boca de oreja á oreja, y respondió en voz baja:

—¿Qué; qué hacia? Atisbar su venida.

—Pero si están muy lejos todavía; ¡como que les dejé antes de ayer en Vitré!

—Lo sabia mi amo: mas ahora se acercan hácia aquí. Los habitantes de esos pueblos, dijo el campesino estendiendo la mano hácia el Norte, lo supieron ayer, y han abandonado sus hogares durante la noche. Pero,

con perdón sea dicho, ¿dónde va el noble caballero? ¿A Vannes?

—No, á Pluvigner; espero encontrar allí los gefes, á quienes llevo una orden del general.

—¿Y qué gefes son?

—¡Vaya una pregunta! ¿Quién ha de ser sinó él! respondió el chalan, dando un cariñoso golpecito en el hombro del chuan.

—¿Fleur-de-Lys?

—¡Qué duda tiene!

—Pues, ¡vive Dios! que vais derecho. ¿Si le volveis la espalda!

—Pues qué, ¿está en Kergant? prosiguió el viajero retirando su mano con prontitud.

—¡Vaya! Sí, señor. Allí está él y Mr. Jorge y todos los demás señores.

—Entonces es necesario que me dirija en opuesta direccion. Pero me habian dicho que habiais ocupado á Pluvigner.

—Es cierto; pero se ha preferido otro partido mejor, prosiguió el campesino moviendo la cabeza con aire de suposicion. Ya os contarán todo eso allá abajo.

—¿Estais contentos con Fleur-de-Lys?

aldan ¡Virgen Santa! ¡Que si estamos contentos!... dijo el Breton, quitándose el sombrero en un transporte de sencillo entusiasmo. ¡Si es un ángel! En fin; ya le vereis, mi amo: se parece mucho al San Jorge que está colocado en el altar mayor de nuestra parroquia. ¡Y qué valiente es! ¡Ya, ya! Lo mismo coje con las manos las balas que le dirigen los azules, que si fueran flores de un seto. Tiene un caballazo negro, que come pólvora en lugar de avena. Cuando los azules ven al blanco sobre el negro, como ellos dicen, gritan como unos desesperados: «Ahí viene el diablo!» y no paran de correr en dos horas. Sin ir mas lejos, ayer pasaron por aquí unos cincuenta, y ya muerden la tierra siete ú ocho á una legua de aquí, en el prado de Maria Brech, añadió el campesino con siniestra sonrisa. ¿Habeis olido al pasar el ingenioso asado que con ellos hicimos luego?

Esta pregunta hizo estremecer al viajero; un relámpago de ira brilló en sus ojos, y sus dedos apretaron una de las estremidades del palo. Estas sospechosas señales no pasaron desapercibidas para el chuan, que retroce-

diendo dos pasos clavó una mirada recetosa en el rostro del viajero.

—Siento lo que me dices, prosiguió inmediatamente aquel, porque hubiera deseado estar aquí para decir unas cuantas cosas á esos pillos. Tú no puedes suponer cuán grande hubiera sido mi placer, si hubiera podido esgrimir mi sable en favor de la buena causa.

—¡Ah! mi amo, no tendreis que aguardar mucho ese placer en el punto á que vais prosiguió riendo el campesino.

—Tal creo, y tambien confio en que nos volveremos á ver. Adios: me marchó, porque no me será posible hacer andar muy de prisa á mi fatigado caballo, y sentiria llegar tarde á Kergant.

—¡Demonio! Por mucho que avanceis, nunca podreis llegar sino de noche, aunque tomeis por algun atajo. Pasado el prado de Maria Brech, encontrareis un camino hacia la izquierda, que os conducirá directamente al punto que os dirigis.

—Gracias, camarada. Procuraré no olvidarme de tu fisonomia.

—Eh! tomad, dijo el chuan arrancando una ramita de haya; colocad esto en vuestro sombrero, porque hay por esos caminos muchos mas fusiles que no se ven.

El chalan atendió tan prudente recomendacion, volvió á dar gracias á su peligroso amigo, y comenzó á bajar la montaña en cuya cima habia tenido este peligroso encuentro, que felizmente no fué seguido de las consecuencias terribles que prometia. En un ángulo del prado, que servia de tumba á los infelices dragones, encontró efectivamente un camino estrecho, profundamente encajonado entre dos zanjas, y tan apropiado para una emboscada, que hubiera dudado marchar por él si la rama de haya no le habiese parecido una salvaguardia suficiente contra una sorpresa de aquella naturaleza. El resto de su viaje no ofreció ningun incidente particular; atravesó dos ó tres pueblecitos arruinados y desiertos; oyó mas de una vez en las breñas que limitaban el camino por ambos lados ruidos y murmullos, que no dejaron de causarle alguna

inquietud á pesar del signo protector que llevaba en el sombrero; por último, tuvo ocasion de dirigir por dos ó tres veces saludos amistosos á algunos labradores que parecian ocupados en labores agrícolas, con una asiduidad á la que no correspondia de modo alguno el estado de la tierra que labraban; pero, aparte de las dificultades consiguientes á un camino abierto apenas, ningun obstáculo entorpeció su marcha. Sin embargo, empezaban ya las tinieblas á suceder al crepúsculo, cuando entró el viajero en la larga avenida de árboles seculares que conducia á la entrada del castillo de Kergant.

No bien llegó á la mitad, echó pié á tierra, y ató su caballo á uno de los palos de una estacada, cuya entrada daba á una pradera. Entrando sin vacilar en ella, la atravesó en una direccion diagonal, y despues de haber saltado una zanja, cuyo lado mas accesible parecia conocer perfectamente, se encontró en un vasto jardin, que se estendia paralelamente á la izquierda del castillo. Muchas de las ventanas proyectaban una luz

distante viva sobre las estrechas calles de árboles, dibujando en los acirates las molduras de las ventanas. El joven se paró y parecía dudar; pero bien pronto continuó su marcha, teniendo cuidado de evitar la zona luminosa, y acortando el paso, descubriase en aquella la incertidumbre de un paseo sin objeto. Cualquiera hubiera dicho que sus miradas atravesaban la oscuridad y descubrían á cada paso objetos, de los que no se separaba sino con dolor; ya se acercaba á un árbol, ya á un banco; ora al pedestal de una estatua, ora al zócalo de un jarrón gigantesco; todo producía en él una veneración religiosa; todo lo tocaba con ansia, y solo retiraba la mano para llevarla á sus ojos. Diríase que cada cosa era para él un recuerdo, y cada recuerdo un amigo.

Una inclinada pendiente le condujo á un laberinto compuesto de setos de hojaranzos y situado en una parte del jardín llamada el bosque, en que la naturaleza había sido abandonada casi á sí misma. Sin embargo de trecho en trecho los claros abiertos entre la oscura masa de pinabetes dejaban pene-

trar hasta la alfombra de yerba que cubria el suelo la incierta luz de una noche estrechada. Este apartado sitio estaba embellecido por el murmullo de una cascada, cuyas aguas, despues de haber recorrido gran parte del jardin, iban á perderse en las crecidas yerbas de un pantano que limitaba el bosque. Hacia algunos instantes que el jóven seguia uno de los senderos que serpenteaban bajo aquellas bóvedas de follaje, y que acababa de atravesar un puentecillo echado sobre el arroyuelo, cuando hirió su oido el ruido producido por una conversacion, con tal claridad que aquellos que hablaban deberian estar cuando mas á diez pasos del paseante. Se paró de repente, y encorvándose cuanto le fué dable, pudo descubrir sentada en un banco de césped, á que se llegaba por el sendero la elegante figura de una muger envuelta en un capuchon. A su lado, y apoyado contra un árbol, veíase además un hombre de corta estatura, que se inclinaba algun tanto hacia adelante para hablar.

—Eso es una siirazon, y una ingratitud.

decía el desconocido con acento de cariñosa dulzura: **harto bien sabeis cuán ocupada y de qué manera está mi vida; tengo grandes, terribles deberes que cumplir; si los descuidase seriais la primera á echármelo en cara, ó habeis cambiado mucho... ¿Y cómo queréis que no me distraiga con semejantes cosas en la cabeza?**

—**Sí, pero no hay necesidad de engañarme, ¿no es verdad?** contestó la jóven con voz ahogada por la emocion ó por la prudencia. **Vos no sabeis ni podeis saber nunca lo que padezco cuando semejante pensamiento asalta mi imaginacion, lo que siento cuando turba completamente mi espíritu...**

—**Esa es una debilidad pueril é inmotivada,** prosiguió el desconocido. **Ya no os reconozco; ¿vos, que antes poseiais un corazón intrépido, un alma tan bien templada, os dejais abatir ahora por unos presentimientos!**

—**¡Ah! ¡Ya me conoceriais, si no me engañáseis, Fleur-de-Lys!**

—**Muy bien. Esa es la razon por qué os amo con tanta ternura, altiva niña.**

Estas palabras y el tono con que fueron pronunciadas debieron restituir alguna confianza á la jóven, pues que abandonó una mano á aquel á quien habia llamado Fleur-de-Lys, y comenzó á hablarle con apasionada vivacidad; pero en un tono tan bajo, que solo él podia oirla. Mas notando un ligero movimiento en unas ramas vecinas se levantó bruscamente, y cogiendo el brazo de su compañero, murmuró con aterrado acento:

— ¡Mi padre!

Casi en el mismo instante un ruido singular hirió su atento oido: asemejábase al golpe seco que producen los muelles de un arma de fuego. La jóven no pudo dominar un nuevo movimiento de terror, y conteniendo la respiracion, levantó sus manos unidas hasta la altura de su rostro.

Pasados algunos instantes en esta cruel ansiedad, dijo Fleur-de-Lys:

— Venid, querida niña; eso no es nada. La noche y los bosques están llenos de esos ruidos inesplicables; y diciendo esto, seguia con la jóven los recodos del sendero. Apenas hubieron atravesado el puentecillo del arro-

yuelo, el personaje extraño que asistió por casualidad á esta misteriosa escena, abandonó el abrigo que le proporcionó el tronco de un árbol, y bajando el rastrillo de una pistola que tenia en la mano:

—¡No era mi hermana! dijo. ¡Es ella! Preciso es aguardar.

CAPITULO X.

Aquella misma noche, el comedor del castillo de Kergant, vasta pieza cubierta hasta el techo de encina tallada, veia reunidos unos veinte convidados alrededor de una mesa cubierta de una cena opípara y suntuosa. La señorita Andrea de Pelven ocupaba con mas gracia que majestad la derecha del marques de Kergant, mientras que la canonesa ocupaba la izquierda, con mas majestad que gracia. Bellah de Kergant, severa y risueña á la vez como una reina jóven, estaba sentada en el centro, frente del marqués.

dirigiendo sus miradas con discreta solici-
tud al círculo de los convidados, y dando
sotto voce las órdenes oportunas á los cria-
dos con librea color punzó que tenia á su
espalda.

Tanto los criados como sus libreas pare-
cerán quizás estraños, cuando no ridiculos,
en medio de los horrores de una guerra ci-
vil asoladora; pero la canonesa Eleonora era
de opinion de que cada cual debe mantenerse
en su puesto; y por eso habia echado mas
de una vez en cara á la reina el olvido de la
etiqueta, principal causa segun su modo de
ver, de la revolucion francesa. La fortaleza
de que hacian gala los senadores romanos
cuando esperaban tranquilos á sus enemigos
sentados en sus sillas de marfil, era para
ella un objeto de entusiasmo, y la librea co-
lor punzó de sus criados, obstinadamente
conservada á espensas de su bolsillo parti-
cular, le parecia que debia constituir una
especie de continuacion honrosa de aquel
bellisimo rasgo de los antiguos. Aun cuan-
do conoció Mr. de Kergant todo lo que po-
dia tener de pueril esta parodia, se presta-

ba gustoso á continuarla, á causa de la elevacion de alma que en ella se descubria y que no dejaba de agradarle. Notábase en el resto del servicio la misma ostentacion y la misma grandeza; y la mesa iluminada con profusion y cubierta de plata y de porcelana preciosa, estaba servida con esa escesiva abundancia que era entonces, como ahora, peculiar á aquella provincia.

Si el marques y su hermana creian haber conseguido engañar sus recuerdos y endulzar sus penas con aquel fausto, tomado de mejores tiempos, su ilusion desaparecia ante la materialidad del banquete; los actores no correspondian á la escena; mas de uno vestia la grosera chupa de campesino, y sus manos, endurecidas con el arado, manejaban la vajilla de plata, en la que se veian esculpidas las armas de la casa. El marques, con razon, no vacilaba en llamar héroes á aquellos rústicos huéspedes, que pocos años antes no le merecian ni aun el concepto de hombres; pero habia visto despues correr su sangre, y halládola igual á la suya. Asi se veia que tenia asiento en su hogar domés-

tico la misma revolucion que combatia en el campo con todas sus fuerzas, y á la que trataba noble y dignamente en su mesa; pero era porque habia conseguido hacer prevalecer el mayor de sus beneficios, la única igualdad social que no es una quimera de fantásticos visionarios ó un sueño innoble de la envidia, la que consiste en dar cabida en el mismo banquete de honor á todas las virtudes, á todos los talentos y á toda clase de méritos.

La cofia plebeya de Alix, la hija del guarda-bosque, que se descubria en uno de los extremos de la mesa, añaadia un detalle mas, tan gracioso como encantador, á todos aquellos contrastes. Mr. de Kergant, que poseia un alma generosa cuando no le estraviaba la pasion, quiso recompensar con esta distincion los inolvidables servicios de que habia hecho alarde con sus compañeros de destierro. La quisquillosa canonesa no acertaba á disimular todo lo que de falta tenia para las puras tradiciones clásicas á aquella estraña confusion de trajes y de cosas.

bres; sentia extraordinariamente que semejante discordancia destruyese el efecto de las libreas; pero se consolaba en parte dando á este disgusto un colorido religioso: comparaba aquella reunion con las comidas de los primeros cristianos.

Una rara casualidad nos proporcionó hace algunos años el placer de conocer á uno de los pocos chuanes que viven todavía, y que tomó parte activa, tanto en las intrigas como en las guerras de la Bretaña realista, mas bien, á nuestro entender, por esa inclinacion á las aventuras que arrasta á la juventud, que por verdadera conviccion; pero se habia aficionado tan extraordinariamente á aquel género de vida, que le veíamos muy dispuesto á continuarla, si no se le hubiese antojado morirse hace poco. Aquel buen viejo, que habia muerto en otro tiempo muchos hombres, nos admiró mas de una vez refiriéndonos el buen apetito con que se sentaba á la mesa y la tranquilidad con que seguia su método de vida en medio de los incesantes y mortales peligros de una guerra civil encarnizada. Cuando el

peligro, decia, nos amenaza sin descanso, sufre la misma suerte que una querida fastidiosa; concluye por sernos indiferente. Añadia que, en su concepto, Damocles era mas meticoloso que una gallina, cuando no habia podido acostumbrarse á una cosa de tan poco momento como era tener una espada suspendida constantemente sobre su cabeza.

Acertaba á comprender que fuese esto un si es no es incómodo el primer dia; pero que colocado él en semejante posicion, no hubiera perdido por eso un solo bocado desde el segundo. Aun iba mas lejos; sentíase capaz de sostener la tésis mas ligera, cuando no la mas galante, aun estando amagado de un peligro duradero. Citábamos en apoyo de su opinion verdaderos rasgos de sangre fria, que sentimos ciertamente no poder intercalar en esta historia; pero la cortesania, algo pagada de sí misma, del antiguo guerrero lo, nos permite por lo menos dar á conocer al lector el género de conversacion que podia llenar los cortos intermedios de aquel drama sangriento y ame-

nizar las comidas de los chuanes á ocho leguas de Quiberon, y en el espacio que sucedió entre dos combates, ea los que no se daba cuartel.

—Sabed, mi querido anfitrión, que esta es una verdadera cena de boda, y no así como quiera, sino de boda real, decia riendo un jóven que ocupaba el puesto de honor de al lado de la señorita de Kergant, y cuyas palabras eran escuchadas con extraordinario respeto. Sospecho que debeis haber concedido un refugio en vuestro castillo á todos los cocineros ilustres que la revolucion ha despedido, y esta cena me parece el resultado del reconocimiento colectivo de esos señores. De cualquier modo, este banquete vale tanto, en mi concepto, como un largo poema, aunque, en materia de poemas, los más cortos siempre me han parecido los mejores... ;Dios mio, qué es lo que he dicho; la señorita de Kergant ha arrugado el ceño! Si tendré la desgracia de profesar alguna heregia acerca de este punto?

—Por lo menos, señor duque, habeis

emitió una opinión enteramente contraria á la de la señorita de Kergant, dijo un clérigo jóven, de mirada astuta y rostro delicado, que estaba sentado al lado de la canonesa.

—Mi hija, señor duque, añadió el marqués de Kergant, tiene el capricho de amar la poesia con pasion.

—Muy bien; pero yo no he hablado mal de la poesia, sino solo de los poemas, contestó aquel á quien todos llamaban duque.

—¿Y qué entendéis vos por poema? preguntó Bellah sonriendo.

—Por poema entiendo, señorita.... *La Enriade*, por ejemplo, que no he leído jamas; pero que no por eso es menos soporífera.

—Ademas de eso, el autor era un pillo, observó la canonesa. Yo tampoco he leído su *Henriade*, pero me han dicho que trata indignamente en ella á Juana de Arc.

—Vos me lo haceis saber, señora, prosiguió el jóven duque, y ahora tengo esta nueva queja contra esa epoyeya. En cuanto á la poesia, me cabe la honra de dividir

con la señorita de Kergant la apasionada afición que hácia ella manifiesta; pero aun que tal es mi modo de pensar, estoy muy lejos de honrar con aquel título á muchas de esas producciones, á las que sus autores no han vacilado en bautizar de esa manera. No creo que se pueda llamar á uno poeta porque evite llamar á cada cosa por su nombre y porque mida las sílabas con mayor ó menor habilidad, con arreglo á un ritmo convenido. La naturalidad, la sencillez y la espontaneidad, que son los caracteres de la poesia, segun yo lo comprendo, solo son patrimonio de las primeras edades de los pueblos y de los años floridos del hombre. Las ideas, los sentimientos y los sueños de un adolescente son verdadera poesia; el jóven que ama es todavia poeta; pero si se quiere evitar la afectacion y el ridículo, preciso es renunciar, pasada la mitad de la vida, á esas formas llenas de entusiasmo y de sensibilidad, porque nunca conseguirian ser tiernas y sinceras. Si queris encontrar tesoros de verdadera poesia, señorita, acudid á vuestras antiguas baladas

bretonas. ¡Ah! Veo que sonreís con orgullo. Eso prueba que he conseguido mi perdón, ¿no es cierto? Quizás, señores, ofenderé con mis palabras á algun bardo desconocido, y, á decir verdad, lo sentiria; pero esto no seria bastante á hacerme desechár la opinion de que solo es poética la civilizacion que empieza, porque, á semejanza del niño, llora, rie y canta antes de hablar... Un pueblo antiguo no es poeta sino con artificio... Se podria comparar muy bien á un viejo pulsando una lira... Un arte poético significa en las naciones que ha concluido la era de la poesia... Así que, despues de Boileau, y aun podria decir antes que él, no conozco en Francia ninguno que merezca el nombre de poeta... ¿sonreís, caballero?

Aquel á quien dirigia el jóven duque la palabra, era un hombre como de unos cincuenta años, de aventajada estatura, de rostro seco y amarillo, y de cabeza empolvada con estudio. Estaba sentado al lado de Andrea, á la que debia contar con el aire mas sério del mundo las cosas mas gracioso.

sas, si se habia de juzgar por las careajadas repetidas de aquella.

—Vuestra teoria, señor duque, dijo con gravedad, me hiera, lo confieso, en mis mas caras afecciones. Segun ella, debe negarse el titulo de poeta, á un amigo mio, á quien, segun creo, cortaba la pluma el mismo Apolo. El supo ademas intercalar en la poesia un elemento que no figura en ella generalmente, lo que en mi juicio es una verdadera gracia; quiero decir, la utilidad.

—¿Y cuál era el nombre de ese génio sublime? preguntó el duque.

—Su nombre, señor duque, debe estar escrito en el Parnaso, como lo está en mi corazon; pero confieso con pesar que sus contemporáneos no han tenido nunca curiosidad de rasgar el anónimo con que procuraba cubrir su musa.

—En ese caso veamos sus versos.

El caballero estuvo meditando un rato, pasándose la mano por la frente, despues dijo:

—Felizmente recuerdo algunos. Aquel grande hombre, señores, no solo era amigo

mio, sino que lo era tambien de la humanidad. Gustaba de darle saludables consejos, encantándola y hasta enloqueciéndola. Hé aqui unos.

Al que la fiebre lenta ó la tisis aburra,
tome leche de cabras, de camella ó de burra.

Los convidados no oyeron este admirable rasgo de ingenio sin dar las mas sonoras carcajadas; Andrea, sobre todo, aplaudia entusiasmada con la vivaz alegria de un niño.

—Caballero, os suplico que reciteis algun otro, exclamó.

—Con mucho gusto, señorita, prosiguió el imperturbable caballero; mi amigo fué el que compuso al pato, considerado como alimento, la siguiente sublime cuarteta:

Un animal estúpido es el pato
que vive entre humedades de continuo,
sin saciar nunca el gusto y el olfato:
vivo, agua quiere, muerto quiere vino.

Solo á él era dado, señores, descubrir al

mundo cierto número de verdades sinceras, del gusto de la presente:

Lavarse bien las manos es virtud que contribuye mucho á la salud.

—Pero, por Dios, mira que...
Cuando hubo disminuido algun tanto el efecto de la expansiva admiracion que no podian dejar de producir semejantes obras maestras, dijo el marqués de Kergant:

—Disparates son esos de grueso calibre, señores; pero si he de decir la verdad, confieso que los prefiero todavía á esos madrigales, improvisaciones y simplezas pastoriles de que nos vemos inundados hace mucho tiempo por una nube de ingenios de quince ó veinte años, que creen haber conquistado una reputacion europea.

—Perfectamente, querido hermano, contestó la canonesa; convengo en que los poetastros á que te refieres merecen una docena de azotes, mas que menos. Pero no siempre has profesado hácia sus producciones el desden que ahora manifiestas. Siento no acordarme de unos versos que

en año de gracia de 1775 compuso cierto marqués, cuyo nombre no diré. Ah, estos son! añadió la canonesa, dando á su rostro cierta espresion picaresca: *A una dama que tenia un perro sobre sus rodillas.*

—¡Pero, por Dios! mira que... dijo con viveza el marqués.

—No he nombrado à nadie, prosiguió la canonesa:

Hoy, desdeñosa beldad,

¡oh, que estraña disonancia!
vemos la fidelidad

en haldas de la inconstancia.

—¡Ah, señor! dijo Bellah, dirigiendo á su padre una mirada encantadora, impregnada de tierna reconvencion y de pudor filial.

—Y por qué os ruborizais, marqués? Eso es lindisimo, dijo el distinguido y aristocrático jóven, que parecia ser el rey de la fiesta.

Oid estos otros, señor duque:

A una joven.

Aunque acuseis al amor,
este se burla en secreto,
porque aumentais su prestigio
dándole insultos por premio.

Cuanto mas querais negarle,
mas en el amor creemos,
pues diciendo que no existe
vos lo engendrais en mil pechos.

—Tambien son bastante bellos, dijo el duque.

—Estoy á matar con los poetas, dijo el marqués de Kergant.

—¡Por Dios, querido anfitrión! Cuando se ha compuesto una cuarteta á una dama que tenia un perro sobre sus rodillas, no está bien que...

—Perdonad que os interrumpa, duque, contestó riendo el anciano marqués: es preciso saber antes la historia de esa cuarteta; cierto es que yo fui quien la hice.

—¡Ah, ja, ja! ¡Al fin confesais!

—Pero fué el resultado de un desafío; empené mi palabra, y era necesario hacerla.... ó morir.

—¡Pardiez, que en aquel tiempo deberíais tener poco amor á la vida!

Preparábase el marqués á responder en el mismo tono ligero y casi imprudente, cuando vió levantarse de repente á su hija, pálida y absorta, con la vista fija en el ángulo del salon, donde estaba situada la puerta de entrada. Parte de los convidados habian dirigido tambien sus miradas en la misma direccion con aire de sorpresa y casi de inquietud. El marques volvió la cabeza, y se levantó precipitadamente, no bien descubrió en la puerta á Hervé, vestido de comandante republicano, con la cabeza descubierta y sin espada. Andrea soltó un grito.

—Señor marqués, dijo al punto Pelven, cuya agraciada y grave fisonomia aparecía algun tanto alterada con la fatiga y la emocion, vengo á pedir os hospitalidad. Por motivos que quizás no os sea difícil adivinar, ya no hay para mi seguridad en las filas

republicanas. Advertido á tiempo de la suerte que me esperaba, he creído que habría mas locura que valor en arrostrarla y puesto que no soy mas que un proscrito, vengo á confundirme con mis compañeros de infortunio. Si he contado demasiado ligeramente con vuestra antigua amistad, me iré á arrostrar en otra parte una vida desgraciada, primero que volver á esgrimir mi espada en defensa de esa causa ingrata y desagradecida por la que no vacilé en sacrificarlo todo.

Los convidados escucharon en medio de un silencio triste y solemne las palabras del jóven oficial; todas las miradas estaban fijas en el marqués, cuyo rostro habia perdido la pasagera espresion de festiva bondad, para volver á tomar el carácter de noble severidad que le era habitual:

—Caballero.... dijo dando un paso hácia su inesperado huésped.

Pero en vez de seguir la frase altanera que aquel principio anunciaba, cogió de repente al jóven por la mano y atrayéndole le hácia si:

—Hervé, exclamó con voz enternecida, hijo mío! ¿Qué podria negarte yo?

Esta afectuosa acogida, que Hervé no pudo imaginarse nunca, le turbó extraordinariamente. Al recibir el cariñoso abrazo del anciano, sintió circular por sus venas un frio glacial. El recuerdo del papel doble que representaba por la primera vez en su vida, le pesaba como un remordimiento, y mientras balbuceaba algunas palabras de reconocimiento y gratitud, un matiz sonrosado tiñó sus tostadas mejillas; pero habiendo tropezado su vista con la ardiente mirada del personage que tenia á su derecha, la señorita de Kergant, recobró instantáneamente su firmeza de resolucion.

El marqués que se habia vuelto entretanto hácia sus convidados, les dijo:

—Señores, me cabe la honra de presentaros al hijo del conde de Pelven, que fué arrastrado á las ideas revolucionarias por ese entusiasmo propio de la juventud, que tambien consiguió estraviar á nuestros nombres mas ilustres en la engañosa aurora de esta era de luto. Yo no dudo que hará mu-

cho tiempo que vió desvanecidas sus ilusiones. Circunstancias que no os son desconocidas acaban de romper unas cadenas que solo pudo forjar un pundonor exagerado. Os suplico, pues, pues, que le admitais en vuestro seno con la distincion que tiene derecho á exigir un jóven que une al gran cariño que le profesó un valor á toda prueba.

Los convidados respondieron con entusiastas aclamaciones, acompañadas del choque de los vasos: uno solo de entre ellos, aquel que, á pesar de su juventud, parecia ser el primero, se contentó con inclinar la cabeza con política gravedad.

Hervé accediendo á la invitacion que el marqués le habia hecho, se colocó al lado de Andrea, que festejaba su venida con mil escesos de alegría, hasta el punto de verter lágrimas de gozo. La señorita de Kergant, mas reservada, ó quizás mas pensadora, no concedió al compañero de su infancia otro favor que una sonrisa fúnebre y glacial, dirigiéndole algunas vagas miradas, en que se manifestaban la inquietud y la duda.

Poco á poco iba sucediendo un embara-

zoso silencio á la tumultuosa agitacion producida por la llegada del jóven republicano. El jóven duque, que estaba sentado al lado de la señorita de Kergant, fué el único que conservó su aire de orgullosa superioridad, y con una solitud de muy buena sociedad, trató de reanimar la conversacion, helada en los lábios de los concurrentes por la presencia de un individuo vestido con un uniforme tan aborrecido de todos. El timbre de su voz, de una melodiosa sonoridad, hirió notablemente á Hervé, despertando en su mente un apagado recuerdo. No cabia duda alguna al jóven comandante de que se hallaba en presencia del gefe misterioso en cuya busca habia ido al castillo, de aquel hombre á un tiempo enemigo político y rival suyo, de aquel héroe realista que en tan corto número de dias habia sabido elevar á tanta altura la fama de sus hechos de armas. Estudiábale, pues, con la mayor curiosidad.

Era un hombre de baja estatura, aunque de gracioso y varonil talante; representaba

de veinticinco á treinta años; cabellos de un color negro pronunciado adornaban su frente espaciosa: su boca estaba dibujada quizá con demasiada perfeccion para su sexo; pero la altivez de su frente, la severidad del perfil de su nariz aguileña, y sobre todo la casi irresistible impresion de su mirada, resaltaban notablemente sobre los pocos rasgos de femenino belleza esparcidos por su semblante.

Pelven creyó distinguir en la fisonomía del desconocido algunos de los caracteres distintivos de una familia ilustre; pero de resultas de la educacion aristocrática que habia recibido, tenia señas muy exactas de los individuos de la casa de Borbon para que dejase de reconocer al punto que no convenian al jóven gefe que tenia á su vista ninguno de los nombres que se le atribuian públicamente. Quien quiera que fuese, sin embargo, tenia unas afecciones y una apostura verdaderamente régias. Su conversacion, que era escuchada con notable atencion por los convidados, estaba llena de gracia, afabilidad y fuerza de persuasion. No parecía

sino que le estaba reservado todo el poder de la seducción para alcanzar do quiera la victoria, lo mismo sobre los soldados que sobre las mugeres. Tantas cualidades favorables amontonadas sobre un solo hombre, hacian desconfiar de él y que su amistad pareciese peligrosa.

Hervé, pues, se estremeció cuando se oyó llamar por aquel que era el objeto de toda su atencion, y á quien designaremos en adelante con el nombre de Fleur-de-Lys.

—Señor de Pelven, dijo este personaje: ¿me dais permiso para que beba á la salud del feliz acontecimiento que nos ha proporcionado la dicha de teneros en nuestra compañía?

—Caballero, contestó Hervé, esforzándose por mostrar una sonrisa en sus labios; ó mucho me engaño, ó es á vos quien debe tributarse gracias, si es que el caso las merece.

—Señor conde, replicó afectuosamente Fleur-de-Lys: ó yo me hallo tambien en un error, ó vos conservais hácia mí cierto rencor por haberme valido de vuestros servi-

cios sin prévia noticia vuestra.

—Os confieso, dijo Hervé en un tono festivo, que no os perdonaré tan fácilmente cierta mala pasada que me habeis jugado.

—A Dios gracias, no pesa sobre mi conciencia. Hé aquí el culpable, querido conde, añadió el jóven, mostrando á Hervé un campesino de constitucion hercúlea. Yo espero que perdonareis á Jorge la primera vez que tenga ocasion de entrar en fuego.

—Perdonadme, señor conde, dijo Jorge sin poder refrenar la risa; pero se trataba de salvarnos todos, y ademas, una puñada á nadie deshonra.

—Yo no digo que me haya deshonrado, repuso Hervé; pero si que me ha lastimado. ¿Supongo, señor Jorge, que vos seriais una de aquellas señoras que se entretenian en jabonar ropa aquella noche de feliz memoria en el valle de las fantasmas? ¿Podria yo sin temor de parecer indiscreto preguntaros el objeto de aquella inocente broma.

—No me habreis de eso, dijo Fleur-de-Lys: estos bretones tienen un arrojo que rá-

ya en locura, y creyeron obsequiarme con aquella mascarada, que os aseguro llevé muy mal.

—¿Y no podría saber, señor Jorge, en virtud de qué arte mágico pudisteis sufrir impunemente el fuego que os hicimos?

—Os lo diré, caballero, respondió Jorge: mi gente tiene una admirable sangre fría. Yo los tengo acostumbrados á precipitarse sobre la artillería enemiga y tenderse en el suelo de cuando en cuando, para que pase por encima de ellos la metralla... ya habéis visto con qué precisión ejecutan esta maniobra.

La señorita de Kergant se levantó de la mesa no bien hubo acabado de hablar el buen Jorge; cogió la mano que le ofrecía Fleur-de-Lys, y todos los convidados pasaron á un salón vecino adornado con retratos de familia.

Al contemplar Hervé los graves semblantes de aquellos antepasados testigos venerables de los felices años de su infancia, no pudo menos de entrar en comparaciones acerca de la ventura de aquellos tiempos y los pesares

y sobresaltos que le asaltaban en la actualidad. En tanto que los demas individuos de la sociedad, dispersados en varios grupos por el salon, se entregaban á esas conversaciones espansivas, á las que predispone siempre una opulenta comida, se retiró él al alfeizar de una ventana. No bien se habia colocado alli, cuando se le acercó Bellah con aire de distraccion y alegría, dirigiendo á su vez algunas palabras á las personas que encontraba al paso. De repente, cambiando de tono y de espresion llegó al lado de Hervé, y le dijo con celeridad y en voz baja:

—Hervé, ¿qué habeis venido á hacer aqui?

—Dios es testigo, respondió el jóven, de que hubiera preferido el género de muerte mas ignominioso á poner los pies en este recinto, si hubiera podido sospechar lo que en él debia ver y oír.

—Hablais demasiado enigmáticamente, señor de Pelven, dijo Bellah con aquella sosegada altivez que constituia uno de sus mayores encantos.

—Bellah, esclamó Hervé: hace una hora me hallaba yo en el bosque de abetos.

—¿En el bosque de abetos? repitió la señorita de Kergant, respondiendo con una mirada de virginal pureza á la ojeada acusadora que Hervé la habia dirigido al pronunciar sus últimas palabras.

La voz de su padre que la llamaba, puso término á la conversacion.

La jóven dirigió una mirada al cielo, alzó ligeramente los hombros, y se alejó con semblante pensativo.

Cuando algunas personas se admiran de la facilidad con que hasta los hombres de mas talento se dejan engañar por las mujeres á quienes aman, no tienen en cuenta la propension natural que existe en nuestro corazon á abrigar esperanzas. La perspectiva que se ofrece á los ojos de un desgraciado se halla llena de ilusiones; él mismo es el primer cómplice de los engaños en que se ve envuelto, sucediendo muy á menudo que los hombres somos los primeros que presentamos á las mujeres el velo con que nos ciegan.

Solamente una palabra, un ligero gesto de sorpresa, había bastado para comba-
tir y vencer á medias en el alma de Hervé los testimonios que unos momentos antes consideraba como irrecusables. Era á su memoria la inocencia y altivez de su hermana adoptiva; creía ver todavía la pura luz de sus ojos; echaba en olvido el refinamiento de hipocresía que suele ceñir á veces una frente perversa con la falaz aureola de la virtud, y se reconvenía por haber ultrajado con vagas sospechas á una criatura merecedora de tanto respeto. Y sin embargo, la escena del bosque de abetos era un hecho consumado.

Ya volvía á sumir á Hervé este recuerdo en nuevos tormentos y ansiedades, cuando una mujer agitó al pasar la cortina, detrás de la que se hallaba medio oculto; alzó la cabeza que tenía inclinada hácia el suelo, y reconoció el semblante pálido y enérgico de Alix.

Por muy inverosímil que pudiese ser la idea que hizo surgir en su mente la aparición repentina de dicha mujer, no dejó

poseso de á cogérle como un refuerzo para
 sostener sus dudas y esperanzas.
 - Entonces, parando su atención en un gru-
 po en que reinaba una gran animación y en
 que se hallaban Bellah y Fleur-de-Lys, pudo
 convencerse de que el jóven héroe realista, si
 no tenía todavía los títulos para su abor-
 récimiento que él había supuesto, hacía
 por lo menos todo cuanto estaba de su
 parte por obtenerlos. Observábase que la
 presencia de Bellah le hacía aparecer mas
 erguido y que se esforzaba por agradarla,
 haciendo con este fin alarde en presencia
 de ella de todos sus recursos físicos y
 morales. Bellah aparecía hallarse bajo el
 influjo de las palabras de Fleur-de-Lys,
 y Hervé hasta llegó á creer que advertía
 en los ojos de la jóven una especie de
 admiración apasionada, que despertó en
 su alma sus mal amortiguados celos. Acor-
 dóse con este motivo del verdadero objeto
 de su viaje á Kergant, y se echó á sí
 mismo en cara el no haber abandonado el
 papel prestado que estaba desempeñando,
 y el estar conservando la máscara con que

se encubria durante mas tiempo de lo que era necesario. Aprovechando un momento en que se hallaba callado su temible rival, acercóse á él, y le dijo:

—¿Tendreis á bien, caballero, escuchar-me una palabra, antes de que me ligue para siempre á la causa de que vos sois tan digno representante? Ciertamente, yo no me hallo en situacion de poder señalar precio á mis servicios; pero tanto para satisfaccion vuestra como mia, y diré mas, para mi honor, conviene que se defina claramente el carácter que estoy llamado á representar aqui. Creo no equivocarme, caballero, suponiendo que vos os hallais revestido de las facultades suficientes para dictar un fallo absoluto respecto á mi persona.

Mientras pronunciaba Hervé las anteriores palabras, la investigadora mirada del jóven realista no cesó de estudiar atentamente su rostro, contestando en seguida con singular sonrisa:

—Estoy completamente á vuestras órdenes, caballero Pelven: en lo que me

habeis pedido no habeis hecho otra cosa que prevenir mis deseos... La noche está hermosa... ¿quereis que vayamos á dar un paseo por el jardin?... Allí podremos hablar sin que nadie nos escuche.

Hervé hizo una inclinacion respetuosa en señal de asentimiento.

—Pero ahora que me acuerdo... repuso Fleur-de-Lys, querido marques, no parece sino que tratamos al caballero Pelven como á un prisionero. Observo que no tiene ceñida la espada, y para un militar valiente, como lo es él, es ese un terrible castigo innerecido como el que mas; yo os ruego, marques, que trateis de enmendar la falta en que hemos incurrido involuntariamente.

—Teneis sobrada razon, señor duque, dijo el marqués: vos me haceis acordar de que es llegado el momento de restituir á Hervé parte de la herencia que hasta ahora se le habia negado.

Diciendo y haciendo, el marqués se llegó á una consola, y sacó de ella una lujosa espada, que puso en manos de Hervé.

—Querido amigo, le dijo: esta arma os pertenece; es la espada de vuestro padre, y aun no os la habia entregado, porque no queria que la blandiesen manos que no fuesen, como las de vuestro ilustre ascendiente, enteramente fieles á nuestras sagradas instituciones. La pongo en vuestro poder, en la confianza de que nunca la esgrimireis en contra de nuestra sagrada cruz ni de nuestras sagradas flores de lis.

Al oír estas palabras, volvió á asomar la sonrisa en los labios del jóven duque.

—Yo respondo, en nombre del caballero de Pelven, dijo, que la confianza que en él habeis depositado es muy merecida, y que difícilmente podia llegar mas á tiempo, añadió en voz baja volviéndose de espaldas y caminándose hácia la puerta.

Pelven se ciñó la espada dando gracias al marques de Kergant con el tono de estudiada reserva que habia empleado desde su llegada en todos sus actos, y que este atribuia á la natural turbación producida en aquel por haberse visto obligado á ir allí casi á la fuerza. En segui-

dan salió del salón, siguiendo los pasos de Fleur-de-Lys.

Los dos jóvenes atravesaron en seguida un vestibulo decorado con antiguas armaduras, pasaron uno de los puentes echados sobre los fosos, y se hallaron á los pocos momentos despues en el jardin del castillo. Por un simultáneo y secreto impulso continuaron andando rápidamente, como si no hallasen un lugar bastante solitario para tener la esplicacion que preparaban, y cuyas consecuencias sabian ambos muy bien cuáles habian de ser.

Llegaban ya muy cerca del bosque de abetos, cuando sonó á sus espaldas un rumor de pasos precipitados. Paráronse y se hallaron con la señorita de Kergant, que con fatigosa respiracion dijo:

—Señor de Hervé, tengo que hablaros necesariamente.

Hervé no fue dueño de contener una demostracion de violento despecho, y replicó:

—Señorita, os ruego que me disimuléis; pero habeis sido testigo del obsequio que he pedido al señor... al señor du-

que, que ha tenido á bien concedérmela, yo tendria derecho para acusarme de descortés si disfriese.

—El señor duque, interrumpió Bellah con gran viveza, es en extremo galante, y me cederá la vez para hablaros si yo se lo suplico.

—Seguramente, dijo Fleur-de-Lys con un tono de reprimido despecho que no le era familiar, la señorita Kergant sabe que siempre puede disponer de mí como guste; pero el caballero Pelven me inferirá un agravio si llegase á pensar que solamente á él le molesta esta tardanza.

El jóven duque hizo una reverencia, y se perdió de vista, internándose en la espesura del bosque.

La señorita de Kergant anduvo aceleradamente algunos pasos en torno suyo, para cerciorarse de que nadie sino Hervé podria oirla, y dijo á este cogiéndole con suavidad por un brazo:

—Hervé, eso no puede llevarse á cabo, ni se llevará.

—¿Qué decis? repuso Hervé: os enga-

ñais, sin duda, acerca de mis designios.
—No, no me engaño, ni él tampoco; pero ese lance no puede verificarse; si insistis, yo iré á enterar de todo á mi padre. Hervé, no me aflijais mas, os lo suplico encarecidamente.

—Os fatigais en vano. Si vos quisiérais, como decís, evitar este lance, no necesitaríais mas para ello que pronunciar una sola palabra: si os negais á pronunciarla, no os quedará ya mas que hacer que llevarme á morir por vuestras propias manos; nadie mejor que vos conoce el carácter de vuestro padre. Bellah, ¿quién era la mujer que se hallaba hace una hora en estas inmediaciones, cogida del brazo de ese jóven?

La señorita de Kengant sintió flaquear sus fuerzas, y fue á apoyarse en el pedestal de una estatua, permaneciendo allí algunos instantes con la cabeza inclinada, sin responder ni una palabra. Su respiración era difícil y dolorosa; por último, exclamó con voz ahogada y sin alzar la vista del suelo:

—Esa mujer... era yo.

—¡Vos, vos! ¡Justos cielos! gritó Hervé retrocediendo dos pasos, víctima de un terrible espanto. Conque es decir, añadió despues de una breve pausa... porque necesito oír tambien esa contestacion de vuestros labios... ¡Conque es decir que es vuestro amante!

Bellah, colocada en una posición angustiosísima, ocultó su cabeza entre sus manos, y con voz casi imperceptible, dijo:

— Mi amante... sí.

— ¡Pues bien! ¡Adios! dijo Hervé.

— ¡A dónde vais! exclamó fuera de sí la señorita de Kergant cogiendo á Hervé de una mano; ¿qué vais á hacer? ¿Cuáles son vuestros designios?... ¿Qué le diré yo luego á mi padre cuando me pregunte?..

— Podedis decirle que he venido aquí en clase de espia, descargando sobre mí los mas horribles dieterios; qué me importa á mí nada de este mundo? ¡Adios, adios para siempre!

Al acabar Hervé de decir estas palabras, rechazó con dulzura la mano de Bellah,

y se alejó á toda prisa, en tanto que la infortunada niña caía desolada de rodillas delante del pedestal, descompuesto el cabello y sollozando amargamente, viva imágen de una pecadora arrepentida al pie de un ara antigua.

CAPITULO XI.

Pelven, despues de haber atravesado el foso que separaba el jardin de la vecina pradera, se internó en la sombría avenida donde se hallaba atado su caballo. El pobre animal, de quien nadie se habia acordado por reclamar la atencion de todos acontecimientos de mayor importancia, soltó un ligero relincho al descubrir á su amo, y alargó su fatigada cabeza para implorar de él una caricia.

No habrá quizás un solo hombre en cuya vida no pueda contarse una de esas

horas marcadas por la traicion y la ingratitude, en que el menor testimonio de afecto, aunque proceda del ser mas humilde, no le conmueva hondamente, y no le descubra mas clara y distinta la idea del abandono de que se halla siendo victima. Cuando nuestro corazon se encuentra rebosando sufrimientos, la menor cosa basta para desbordarla. Hervé, murmurando algunas palabras confusas, acarició con la mano á su antiguo compañero de glorias y fatigas, y despues se sentó en el suelo, anegados sus ojos en lágrimas.

Despues de algunos minutos consagrados á amargas meditaciones, levántose, é irguió la cabeza como para hacer frente al destino. El temor cierto de un mal tiene por lo menos la ventaja de que quita todo motivo á la terrible duda, que es el martirio mayor del alma. En cualquiera parte que fijase Hervé su imaginacion, no descubria otra cosa que males, obstáculos y hasta una especie de imposibilidad de continuar existiendo.

- Veia desvanecerse ante su vista los dulces ensueños de su porvenir, lo mismo que los de su pasado: el recuerdo de los servicios prestados, de la conquistada gloria, todos los varoniles consuelos, en fin, que el hombre puede invocar en auxilio de su debilidad ó de su desgracia, le estaban negados en aquellos momentos. Contra todos sus proyectos, no habia sacado otra cosa de su loca empresa que la conservacion de una vida ya inútil para él, desde el momento en que se vió deshonrado y desdenado de la que amaba. Aislado, en medio de un pais enemigo, ai aun podia abrigar al menos la esperanza de conquistar por medio de una accion distinguida la estima de los suyos. ¿A dónde habia de dirigir sus pasos, sospechoso y traidor de ambos partidos? ¿Bajo qué techo podria considerar segura su cabeza, entregada á a execracion de los dos campos enemigos?

Engolfado en tan confusas reflexiones, habia llegado al punto mas lejano de la avenida que conducia al castillo, cuando hirió su oido el acompasado rumor de pa-

sos de fuerza armada, y antes de que hubiera podido entrar en mas averiguaciones, se halló rodeado de bayonetas, y sintió sobre su pecho el contacto de la punta de un sable.

—Ríndete, dijo una voz dura é imperiosa.

—¡Francisco! exclamó Pelven.

—¡Hervé! Contestó el teniente retirando su sable y estrechando la mano de su amigo: ¡Hervé! ¡Loado sea Dios! ¿Quién habia de creer que anduviéseis vivo por estos sitios?

—¡Francisco! volvió á decir Hervé con el tono de la mayor sorpresa. ¿Qué significa esto? ¿De dónde venís? ¿Cómo habeis podido?... ¿Qué gente es acompaña?

—¡Somos nosotros! exclamó una voz ronca; los intrépidos Colibri y yo, que venimos en busca de nuestro comandante ó de la muerte, arrastrados por el efecto moral.

—¡Ah buen Broidoux! replicó Hervé: tu no serás de los que crean que yo haya tratado de seros traidor. ¿No es cierto?

—¡Bah! Mi comandante, ¿creeis que no hemos olido todos la trama? Y el primero ha sido Colibri, que tiene unas asombrosas narices para su edad.

—Pero esplicadme en nombre de los cielos, Francisco, exclamó Hervé: ¿cómo habeis podido caminar en mi seguimiento y llegar hasta este lugar?... ¿Dónde habeis dejado al ejército? ¿Donde está el general?

—Un poco mas distante de lo que yo querria, comandante... Pero ante todo decidme que tal llevais vuestra aventura. ¿Habeis logrado penetrar en el castillo?

—Sí, he entrado, y he hallado allí á todos los que buscaba. Por lo demas, no me preguntéis acerca de mis planes, pues todos han venido en un momento á tierra. Ahora á vos es á quien toca ponerme á mí al corriente de lo ocurrido, porque no sé todavía si os ha traído aqui un motivo funesto ó venturoso.

Francisco, llevando entonces aparte al comandante, le contó que en la misma noche que sucedió al dia de su marcha, habia abandonado sus cuarteles el ejército

republicano; que el cuerpo principal de él se hallaba ya en Ploermel; que tres batallones, entre los que se hallaba el de Hervé, habian practicado un reconocimiento hasta la pequeña aldea desierta por donde habia pasado Pelven por la mañana; que corrian voces de que las fuerzas de los blancos se habian reconcentrado un poco mas hacia el Norte, en Pontives; que el general, inquieto por la suerte de Hervé, habia encargado á Francisco que hiciese por salvarle todo cuanto estuviese á su alcance, y que él, viéndose á tres leguas escasas de Kergant, habia resuelto avanzar hasta allí por medio de una marcha á favor de la oscuridad de la noche, haciéndose acompañar de unos sesenta hombres, entre los cuales habian ido admitidos, por pedirlo ellos mismos, todos los que habian formado parte de la escolta de los emigrados. Francisco preguntó en seguida á su comandante si se hallaba guarnecido el castillo por muchas fuerzas, y si podrian dirigirse sobre él sin riesgo de ser envueltos. Hervé contestó que no ha-

bia observado vestigio alguno de guarnición ni dentro ni en los alrededores del castillo, en el cual nadie tenía la menor noticia de la aproximación del ejército republicano, como que habían cenado en él con la mayor tranquilidad unos cuantos oficiales realistas. Añadió algunos detalles acerca de la persona de Fleur-de-Lys, quien no era en su concepto la persona que creía el general en jefe, y concluyó exclamando:

—Y ahora, ¿cuáles son vuestros planes?

—Comandante, si lo que decís es cierto, bien merece la pena de que avancemos á sorprender á esos rebeldes en su guarida. La captura de Fleur-de-Lys equivaldría á una victoria.

—Eso es imposible, interrumpió Hervé con viveza.

—¿Imposible? ¿Por qué? Nada es, por el contrario, mas sencillo, segun las noticias que acabais de darme; y seria, en mi concepto, faltar á todos nuestros deberes el no aprovechar una ocasión tan propicia.

—¿Pretendeis, acaso, enseñarme mi obligación, caballero? exclamó Pelven.

—¡Hervé! dijo el jóven teniente con el tono de la mas penosa sorpresa.

—¡Ah, es exacto; obró mal! Si, muy mal, exclamó Hervé, cuya agitacion era escesiva: mi deber es evidente, incontestable... pero ¿cómo quereis que yo coopere á esa violencia, sangrienta quizás? ¿Y contra quién? ¡Contra el amigo de mi padre, contra mi antiguo protector! ¿Y pretendeis que, ahogando mis recuerdos, ponga yo mi impia mano sobre ese anciano? ¿Ignorais que tendria que realizarlo en su propia casa, en aquella misma mansion en que por tanto tiempo he sido considerado como hijo? ¿Ah, de ningun modo; es imposible! ¿Habia yo de arrestar tambien á esas mujeres, y de entregar á ese hombre, quien quiera que sea? No, Francisco; os lo repito: todo eso es odioso, repugnante, y aunque peligrara mi cabeza, nunca lo haria, ni consintiria que nadie lo hiciera.

—Espero, mi comandante, haceros ver con menos repugnancia la necesidad en que

los encontramos. El general ha previsto el caso de que pudiera presentarse si se encontraba en Kergant, y sus instrucciones bastan á disipar vuestros escrúpulos. Me ordenó muy particularmente que no arrestase á ninguna mujer, y manifestó además que dejaría en libertad de trasladarse á Inglaterra al marques de Kergant, en atención á no estar su nombre abiertamente comprometido en los actos hostiles que destruyeron los tratados. Ya veis que aprovechándonos de la inestimable ventaja que la fortuna nos proporciona, lejos de perjudicar al marques, le impediremos consumir su ruina. Harto bien sabeis que esta guerra desesperada concluirá con él y todos los suyos.

Hervé hizo un movimiento afirmativo.

—¿Decis que ese Fleur-de-Lys no es un Borbon? Prosiguió Francisco.

—Estoy convencido de ello.

—En ese caso, será comprendido, sea quien fuere, en la categoría de los demás prisioneros que podamos hacer. El general se obliga á tratarlos con las mis-

mas consideraciones que si se hubiesen entregado voluntariamente, y solo permanecerán en clase de detenidos hasta que concluya la guerra.

—Estoy en la obligacion de creerlo. Francisco, dijo Hervé; y siendo así, no puedo menos de desear el mejor éxito á vuestros designios en interes de los que tanto he amado. Marchad, pues, y haced lo que os previenen; pues en la situacion en que me encuentro no me asistirá derecho alguno á mandar vuestros soldados, aun cuando lo quisiera. Llenad vuestro deber, os digo; por lo que hace á mi, cumpla ó no con el mio, nunca os seguiré.

Aunque esta resolucion contrariaba evidentemente á Francisco, temió que se pudiera creer dictada por una segunda intencion indigna de él cualquiera nueva objecion, y sin añadir una palabra mas, dió la órden de formar á sus soldados; pero Hervé cambió súbitamente de modo de pensar; se le figuró que absteniéndose de tomar parte en el drama que se preparaba obedecia á un sentimiento de debilidad mas

bien que á las exigencias del honor. Su presencia, por otra parte, podia servir al menos para templar los efectos de una catástrofe de todo punto inevitable; su edad y su graduacion inspiraban una confianza que podria ser rehusada al jóven teniente; tal vez dependia de él impedir que escenas de sangre sembraran el luto y la desolacion en aquella morada casi paternal, que era á la vez el asilo de su hermana. Comunicando á Francisco estas reflexiones, manifestó Hervé que él le acompañaria, pero dejándole siempre el mando y direccion de la empresa, y limitándose tan solo por su parte á presenciarse cuanto se hiciera.

Acto continuo se puso en marcha el destacamento. Apenas llegó á la estacada lateral que marcaba la mitad de la larga avenida, dió Francisco la voz de alto, y como sabia de memoria el plano de Kergant, gracias á las confianzas amistosas de Pelven, ordenó á Broidoux que atravesase la pradera, escalase el jardin por la honda zanja que le separaba de aque-

lla, y ocupase la entrada del castillo con veinte granaderos. Rodeado de agua por todas partes el antiguo edificio, no tenia otras comunicaciones con el exterior que los dos puentes fijos que reemplazaban á los levadizos, y de los que uno daba acceso al jardin y el otro al patio. De consiguiente, no quedaba desde aquel momento medio alguno de evasion al marques y á sus huéspedes. Mientras pasaba esto, habia quitado Pelven la silla y bridas á su caballo, dejándole suelto en la pradera.

Reducido á unos cincuenta hombres el destacamento republicano, continuó marchando en direccion del castillo con las mayores precauciones. El ruido producido por los pasos era sumamente sordo, dejándose oír de vez en cuando el nombre de Fleur-de-Lys, pronunciado en voz muy baja en las filas de los granaderos. Durante el resto del camino no cambiaron los dos oficiales una sola palabra entre sí, tales y tan grandes eran su emocion y tristeza. No hay duda; los deberes del soldado tienen necesidad de la agitacion del peligro.

Hervé, sobre todo, notaba con cierta especie de pasmo que aun quedaban nuevas penas á su destrozado corazón. Jamás se habian presentado á su imaginacion bajo un aspecto tan lúgubre los horrores consecuentes á las guerras civiles y sus dolorosas consecuencias; en vano invocaba en ayuda de su desfallecida energía una conciencia y lealtad sin tacha; en vano llamaba á la razon en oposicion á sus sublevados instintos, pues cuando divisó las torrecillas de la antigua mansion feudal, cuando puso el pie en el recinto del patio, no fue dueño de ahogar un gemido, y cogiendo convulsivamente el brazo de su amigo:

—Francisco, dijo con voz sorda: ¿puede darse un momento mas terrible?

El jóven teniente le estrechó la mano sin responder, é hizo acelerar el paso á su tropa.

Tan grande era la seguridad en que se creian los habitantes del castillo, que el destacamento republicano llegó á la entrada del puente sin haber sido visto de

na die. La puerta estaba abierta; unos diez escalones interiores conducian al vestibulo. Francisco, dejando la mitad de su fuerza en el patio, subió corriendo la escalera, seguido de Pelven y del resto de los granaderos.

Dos ó tres criados que se hallaban en el vestibulo, aterrados con esta súbita invasión, no hicieron la mas ligera resistencia. Convencido Francisco de que Broi-doux ocupaba el puesto que se le habia señalado, prohibió espresamente cualquier género de violencia si bien no se habia de permitir salir á nadie; y una vez tomadas sus disposiciones, entró sin detenerse, seguido de algunos soldados, en las piezas que precedian al salon, cuyas iluminadas ventanas habia visto desde fuera. El jóven teniente, movido por un generoso escrúpulo que no hay necesidad de explicar, tomaba las medidas oportunas sin dirigir una sola pregunta á Hervé, quien le seguia por todas partes como si fuera su sombra. En el gran salon en que habia tenido lugar la cena encontraron al

guarda-bosque Kad, que quedó como petrificado á la vista de las bayonetas.

FIN DEL TOMO II.

BELLAH.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

BELLAH,



NOVELA

POR M. OCTAVIO FEUILLET.

TOMO III.

SEVILLA:

Imprenta de D. José Maria Atienza, calle
de las Sierpes, número 5.

1851.



BELLAM

NOVELA

FOR THE REVISED EDITION

YONG H

REVISED

Published by D. Jose Maria Alvarez, calle de las Flores numero 2

1887



CAPITULO XI.

(Conclusion.)

—Kad, dijo Hervé, rompiendo con voz ahogada el sombrío silencio que habia guardado hasta entonces: nada de ruido, toda resistencia es inútil. El castillo está cercado por todas partes.

—¡Es posible, Sr. Hervé! murmuró Kad; ¿sois vos quien?...

—¡Silencio! Uníos á mí para prevenir cualquiera desgracia. A nadie se hará mal ninguno. ¿Quiénes están ahí?

Hervé indicaba el salon contiguo.

—Las señoras, las infelices señoras...
y el señor marques....

—¿Y los demas?

—Han partido... escepto el Sr. Jorge
y... pero Sr. Hervé, ¿es posible?

—¿Y dónde está Fleur-de-Lys? dijo
Hervé.

El guarda-bosque retorció sus manos con
desesperacion.

—Si el teniente lo permite, prosiguió
Hervé, Kad nos precederá para prevenir
á las infelices mujeres.

—Entrad, Kad, respondió Francisco.

Dudaba aquel en obedecer, cuando una
espresiva seña de Hervé concluyó con sus
vacilaciones. Abrió la puerta del salon,
se detuvo en el umbral, paseando sus
atónitas miradas por todo el círculo que
formaban las atemorizadas mujeres, sin
acertar á pronunciar una palabra, y con
la voz del juez que pronuncia una sentencia
de muerte, dijo:

—¡Los azules se han apoderado del
castillo!

Un débil grito de terror, que hirió las fibras mas delicadas del corazon de Hervé, siguió á aquellas palabras: era la desconsoladora voz de Andrea. Las demas mujeres ahogaron el espanto que habia hecho palidecer su semblante. Fleur-de-Lys y Jorge, que eran en efecto los únicos convidados que estaban presentes, introdujeron con precipitacion la mano en su pecho; el marqués de Kergaut se precipitó hácia la puerta con el sable que un momento antes se veia sobre la chimenea; pero ya estaba interceptada aquella por un peloton de soldados, y habian entrado en el salon los dos oficiales con el sable envainado y la cabeza descubierta.

—Señores, dijo Francisco: están tomadas todas las salidas del castillo. Daos, pues, á prision.

A esta manifestacion siguió un momento de silencio. Al ver Andrea á su hermano habia estendido los brazos con desgarradora espresion; su descolorido rostro se inclinó sobre el pecho, y aquella inocente víctima cayó dulcemente como la flor cuyo

tallo quiebra el soplo del aquilon. Precipitóse Hervé hácia ella para sostenerla; pero Bellah, que habia adivinado su pensamiento, se apresuró á colocar en un sillón con ayuda de Alix el cuerpo inanimado de su hermana adoptiva, acercándola en seguida á una ventana, para que la restituyera al sentimiento de la vida la brisa de la noche.

Entonces, volviéndose Pelven hácia el marques, le dijo.

—Señor, esta desgracia no es obra mia: no me ha sido dado ni preverla ni impedirla. Espero, por lo tanto, que sabreis hacerme justicia dando su verdadero valor al sentimiento que me ha impulsado á arrostrar tan dolorosas pruebas. Solo deseo deciros que no poseo otro poder ni mas derecho que los que asisten siempre al que suplica. Por tanto os ruego, señor, que no agraveis con una resistencia de todo punto inútil la posicion en que os veis. Descansad en la palabra de este jóven oficial que goza de toda la confianza del general en jefe.

—Ya que me respondeis de su palabra, decidme, caballero: ¿quién saldrá responsable de la vuestra? dijo el marques.

—Hablad, Francisco, continuó Hervé, y respetad sobre todo á los que no pueden responder á un ultraje.

—Pelven se retiró entonces algun tanto, y quedó inmóvil recostado en la pared, como resuelto á no tomar parte alguna en lo que pasase.

—Señores, dijo á su vez Francisco, despues de haber hecho una seña á los soldados para que saliesen del salon: no tengo dificultad en decir que hubiera dudado en encargarme de esta mision, si la generosidad del general en jefe no la hubiese hecho menos penosa. Hé aqui las condiciones que estoy encargado de ofrecer.

El jóven teniente comunicó entonces á los jefes realistas, que no lo oyeron sin alguna sorpresa, las consideraciones que le habian sido prescritas para con las señoras, y el miramiento con que Hoche deseaba tratar á sus prisioneros.

—Debo preveniros, sin embargo, señores, añadió Francisco, que nuestro general carece de los poderes necesarios para disponer á su antojo de un miembro de la familia real caida: si esta escepcion amenaza ó no á alguno de los que estais presentes, solo vosotros lo sabreis.

Cuando observó el marques que Francisco habia concluido de hablar, comenzó en voz baja una corta conferencia con sus huéspedes. Dirigiéndose en seguida Fleur-de-Lys al oficial republicano, dijo:

—Ningun rasgo magnánimo de vuestro general puede ni debe sorprendernos de modo alguno. Harto bien sabemos que no existe mejor ni mas segura garantia que su palabra. Mas, por desgracia, tampoco se nos oculta que existe un poder mas alto, capaz de hacerle abrir las manos, aun cuando estén ligadas por su palabra, y de arrancarle sus cautivos. Este es un albur que, tanto estos señores como yo, estamos muy distantes de desear correr. ¡Aquí, Kad!

El guarda-besque, obedeciendo á esta

órden, fue á colocarse al lado de su amo.

—¿Deberé pensar, caballero, dijo Francisco, que abrigais el insensato pensamiento?...

—¿De defendernos? Si por cierto. La lucha es desigual: ya lo sabemos; pero tampoco han hecho nunca grandes prodigios los soldados privados de sus jefes.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, colocó pausadamente Fleur-de-Lys su espada desnuda sobre el brazo izquierdo, y sacando una pistola de su pecho, la amatilló con la mayor sangre fría. Sus tres compañeros le imitaron inmediatamente. A la vista de esta demostración amenazadora, Bellah y la hija del guarda-bosque cayeron de rodillas al lado del sillón en que yacia la desmayada Andrea. Francisco dió un paso atrás, y preparó una de las pistolas que llevaba en el cinto: algunos pliegues de sombría inquietud arrugaron su frente, y dirigió á Hervé una mirada furtiva; pero este permanecía apoyado en la pared con los brazos cruzados

sobre el pecho, y en una actitud tranquila é indiferente.

A todo esto, los granaderos que estaban en la sala contigua, atraídos por el ruido de las armas, se agolparon de nuevo á la puerta.

—Entrad en fila, mi teniente, que nos impedis tirar, gritó uno de los soldados.

—¡Señores, prosiguió Francisco: os ruego por última vez que mireis lo que vais á hacer, si es que conservais algun sentimiento de humanidad, algun resto de piedad para esas infelices mujeres!...

—¡Jorge! exclamó Fleur-de-Lys con voz terrible: ¡responded vos al señor!

Y colocándose despues con brusco ademán delante de Hervé:

—¡Comandante Pelven, defendeos!

Hervé inclinó pausadamente la cabeza sobre su pecho, y no se movió. Fleur-de-Lys se separó algunos pasos, y pintándose en sus labios una estraña sonrisa que dejó ver dos filas de dientes blancos y bien cuidados, y que dió á su fisonomía una espresion feroz, levantó su pistola

con decision á la altura del pecho de Pelven; pero de repente cayó su brazo como herido de singular inercia, rodando el arma por el suelo. Un ruido incomprendible en esta hora de angustias, una histérica carcajada prolongada y horrible habia suspendido todas las amenazas y sobrecogido todos los corazones.

—¡Es mi hermana! dijo con terror el marques de Kergant en medio del profundo silencio que habia reemplazado al tumulto producido por los preparativos del combate.

Todas las miradas se dirigieron con ansiedad en la direccion que indicaba la trémula mano del anciano, y descubrieron á la canonesa de pie en el alfeizar de una ventana, mirando con fijeza hácia afuera, y sin dejar su desgarradora risa sino para soltar algunos sollozos que partian el corazon. De repente se volvió hácia los que estaban en la sala, y dando algunos vacilantes pasos por delante de su hermano:

—¿Por qué no os reis? dijo. ¡Vaya

que sois raro! ¿No habeis visto nunca una funcion de boda? Apenas lleguen los músicos bailaremos... ya no deben tardar... porque el novio acaba de partir; quizás no estará todavía muy lejos... ¿qué jóven es!... ¿Estos señores serán convidados sin duda?... Algunos parientes tal vez... ¡eh!... los nuestros están muy lejos... como que se hallan en Bretaña... Yo se lo diré al rey... Juan, acerca sillas... Señores, hubiera sentido ofenderos... ¡Qué noche tan hermosa!... Me parece que para bailar estaríamos mejor fuera... y ademas aquí falta aire... sí... aire... dadme aire, que me ahogo...

La voz de la anciana señora se estinguó en un estertor horrible; inclinó su cabeza sobre la espalda; arrojó un grito agudo, y cayó agitada de espantosas convulsiones en los brazos de su hermano.

Heridos de terror á la vista de tan cruel escena, seguian todos sus detalles con mirar compasivo, republicanos y realistas, echando en olvido su odio y sus peligros.

Veíanse las señales de la irresolucion y del abatimiento hasta en el enérgico rostro de Jorge. Fleur-de-Lys cambió algunas palabras con el rudo y fanático partidario en tono breve y cortado, y alzando despues los hombros con aire de resignacion, se acercó á Francisco, y le dijo:

—Hé aquí mis armas, caballero. Basta de afliccion para una noche. Estamos dispuestos á seguiros. Estoy cierto de que mi amigo Kergant no se opondrá á esta determinacion.

El marques hizo un signo de aprobacion, volviendo algun tanto la cabeza. Francisco manifestó en seguida con la mayor politica cuán grande era su dolor al ver la desgracia de familia que involuntariamente originaba y que mal de su grado se veia obligado á aumentar separando al Sr. Kergant del lugar á que le llamaba su cariño de hermano, si no queria echar en olvido sus propios deberes dilatando la partida. Dijo además á Fleur-de-Lys que solo Jorge y el marques se verian obligados á acompañarle, y que los

demás habitantes del castillo podrian permanecer en él, si bien quedarian prisioneros durante algunas horas, por ser preciso romper los puentes despues de la salida del destacamento, con el fin de evitar que se estendiese la alarma por el pais. Acto continuo ordenó el jóven teniente á sus soldados que rompiesen el puente del jardin.

Mientras duraban estas esplicaciones, habia vuelto la canonesa al sentimiento de la vida; pero sus estravagantes é incoherentes respuestas á las inquietas preguntas de su hermano, daban bien claro á conocer que seguia el desórden mental. Sin embargo, la misma tranquilidad de su demencia hacia esperar que no seria de larga duracion. En otro lado del salon veíase á Andrea dando libre curso á su silencioso dolor, suspendida del cuello de su hermano y con la cabeza reclinada en su pecho.

Notando el marques de Kergant que Fleur-de-Lys y Jorge estaban ya en la sala contigua, se volvió precipitadamente hácia

Francisco, y le dijo con sentido acento:

—¿Me permitirán ver á mi familia, caballero?

—¿Por qué no?

—Siendo así, prosiguió el marques, es inútil que me despida; y salió precipitadamente del salon. Pelven, sin pronunciar una sola palabra, levantó á Andrea en sus brazos, y la dejó reclinada en un canapé, cerca del cual estaba Bellah. En seguida fijó su vista en la señorita de Kergant, y la señaló con el dedo el inanimado cuerpo de su querida hermana. Un momento despues se hallaba al lado de Francisco, que habia reunido toda su fuerza en el vestibulo.

No queriendo Kad abandonar á su amo siguió al destacamento, incorporándose con los tres prisioneros. Mientras los soldados arrojaban al foso las tablas de que estaba formado el puente, exigió Francisco á Fleur-de-Lys que le diese palabra de que no intentaria huir. Mas este le respondió riendo que se la daba de hacer, por

el contrario, todo cuanto estuviese de su parte por conseguirlo.

—Sea como queráis, caballero, prosiguió Francisco; pero á nadie mas que á vos debeis echar la culpa de la cruel vigilancia que pienso ejercer desde ahora.

Los granaderos estrecharon las distancias á la voz de su jefe, quien por un exceso de precaucion colocó cada uno de los prisioneros bajo la inmediata inspeccion de un soldado, que habia recibido de antemano las órdenes mas rigurosas. Tomadas estas disposiciones, se oyó la voz de marcha, y entró el destacamento en la avenida.

No poco satisfecho el teniente Francisco del feliz éxito de su espedicion, y echando al olvido, con esa indiferencia peculiar de los pocos años, las inquietudes que le habia causado, rompía la marcha con aire alegre, respirando con placer el fresco ambiente de la noche, y sacudiendo con su sable los matorrales cercanos. Hervé, envuelto en su capote, marchaba á su lado meditabundo y triste.

Pasada una media hora, llegaron á las márgenes de un rio, que corria del Oeste al Este, por la izquierda del camino que seguia el destacamento.

—Si no me engaño, mi comandante, dijo Francisco rompiendo un silencio enojoso, este es el mismo rio que atraviesa el pueblo en que están acantonados nuestros batallones de vanguardia, ¿Debeis conocer este pais á palmos?

Hervé le respondió que no se engañaba; que el camino que costeaba el rio les conduciria directamente el pueblecillo en que él mismo habia estado aquella mañana, y que, en efecto, tenia presentes en su imaginacion los menores detalles de aquella comarca.

—¿Me parece que ya es tiempo de que os encargueis del mando? dijo Francisco.

—No por cierto, mi querido Francisco, y haceis mal en desear relevaros de él, siendo así que os habeis conducido cual ninguno. Os aseguro que habeis desempeñado esta comision de la manera mas no-

ble y honrosa.

—¡Ah! mi comandante: ahí está la duda, yo creo que quizás debo mucho á la casualidad... Pero, á Dios gracias, todo ha concluido ya del modo mas feliz.

—Mucho me alegraria, dijo Pelven.

—¿Qué quereis decir! ¿Habeis notado algo que infunda sospecha?

—Decidme, Francisco: ¿qué opinais acerca de la locura repentina de la anciana?

—¡Segun eso, creeis que fuera fingida! exclamó Francisco.

—¿Quién sabe! quizás fuera mitad verdadera y mitad fingida: las mujeres poseen el don particular de imitarlo todo; pero hasta que hayamos llegado al punto á que nos dirigimos, temeré siempre que aquella enagenacion haya servido de pretexto para dar algun misterioso aviso.

Hervé calló de repente, porque habia visto pasar por las hojas de los árboles que sombreaban ambos lados del camino un resplandor débil y fugitivo.

—¿Qué ha sido eso? dijo Francisco,

acercándose á los soldados.

—Nada de particular, mi teniente, respondió Breidoux: que los prisioneros encienden sus pipas.

Francisco observó, en efecto, que aquella interrupcion no habia tenido una causa mas seria. Jorge y Kad, colocados en el centro de la escolta, se permitian la inocente distraccion de fumar. Rodeados de una oscuridad completa, los dos candentes cubos de las pipas: derramaban sobre el grupo de cautivos un resplandor intermitente.

El jóven teniente se incorporó con Pelven. El inclinado camino que la pequeña columna subia penosamente hacia algunos minutos se dirigia de repente por el pie de un anfiteatro de montañas cargadas de árboles y de retama, teniendo á la izquierda precipicios espantosos que iban á concluir en las orillas del río.

—Ahora siento, dijo Francisco dirigiendo á su alrededor una mirada inquieta, no haber tomado, como á la venida, el camino de la otra ribera, aun cuando sea

algo mas largo. Este desfiladero es el sitio mas apropósito para una guarida de ladrones, y esa montaña de la derecha es tan sombría como el mismo infierno.

Ademas, no sé si será el ruido del rio ó el soplo del viento, ó que los oidos me zumban; ¿pero no percibís como yo algun rumor sordo?...

—Prohibid á los prisioneros que fumen, dijo precipitadamente Hervé.

Volvióse Francisco para comunicar la orden, mas antes de haber podido dar un solo paso, una triple detonacion iluminó con súbito resplandor las montañas y el camino. Tres de los hombres que custodiaban de mas cerca á los cautivos yacian en tierra: Jorge derribó al cuarto de un terrible puñetazo, y se precipitó con la cabeza baja como un toro furioso hácia la montaña mas próxima, rompiendo la fila de los granaderos y abriendo paso á sus compañeros, que desaparecieron tras de él en la oscuridad. Siguió á este suceso un gran ruido de gritos, y de repente volvió á quedar todo en el mayor

silencio. Los republicanos dispararon algunos tiros, que no dieron ningun resultado.

El teatro de este ataque imprevisto habia sido escogido con extraordinario acierto. Era el punto mas elevado del desfiladero; delante, y á alguna distancia, el camino aparecia cerrado por una masa negra y movable que bajaba por la ladera como un torrente, al mismo tiempo el sordo murmullo que salia de las montañas anunciaba que estaban ocupadas por fuerzas considerables.

Los republicanos, pues, se veian perdidos si daban un paso atras, amenazados como estaban por aquella doble linea enemiga. El primer pensamiento de Hervé fue cargar á las fuerzas que cerraban el camino, abriéndose paso á la bayoneta; pero calculó que antes de llegar á ellas habria perdido las dos terceras partes de su fuerza bajo el fuego mortífero de las montañas.

Por el lado opuesto á los bosques ensanchaba el camino formando un semi-

circulo sobre una especie de escarpado promontorio, cuyas vertientes cortadas á pico iban á hundirse en el rio á unos treinta pies de profundidad. Sobre este cabo, un grupo de árboles y de espinosos matorrales aumentaban con la suya las sombras de la noche. Al abrigo de aquellas impenetrables tinieblas fué donde se refugiaron desordenadamente los granaderos en el primer momento de la sorpresa. De espaldas al abismo, y apiñados en tan pequeño espacio, aguardaban en silencio el resultado de la angustiosa situacion en que les habia colocado un enemigo invisible.

—Teniente Francisco, dijo Hervé, suficientemente alto para ser oido de los soldados: me vuelvo á encargar del mando.

—¡Bravo! murmuró Broidoux. Me alegro infinito. No trato de ofender al teniente; nada de eso, porque al fin y al cabo es un muchacho valiente; pero aqui se necesita un hombre muy bien templado.

Hervé ordenó á sus soldados que se colocaran en tres filas, dando frente á la

montaña ocupada por los chuanes, y despues, inclinándose sobre el borde de la sima en cuyo fondo rugia el rio, examinó con extraordinaria atencion la inclinada pendiente del despeñadero.

—No nos queda otro recurso que morir ahogados ó fusilados, ¿no es verdad? preguntó Francisco.

—¡Silencio! Escuchad, dijo Hervé.

La vibrante voz de Fleur-de-Lys acababa de cruzar los aires.

—Comandante Pelven, dijo: me oís, ¿no es cierto?

—Sí, respondió Hervé presentándose al descubierto en el camino, delante del frente de su peloton.

—Estais envueltos por todas partes, prosiguió Fleur-de-Lys. Con las fuerzas de que dispongo puedo acabar con todos vosotros sin que corra una gota de sangre de los míos. Lo sentiria ciertamente, pero no vacilaré en hacerlo si me obligais. Nos es demasiado conocido vuestro valor y adhesion al deber; pero este se convierte en temeridad ó quizás en locura en situa-

ciones como esta. Rendios, pues.

—En la posición particular en que me encuentro, nada es más natural que consultar el parecer de mi teniente antes de daros una contestación; ¿creo que no tendreis dificultad en concederme algunos instantes?

—Como querais, caballero. No tenemos prisa, dijo Fleur-de-Lys.

Hervé se acercó al teniente, y conduciéndole apresuradamente al borde del precipicio:

—Escuchadme con atención, dijo en medio del religioso silencio de los soldados: preciso es dar á esa gente otra broma en cambio de la famosa de las lavanderas; se trata únicamente de hacer para salvar nuestro honor y nuestra vida lo que yo he hecho muchas veces en este mismo sitio cuando era muchacho. Gracias á la noche y á esos árboles, no puede descubrir el enemigo ninguno de nuestros movimientos. ¿Veis este ángulo entrante que forman las rocas? Pues bien: hasta los dos tercios de profundidad no es otra cosa que una escalera

bastante deteriorada, llena de raices por ambos lados: cuando llegeis al fin, encontrareis una trampa perpendicular, lisa como una tabla: dejaos resbalar por ella osadamente y caereis en una estrecha ribera de arena que hay al pie de la falda; entrad en el rio por frente de la roca vertical, y atravesad el vado; el agua llegará á la mitad de la pierna, ó cuando mas á la cintura si el rio está crecido. Que cada uno ocupe su puesto hasta que llegue su vez. El sargento cuidará de que ninguno empiece á bajar hasta que el que le preceda se haya perdido de vista. Por lo que hace á mí, procuraré parlamentar todo lo mas que pueda para ganar tiempo. Vamos, hijos míos; mucha sangre fria. El teniente va á enseñaros el camino. Agarraos bien á las raices, Francisco.

Este quiso hacer algunas observaciones; Hervé le contestó que solo le cumplia obedecer. Un momento despues habia desaparecido el jóven en la vertiente del precipicio. Siguióle inmediatamente un soldado. Tan estraña operacion y la perspectiva

de una salvacion próxima, hicieron renacer la alegría entre los granaderos. Broidoux, arrodillado en el borde de la roca, acompañaba cada partida con una despedida burlesca.

—¡Buen viaje!... ¡Muchas cosas á la familia, alhaja!... ¡No me echés en olvido, buena pieza!... ¡No te entretengas en el camino!... ¡Cuidado con las narices, ciudadano!... ¡Que te caes hombre! No has nacido tú para volatinero... Escíbeme en llegando, Colibri...

Aunque la esplicacion y el principio de ejecucion de este plan singular habian ocupado pocos instantes, temió Hervé provocar la desconfianza con una detencion mas larga, y encargando á Broidoux que le avisase cuando solo quedase la primera fila en la esplanada, volvió á situarse en medio del camino.

—Caballero, dijo alzando la voz: he aquí lo que me es dado proponeros; yo me entregaré á discrecion, y mi teniente y soldados podrán marchar á incorporarse con el ejército sin ser molestados.

—¿Os chanceais, comandante? dijo Fleur-de-Lys. Cuando el todo está en nuestro poder, no podemos contentarnos con una parte, por importante, por preciosa que pueda ser.

—Mil gracias por la lisonja, caballero, dijo Hervé, que solo trataba de prolongar las ceremonias el mayor tiempo posible; pero debo preveniros que si os mostrais muy exigente, no conseguireis de nosotros lo que deseais. Nunca es prudente reducir un enemigo á la desesperacion, por débil que sea.

—Os repito, caballero, que, segun parece, solo tratis de chancearos, contestó Freur-de-Lys con tono seco y amenazador. No teneis mas que decir?

—Y qué condiciones nos concedereis si nos rendimos?

—Se os perdonará la vida, siempre que jureis servir á las órdenes del rey.

—Mas propio era que hubiera dicho mi rey, murmuró Broidoux, que acababa de tocar el brazo de Hervé.—Mi comandante, añadió: no queda ya mas que la primera

fila de los granaderos.

—Que se dispongan á contestar al fuego del enemigo, dijo Hervé.

Y retirándose algunos pasos:

—Caballero Fleur-de-Lys, prosiguió: lo que proponéis es nuestra deshonra, y rehusamos aceptarlo.

—Ea, muchachos! gritó de repente Fleur-de-Lys con voz atronada... ¡Apunten!... ¡fuego!

Toda la montaña se iluminó con una línea de luz, seguida de una formidable explosión, que repitió el eco en el valle. El instantáneo resplandor de la descarga descubrió á los chuanes por la primera fila de los republicanos con el arma al brazo, lo que impidió que pudieran sospechar la desaparición de los otros.

Pelven habia previsto aquel caso terrible; pero contando con la mala puntería de unos disparos hechos en la oscuridad y con la dispersion de los soldados detrás de los árboles, habia preferido correr tan grave riesgo, antes que dejar adivinar demasiado pronto al enemigo el secreto

de la evasión. Solamente habian caído tres hombres.

—Fuego, hijos míos, y salvaos! dijo Hervé.

Contestó el peloton republicano, y se precipitó en seguida hácia la vertiente del despeñadero con una ligereza fácil de concebir. Broidoux seguia empeñado en no abandonar al comandante; pero recibió la órden superior de seguir á sus camaradas, y no le quedó otro recurso que obedecer.

Hervé, que habia quedado solo en medio de una nube de humo, que aumentaba las tinieblas, se volvió hácia la montaña, y levantando la voz:

—Señores, dijo: mi teniente y yo nos rendiremos sin condicion alguna.

—Gritad *viva el rey!* respondió Fleur-de-Lys; sí, gritad, os lo suplico, porque bien merece ser respetado un hombre tan valiente.

Hervé dirigió una rápida ojeada hácia atrás, y creyendo descubrir dos ó tres sombras en el borde de las rocas, se presentó

de nuevo frente al enemigo con una intrepidez admirable, procurando entretenerle todavía mas.

—Para salvar á mis granaderos, dijo....

—Gritad ¡viva el rey!... ¡No... Pues bien... ¡Fuego! repitió Fleur-de-Lys; y se oyó otra nueva detonacion.

Pelven habia oído silbar á su alrededor aquel huracan siniestro; pero las balas supieron respetar un pecho tan esforzado y generoso. El resplandor de la descarga iluminó la ya vacía esplanada.

—Qué es lo que veo! exclamó furioso Fleur-de-Lys. Voto al diablo! Se nos han escapado!

—Sí, se han salvado! Viva la república! gritó Pelven agitando su espada en la ecstasíe del triunfo y del peligro, y lanzándose en la pendiente del abismo que habia tragado ya á todos sus compañeros. Antes que hubiera podido llegar al pie de las rocas, sonaron unos cuantos tiros por encima de su cabeza, y pasaron rozando con su cuerpo algunos pedazos de piedra: pero llegó si lesion alguna á la arenosa

margen del río. Algunos instantes despues una aclamacion alegre y ruidosa, que partia de la ribera de la opuesta orilla, anunció á los chuanes, que coronaban entonces la cima del despeñadero, que el comandante Hervé estaba en seguridad en medio de los suyos.

Antes que hubiese puesto] Pelven el pie en la orilla se echó á su cuello Francisco, abrazándose ambos jóvenes con efusion. Convencidos estos, pasado un momento, de que atemorizados los blancos con las dificultades que ofrecia el descenso, renunciaban á perseguirlos, dieron la voz de marcha, y el destacamento se alejó precipitadamente á traves de la campiña.

CAPITULO XII.

La guerra civil del Oeste habia desbaratado los planes militares mas hábiles y mejor combinados: por parte de los realistas estaba dirigida por capitanes improvisados, que aplicaban cada dia una táctica distinta y desconocida, acomodada á las circunstancias locales, á los accidentes del pais, á las costumbres y hasta al carácter peculiar de sus soldados, supliendo la esperiencia con el genio, y el método con la audacia. El ejército republicano, despues de haber hecho las

marchas forzadas que le condujeron á Ploermel, permanecía inactivo é inquieto, amenazando un desierto mas bien que una comarca habitada. Los reconocimientos operados en los alrededores no habian tenido ningun resultado. Dos ó tres batallones expedicionarios habian recorrido el pais por la parte de las costas y le habian encontrado abandonado é tranquilo.

Ningun acontecimiento habia venido á justificar el temor que corria por aquella época de que iba á desembarcar de un momento á otro un cuerpo realista, bajo la proteccion del cañon inglés. El número, los movimientos y hasta la posicion misma de las fuerzas insurgentes eran objeto de vagas y contradictorias noticias, que sumergian al general en jefe en una angustiosa perplejidad. Los grandes talentos militares solo con repugnancia toman parte en el teatro desconcido de las guerras indisciplinadas, así como los maestros de armas sienten cruzar el hierro con un principiante resuelto, cuyo ardor impetuoso frustra todas las combinaciones del arte.

Desde el golpe súbito y atrevido dado por los insurgentes bretones con indomable bravura, como para festejar la llegada de su nuevo jefe, y para darle ocasion de ganar su baston de mando, no se habian vuelto á presentar en campaña hasta el momento en que les hemos visto acudir en socorro de Fleur-de-Lys. La brigada republicana destacada en su persecucion solo habia encontrado unos veinte aldeanos diseminados en los campos ó recostados en las puertas de sus miserables cabañas, y aquellas buenas gentes revelaron en confianza á los soldados que habian creido oír un fuego vivo y sostenido hácia la una de la madrugada, por lo que les aconsejaban que marchasen con cautela. Gran trabajo costó á los oficiales impedir que maltratase la tropa á aquellos chuanes. Avanzó la columna otras dos leguas mas allá del castillo de Kergant, que estaba desierto, y algunos exploradores que se habian adelantado hasta Pontivy regresaron manifestando que no se habian dejado ver los blancos. La

brigada volvió á Ploermel despues de esta correria inútil.

Entre los infinitos y encontrados rumores que circulaban en esta ciudad, solo uno habia merecido ser acogido por el general con algunos menos visos de incredulidad, y era el que suponía refugio del ejército realista á la vasta selva de la Nouée, que se estiende por la frontera del Morbihan, á cinco leguas de Ploermel y en direccion del Noroeste. Semejantes puntos habian protegido mas de una vez en el curso de las anteriores campañas á los destrozados restos de las tropas vendeanas y bretonas; pero no era fácil creer que un ejército victorioso, dueño de toda la comarca, hubiese ocupado un bosque, conservando asi de todas sus conquistas la posicion mas indiferente, cuando no la mas peligrosa. Sin embargo, despues del regreso de las expediciones que habian recorrido sin fruto el centro del pais y las costas vecinas, cediendo el general á la voz pública, por inverosímil que pareciera á primera vista, marchó á recono-

cer por sí mismo, al frente de un destacamento considerable, las cercanías de la selva sospechosa. Contra toda esperanza, lo que consiguió ver no le dejó duda alguna acerca de la proximidad del enemigo; todos los caminos que se dirigian á la Nouée denunciaban el tránsito reciente de una multitud; las ruedas de los carros y las herraduras de los caballos habian destrozado las tierras sembradas próximas á la selva, y dejando hondas señales en el camino. El suelo estaba sembrado de trozos de vestido, de muebles rotos y de carretas hechas pedazos. Altamente sorprendido el general, se detuvo en una altura, y fijó su pensativa mirada en la masa sombría que formaba el bosque, hácia el que convergían todos los indicios reveladores; y bien fuese creacion de su espíritu, bien realidad, creyó oír un murmullo lejano, semejante al zumbido de una inmensa colmena.

Dos compañías recibieron la orden de avanzar costeando el bosque, y fueron rechazadas por un fuego vivísimo. Ya no

cabia, pues, duda de que el enemigo estaba allí, y de que no procuraba recatar su presencia, con tal que permaneciesen ocultos sus designios. Dejaba la trampa abierta y visible, pero disimulaba los resortes de que había de usar para cerrarla. No rehusaba el combate; pero deseaba sostenerlo á la hora, del modo y en el terreno que le convenia.

El jóven jefe se apresuró á volver á su cuartel general: la certidumbre que acababa de adquirir acerca del punto que ocupaba el enemigo no sirvió sino para aumentar su ansiedad; no acertaba á comprender el fin de aquella maniobra inaudita: los datos é indicios que le habian sido dirigidos del interior y de la costa por los representantes en comision, no servian para dar ninguna luz, por ser demasiado confusos, y á veces contradictorios. Los espías, siempre escasos en Bretaña, y mas desde que la suerte de las armas parecia inclinarse en favor de los realistas, le servian tan mal como aquellos. Algunos, aunque pocos, que osaron penetrar

en la selva misteriosa, no volvieron á aparecer jamás.

El general no podia someterse á las condiciones del combate que le presentaba su enemigo. Vacilaba, como era natural, ante la cosa mas temible para el hombre: lo desconocido. Cuatro dias trascurrieron en esta indecision: el ejército republicano ocupaba un espacio de tres leguas; á saber: desde Ploermel hasta el pueblecillo que protegía el paso del rio de que tantas veces hemos hablado. Otro nuevo detalle topográfico es absolutamente indispensable para la completa inteligencia de los sucesos que se van á seguir, pues que importa mucho fijar las ideas del lector sobre la posicion relativa de los tres puntos entre los que debe dividirse el interes, si es que interes existe, en los hechos que constituyen el desenlace de esta narracion. Rogámosle, pues, que retenga en su memoria que Ploermel al Este y Kergant al Oeste, están situados en dos lados de un plano casi triangular, cuyo vértice es la selva de Nouée.

El hacha de los leñadores no había abierto todavía en la parte meridional del bosque el ancho espacio que disminuye en el día su estension, violando su majestad. Su linde se prolongaba por terrenos ahora desnudos, en los que el estruendo industrial ha sucedido al silencio de la soledad.

Hacia este punto de la selva se encaminaban en la tarde del 22 de junio dos individuos del aspecto mas miserable. El uno de ellos era un mendigo, cuya edad y achaques hacian su paso tardo: iba sostenido y guiado por una jóven, cuya estatura hubiera parecido extraordinaria en una mujer, si la fatiga y quizás la miseria no hubiesen encorvado su cuerpo prematuramente. Aquella infeliz habia cubierto su raído corpiño con los pedazos de una toca que rodeaban un semblante repugnante por su espresion torpe y solapada á la vez. El anciano, envuelto en sus harapos, presentaba á la vista el tipo sórdido y pintoresco del mendigo clásico, raza que se va perdiendo como tantas otras. La superposicion de pingajos sin nombre y sin color conocidos, sabiamente

colocados sobre el cuerpo de aquel hijo de la caridad, traia involuntariamente á la imaginacion el recuerdo de los personajes de la corte de los Milagros.

Una de sus piernas parecia haber perdido el juego de la rodilla, é iba apoyada en una armazon de madera con aros de hierro. Para colmo de males, el buen hombre era ciego.

El sol, próximo á su ocaso, matizaba de anchas fajas doradas los espacios comprendidos entre negras y amontonadas nubes, y las sombras de las encinas seculares empezaban á dilatarse de un modo jigantesco en los claros que las separaban, cuando aquellos dos desgraciados llegaron á la entrada de un sendero que desaparecia á traves del bosque. A pesar de la proximidad de una vegetacion abundante y poderosa, y de la hora avanzada del dia, el calor era abrumador y sofocante; no movia las hojas la mas ligera brisa; de vez en cuando se percibian en la atmósfera ruidos sordos y prolongados, y las bandadas de cuervos volaban de árbol en árbol arrojando graznidos lastimeros

—Allá en mis buenos tiempos también aprendí algo de marina, dijo el anciano de los harapos, y puede asegurarse que tendremos un buen chubasco esta noche.

La muchacha, que parecía ser la persona menos amable de su sexo, no respondió nada; sus ojos, fijos en el bosque, sondeaban la espesura con aire de temor. El viejo mendigo, tirando con fuerza del vestido de su compañera, la obligó á sentarse á su lado en un cerro alfombrado de musgo, y la habló en voz baja durante algunos minutos, pareciendo reñirla unas veces con severidad, y dirigirla otras los consejos mas dulces y paternales. Concluida esta conferencia, se levantó con desembarazo aquel buen hombre, y entró cojeando en la espesura apoyado en el brazo de su compañera.

No habian andado todavía cien pasos, cuando cayendo tres hombres de los árboles vecinos, como si fueran frutos maduros, les cerraron el paso: en el mismo instante otros diez armados de fusiles, que salieron de los matorrales les cercaron por todas partes. Dábanles á conocer como otros tantos insur-

gentes bretones su larga cabellera y su sa-
yo de piel de cabra.

—¿Quiénes sois? ¿A donde vais? dijo el
que parecía gese.

—Dime, hija, dijo el ciego: ¿no hay por
aquí ningún azul?

—No, padre, respondió la desarrollada
muchacha con voz temblona y gangosa: to-
dos son de los buenos. Podeis hablar sin tem-
por, ¿no es verdad, señores?

—Que hable, ya le escuchamos, prosiguió
el chuan.

—Chica, mira no sea que te engañes, di-
jo el mendigo: los servidores de Dios y del
rey no acostumbran á tratar con tanta du-
reza á los pobres.

—Buen hombre, los tiempos que corren son
bastante malos, y el diablo no descansa.....

—Sí, hijo mio, y la desconfianza es la
fruta de la época. Déjame tocar tu traje,
porque hace mucho tiempo que mis ojos han
perdido la luz.

El anciano paseó su mano por el pecho
del chuan.

—¡Hola! El corazón y la cruz, prosiguió;

muy bien... ¡Viva el rey! ¿Dónde está Fleur-de-Lys, á quien San Ivo y todos los santos conservan? Decidme, ¿dónde está? Tengo que hablarle.

—Fleur-de-Lys no está tan de sobra que pueda perder el tiempo contigo, buen viejo.

—Yo te respondo de que no lo perderá. Condúceme adonde se halle; he andado demasiado con mi pobre hija, á la que hace tiritar todavía la calentura, y desearia descansar; pero antes que todo es el servicio del rey. ¿Sabeis que pronto le veremos en su augusto trono? ¡Ah! ¡Qué dia tan grande! Si entonces me entierran, prometo no hacer la menor resistencia...

—Charlais demasiado, padre, dijo con tono impaciente la compañera del viejo fanático: ya sabeis que nos han dicho que urgia....

—¡Ah! Es cierto,.. tienes razon. ¿Dónde está Fleur-de-Lys? Tengo que entregarle una cosa que ha pasado por debajo de las narices de los azules.

El anciano se echó á reir, y hundiendo

su mano por uno de sus infinitos girones, sacó un paquete de cartas sellado con estudio. El sobre tenía impreso en uno de sus ángulos un signo particular en forma de cruz flordelisada. El jefe de la partida de los chuanes no dudó ya mas, y diciendo á los aventureros que le siguieran, se internó en los desfiladeros del bosque.

No bien anduvieron algun tanto, cuando se vieron detenidos por una trinchera formada de árboles, detrás de la cual acampaban unos cien hombres. Pasaron adelante despues de haber dado el guia el santo y seña convenidos, y á corta distancia se encontraron con otra: el bosque entero parecia cortado en todas direcciones por fortificaciones de aquel género, de las que algunas estaban rodeadas de fosos. En cada uno de los espacios abiertos por las tablas, vivaqueaba un cuerpo numeroso de insurgentes. Los mas de ellos no tenían otro uniforme de guerra que la chupa que usaban los campesinos bretones, llevando ademas unos orillos de jerga en forma de banda para echarse el fusil á la espalda. Casi

todos estaban calzados de toscos zuecos llenos de paja.

Las mujeres y los niños, mezclados con la tropa, lo arreglaban todo en los vivaques, agitándose alrededor de las hogueras que chisporroteaban en el suelo. La selva ofrecía el aspecto de un aduar de salvajes; aquí se veían pastores armados echados en la yerba en medio de numerosos rebaños de cabras y carneros: allí se oía el mugido de los bueyes ocultos detrás de un espeso matorral; el confuso ruido producido por las voces, las armas y los pasos, elevándose por cima de las frondosas copas de los árboles, tan pronto adquiría los agudos tonos del clamor, como disminuía hasta el punto de convertirse en un zumbido monótono. Dejando á un lado la distinta vegetación y los trajes diferentes, se hubiera podido tomar muy bien aquel bosque por un oasis del desierto, ocupado por tribus nómades y guerreras.

Después de media hora de marcha, élla que tuvieron que vencer repetidos obstáculos, anunció el guía al anciano mendigo

que llegaban al fin de tan penosa travesía, y separándose al mismo tiempo de la espesura por no ser prudente, según manifestó, seguirla por más tiempo, penetró con su comitiva en una calle de árboles de seis á siete pies de ancha, en la que el entrelazado ramaje formaba una especie de techo. Bajo esta bóveda continúa, apenas penetraba la débil luz del crepúsculo, y el gran silencio que reinaba á su alrededor hacia más y más estraña la impresión producida por aquellas súbitas tinieblas. El ciego sintió temblar entre las suyas la mano de su compañera.

—¡Hola! ¿Qué es eso? dijo en voz baja mientras les precedía el guía á alguna distancia. ¿Cuál es el efecto moral que experimentas en este momento?

—Mi sargento, respondió la joven en el mismo tono: me voy poniendo bastante desazonado.

—¡Pues! ¡La mia! ¡El efecto moral! prosiguió el anciano; vamos, no seas gallina, muchacho. Recuerda que este bosquecillo será para nosotros el templo de la gloria.

—No será mala gloria, me parece.

—Y hasta de la inmortalidad, inolvidable amigo: y si no, di; ¿cómo quieres que figure tu nombre en la historia? Con letras de oro ó simplemente con bastardilla?

—Poco me importa que figurara con bastardilla, si pudiera plantarme de un brinco á diez leguas de aquí.

—¡Que dices, insensato! ¡Con bastardilla! ¿No te haces cargo además de que cuando está uno en disposición de legar su nombre á la posteridad no es cosa de dar semejantes brincos?... ¡Cuerno! ¿Qué máquina es esta? ¡Es un cañon! ¡Maldecido bosque! Jamás he visto semejante vejetacion en....

El buen hombre se engulló el resto de su frase.

El guía se habia parado de repente para interrogar con voz discreta á dos centinelas apostados en la estremidad de aquella extraña avenida; la última luz del crepúsculo permitia distinguir, en un ancho espacio circular, una multitud de sendas y de cho-

zas bajas colocadas simétricamente: algunas de estas últimas parecían de construcción mas sólida y menos reciente que las otras; sin duda era alguno de aquellos refugios célebres que los chuanes se procuraron desde el principio de la insurrección. Muchos caminos cubiertos, semejantes al que acababan de seguir los aventureros, daban acceso á un descampado, rodeado por todas partes de espesura, á la que cercaba á su vez una línea de fosos y trincheras. Este campo era en el bosque lo que la torre del homenaje en las fortalezas de la edad media; veíanse reunidos en él todos los elementos necesarios para hacer una resistencia desesperada y sostener un combate á muerte. El orden y la compostura que guardaban todos allí anunciaban la presencia de los gefes mas importantes y la disciplina peculiar á la tropa escogida. En efecto, los soldados que se descubrían tendidos sobre el césped ó hablando en voz baja á las puertas de las cabañas, llevaban en su mayor parte traje verde y chaleco encarnado, que era el uniforme de los cazadores

realistas, cuerpo temible, que organizado á la sombra de los tratados, habia encerrado en sus cuadros á todos los héroes de las antiguas guerras.

Despues de haber entrado en el recinto el guia y sus dos compañeros, y mientras atravesaban el campamento, habian encendido los chuanes algunas luces en las cabañas, que despedian sus trémulos reflejos sobre la multitud diseminada en el descampado; de vez en cuando salian á medias de la oscuridad algunos rostros osados y feroces para volver á sepultarse en ella de nuevo, cual si fueran otras tantas visiones. El guia se paró en el centro del campamento, delante de una de las cabañas del antiguo refugio, en la que habia una guardia numerosa. Entró solo sin detenerse, y algunos instantes despues volvió en busca del ciego y su compañera, para conducirlos á la presencia de Fleur-de-Lys.

El jóven gefe, de pié, junto á una mesa, dirigia la palabra á Jorge; otros dos hombres con trajes de sacerdote escribian en un esquinazo de aquella: algunos oficiales es-

taban diseminados en pequeños grupos en el espacio que separaba la mesa de la puerta. A la entrada del mendigo cesaron todas las conversaciones: su hija le condujo á corta distancia del jefe, y se retiró algun tanto haciendo ridículas cortesias. El pobre hombre, con el paquete de cartas en la mano, la cabeza baja y el cuerpo inclinado, aguardó á que le dirigieran la palabra. Fleur-de Lys acercó una lámpara al misterioso mensajero, y despues que le hubo estudiado minuciosamente de pies á cabeza con su vista penetrante:

—¿De dónde vienes, dijo, y quién te envía?

—¿Sois vos, Fleur-de-Lys?

—Yo soy.

—¿Qué desgracia tan grande es estar privado de la vista! prosiguió el pobre hombre moviendo la cabeza. ¿Qué mejor espectáculo para un antiguo soldado que el ver vuestro rostro Fleur-de-Lys?

—¿Has servido tú, buen viejo?

—Como que fue en Fontenoy donde me rompieron esta pierna, mi general. Allí es-

taba tambien el rey Luis XV, á quien por la noche hicimos una cama con banderas inglesas, y recuerdo que dijo «que un rey de Francia solo podia servirse de aquellas para apoyar encima sus pies.» Disimuladme si os ofendo: pero la verdad es que en un campo de batalla, para que vayan las cosas bien, es preciso que esten los ingleses de frente y no al lado.

Apenas oyeron los que estaban presentes la anécdota real evocada por el anciano, se descubrieron é inclinaron sin separar la vista de Fleur-de-Lys. Una viva emocion coloreó las mejillas del jóven gefe.

—Ved, señores, el inesperado refuerzo que me llega. La sangre de los vencidos en Crecy y Azincour circula todavia por las venas francesas; pero ¿de dónde vienes tú, mi bravo veterano?

—De Normandía, mi general. Mr. de Frotte me ha hecho conducir en coche hasta Fougères, viéndome despues precisado á atravesar la linea enemiga para tener la honra de entregaros este paquete.

—¡Ah! ¿Con que eres normando? dijo Fleur-de-Lis. ¿Y de dónde?

—De las cercanias de Coutances, mi general.

—¡Hola! ¿De Coutances?

En seguida Fleur-de-Lys le dirigió algunas preguntas en normando acerca de la muchacha que le acompañaba, las que satisfizo el ciego en el mismo dialecto.

—Señores, he aquí un puro normando, dijo riendo Fleur-de-Lys: y en seguida abrió el paquete.

Despues que hubo leído las cartas que contenia, volvió á cojer el sobre que habia tirado al suelo en un principio, examinó con la mayor atencion el destrozado sello, y fijó en el ciego durante algunos momentos su ardiente é inquieta mirada. Pero el rostro tranquilo y venerable de aquel pobre hombre consiguió disipar los recelos que habian arrugado el entrecejo del jóven gefe; sentóse en seguida al lado de la mesa, y dijo:

—Buen viejo, tienes necesidad de ponerte otra vez en camino esta misma noche. Ya sé que es demasiada fatiga para tus

años: pero sabré recompensarte con largueza. En la venta del *Manzano Florido*, situada á media milla de Piélan, encontrarás un agente de Mr. de Frotte, que se encargará de andar el resto del camino. Si amas al rey como dices, debes consentir que te hagan pedazos antes que entregar el despacho que voy á confiarte.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras Fleur-de-Lys, escribió apresuradamente algunas líneas, y cerrando el pliego, estendió el brazo en la direccion de aquel buen hombre, como para entregársele. Mas este, sin esperar que nadie se lo advirtiera, levantó su mano para cojerle.

—¡Ah! ¡Con que ves! exclamó Fleur-de-Lys retirando el pliego. ¡Traicion! ¡Guardias! Prended à ese espia y à su hija.

A las voces de Fleur-de-Lys se precipitaron unos diez soldados dentro de la cabaña; pero ya se habian apoderado de ambos los oficiales, despues de una resistencia abreviada por el brazo terrible de Jorge. La pierna de palo del mendigo, su canosa barba y los rojos cabellos de su hija cayeron

al suelo en los esfuerzos de la lucha.

—Cual es tu nombre, camarada? dijo Fleur-de Lys dirigiéndose al que tenia más edad.

—Broidoux, sargento de granaderos del batallon de los temerarios.

—Creo que conocerás las leyes de la guerra, y de consiguiente la suerte que te aguarda. ¿Tienes algo que alegar en tu favor?

—En el mio no; pero si en el de este pobre muchacho. Yo le he hecho tomar parte casi á la fuerza en esta expedicion, y os prometo que si le perdonais la vida, nada será mas fácil para mí que eso que llaman morir.

—Imposible. Sin embargo, aun podemos entendernos. ¿Quiéres servir á las órdenes del rey?

—¿Por qué no á las del Papa? dijo Broidoux con gravedad.

—Y tú, jóven? dijo Fleur-de-Lys acercándose al otro prisionero.

A esta pregunta sucedió un largo silencio, durante el cual el rostro de Broidoux fué contrayéndose poco á poco hasta tomar

la espresion de la mas indecible angustia.

—Señor, dijo con voz débil el jóven prisionero, el sargento es mi superior, y ha hablado por los dos.

Al oir estas palabras, se pintó la ternura en el semblante del sargento; sus ojos se movieron en sus órbitas, y una lágrima, por demas honrosa, rodó por sus megillas.

—Lo siento, prosiguió Fleur-de-Lys, porque siempre he querido á los valientes. Mas haceos cargo de que yo no os he propuesto hacer traicion á vuestra patria. Al contrario, nosotros la servimos como vosotros, dije mal, mejor aun. Os concedo una hora para que penseis en esto. Benedicite, añadió volviéndose hácia uno de los cazadores, llévalos á la cabaña vacia que está en un extremo del campamento; átalos bien, y ejerce sobre ellos la mayor vigilancia. Si de aqui á una hora no han variado de modo de pensar, mándales pasar por las armas sin demora. Es inútil que trates de recibir mis órdenes acerca de este punto, porque ya no estaré aqui.

Benedicite, anciano chuan de semblante

ceñudo, coolcó á los prisioneros en medio de una escolta de cazadores, y salió con ellos de la choza. Esparcióse por el campamento inmediatamente la noticia del atrevido golpe intentado por los dos espías republicanos, y los soldados se colocaron en el camino que llevaban, con una curiosidad mas bien respetuosa que insultante, porque un rasgo tal de audacia no podia menos de agradar á aquellos intrépidos aventureros, para quienes la ciencia de la guerra estaba reasumida en estas dos palabras: *valor y astucia*.

Entraron los cautivos en una cabaña algo separada de las otras, levantada en la estremidad del campamento, y á cuya espalda se veia una encina gigantesca.

Aquella rústica habitacion no tenia ventana alguna, renovándose el aire por las aberturas que dejaban las mal unidas tablas de una tosca y grosera puerta.

Benedicite y los demas cazadores ataron fuertemente los brazos y las piernas de los republicanos, y les dejaron echados de espaldas en el centro de la cabaña. Aquel

volvió de allí à algunos minutos y colocán-
do una lamparilla encendida en uno de los
rincones, dijo:

—Hé aqui vuestro reloj; cuando veais
esta luz próxima á apagarse, será señal de
que pasó la hora.

El chuan salió apenas hizo semejante ad-
vertencia:

—Hé nos aqui metidos en una aventura, di-
jo Broidoux despues de haber meditado un
rato, que, à decir verdad, no es de las mas
agradables. Esos canallas han sepultado las
cuerdas en mis delicadas carnes. Yo no he
querido quejarme recordando mi dignidad
de ciudadano; pero sentiria que no te hu-
biesen tratado con mas consideracion, po-
bre Colibri.

—Me han tratado con la misma, dijo Co-
libri; pero ¿qué debemos hacer ahora?

—Comprendo lo que quieres decir, pro-
siguió Broidoux con voz alterada. ¿Si me ha-
bré acatarrado ahora? Colibri, no vayas á
hacer el disparate de creer que es cosa di-
vertida para un sargento convertirse
en gorrion para que se diviertan esos

señores..... Todo al contrario.,... Experimento un efecto moral bastante diabólico, y no por mí, sino por tí... El demonio me lleva cuando recuerdo que he sido yo quien te ha traído á esta caverna.... Eso sí.... creí hacerte un bien, Colibri. Habiéndote profesado siempre una amistad inalterable, juzgué oportuno desbastarte de un solo golpe, colocándote una á altura envidiable en el concepto de tus superiores y en la estimación de tus camaradas.... Era una idea grande.... ¡Voto á quince mil solideos!... Una idea excelente, una idea de amigo y de padre... y sin embargo, ahora no me parece tan buena... Pero es preciso que me digas Colibri... sí, es absolutamente preciso... si me perdonas ó nó.

—Os perdono de todo mi corazón, sargento, respondió Colibri; ya sé que procurábais mi bien, aun cuando no lo hayais conseguido.

—Eres un valiente, dijo Broidoux, y se enronqueció del todo.

Después de algunos instantes de silencio, continuó con voz mas segura.

—Sí, eres un valiente, Colibri, y desde que has enviado á pasear al ex-principe y á sus partidarios, puedes lisongearte de haber adquirido toda mi estimacion, si bien no creo que te sirva mucho en lo sucesivo.

—¿Conque es decir, mi sargento, que ya no hay esperanza?

—¡Hombre!.... te diré.... lo que es esperanza, sí, porque, segun dicen los sábios, existe hasta que muerde uno la tierra.... No es esto decir que nuestra posicion sea de los mas brillantes....Cierto es que el enemigo ha adquirido sobre nosotros una ventaja bastante considerable... y quizás algo mas que bastante.... y, te digo esto, porque me repugnaria engañarte en un momento en que cada uno es dueño de hacer las reflexiones mas adecuadas á su temperamento.

Un nuevo silencio sucedió á la declaracion embozada, aunque suficientemente clara, sin embargo, del viejo sargento. Un relámpago, penetrando de repente por las hendiduras de la puerta, hizo palidecer la débil luz de la habitacion. Pocos momentos

despues se dejó sentir un estampido largo y solemne, que anunció á los prisioneros que la tempestad, que habian visto formarse durante la tarde, estaba próxima á estallar sobre el bosque.

—Mas de una vez ha pasado de pié noches semejantes, cuando estaba en el bosque con mi padre, prosiguió Colibri. Mientras duraba la tormenta no cesaba este de dar grandes zancadas por la habitacion, y mi pobre madre rezaba sus oraciones ed un rincon del hogar, cosa que tranquilizaba á aquel.

—No lo dudo, honrado Colibri, dijo Brouidoux; ¿y cuáles eran las oraciones que rezaba tu buena madre?

—Eran plegarias á Dios, mi querido sargento.

—Las sabes de memoria?

—Creo que sí.

—Pues dilas... ¿Sabes lo que digo, Colibri?... Que si la república ha hecho algo malo, ha sido arrostrar la cólera de ese que está metiendo tanto ruido allá arriba... porque hay momentos en que los derechos del hombre y los del ciu-

dadano son un consuelo bastante triste para el alma de una criatura... Por lo que á mí hace, Colibri, si no he hecho nunca mal á una mujer ni á un niño, ni siquiera á un perro, no ha sido tanto por virtud como por no disgustar al ciudadano en cuestion... Hé ahí la razon por qué te digo que si tienes algun pedazo de oracion en la cabeza y deseas desembucharlo, lo desembuches inmediatamente.

—Lo haré con gusto, dijo Colibri.

—Y ademas, prosiguió Broidoux, si quieres dar una prueba categórica de que no guardas rencor á tu sargento, reza alto, porque sobre ese punto te considero como mi superior.

Colibri cerró los ojos, como si procurara recogerse en sí mismo.

—Mi sargento, prosiguió despues de una breve pausa: esto es lo que decia mi buena madre... Colibri calló de repente, porque la puerta habia rechinado al girar sobre sus enmohecidos goznes.

La penosa posicion en que se encontra-

ban los prisioneros les impidió ver al que venia á interrumpirles en aquellos instantes supremos.

—Todavía no se ha apagado la luz, dijo Broidoux; eso es hacer trampas.

—Mas bajo, sargento, dijo una voz varonil, aunque contenida.

—Yo conozco esta voz, murmuró el sargento: ¿quién eres tú?

—Kad.

—¡Ah! el padre del ciudadano del peon: ¿vienes á salvarnos?

—Mas bajo os digo; la puerta está abierta de par en par, y el centinela no hace mas que pasar y repasar por delante.

En efecto, un momento despues se paraba aquel en el umbral.

—Los prisioneros, dijo Kad, me piden que les ayude á variar de posicion.

—No hay inconveniente, dijo el soldado; y continuó su marcha.

Kad hincó una rodilla en tierra, é inclinándose hácia los cautivos, sacó de su

manga un cuchillo, cuya luciente hoja brilló al reflejo de la luz. En dos golpes cortó los cordeles que sujetaban las manos y los pies del sargento.

—Si estimais en algo la vida, no os movais, dijo.

Dirigiéndose en seguida á Colibri, le libró de sus ligaduras con la misma destreza y celeridad. Terminada esta operacion se incorporó el guarda-bosque, y permaneció de pie al lado de los vigilantes prisioneros. De allí á un instante empezó á hablar, ya con grave lentitud, ya con apresuramiento, modificando el tono de su voz y el sentido de sus palabras, segun que se acercaba ó alejaba el ruido de los pasos del centinelas.

—Solo os queda media hora escasa para decidiros; el rey, que es un señor tan bondadoso como... Seria locura pensar salir del campamento atravesado tres cordones de centinelas: si por casualidad lo consiguiérais, caereis irremisiblemente en poder de las avanzadas... Servireis al lado

de los mejores camaradas... Hé aquí el único medio de salvacion que se os presenta dentro de diez minutos, cuando la tempestad descargue con mayor fuerza, y el estampido de los truenos retumbe en el bosque, os levantareis apresuradamente; vuestros miembros estarán entonces desentumecidos... Si, Fleur-de-Lys promete haceros oficiales... Oculto entre esta paja, os dejo mi cuchillo: servíos de él para romper el techo de la cabaña por junto al tronco de la encina que está detras; subid en seguida al tejado por la abertura practicada... La causa del rey es la causa de Dios, y triunfará... Las ramas de la encina se estienden hasta las malezas del monte vecino, que está lleno de lazos, y pereceriais sin remedio... Nada es mas honroso que la confesion de un extravío... Pero la rama mas baja y mas gruesa se entrelaza con el ramaje que cubre la calle de árboles mas próxima; marchad sobre aquella en toda su longitud, y seguid de rodillas por encima de la bóveda vegetal hasta que concluya... Me duele en

el alma que tengan un fin tan desastroso dos jóvenes bizarros... Cuando hayais llegado allí, bajad y encontrareis al muchacho á quien uno de vosotros salvó la vida impidiendo una descarga... ¡Adios para siempre, puesto que así lo quereis!...

—¿Qué han decidido? preguntó el centinela, que se acababa de parar en la puerta de la cabaña.

—Morir, respondió Kad. Dejémosles solos.

—Nada de eso, prosiguió el soldado. La lluvia cae con mas fuerza que nunca, y he determinado guarecerme aquí dentro, hasta que pase la hora.

—Como quieras, dijo Kad: pero si tal haces no podrás hablar libremente con uno de tus mejores amigos.

El soldado cedió á esta razon con algun mal humor, y salió acompañado del guarda-bosque. Apenas cerraron las puertas tras sí, Broidoux soltó un hondo suspiro, cuyo eco formó otro de Colibri.

—Hé aquí un socorro inesperado, dijo el viejo sargento.

—No hay duda que lo es, respondió el granadero.

—Hay una máxima muy antigua, amigo Colibri, que dice: *obra bien y acertarás*. ¿Quién hubiera podido creer que el granuja del peon había de ser mi salvador algún día? No daré lugar á que nadie me aconseje en lo sucesivo, ni aun tú mismo, Colibri, en quien reconozco un talento precoz.

—Pero, mi sargento: ¿habeis comprendido una sola palabra del ciudadano chuan?

—Lo he comprendido todo de cabo á rabo, y voy á emplear en esplicártelo los molestos minutos que el entorpecimiento de nuestras agraciadas formas nos obliga á pasar todavía en esta huronera.

Mientras el viejo sargento detallaba á su subalterno con calma y lucidez el plan de evasión confiado á su audacia y sangre fria, el resplandor de los relámpagos se sucedia más repetido y desvanecedor,

y la tempestad se desataba con mayor furia.

Bien pronto el rumor sordo y lejano de la tormenta se cambió en un concierto salvaje de ensordecedores estampidos y de silbidos agudos, con los que se mezclaba el ruido de la lluvia. La puerta de la cabaña rechinaba encorvándose al impulso de los golpes de aire, y el agua entraba por sus junturas, formando arroyuelos en el piso. De repente hendió el espacio el ruido del trueno, mas violento y terrible que los otros, y la enorme encina, cuyo tronco estaba empotrado en una de las paredes de la cabaña, se agitó hasta sus mas profundas raices al embate del huracán.

—Hé aquí el momento oportuno, dijo Broidoux levantándose con resolución.

Cogió inmediatamente el cuchillo del guarda-bosque; se puso sobre la punta de los pies, y hundiendo la hoja en el techo de la cabaña, abrió un agujero junto al tronco del árbol. Subiéndose despues sobre los hombros de Colibri, á quien las

angustias del momento prestaban una fuerza convulsiva, rasgó la abertura con las manos. Un golpe de aire, que en aquel instante penetró en la cabaña, apagó de repente la luz.

—No te desanimas, hijo mio, dijo Broidoux, que yo no te abandonaré.

Al mismo tiempo clavó sus manos en los bordes del agujero, y haciendo los mayores esfuerzos, consiguió ponerse de pie sobre la cabaña. Llegado que hubo allí, rodeó con un brazo la encina, y con el otro ayudó á subir á su leal compañero.

—Este es un árbol; pero yo no veo la rama, dijo Broidoux en voz baja. ¿La ves tú?

Colibri no respondió nada. Desvaneciéndose ambos en las tinieblas y trémulos de ansiedad, tocaban en vano con sus manos convulsas la nudosa corteza del árbol.

—¡Voto á veinte mil sotanas! prosiguió el sargento; no hay semejante rama, y la falta de luz en la cabaña nos va á perder.

Mientras hablaba, rasgó un relámpago las sombrías profundidades del cielo, y enseñó á los fugitivos la deseada rama, que naciendo dos ó tres pies mas abajo, se estendia horizontalmente en el espacio.

—Sigueme, dijo Broidoux: agárrate bien á mis pingajos, y recorramos á horcajadas la rama hasta que encontremos el fin.

El sargento y Colibri, que se habian agarrado á él con fuerza, se montaron en la rama colosal, que segun les habia prevenido el guarda-bosque, debia servirles de puente para llegar á la bóveda vegetal de la próxima calle de árboles. La rama cedió algun tanto bajo aquel peso, pero, sostenida en su extremo mas débil por el ramaje, se quedó fija.

Llegaba apenas á la mitad de su viajata aérea, cuando resonó á sus espaldas el grito de ¡á las armas!

—¡Firme, muchacho! ¡Mucha serenidad! dijo Broidoux en voz baja.

Algunos segundos despues habian llega-

do ya los dos fugitivos al extraño camino suspendido como un pabellon encima de la avenida del campamento. Arrastrábase de rodillas por él, cuando un confuso ruido de voces y pasos precipitados, que parecia dirigirse hácia donde estaban, les dejó inmóviles y mudos. Un momento despues pasaron por debajo de ellos muchos hombres armados, agitando antorchas en sus manos. Así que perdieron de vista el resplandor que aquellas luces producian, siguieron arrastrándose con silencioso apresuramiento. De repente soltaron un gemido los labios de Colibri.

—¿Qué te sucede? preguntó el sargento volviéndose.

—Que he metido un pie entre las ramas y no puedo sacarlo.

—¡Pues estamos frescos! Buena ocasion es esta para chistes... ¡Vamos, hombre! Tira con fuerza.

—Imposible, mi sargento... no puedo seguiros... pero salvaos vos, porque no quiero ser causa...

—No insultes á tu superior... Ahora

voy á yudarte... aguarda un poco.

—Todo se ha perdido, mi sargento, prosiguió Colibri arrimando sus labios al oído de Broidoux y hablando con voz casi imperceptible. ¡Siento que me tiran de la pierna!

Broidoux apretó con violencia la mano de su compañero, sin responder una sola palabra. Esta cruel situación, que duró un minuto eterno, acabó con las siguientes palabras pronunciadas con cautela desde abajo por una voz dulce y delicada:

—¿Sois vos, señor sargento?

—¡Calla! Es el dueño del peon, exclamó Broidoux respirando con satisfacción, Sí, somos nosotros... ¿Están todos buenos en tu casa?... Aguarda un instante, y llegaremos á tu lado.

Mientras hablaba habia conseguido el viejo sargento desenredar la pierna de Colibri, y saltando encima de un matorral corrió hácia el camino, y estrechó entre sus brazos al hijo del guarda-bosque.

Guiando el niño á los fugitivos por

medio de un espeso laberinto de malezas, les condujo sin ningun accidente hasta la salida del bosque. Broidoux no quiso separarse de él sin abrazarle otra vez mas y sin prometerle que le devolveria su peon en la primera ocasion que se presentara.

CAPITULO XII.

En el momento en que los dos cautivos republicanos verificaban su fuga con el buen éxito que generalmente acompaña á las empresas llevadas á cabo con valor, un jóven oficial del ejército católico y realista atravesaba solo la selva, dirigiéndose hácia el costado occidental. Caminaba con paso rápido, sufriendo los torrentes de agua que hacian inclinar las copas de los árboles, indiferente al estrépito de la tormenta, y sacudiendo de vez en cuando con aire distraido su capa, doblemente pesada que de ordinario á causa de la

lluvia. Los centinelas, por delante de los cuales iba pasando, se preparaban á hacerle el saludo militar, al oír ciertas palabras que en voz baja le dirigia. Reconocido á la claridad incierta del fuego de un vivac al atravesar por delante de una avanzada considerable, fue al punto rodeado por una multitud respetuosa, que mezcló sus entusiastas aclamaciones á los mil ruidos del huracan. Las mujeres y los niños, salieron apresuradamente de sus miserables albergues, repitiendo con sencilla admiracion el nombre de Fleur-de-Lys; de todas partes acudian; todo el mundo se agrupaba alrededor del jóven jefe; algunos se esforzaban en tocar sus manos á sus vestidos; su presencia parecia despertar la idea de un ser superior al hombre. Semejantes ovaciones detuvieron mas de una vez al general realista en las diversas encrucijadas de la selva.

Debemos despojar aquí de una parte del misterio en que hemos envuelto a este jóven, rodeado de una popularidad que casi rayaba en adoracion. Este persona-

je se habia dejado ver por vez primero en la Vendée, hácia el fin de las grandes guerras. Entonces no llevaba el nombre bajo el cual se le designa en esta relacion. Habiéndole lanzado el curso de los acontecimientos al Bajo-Maine, y mas tarde al Norte de la Bretaña, reunió allí los elementos dispersos de la chuanería.

Él fue el primero que hizo salir á los realistas de sus posiciones puramente defensivas, para conducirlos á los campos de batalla: una suerte asombrosa acompañaba á sus armas, puesto que no se citaba un encuentro en que no le hubiese sonreído. Largo tiempo hacia que marchaba á la cabeza de los insurgentes bretones, que habian conocido desde luego la influencia de su renombre singular. No solamente se celebraban sus prendas militares y su actividad fogosa, moderada por una sangre fria inalterable y la rara mezcla de temeridad y cálculo que dirigia todos sus movimientos, sino que poseia ademas algo de misterioso, esparcido por su persona y su destino, que acababa de

encantar á aquellas imaginaciones sencillas y ardientes. Su belleza, su lenguaje escogido, su liberalidad, que no le dejaba frecuentemente otra propiedad que su caballo de batalla; todos los dones de gracia y poder que ilustraban su juventud, eran otros tantos rasgos brillantes de que la supersticion y el amor á lo maravilloso habian creado un ser sobrehumano. Mostraba un valor admirable cuando, cargando al enemigo con el sable envainado, entonaba con gentil alegría en medio del fuego himnos de guerra compuestos por él mismo. Los soldados le creian invulnerable.

Los demas jefes y la nobleza, menos sensibles á semejantes fascinaciones, no dejaban sin embargo de acatar el tacto especial de que el célebre caudillo daba muestras repetidas en el género de guerra que tenia que sostener; pero, sobre todo, á lo que mas veneracion prestaban era al prestigio de una semejanza ilustre impresa en su altivo rostro. Esta semejanza no era engañosa; detras del misterio que envolvía

el origen de aquella existencia extraordinaria, se ocultaban la vergüenza de una mujer y el crimen de un rey. Los nobles del Oeste habian en cierto modo legitimado con sus atenciones los títulos de este jóven al respeto particular de los insurgentes realistas.

Sin embargo del tacto que mostraba el jóven jefe para sacar partido de todas las circunstancias que pudiesen aumentar su imperio, sus medidas dominadoras y su individualidad cada vez mas absorbente, no tardaron en inquietar á aquellos mismos que habian contribuido á fundar el culto de que era objeto. La fama de sus victorias y el rumor de su popularidad llegaron á oídos de los principes emigrados, y empezó á desagradarles un servidor tan poderoso. El conde de Puisaye le escribió desde Inglaterra una carta de felicitacion, en que le daba á conocer su dependencia. A este punto habian llegado las cosas, cuando se abrieron las negociaciones para la paz con la república. El dichoso aventurero rehusó tomar

parte en ella; pero las intrigas que se agitaban en torno suyo desde hacia algun tiempo le dejaron de repente aislado y sin medios de prolongar su resistencia. Perseguido por los azules, se vió obligado á abandonar la tierra de Bretaña; refugiándose en una barca de pescadores que estaba en una playa desierta á corta distancia de Saint-Briene, una pequeña partida de chuanes protegía su embarque. Antes de abandonar la orilla hizo pedazos una flor de lis de oro que adornaba la parte superior de su espada, y la entregó á sus fieles amigos. Esta reliquia llegó á ser en las leyendas populares el nombre del héroe fugitivo. En mas de una parroquia, deseosos los sacerdotes de contemporizar con un entusiasmo exaltado por el encanto de los recuerdos, hubieron de añadir á los votos por el rey una oracion distinta en obsequio de Fleur-de-Lys. Una vez libres de los celos que producía su presencia le echaron de menos sus enemigos secretos. Al entrar en accion se hallaban los antiguos tercios

de la chuanería prontos al combate, pero sin aliento y desorganizados, como en los primeros tiempos de la sublevacion.

Cuando el jóven jefe se hallaba en Inglaterra, los emigrados le obsequiaron con mil festejos. Uno de los principes desterrados, que se hallaba tambien entre ellos, le dispensó una acogida muy favorable, dando á entender con tal proceder que esperaba todavia de él grandes servicios. Fleur-de-Lys, segun se dice, fue agraciado tambien por aquella época con un título que traia á la memoria el teatro de sus primeros hechos de armas, y que estaba tomado de los recuerdos de parte de la familia de Luis XIV. Ninguna explicacion acompañó, sin embargo, á esta alusion indirecta y aduladora á los equivocos derechos del jóven duque.

Algunas semanas mas tarde el gabinete inglés se decidia á lanzar en Bretaña una division de emigrados. Uno de los principes, tio del jóven rey cautivo en el Temple, debia mandar el cuerpo de desembar-

co. Sabido es con qué instancias habia sido solicitada siempre la presencia de este personaje por los jefes vendeanos.

Nadie ignora tampoco con qué desaliento y amargura, muchas veces hasta poco mesurados en su espresion, los mas famosos defensores de la causa realista soportaron la eterna decepcion de su esperanza mas legitima.

La expedicion se hallaba pronta: tratábase de volver á poner en movimiento en toda la Bretaña las masas insurgentes, á fin de alejar del pais las fuerzas republicanas y asegurar el desembarco de la escuadrilla. Fleur-de-Lys pareció el mejor dispuesto para esta empresa, y la aceptó. Su nombre, rodeado de mayor prestigio con la ausencia, fue causa de que se despblasen en dos dias todas las cabañas, y hé aqui como formó un gran ejército. La especie de investidura oficial que acababa de recibir le prestaba á los ojos de los otros jefes un nuevo carácter de superioridad que nadie quiso disputarle. En una coria campaña cumplió, conforme hemos

visto, la mision de que se habia encargado; pero la escuadra inglesa no se presentó el dia fijado, y se comunicaron á Fleur-de-Lys nuevas instrucciones, á las cuales obedió, modificando sus primeros planes. Entonces fue cuando abandonó las costas.

Sin embargo, la tardanza de la escuadra, que no dejaba de tener cierto viso de traicion, habia causado una sensacion profunda en el alma impetuosa del jóven general, que se veia á medias sacrificado en premio de su adhesion. Su odio declarado á los ingleses se hizo mas violento, confesando ya en voz mas alta su oposicion á toda medida en que pudiese tener parte la maquiavélica politica de aquella nacion.

Algunas palabras indiscretas que en su resentimiento habia vertido, despertaron la desconfianza en torno suyo. Una parte de los jefes permaneciò sinceramente adicta á su persona; pero otra sobrellevaba con gran disgusto su yugo: inquietábales la veneracion que le prestaba una provincia en-

tera, veneracion que, á decir verdad, casi rayaba en idolatria; observaban con desagrado en sus palabras el tono fatalista y decisivo, que inspira comunmente á los favoritos de la fortuna la seguridad del triunfo, y que oculta la mayor parte de las veces pensamientos ambiciosos. Bien pronto tendremos ocasion de ver si eran ó no fundados los celos y envidia de los rivales de Fleur-de-Lys.

Al llegar este á un costado del bosque, encontró acampado un fuerte destacamento de caballería, único cuerpo de la indicada arma que contaba el ejército realista; pero que, sin embargo, se hallaba todavia en muy buen estado de equipo. La mayor parte de los ginetes, del mismo modo que un gran número de voluntarios de la selva, tenian por calzado unos zuecos, encima de los que ajustaban unas campanas de cuero, á manera de botas. Fleur-de-Lys cogió un caballo, y se dirigió á todo escape hácia el castillo de Kergant.

El bosque de la Nouée habia servido de asilo al marques y á los suyos du-

rante el día que siguió al de la sorpresa del castillo por el destacamento de Francisco. Entonces fue cuando se tuvo la noticia de que los republicanos habían ocupado á Kergant y le habían abandonado al punto, retirándose hácia el cuartel general. El marqués, queriendo evitar en lo posible á su familia las molestias inherentes á una vida de proscripción, se había determinado por último á volver á entrar en su castillo, encargándose Fleur-de-Lys de mantener por medio de sus espías una vigilancia que pudiese prevenir cualquiera nueva sorpresa que se intentase llevar á cabo. Por otra parte, el objeto de los planes secretos de los chuanes consistía en prolongar ya por muy poco tiempo una situación tan precaria.

Habíanse vuelto á adoptar en el castillo todas las costumbres de la vida de familia, procurando de este modo formarse la ilusión de que se disfrutaba en él la misma seguridad que en mejores días; pero semejante ñeticia calma no engañaba á nadie; en las palabras, y más bien aun

en el silencio de todos, se traslucia el terror de que se hallaban poseidos. Bellah habia caído en un estado de prostracion alarmante; la misma Andrea no sonreia ya sino entre sueños.

En la noche á que nos ha conducido el relato de esta historia, todos los miembros de la familia se habian separado á cosa de las diez.

Bellah, retirada en su aposento, permanecia en pie hacia algunos minutos con una mano colocada en el respaldo de un sillón, inclinada la cabeza y fija la vista en el espacio; parecia hallarse escuchando con melancólico interés los clamores de la tempestad que sonaban por defuera y los tristes ecos repetidos en los corredores del castillo. Las bellas facciones de la jóven se hallaban en un estado de alteracion notable; pero su misma palidez y el surco semicircular que se dibujaba debajo de sus ojos no servian sino para dotarla del único encanto de su sexo que quizás la faltaba; la debilidad.

Abandonando, por fin, su actitud con-

templativa, fue á sentarse delante de una pequeña mesa que servia de base á una elegante biblioteca de ébano esculpido, y sacó de esta un abultado libro forrado de terciopelo y cerrado con un broche en forma de cruz, que rechazó con dulzura antes de abrirle; en seguida, agitando la cabeza con la dolorosa espresion de aquel que no puede resistir á un deseo que en su interior condena, arrancó una hoja de un álbum y comenzó á escribir con febril rapidez lo siguiente:

«Hervé, hermano mio: ya no espero volver á veros mas. Vuestro injusto desprecio será la causa de mi muerte. Apenas me conoceriais ya si me viéseis, amigo mio. Los que me rodean creen que es efecto de la fatiga, de la emocion: yo les dejo en su error, pero en tanto desfallezco. Mi corazon se halla herido; tan pronto late tan aceleradamente que no me permite respirar, como se para y se me figura que es llegada mi última hora. Me hallo desolada; mi espiritu se encuentra en completo desórden. La tempestad horrible de esta

noche ha trastornado mis sentidos. Páreceme que cada torbellino pasa sobre mí como sobre un frágil arbusto, y cada ráfaga se lleva en pos de sí parte de la vida que me resta. Si me engañase, si hubiese de continuar viviendo, jamás leeriais estas líneas.

«Hervé, he consagrado toda mi vida al cumplimiento de mi deber, y en su obsequio he sacrificado mi existencia: pero pido que á lo menos mi tumba me pertenezca, y que se conserve pura á los ojos de todos, y mayormente á los vuestros. Cuando ya no exista, nadie puede oponerse á que lloreis por mí, y este es el único pensamiento que me sonríe agradablemente en el triste estado á que me veo reducida. Sin duda no debe ser deshonrosa la debilidad que me arrastra á escribiros, cuando no se alzan contra este acto en mi conciencia mas que leves reconvenciones, y por lo tanto reconozco que es mi pobre conciencia de otro tiempo..... ¿Os acordais, Hervé? Mi conciencia de sensitiva, y de sensitiva enferma, segun vos deciais.....

¿Qué se hizo de aquel tiempo, Dios mío?

»Cuando mis propios labios os confesaban lo que causaba mi vergüenza, debisteis prestarme crédito sin duda... Pero qué, ¡tan pronto, tan fácilmente, Hervé, bajo el techo de esta morada, durante tanto tiempo comun á entrambos; en donde mi alma se habia desenvuelto pliegue á pliegue á vuestros ojos, basta una palabra para borrar de vuestra mente tantos recuerdos! ¡Ah! me parece que, aun en el día de la eterna justicia y de la inexorable verdad, si escuchase de vuestros labios una expresión baja é infame, aguardaria para creerla á que el mismo Dios la repitiese... ¡Y vos habeis dudado! ¡Una palabra, una calumnia tendrá tan fácil acceso en vuestro corazón que os haga olvidar toda una existencia de honroso comportamiento!... Por que yo os he mentado, sí, puesto que es preciso deciroslo; pero no tengo que arrepentirme de esa mentira, Hervé; porque las faltas que nos hace cometer el deber las eleva al nivel de virtudes. ¡Ay! ¿Por qué al mismo tiempo que nos impone

una obligación no nos dará lá suficiente fuerza para llenarla?

»Es preciso que os explique todo, pues parece que ya no comprendéis mi carácter. Yo he seguido fiel, apasionadamente fiel, á los sentimientos é ideas que sirvieron de pasto á nuestra infancia. Creo en el rey, como creo en Dios. Esta doble fe es el único sosten de mi conciencia: fuera de ella no veo otra cosa que tinieblas é inquietudes, entre las cuales me sería imposible vivir. Sin embargo no comprendo la indiferencia, y bendigo al cielo porque ha conservado ilesas mis creencias. Si, en el estado en que me hallo no habria tormentos comparables á los que mi alma hubiera experimentado si un solo instante se hubiese visto asaltada por la duda. Una fe viva cual la que siento, Hervé, respecto al tiempo pasado, trae consigo deberes superiores á las fuerzas de una mujer. ¡Cuántas veces he envidiado á nuestra Andrea querida! La bondad de Dios le ha prescrito deberes al nivel de su fuerza de espíritu... Os ama, es dichosa, y se

entrega tranquila y reposada al sueño. ¡Ay! Acaso no habia yo nacido tambien para disfrutar la halagüena paz de la familia, y las fáciles exigencias del hogar doméstico? Dios no lo ha querido así: ¡loados sean los misterios que envuelven sus altos juicios!

»De mí dependia impedir la desgracia que presentia entre vos y ese jóven. Yo debi impedirla á toda costa. No hay existencia que deba ser mas preciosa para todos los que aman bien á su rey que la de ese hombre. ¡El rey! ¡Hervé, este es un nombre que no tiene ya la misma significacion en vuestros oidos que en los nuestros, y apenas comprendéis que pueda servir de esplicacion de cualquier sacrificio. Vos mirais con desden nuestras preocupaciones, nuestra idolatria; es decir, el culto de los mas bellos recuerdos de nuestra patria y nuestras familias, la fidelidad á los altares y tumbas de nuestros padres, todo cuanto encierran de mas ilustre y glorioso los tiempos pasados, todo lo que habla de virtud á un alma cris-

tiana, de gloria á un alma francesa, todo cuanto encierra para nosotros ese círculo misterioso y sagrado, llamado la corona real. Decís que comienza un mundo nuevo, en que todas estas cosas tienen solo la importancia de unas sombras: si ese mundo comienza en efecto, yo no me hallo nacida para él; debo morir, como la virgen pagana, en el suelo del templo en que he dirigido mis preces por al cielo última vez.

»Me hallaba tan distante de ser culpable, que no pude comprender en un principio qué era lo que me preguntábais... Es muy extraño que me hayais creído tan fácilmente. Quería salvar la vida de aquel jóven; estaba obligada á hacerlo así; pero tampoco es mi ánimo al justificarme que vayais á concebir sospechas de otra persona. Alix, á quien conocéis, me hizo una confianza voluntaria, que me dió á entender el error en que habíais incurrido. Vino á rogarme que intercediese con su padre para que consintiese en su casamiento con uno de nuestros jóvenes oficiales, el hijo del guarda de Mr. de Mon-

ryon; y de paso me confesó que le habia encontrado en el bosque de abetos aquella aciaga noche, y que estaba llena de sobresalto temiendo que les sorprendiese su padre. El zugo á quien ella ama tiene un nombre de guerra que ha contribuido mas á vuestro engaño: llámase Fleur-de Genet.

»No creo que tenga mas que deciros, y ya me siento mas tranquila... Amigo mio, si llegais á leer esto, será señal de que yo he cesado de existir. Esta esperanza disipa todos mis escrúpulos. Si cuido tanto de que mi memoria os sea grata, consiste en que lo merezco; estad seguro de ello... He luchado mucho por causa vuestra... Dios nos ha hecho dueños de nuestras acciones y palabras, pero no de los latidos de nuestro corazon... ¿Habeis podido en efecto juzgarme culpable?..... Yo habia pensado continuar siéndoos extraña, pues jamás ni la pasion ni el sufrimiento, y de ello hoy os doy una prueba, hubieran obtenido de mi una resolucion contraria á las leyes de mi con-

ciencia. Desde nuestra entrevista en la montaña de las Piedras haciais bien en pensar que yo no era ni podia ser mas para vos que un recuerdo: pero nunca debisteis abrigar la idea de que pudiese consagrar á otro hombre las inclinaciones de mi alma, profanando el recuerdo que existe en el fondo de mi corazon.»

Al acabar de escribir Bellah estas palabras, alzó hácia el cielo sus párpados humedecidos por el llanto, para ponerle por testigo de sus palabras, y descubriendo á Fleur-de-Lys que penetraba en aquel instante por la puerta del aposento, se levantó de su asiento sobresaltada. El jóven se habia parado en el dintel con la cabeza baja en actitud respetuosa.

—Señor duque, le dijo ella con gravedad, un si es no es altanera: mi padre está todavía en el salon, segun creo.

—Perdonad, dijo Fleur-de-Lys: es á vos solamente á quien desearia hablar. Ya os podeis figurar que sin un motivo muy grave no me hubiera atrevido á molestaros. Me hallo en visperas de tomar una resolu-

cion suprema, y es preciso que os consulte sobre ella sin tardanza.

La señorita de Kergant interrogó con una inquieta mirada el semblante de Fleur-de-Lys, en el cual no pudo leer otra cosa que la vaga espresion de una perplejidad violenta.

—¿Qué se os ofrece? preguntó en seguida, dejándose caer en un sillón con el mayor desaliento.

Fleur-de-Lys recogió un momento sus ideas, y acercándose á la joven, que se hallaba dispuesta á escucharle con gran atencion, la dijo:

—Vos sabeis dispensarme justicia; vos á lo menos estoy seguro que conocéis que me he consagrado fielmente al peligroso deber que se me ha impuesto.

—Sé, interrumpió Bellah, que habeis hecho honor á vuestra estirpe, señor duque.

—Sin embargo, replicó el jóven; la paciencia y abnegacion de un hombre tambien reconocen limites. ¡Ay de los que echaren esto en olvido y fuesen causa de que vacilase la fe de los súbditos leales!

—¿A qué vienen esas estrañas palabras, duque? ¿Qué meditais? ¡Dios mio!

—Si todavía no he aprendido á ser traidor, Bellah, no será, por cierto, por falta de lecciones recibidas..... Vos os hallais enterada, á lo menos en parte, de lo que ha ocurrido pero no quiero que nada quede oculto á vuestros ojos. Yo habia recibido encargo de dispersar ó destruir todo cuanto pudiese servir de obstáculo al desembarco prometido tanto tiempo hacia; algunos dias despues ya habia cumplido con mi mision fielmente; la ribera, todo el pais se hallaba libre; éramos dueños de la costa, y tendíamos la mano á nuestros amigos aliados, pero no vinieron, y nos dejaron cara á cara con uno de los mas terribles ejércitos... con el mejor general de la república...

—Pero ya se os habia advertido; pues, segun creo, recibisteis nuevas órdenes.

—Sí por cierto; tres dias despues. No es posible que os piute las angustias que pasé durante aquellas eternas horas de incertidumbre y abandono; mis angustias

no eran por mi seguramente, sino por tantos valientes que, confiando en mi palabra, se habian dejado conducir á una carnicería sin fruto... Por fin llegaron las órdenes; la escuadra se habia retardado, por razones de que no se hacia mérito. Se exigia todavía una semana de término; era preciso, durante este tiempo, entretener al enemigo ó batirle... ¡Vos sabeis qué enemigo tan temible era el nuestro y los grandes recursos con que contaba!... Ya se ve, no hay cosa mas fácil que comunicar órdenes. El comprender el sentido de las que se nos habian trasmitido tampoco era un asunto muy difícil. Cualquiera que pudiese ser el resultado, se habia tratado de quitar de en medio un enemigo ó un servidor aun mas odioso... y yo obedecí, Bellah.

—Dios y vuestro honor así lo exigian, dijo la jóven con dignidad.

—Eso es en lo que yo no estoy enteramente de acuerdo con vos, replicó Fleur-de-Lys. Yo dudo que la religion ni el honor pudiesen exigir el sacrificio de los

generosos corazones de mis soldados en aras de una causa egoísta, y sin embargo, obedecí. Se me mandaba morir, y me preparé á ello. Me interné en la selva, y me preparé para un combate desesperado. No era dudoso que allí habíamos de hallar todos nuestra sepultura si el enemigo se decidía á atacarnos; pero él tampoco podría librar muy bien de la refriega. Pero el ataque no tuvo lugar, y hé aqui lo que sucede: la escuadrilla inglesa debe arribar pasado mañana á la península de Quiberon. Si los republicanos tienen noticia de esto, van á precipitarse hácia la costa, y yo puedo seguirlos y trabar el combate; pero si continúan engañados, conforme yo creo, puedo flanquearles durante la próxima noche, y llegar antes que ellos por medio de una marcha forzada al punto de desembarco.

—La cuestion es de alta importancia, en efecto, dijo Bellah con voz conmovida: ¿por qué no vais inmediatamente á instruir de todo á mi padre?

Una ligera sombra de turbacion oscu-

reció la brillante mirada de Fleur-de-Lys.

—No sé, contestó con acento singular; no sé si en lugar de seguir cualquiera de los dos partidos, seria mas conveniente que esta misma noche abandonase el bosque y emprendiese la retirada hácia el Norte con todos mis chuanes.

No se ocultaba á la señorita de Kergant que semejante maniobra, destruia de un solo golpe las mas preciosas esperanzas de los realistas; pues que quitaba todo apoyo en el país á la expedicion de los emigrados, abandonándolos en manos del ejército republicano. Un rayo de luz iluminó de repente su mente, haciéndola estremecer la idea que despertó en ella.

—Perdonad, señor duque, dijo: os estoy prestando toda mi atencion, pero me hallo tan desazonada, que no me ha sido posible entender lo que habeis dicho.

—Entonces me habeis comprendido.

Bellah se levantó precipitadamente de su asiento, mirando al jóven con un aire de profundo estupor.

—¡Como! exclamó: no es posible. ¡Vos

traidor! ¡Vos entregar á vuestros hermanos de armas, entregar al principe!... á un hijo de Francia!... ¡Al hermano del rey!

—¡El principe! dijo Fleur-de-Lys, contrayendo su boca con una sonrisa de amargo desden: ¡el principe no viene!

—Es falso, interrumpió la señorita de Kergant: ¿quien se atreve á asegurarlo? ¿Quién es capaz de sostener que un Borbon faltará á su palabra y desertará de sus banderas?

—El mismo, repuso el jóven colocando sobre la mesa una carta abierta, en que solo habia trazado un renglon.

Bellah clavó en ella los ojos, y un rubor súbito enrojació su rostro. Si el personaje caballeresco cuya conducta en la época de que hablamos comprometió á tantos súbditos leales no hubiese sido tratado cual es debido por la historia, no hubiera habido cosa que mas le hubiera lastimado que tal muestra de vergüenza impresa en la frente de una jóven.

—La Inglaterra le habrá obligado á ello, replicó.

—¡Obligar! Cuando se lleva un nombre como el suyo, si la Inglaterra le hubiera negado sus bajeles, ¿no habia allí ni una miserable lancha de pescador para salvar el honor de César? En fin, ya veis que no viene. En cuanto á los otros, tengo medios de prevenirles á tiempo, y no realizarán su desembarco. No hago, pues, traicion a nadie mas que á la Inglaterra, y de hacérselo á esta me vanaglorio.

—Pero, añadió Bellah con energía entusiasta: ¿qué importa un hombre? ¿Qué importa una falta, que sin duda será excusable? ¿La corona ha perdido acaso por eso nada en su pureza? ¿Es acaso ahora su causa menos sagrada que antes? ¿Pensais vos abandonarla? ¿Y cuáles son vuestros proyectos? ¿Por quién vais á combatir? ¿Qué vinculo unirá á vuestros soldados? No sereis seguido ni por uno solo de nuestros valientes bretones.

—Todos me seguirán; dijo el jóven con entereza. ¿Pensais que el unico interes que ha hecho que empuñen las armas ha sido el del rey, de ese rey aliado de los

ingleses, de los sajones, de sus antiguos enemigos, como ellos dicen, de ese rey siempre ausente, tan pródigo de su sangre como avaro de la suya propia? No, Bellah... Yo sé que habrán de agradecerme que les libre de una alianza execrable... Me seguirán todos en nombre de su religion, de su libertad, de su patria, que se ven atacadas... Hé aqui la causa á que ellos sirven, la causa á la cual es bello y santo consagrarse, la causa verdaderamente francesa; las palabras nada significan... Teneis un alma muy elevada, Bellah, para que dejeis de comprenderme.

—Lo que yo he llegado á comprender, dijo la señorita de Kergaut fijando su mirada severa sobre el jóven, es que pretendéis tambien servir á la revolucion á vuestro modo... ya que no en provecho vuestro... Sois poderosos, Fleur-de-Lys... vuestra suerte, vuestra influencia son tales, que yo he pensado constantemente que érais un elegido de Dios... Pero guardaos bien de haceros acreedor á que os retire su gracia.

—¡Dios! exclamó el jóven; ¿acaso no me habrá reservado otro destino que el de servir eternamente á ingratos?

—Pero si vuestra fatal influencia consigue hacer participes de vuestra falta, de vuestro crimen á espíritus tan sencillos como los de vuestros soldados, ¿esperais engañar del mismo modo á vuestra fiel nobleza?

—Parte de ella ya sé que me abandonará cediendo á sus mezquinas preocupaciones; los demas sé, estoy bien seguro, que pelearán con tanto ardor en nombre de la Francia, como en nombre de un rey que les ha enseñado á olvidar..... No creais, Bellah, que soy yo el único que ha quebrantado la fe de su palabra... os enseñaré pruebas de ello si las deseais... no he aventurado un designio como el que abrigo sin alguna esperanza de éxito: podeis creerme.

—¿Pero de qué designio hablais, de qué éxito? ¡En nombre del cielo, decidmelo! Porque en verdad me hablais de cosas que no alcanzan á comprender mi razon ni mi pensamiento.

—Bellah, soy llamado á otro teatro de honor y de peligros... se invoca el crédito de mi nombre, el apoyo de nuestras gentes para resucitar las grandes guerras *vendeanas*... Algunas otras provincias están tambien prontas... el federalismo se reanima en toda la Francia, y nos tiende la mano... Escepto el rey, todos los enemigos de la república están en favor nuestro... Aun puede volver el tiempo en que nuestra insurreccion contaba con una capital, y hubiera bastado una sola victoria para abrirnos el camino de Paris, y sofocar de un solo golpe la república; que entonces era por cierto mas fuerte que lo es ahora... La patria no tiene, como los reyes, celos de sus servidores... y se mostrará reconocida á sus libertadores... Se nos presenta una nueva empresa que no puede menos de acometer toda alma noble... Ya que se nos obliga á correr aventuras, corramos estas, que á lo menos son grandes y dignas de hombres de arrojo.

La senorita de Kergant habia escuchado con una especie de terror las anteriores

palabras, nacidas de un alma sublevada contra la injusticia y exaltada por la ambicion.

—Ahora lo comprendo todo, dijo: el orgullo os estravía, Fleur-de-Lys... vais á perderos, pero tambien vais á perdernos á todos al mismo tiempo, hundiendo para siempre nuestra causa, lo cual es horrible... Y yo que lo veo, ¡Dios mío! añadió juntando sus manos con desesperacion, no puedo impedirlo.

—Vos lo podeis todo, dijo Fleur-de-Lys rápidamente y en voz baja, tocando con suavidad con su mano el brazo de la jóven, que le miró sin darle contestacion alguna.

—Sí, volvió él á decir: no habria sacrificio que yo no me impusiese gustoso; no habria pesar ni afrenta que yo no bendijera si consintiéseis en ser mi esposa.

—¡Esposa vuestra! esclamó Bellah, haciéndose atras bruscamente, como si se hubiese abierto ante sus plantas un abismo insondable.

—Desde que os he conocido, Bellah,

ninguna gloria, ningun triunfo me ha sido precioso sino en lo que servia para acercarme á vos. Vuestro amor me hubiera bastado; pero le habeis rehusado, y me he sentido acometido de un horrible vértigo. Para poder olvidaros ahora no hay medio: es preciso, ó que llegue á ser un grande hombre, ó un gran criminal. Las pasiones que devoran mi corazon son terribles, vos no podeis comprenderlas, ni perdonarlas.

La señorita de Kergant habia apoyado contra su pecho ambas manos cruzadas, como si su corazon estuviese próximo á estallar: entreabrió sus pálidos labios, y dijo con voz exánime:

—¡El rey!

De repente un sentimiento extraordinario de sufrimiento y de triunfo se reflejó en su semblante. Acercóse á Fleur-de-Lys; estendió hácia él la mano, y le dijo con una sonrisa impregnada de sobrehumana dulzura:

— Si esta débil mano puede ejercer tanto peso en la balanza de los mas altos destinos, la dejo caer en ella con orgullo.

El jóven jefe quedó confuso y sin saber

qué partido adoptar, en vista de una respuesta tan pronta y de una victoria tan fácilmente conseguida.

—¡Es posible! balbuceó. ¿Me habré engañado?... ¿No amábais á otro?... ¿Sereis capaz de amarme?... ¡Pero no, vos no habeis consultado mas que la voz de vuestro deber, y váis á sacrificaros!

—¿Advertis en mí las señales del sacrificio? repuso Bellah, con la misma tranquila calma. No, no lo creais. Mi alma no es susceptible de abrigar esos violentos sentimientos que experimentan otras; pero creo que os bastará que os entregue mi mano voluntariamente. El tiempo se encargará de hacer lo demas.

—¿Debo creerlo, Bellah? Tan inesperada felicidad... ¡Ah! ¡No sabeis el peso de que aligerais á mi alma! ¿Cómo podré pagaros nunca?

—Sirviendo al rey, Fleur-de-Lys.

—¡Oh, sí, le serviré; moriré en su defensa, y moriré en extremo gustoso, si soy ya esposo vuestro! Bellah, no quisiera molestaros por mas tiempo... pero os ruego

que perdoneis; ya que decís que es sincera vuestra promesa, no os ofendais si dejo entrever una sospecha... ¿No habeis contado con que va á sobrevenir una guerra sangrienta?...

—Disponed de mi mano, consultándolo antes con mi padre.

—Pues qué, decidme: ¿si vuestro padre no se opone, consentiríais en que el mismo sacerdote que ha de bendecir en la noche de mañana nuestras armas antes de la partida ó del combate quizás, bendijese nuestra union?

—Breve es el plazo, dijo Bellah, cuya voz se iba debilitando por instantes; pero, en fin, consultadlo con mi padre. Yo aprobaré todo cuanto hagais. Id, Fleur-de-Lys. Cuando vinisteis me hallaba algo indispuesta, y con las emociones que he experimentado despues...

El jóven hincó la rodilla en tierra, cogió la mano de la señorira de Kergant, é imprimió en ella sus labios, y haciendo en seguida un saludo respetuoso, salió del espanto.

Al llegar Fleur-de-Lys al fin de la larga galeria que se estendia por aquella parte del castillo, volvió la cabeza de repente, creyendo oír detras de sí ruido de pasos. No pudo, sin embargo, por mas que hizo, percibir distintamente rumor alguno. Y creyendo que su ilusion habia nacido del eco producido por sus mismas pisadas, comenzó á bajar la escalera que conducía al vestíbulo del castillo. Pero no le habia sido infiel su oído; alguien le seguia. Una muger, una sombra irritada y vengativa se deslizó por entre las tinieblas, y bajó la escalera en su seguimiento. Mientras él se dirigia al salon en que se hallaba el marques, la sombra atravesó el patio y se perdió en la oscuridad de la avenida.

Pocos instantes habian trascurrido, cuando un penetrante y prolongado grito que pareció salir de la habitacion de Bellah despertó toda azorada á Andrea, que dormia pared por medio, y se levantó á toda prisa, volando á la habitacion inmediata. Bellah, fria como la muerte, yacia tendida en el suelo. El aposento se llenó en

un momento con toda la gente del castillo, en tanto que el marques de Kergant ayudado por la canonesa, trataba de volver á su hija al sentimiento de la vida. Andrea descubrió sobre la mesa la carta interrumpida por la llegada de Fleur-de-Lys. Recorrió aceleradamente con la vista algunos de sus renglones, y cogiéndola en seguida, la escondió en su seno.

En la misma noche una mujer jóven, montada en un caballo bañado en sudor, se presentaba á las avanzadas republicanas, y solicitaba ser conducida á la presencia del general en jefe. Desde el dia anterior el estado mayor se habia trasladado á la pequeña ciudad que rodeaba el rio, á tres leguas de Kergant. El general, á las primeras palabras que le dirigió la jóven, hizo llamar al comandante Pelven. Despues de una conferencia de media hora, la misteriosa amazona se volvió por el camino que habia traído.

Los primeros albores del dia aparecian en el horizonte, y aun se hallaba Pelven encerrado con el general en jefe,

cuando se le anunció la llegada del aldeano casi idiota que habia mas de una vez servido de intermediario entre el joven comandante y su hermana. El aldeano entregó á Hervé un pliego cerrado con gran cuidado. Contenia dos líneas escritas por Andrea y la carta no concluida de Bellah.

CAPITULO XIV.

El marques de Kergant era uno de esos hombres dignos de respeto, cuya vida se mueve solo por el sencillo resorte de los sentimientos naturales. Su sano corazón no habia sabido nunca lo que era el choque ardiente y destructor de las pasiones. El mundo llama á estos seres corazones positivos.

En su conciencia no habia la mas ligera sombra; la presuntiva rectitud y la moral eterna mantenian en ella una luz viva que no habia sido bastante á hacer vacilar el soplo envenenado de la sociedad.

El mundo en su desvario apellida espíritus apocados á los que tal alma poseen.

En ellos la vida privada es intachable, y la pública, que tanto varia en los demas, mayormente en esas épocas de crisis que tan bruscamente cambian las sórdidas miras del interes humano, podrá estar sujeta al error, pero nunca á la vergüenza. Se les desdeña en apariencia, pero se busca su trato, porque es seguro, porque aleja la desconfianza y odia la hipocresía. En su presencia es dado quitarse por un momento la máscara social y respirar un instante. Se podria decir muy bien que esos caracteres se transparentan. Nunca serán capaces de engañar á nadie; pero cualquiera les engaña fácilmente. Fleur-de-Lys; rodeando la confianza que le merecia con los artificios del ingenio, consiguió sin esfuerzo hacerse perdonar por el leal anciano de todo cuanto aquella tenia de atrevido.

El marques adoraba en su hija; pero

extraño, como estarlo puede un niño, á las afecciones secretas del corazón y á los complicados enigmas de una pasión contrariada, no había sospechado jamás que la silenciosa indiferencia con que Bellah reprobaba la conducta de su hermano adoptivo ocultase borrascosos y dulces recuerdos. Otras circunstancias acabaron de engañarle acerca de este punto. Su paternal solicitud se había conmovido desde luego, al descubrir en las cartas que su hija le escribía de Inglaterra, la expresión de un entusiasmo novelesco hácia el jefe de la chuanería bretona, cuyo apasionado sentimiento vió brillar después con extraña franqueza en los ojos de Bellah, tantas cuantas veces la encontró al lado de aquel. El que era el objeto de tan sencillas demostraciones, interpretando mejor el verdadero carácter del encanto que producía en el espíritu de la entusiasta realista, se llenaba de inquietud en vez de felicitarse por ello. Sabía harto bien que la dulce preferencia de una mujer aparece siempre rodeada de un misterio en-

cantador, y que la virgen cuyo corazón está herido pone mayor cuidado en ocultarlo; mas estas diferencias pasaban desapercibidas para la inteligencia menos flexible del marques de Kergant, quien estaba convencido de que Bellah no encontraba fuerzas en su alma para resistir á las seducciones reunidas de la belleza, del valor y del triunfo.

En su profunda ternura hacía su única hija, habia procurado el marques familiarizar su espíritu con la idea de una alianza en que creía ver la felicidad de Andrea, consiguiéndolo por fin sin grandes esfuerzos. Hasta él mismo sentia el influjo del ascendiente que sobre todos ejercia el joven jefe, por lo que habia salido siempre en su defensa contra los cargos y sospechas que contra él formulaban sus rivales. En fuerza de cubrirle con el patrocinio de su lealtad, habia llegado casi sin advertirlo, por la insensible pendiente de un inocente orgullo, á concederle un lugar casi filial en su corazón. El recuerdo de un origen desgraciado desaparecia en

cierto modo á sus ojos ante el brillo de sus relevantes servicios, ante las señaladas muestras de un reconocimiento augusto. Si era un sacrificio, en concepto del viejo aristócrata, sepultar en aquella gloria de un día el nombre de su antigua y noble familia, tambien encontraba un resarcimiento en el placer que le proporcionaba su propia abnegacion. Veia ademas en esto una nueva prueba de adhesion inalterable hecha en favor de una causa sagrada, un lazo poderoso que debia servir para acabar con las funestas desconfianzas que habian nacido en mal hora y para acercar mas y mas la dividida nobleza alrededor del héroe popular.

Tales eran los secretos pensamientos del marques de Kergant. Nada mas natural, pues, que acogiese con benevolencia, y casi con alegria, la manifestacion que le hizo Fleur-de-Lys de que Bellah accedia al enlace. De este modo veia desvanecidas sus dudas; de este modo encontraba una explicacion de los pesares que de algun tiempo atras aquejaban á su hija,

y la indicacion del oportuno remedio. La crisis nerviosa que se habia apoderado súbitamente de Bellah solo sirvió para afirmarle en sus proyectos y destruir sus últimos escrúpulos. Habiéndose quedado solo algunas veces al lado de la enferma, creyó confesion del pudor lo que no era mas que el silencio del desaliento, y tierna manifestacion de un amor feliz lo que solo era el amargo llanto que sus crueles consue- los arrancan de los ojos de su hija.

En la misma noche se ocupó el mar- ques de los medios oportunos para des- truir los obstáculos que podia presentar la iglesia á la celebracion de un enlace tan próximo, obteniendo la licencia inme- diatamente. Entre los muchos sacerdotes proscriptos que habian buscado un asilo en medio del ejército victorioso de Fleur- de-Lys, habia uno que ocupaba un puesto elevado en la iglesia. Este fue quien se encargó de celebrar una misa solemne en la capilla del castillo por el feliz éxito de la expedicion y de bendecir la union del jóven general y de la senorita de Ker-

gant en el momento de ponerse en marcha el ejército realista.

Bellah supo por la mañana lo que se habia dispuesto en el instante mismo en que salia del entorpecimiento profundo que habia sucedido á las violentas agitaciones de la noche, y levantándose inmediatamente, dirigió sus preces al cielo, y bajó en seguida al parque, en el que vagó absorta durante largo rato. No acertaba á darse á sí misma cuenta de la causa por que se sentia con mas fuerzas que la vispera, si bien sus ideas eran todavia confusas y tumultuosas; pero cuando se acordó de su empezada carta, una viva inquietud la impulsó á volver inmediatamente al castillo. Ya sabe el lector cómo habia desaparecido aquella. Bellah, llamando al punto á Andrea, la preguntó si la habia visto: mas esta la afirmó con tal sequedad que ignoraba de qué carta hablaba, que Bellah no osó preguntarle mas. La senorita de Pelven supo como los demas habitantes del castillo el himeneo que se preparaba, y estaba persuadida, despues de lo que habia leido,

de que Bellah accedia mal de su grado á alguna nueva exigencia de un deber austero. A decir verdad, solo sentia respeto y piedad hácia su amiga: pero dejar entrever estos sentimientos equivalia á confesar su inocente perfidia, y hé aquí la razon por qué conservó durante todo el dia, á despecho de su corazon, el acento y severidad de rostro que correspondian á una hermana ofendida.

El abismo del dolor no tiene fondo para las almas sensibles. Si estas no están completamente sumergidas en él, pueden aun bajar mas, y encontrar nuevos manantiales de amargura. No es cierto que sean para ellas el término del sufrimiento las situaciones extremas; mientras existen pueden padecer mas y mas, por laceradas que parezcan. Bellah se encontró en este caso, cuando á todas sus angustias vino á unirse la idea desgarradora de que un desconocido, un criado tal vez podia muy bien haber violado los castos desahogos de su corazon, su primera y última carta de amor, el testamento de su corazon, la

flor de su tumba. Si por casualidad algun sugeto de mas elevada alcurnia se habia hecho dueño de ella, temió, una vez descubierto su secreto, no poder consumir su sacrificio, considerándose por lo tanto cómplice de las desgracias irreparables que traeria en pos de si la desesperacion de que iba á ser objeto su *esposo*. Durante las primeras horas del dia fue victima de tan cruel ansiedad; mas viendo, por último, que nada venia á confirmarla, creyó, ó que la carta se habia perdido en el desorden que siguió á su desmayo, ó que la canonesa la habia encontrado, juzgando oportuno guardar el secreto.

Fleur-de-Lys estuvo por la mañana en el castillo durante algunos instantes, regresando luego al campamento del bosque, en donde los preparativos para la marcha del ejército le detuvieron hasta la noche. El marques de Kergant, que debia marchar tambien en la expedicion, habia decidido dejar en la casa de sus mayores á sus hijas y hermana, bajo la vigilancia y custodia de Kad. En cualquier otra circunstancia

se hubiera difícilmente resignado el fiel guarda-bosque á ocupar un puesto que le separaba de su amo y que le alejaba del peligro; pero en esta ocasion todos los escrúpulos desaparecian ante la inquietud que le causaba la alterada salud de su hija. En efecto, hacia algun tiempo que Alix habia perdido el brillo de la juventud y la altiva energia que imprimian en su rostro un sello tan notable; tierna y delicada flor, parecia haberse agotado, á semejanza de Bellah, bajo el influjo de un aire emponzoñado. En la mañana del dia á que nos referimos se habia sentido demasiado débil para dejar el lecho, y Bellah se dirigió á su habitacion.

A pesar de la distancia que la diferencia de condicion habia señalado entre ambas, los inocentes juegos de sus primeros años, las pruebas consiguientes á una época desastrosa, y el destierro y peligro que habian padecido y corrido juntas, habian sido otros tantos motivos que unieron mas y mas los vínculos de un estrecho é inalterable afecto. Este sentimiento se habia exaltado en el

alma ardiente de Bellah bajo la influencia de la sencilla admiracion que producía en ella la poética belleza de Alix; creía ver en esta á una de las reinas fabulosas de las leyendas bretonas. Arrastrada por sus generosos sentimientos, habia puesto siempre una inquieta delicadeza en aliviar el carácter grave, y quizás algo duro, de la hermosa Alix; de las apariencias de la servidumbre; y esta, que poseía un corazón mas ardiente, porque era mas reservado, envanecida con el reconocimiento y avasallada por el imperio de una inteligencia superior, habia sentido aumentarse hasta el fanatismo su hereditaria adhesión hácia la noble compañera de su infancia.

Al ver entrar á su señora, incorporóse Alix algun tanto, y una dolorosa sonrisa vagó un instante por su rostro, cuya blancura mate estaba surcada de manchas azuladas.

—¡Cielos! dijo Bellah estrechando una mano de aquella desgraciada: ¡tú padeces mucho!

—Sí, señorita; mucho, contestó Alix.

—¿Quizás sea yo la causa!... Perdóname... pero padezco tanto á mi vez, que todavía no he hablado á tu padre en favor de tu amante... Además, tú misma me dijiste que aguardase algunos dias... mas ya es tiempo de hablarle y de obtener que no parta Fleur-de-Genet, si es acaso este pensamiento motivo de tu dolor.

—No, no, os lo agradezco, exclamó con viveza la hija del guarda-bosque; mi padre jamás le perdonaria el haber permanecido aquí... Por otra parte, no es la que creéis la causa de mis males... ¿Conque es cierto que os casais?

—Esta misma noche.

—¿Y amais á vuestro esposo futuro? prosiguió Alix despues de un momento de silencio.

—Sí.

Los rasgados ojos de Alix, abiertos mas y mas por la fiebre, centellearon con un fuego sombrío, que fue endulzándose poco á poco al fijarse en la tierna mirada de Bellah. De repente atrajo hácia si á esta, estrechándola con violencia contra su

seno 'medio desnudo, y enlazando despues sus torneados brazos alrededor del cuello de Bellah, prorumpió en amargos sollozos. Este tierno trasporte, nacido de la simpatía propia de la juventud y del dolor, arrancó lágrimas á su noble señora. Reclinada en el borde del lecho, permaneció largo tiempo sin hablar, mientras se confundia su llanto con el de la hermosa Alix, que mas cuidadosa del dolor ageno que del suyo propio, enjugaba con los sueltos bucles de sus largos cabellos las húmedas mejillas de su querida rival.

La presencia de Kad interrumpió aquella muda conversacion de dos penas agudas, que en los mútuos consuelos que se prodigaban llegaban hasta olvidarse de si misma. Bellah estrechó una vez mas la mano de Alix, y dirigió al salir del cuarto algunas palabras llenas de bondad al guarda-bosque.

El marques de Kergant, cumpliendo con sus deberes militares, habia pasado toda la tarde en conferencia con los demas jefes, y solo cuando empezaban á estenderse

por la campiña las primeras [sombras de la noche le fue dado volver al castillo. Veíase pintada en su rostro la mas viva satisfaccion. No era mucho que asi sucediera; acababa de saber que todo favorecia el plan de Fleur-de-Lys. Los espías, que mantenian una especie de telegrafia continua entre el bosque y las líneas republicanas, habian visto encender hogueras en los vivaques enemigos.

El ejército de los azules conservaba, pues, su actitud defensiva, y, entregándose con confianza al descanso, dejaba el campo libre á la maniobra proyectada para la noche. Las fuerzas realistas debian salir del bosque por el costado occidental, desfilan por el flanco derecho del enemigo, apoderarse de Locminé, y bajando desde alli á la costa, incorporarse con los regimientos de emigrados que debia desembarcar en el siguiente dia la flotilla inglesa. Semejante operacion estratégica combinada con los movimientos de los generales vendeanos, parecia de un éxito inmediato y decisivo para la causa del rey en todo el Oeste

de la Francia. Tales eran al menos las esperanzas del marques.

Arrimado de espaldas á la balaustrada de un salon abierto, el viejo aristócrata hablaba con entusiasmo del porvenir mas feliz que entreveia, y era escuchado en silencio por toda la familia y algunos amigos que estaban reunidos en el salon.

Bellah, cruzada de brazos al lado de su padre, y con la vista fija en el cielo estrellado, inclinó á un lado su encantadora cabeza, y colocando su mano sobre el brazo del marques:

—Oid, dijo.

Todos se acercaron con precipitacion, y escucharon atentamente. Percibiase en la campiña, en medio del silencio de la noche, un ruido acompasado é imponente, parecido al que produce de lejos la mar embravecida al estrechar sus olas en la playa. Era el ejército de los chuanes, que se acercaba con paso rápido. Momentos despues entraba Fleur-de-Lys en el patio á todo escape, montado en un brioso

caballo y seguido de un reducido estado mayor.

En las cercanías de Kergant se dividieron en dos columnas las fuerzas realistas, y continuaron marchando en líneas paralelas y bastante próximas; así que, mientras una división seguía el camino que rodeaba el parque y las praderas, desfiló la otra por delante del castillo. El prestigio de Fleur-de-Lys consiguió regularizar aquella marcha peligrosa y vencer en tan suprema ocasión las costumbres contrarias á la disciplina que distingue siempre á las tropas irregulares. Mujeres, niños y ancianos, todos, en fin, los que no podían combatir, quedaron en el bosque ó se dispersaron en las aldeas vecinas. Una masa sombría y compacta estuvo desfilando durante dos horas por el patio y la avenida del castillo, sin otro desorden ni ruido que ese tumulto inseparable de los movimientos de una gran muchedumbre. Solo de vez en cuando retemblaban los vidrios en sus marcos de plomo, y era cuando las macizas ruedas de los pesados carros de guerra llenos de

arcones giraban sordamente por el suelo del patio. Cuando los chuanes reconocian el perfil de Fleur-de-Lys en el cuadro luminoso de cualquiera de las ventanas del castillo, levantaban sus armas y agitaban sus sombreros en el aire. Aquellas aclamaciones silenciosas tenian un carácter singular y extraordinario. El jóven general debia incorporarse con la cabeza de las columnas inmediatamente despues de la celebracion de su casamiento, sin otra escolta que algunos oficiales adictos á su persona.

Las once de la noche eran cuando la señorita de Kergant, que desde la llegada del jóven jefe habia desaparecido del salon, entró en él apoyada en el brazo de su padre. Apareció vestida de blanco, con un gusto sencillo y severo, que no estaba exento á la verdad de esa coqueteria que las mujeres usan á su pesar hasta para subir al patíbulo.

Acto continuo pasaron todos al gran salon contiguo, en el que el marques quiso reunir por última vez en su mesa á toda la

familia y huéspedes. La cena fue triste. Ni los adornos de las mujeres, ni el brillo de las luces, ni el aparato de fiesta con que la anciana canonesa se esforzó en rodear aquel banquete de boda, nada, en fin, fue bastante á dominar la impresion producida por un peligro solemne y por una separacion próxima. Andrea, muda y pensativa, sentíase agitada de vez en cuando de convulsivos calofrios. Bellah conservaba la apariencia de su dignidad habitual; pero su estremada palidez, su mirada incierta y el pliegue constante que destruía el arco regular de sus cejas, denunciaban la lucha que sostenía su alma. Fleur-de-Lys era el único que parecía estar exento de los temores de los demás, y se entregaba alegre y satisfecho á la fiesta, al amor y á su triunfo.

Su frente radiante y sus animadas palabras disipaban poco á poco el general recelo, despertaban la esperanza y prometían la victoria á los espíritus abatidos. Una vez, sin embargo, se descubrió en las hermosas

acciones del joven jefe un ligero matiz de sobresalto, y la frase que comenzaba con resolucion quedó sin concluir en sus labios. La puerta acababa de abrirse; y Alix, que fue quien entró, se acercaba en aquel momento á la mesa lentamente y sin ruido. El marques de Kergant corrió hácia ella, y la reprendió con bondad su imprudencia. Alix respondió con voz apenas inteligible que se encontraba mejor, y que ya que tenía las fuerzas suficientes, no habia querido dejar de asistir al casamiento de su joven señora. El marques, enternecido con esta muestra de adhesion, no se atrevió á insistir, y la hija del guarda-bosque se colocó al lado de Andrea; mas el alterado rostro de la joven, su sombrío traje, su vacilante paso y su imprevista aparicion habia, cual un funesto presagio, comprimido todos los corazones y cerrado todos los labios.

Hasta el mismo Fleur-de-Lys fue víctima del general sobresalto, pues si bien quiso continuar hablando, descubriáanse en su lenguaje tales extravagancias y tan

monstruosas contradicciones, que, observando que era mirado con estrañeza por todos, se sonrojó ligeramente y enmudeció.

Desde aquel instante cesaron todas las conversaciones. Finalizaba el banquete en medio de un silencio glacial, cuando los monótonos sonidos de la campana de la capilla, que daba las doce, anunciaron que el sacerdote esperaba junto al altar á los que iban á unirse por toda la vida.

La capilla de Kergant, en la que se habia observado el mas sencillo estilo gótico, estaba situada á la izquierda del castillo, sobre un montecillo pequeño que se elevaba algunos pies del nivel del patio, y que servia de base al edificio que en él descansaba. Su forma era casi circular: por el lado que miraba á la campiña terminaba en unas murallas de rocas escarpadas, que, hundiéndose en un despeñadero, parecian ser una gigantesca continuacion de los muros de la capilla; por el costado que daba al patio se inclinaba hasta confundirse con el suelo, formando ligeras cimas cubiertas de musgo, sobre las que

se veían algunos restos de antiguas construcciones. Una escalera de diez peldaños cuando mas conducía á un terreno cubierto de yerba fina y menuda, que, estendiéndose por delante del pórtico de la capilla, asemejaba un fragmento de cementerio de aldea.

Entre el montecillo y los fosos del castillo existía un espacio libre y desembarazado que comunicaba con la campiña, y por el que habían pasado hacia poco las tropas realistas. Descubriase además una alquería á la izquierda de la capilla. Los costados del patio estaban cerrados por cuadras y edificios rústicos.

El movimiento y tumulto consiguientes al desfile habían cesado ya del todo. Solo quedaron como guardia de honor del general unos trescientos hombres. La mitad de esta fuerza estaba destacada en pequeñas avanzadas á lo largo de la avenida; la otra mitad rodeaba en forma de semicírculo la escalera que conducía á la capilla. La suave y templada claridad de un cielo estrellado permitía distinguir el uniforme de los caza-

dores del rey. Apenas descubrieron el silencioso cortejo que acababa de salir por la puerta del castillo, abrieron sus filas y saludaron militarmente. Cuando el tañido de la campana anunció poco despues el principio de la sagrada ceremonia, descubriéronse los soldados, y se arrodillaron con las manos cruzadas sobre el pecho al lado de sus fusiles, que un momento antes habian dejado echados en el suelo.

Los pocos cirios que iluminaban con incierto resplandor del interior de la capilla dejaban en la oscuridad á una parte de los asistentes: delante de la pequeña balaustrada que rodeaba los escalones del altar veianse prosternados á Bellah y Fleur-de-Lys con piadoso recogimiento, y mas arriba el anciano obispo, que estendia la mano sobre sus cabezas. El marques de Kergant y su hermana la canonesa estaban de hinojos sobre una gran losa, en la que se veia esculpido un escudo de armas, distante algunos pasos de Bellah. Andrea estrujaba entre sus manos el velo nupcial: una espres-

sion extraordinaria de impaciencia y de cólera habia alejado de su semblante el tipo de gracia infantil que la era habitual. Algo mas lejos descubriase de pie á Alix, con la vista fija y las facciones desencajadas, apoyada en el brazo de Kad; se hubiera dicho que escuchaba con atencion algun ruido desconocido. Unos cuantos oficiales realistas, y los criados del marqués llenaban la oscura y reducida nave.

El momento de una union eterna se acercaba: el sacerdote habia hecho ya las preguntas sacramentales. Bellah levantó su frente, mas pálida aun que su velo virginal, y dirigiendo al cielo la última mirada de agradecimiento, estendió su trémula mano en direccion del anillo que iba á encadenarla por toda la vida; mas el jóven general se levantó de repente dejando caer la sortija simbólica sobre los escalones del altar. Su nombre acababa de ser pronunciado por una voz triste y doliente. Igual espresion de espanto é inquietud se pintó súbitamente en todos los semblantes. Despues de un breve silencio, la misma voz lejana y lastimera

repitió el nombre de Fleur-de-Lys: un momento despues se oyó el galope de un caballo. Lanzándose el jóven jefe fuera de la cápilla, seguido de todos los asistentes, atravesó precipitadamente el espacio que separaba el pórtico de la escalera del montecillo. Un caballo bañado en sudor jadeaba al pie de esta: los soldados ayudaban á bajar al que le montaba, que apenas podia sostenerse. Su rostro y pecho estaban cubiertos completamente de sangre. No bien le dijeron que era Fleur-de-Lys el que tenia delante, le miró un instante con aterradora sijeza; pronunciando la palabra: ¡*traicion!*... cayó muerto á los pies del general.

Un estruendo sordo y lejano vino á confirmar la última palabra de aquel desgraciado. Fleur-de-Lys levantó el brazo para imponer silencio, y algunos soldados, hincándose de rodillas, aplicaron el oido en tierra. El mismo ruido, semejante al eco de un huracan subterráneo, se dejó oír sin intermision.

—¡Se oye fuego de cañon! dijo Fleur-de-Lys... el ejército ha sido atacado...

¡Vengan nuestros caballos!...

Mientras esta orden era ejecutada con prontitud, inclinado el sacerdote sobre el inanimado cuerpo del que habia dado la señal de alarma, procuraba en vano restituirle á la vida. Sumergidos los soldados en un sombrío estupor, rodeaban en silencio aquel doloroso grupo. Los habitantes del castillo se precipitaban en desorden por la escalera que conducia á la capilla, y las desoladas mujeres soltaban gritos lastimeros. A cada nueva detonacion que traia la brisa de la noche observábase en la multitud un estremecimiento general.

—¡Hijos míos! dijo Fleur-de-Lys con voz enérgica. Se oye el cañon de los azules; pero tambien el nuestro... ¡Nuestros hermanos pelean y nos llaman á su lado! En menos de media hora estaremos con ellos... ¡En nombre de Dios y del rey, marchemos! Los caminos están libres; seguidme...

Un rumor que parecia partir de todos los puntos de la larga avenida interrumpió á Fleur-de-Lys: gritos de ¡á las armas! ¡los azules! fueron repetidos por los sorpren-

didos centinelas, y un momento después se oyó el estruendo de una descarga hecha á poca distancia. El jóven general, que habia puesto ya el pie en el estribo, le retiró inmediatamente, y echando mano á la espada:

—¡A mí, valientes! exclamó, y se precipitó corriendo en la avenida.

Todos los que podian manejar un arma se lanzaron tras él. El único hombre que permaneció en el vasto recinto que comprendia el patio fue el sacerdote.

—A nosotros, hijas mias, solo nos toca rogar á Dios, dijo dirigiéndose á la capilla con vacilante paso.

La señorita de Kergant y Alix siguieron al anciano hasta el pie del altar, y se prosternaron á su lado; las demas mujeres, incapaces de recoger su imaginacion en tan criticos momentos, permanecieron en el pórtico y sus cercanias, cambiando entre sí palabras que revelaban el terror de que se hallaban poseidas. Algunas ventanas del castillo que habian quedado abiertas dejaban ver las habitaciones iluminadas con profu-

sion. En el patio, alumbrado apenas con el reflejo de las ventanas y la tibia luz de la noche, los abandonados caballos galopaban en todas direcciones relinchando al olor de la pólvora.

Cada vez se percibían mas intensas y distintas las mortíferas descargas, mezcladas de ayes confusos y de dolorosos gemidos. El lejano estruendo del cañon que se percibía por intervalos irregulares dominaba los ruidos mas cercanos... De repente disminuyó el fuego, y algunas esplosiones aisladas indicaron que el combate se había interrumpido: mas poco despues se oyó el ruido producido por una carrera precipitada, y se vió entrar por la gran avenida una partida de chuanes en completo desorden... Gritos agudos y desgarradores partieron del grupo que formaban las mujeres, con las cuales se incorporó Bellah. Una nueva descarga, cuyo resplandor brilló á traves del follaje, y que hizo retemblar los vidrios de la capilla, indicó que el enemigo estaba encima.

La tropa de Fleur-de-Lys, reducida ya

á una mitad, contestó al fuego, y se diseminó por el patio para volver á cargar sus armas. Descubriendo Bellah en medio de ellos la figura elevada y los blancos cabellos de su padre, separó con estravío á las mujeres que tenia delante, y se abrió paso hasta la escalera; pero sobrecogida por una nueva impresion, se paró de repente al empezar á bajarla. La masa regular y compacta de republicanos desembocaba entonces en el patio, y al lado de esta columna avanzaba un jóven montado á caballo con la cabeza desnuda y el sable levantado. Al resplandor de una descarga Bellah reconoció en él á Hervé.

—¡Rendios! gritaba el jóven comandante. ¡Rendios! ¡Ya somos dueños del castillo!

Mientras hablaba, una lluvia de balas que salió por todas las ventanas del antiguo castillo derribó á unos veinte chuanes. Los que quedaron ilesos estuvieron un momento inciertos y vacilantes.

—Rendios! prosiguió el oficial republicano. El castillo es nuestro!

—A la capilla! respondió la vibrante voz de Fleur-de-Lys. ¡A la capilla! ¡Dios y el rey! ¡Dios y el rey! ¡A mi, muchachos!

Hervé saltó del caballo, y volviéndose á sus hombres, les dió algunas órdenes rápidamente, encomendando además á sus sentimientos generosos y humanitarios las débiles é inocentes criaturas que se habian refugiado en la capilla.

—No tengais cuidado, comandante, dijo una voz de acento grave y truhanesco. Ya sabemos que está ahí vuestra hermana: eso basta; daremos á conocer nuestra educación á las damas.

—No perdais tiempo en hacer fuego, prosiguió con viveza Hervé. ¡A la bayoneta... y adelante!

Dichas estas palabras, atravesó diagonalmente el patio, y se presentó en el espacio descubierto que se estendia entre la avenida y el montecillo que servia de base á la capilla: un peloton de granaderos le siguió al paso de carga: el resto de la fuerza avanzó con mas lentitud protegiendo los flancos.

Hacia ya algunos minutos que los cazadores realistas habian subido el montecillo. Parte de ellos, entrando precipitadamente en la capilla, atropellaron sin piedad á las infelices mujeres, y se colocaron en las ventanas, en los agujeros, y hasta en el pequeño campanario descubierta que dominaba aquel sagrado edificio. Otros ocuparon el terreno que se estendia delante del pórtico y la falda del cerrillo. Fleur-de-Lys estaba entre aquel y la escalera con la espada en una mano y una pistola en la otra, y á sus dos lados el marqués de Kergant y Kad con el fusil preparado y el rostro manchado de pólvora. La voz alterada y robusta de Fleur-de-Lys era el único ruido que rompía el triste silencio que reinaba en la capilla y sus cercanías. Acercábase rápidamente el destacamento mandado por Hervé, cuando levantando su espada Fleur-de-Lys, dos descargas sucesivas, dirigidas con aquella precisión terrible que distinguia la puntería de los bretones, sembraron el suelo de cadáveres republicanos.

¡A mí, los Maguncinos! exclamó Hervé poniendo un pie en la escalera, y al mismo tiempo, subiendo precipitadamente los granaderos, invadieron por todas partes la esplanada de la capilla.

A la fogosa impetuosidad de estos, opusieron los chuanes la indomable energía de una resolución desesperada. En aquel momento no se oía un solo tiro: había empezado una lucha cuerpo á cuerpo horrible, espantosa, sangrienta. No se percibía mas ruido que el choque del hierro contra el hierro, el golpe contundente de las culatas sobre los cráneos y la confusa mezcla de ayes lastimeros y de bárbaras imprecaciones. Algunos de los combatientes, arrojando sus armas, se estrechaban con sus contrarios, deseosos de ahogarles entre sus brazos, y caían rodando por la vertiente en medio de mortales angustias.

En lo mas encarnizado de aquella lucha feroz, un resplandor rojizo iluminó de repente las ventajás ojivas que había encima del pórtico, creciendo desmesura-

damente en un instante é iluminando bien pronto el patio con una claridad siniestra. Algunos tacos encendidos que cayeron al pie de los edificios que daban frente á la capilla inflamaron algunos montones de paja seca, produciendo el fuego que se comunicó al interior con la velocidad del rayo. Multitud de chispas se elevaban por los aires en medio de espesos torbellinos de humo, y las voraces llamas que salian de las ventanas de los hórreos se abrieron paso al punto por los techos de caña.

El combate continuó con mayor violencia, iluminando con las reverberaciones del incendio naciente. Los golpes eran ciertos, dirigidos como iban por una mano pronta y segura. Hacinados los muertos y heridos en la falda del montecillo, servian de escala para subirle á los destacamentos republicanos que venian de refresco, y los pelotones de chuanes que salian de la capilla restablecian con su presencia la igualdad de fuerzas. Hervé, que habia recibido ya una herida en el rostro, y sido rechazado por dos veces hasta el pie de

La escalera, logró por fin llegar hasta el centro de los chuanes, abriéndose paso á sablazos.

Apenas llegó allí se encontró cara á cara con Fleur-de-Lys, que con un pie colocado encima de un monton de moribundos, los cabellos en desorden, y al parecer invulnerable, blandia furioso su espada ensangrentada. Ambos jóvenes arrojaron un grito al reconocerse, se abalanzaron uno contra otro, y la espada de Fleur-de-Lys salió en mil pedazos al primer choque. En este instante supremo se dejó ver en una de las ventanas de la capilla la blanca figura una de mujer pronta á precipitarse por ella.

—¡Hervé! gritó con penetrante voz, que se percibió distinta á través del estruendo del combate. ¡Hervé! ¡Que matan á mi padre!

Hervé, que se disponia á descargar sobre su enemigo un golpe decisivo, volvió su vista á su alrededor al oír voz tan querida, y descubrió al marqués de Kergant arrimado á la pared y envuelto por un cir-

culo amenazador de granaderos.

—¡Hijos míos! Broidoux! exclamó Hervé lanzándose hacia ellos: ¡respetad á ese anciano!

Mientras pronunciaba las anteriores palabras, sonó á sus espaldas la esplosion de un arma de fuego, y cayó arrojando un débil gemido. Despues de haber realizado Fleur-de-Lys este acto de odio mas bien que de valor, arrojó su pistola, y se apoderó del sable de un herido; mas el sargento Broidoux, que habia visto aquel asesinato, apuntando con su fusil al jóven jefe:

—Cobarde! dijo: y la bala atravesó el pecho de Fleur-de-Lys.

Ninguno de los detalles de esta escena, cuya rapidez no puede reproducir la pluma, pasó desapercibido para los soldados republicanos que habian permanecido en el patio.

—¡Abajo, granaderos! ¡Abajo! gritó el oficial en quien habia recaido el mando, y obedeciendo inmediatamente los soldados, hicieron una descarga desde la parte infe-

rior que echó por tierra á todos los que aun permanecian de pie cerca de la capilla.

—Al asalto! Vengüemos al comandante! prosiguió el oficial.

Los bravos republicanos volvieron á subir tras él á la carrera: mas despues de haber hecho admirables esfuerzos, se vieron obligados á replegarse bajo la lluvia de balas que vomitaban las ventanas, el campanario y la barricada del pórtico. A una nueva orden de su jefe se diseminaron los soldados por el patio, en el que apenas se podia resistir el calor producido por el incendio: los unos se colocaron de rodillas al pie del montecillo para apagar los fuegos del campanario, al paso que los otros se situaron detras de los muebles y carros que habian sacado antes de los incendiados cobertizos. Una vez atrincherados, pudieron sostener el tiroteo con menos peligro y mayor éxito, como lo daba á conocer bien claro la disminucion creciente del fuego del enemigo.

De repente salió del pórtico y se adelantó á pecho descubierto un chuan de aventajada

estatura. Broidoux, que era uno de los arrodillados en la falda del cerrillo:

—¡Camaradas! gritó con todas las fuerzas de sus pulmones: ¡no tireis! ¡Ese es el viejo guarda-bosque que me salvó la vida!.. ¡Rindete, valiente, rindete!

Kad era en efecto el que, aprovechándose apresuradamente del momento de tregua que le concedían los admirados republicanos, sacó de un monton de cadáveres los sangrientos cuerpos de Hervé y de Fleur-de-Lys, y echándoselos á la espalda, entró otra vez en la capilla con su doble carga.

—¡Rendios! prosiguió Broidoux con voz terrible. ¡Rendios! ¡El fuego se ha apoderado ya del campanario!

Nadie le respondió. Las sillas y bancos que formaban la barricada del pórtico cayeron hácia fuera, y la maciza puerta de aquel reducido templo se cerró con estruendo. El aterrador aviso que acababa de dar Broidoux al guarda-bosque no era sino muy cierto. El viento habia llevado sobre el techo de la alqueria contigua á la capilla algunos fragmentos de los incendiados hór-

reos, y las voraces llamas empezaban ya á rodear el campanario. A pesar de eso, se veían en él dos ó tres chuanes cargando sus armas con admirable serenidad en medio de las columnas de humo, y tal cual tiro salía aun de las ventanas bajas de la capilla.

Broidoux se acercó entonces al oficial que había reemplazado á Hervé.

—Capitan, le dijo; ¿no harás nada en favor de esos desgraciados?

El oficial, cuyas manos descansaban en el puño de su sable, contemplaba los progresos del incendio con mirar sombrío y frente contraída.

—¿Qué quieres que haga? contestó. Ya ves que siguen disparando, y mi deber me prohíbe sacrificar un solo hombre inútilmente... Repara en el continente de esos hombres, y conocerás que en todo piensan menos en rendirse.

—Yo les hablaré, prosiguió Broidoux. Permíteme solamente ofrecerles cuartel.

—Promételes cuanto quieras, porque esto es horrible, dijo el oficial volviendo la cabeza.

Cuando Broidoux subia corriendo el cerrillo y entraba en la esplanada, dos ó tres balas agujerearon su uniforme; pero noble y animoso siguió adelante, y llegó sin lesion alguna al abrigo del pórtico. Despues, haciendo retemblar la puerta á culatazos:

—Se os concede la vida! gritó. ¡Kad! Ciudadanos! Deseais la vida... la libertad?... Pues bien; todo se os concede.... Salid!

El generoso sargento hablaba en vano, ya fuése porque los ruidosos estragos del incendio cubriesen su voz, ya porque los crímenes horrendos con que la guerra civil estaba manchada hiciesen dudar de sus promesas. Quiso, sin embargo, insistir hasta lo último en la honrosa misión que se habia impuesto, y no se separó de tan peligroso sitio hasta el momento en que sus camaradas le advirtieron que estaba la bóveda próxima á desplomarse, cortándole la retirada.

Mientras esto sucedia, diremos cuál era el aspecto que presentaba el interior de la capilla y lo que allí sucedia. Su pa-

vimiento estaba cubierto de cadáveres. A cada instante caían nuevas víctimas de las elevadas ventanas, ó rodaban por los peldaños de la pequeña escalera de caracol que conducía al campanario. Un humo espeso y negro entraba por las profundas grietas que se habían abierto en la bóveda, y las chispas que se desprendían presentaban estrellado de vez en cuando el fúnebre pabellón que ondeaba alrededor de las cornisas. El anciano sacerdote, la canonessa y una de las criadas del castillo, yacían sin vida al pie del altar; otras mujeres, mas desgraciadas, aunque vivas, lanzaban lastimeros y se retorcian sus brazos en el exceso de la desesperacion. Bellah y Alix, con los cabellos sueltos y postradas de rodillas, prodigaban inútiles cuidados á la desmayada Andrea, y sus estraviadas miradas se clavaban con frecuencia en Fleur-de-Lys y Hervé, que estaban tendidos junto al altar.

El guarda-bosque y un chuan, que eran los únicos que permanecían ilesos, desembarazaron de cadáveres la gran losa, en la

que se veía esculpido un escudo de armas y que parecía indicar el sitio de una sepultura de familia. Por medio de barras de hierro arrancadas de la balaustrada hicieron saltar las piedras que había alrededor de aquella, y levantando después con el mayor trabajo la pesada mole de granito por el lado que miraba al altar, y apuntalándola con los restos de armas y muebles á medida que iba cediendo, consiguieron elevar una de sus estremidades á la altura de dos pies del suelo. La abertura practicada permitía distinguir el principio de una escalera que se hundía en una bóveda. Las dos barras de hierro, apoyadas con solidez en el primer escalon, sostuvieron la inclinada losa por dos de sus ángulos mas próximos, formando como los resortes de una trampa colosal. El jóven chuan que ayudó á Kad en esta operacion cogió su fusil y ocupó su puesto en una de las ventanas. Momentos después era cadáver: una bala le había atravesado el corazon.

Apenas estuvo practicable la entrada de la cripta, una multitud de mujeres se precipitaron hácia ella con furor: Kad las hizo

observar que si en el desorden de sus movimientos daban lugar á que se cayera la piedra, quedaba cerrado el único medio de salvacion que les restaba, en atencion á que él solo jamás podria volver á levantarla, y por este medio consiguió que fueran bajando una por una hasta que desaparecieron todas en la oscuridad del subterráneo. Dirigiéndose entonces al altar, levantó el guarda-bosque con un brazo el débil é inanimado cuerpo de Andrea, y cogiendo á la infeliz Bellah con la mano que le quedaba libre, enderezó otra vez sus pasos hácia la entreabierta losa.

—¡No, no! ¡A mí no! ¡A Hervé! esclamaba la jóven tratando de oponer resistencia á la fuerza poderosa de la mano que la arrastraba.

—Desechad todo temor, repondió Kad, Os prometo salvarle; pero entrad, ó no respondo de nada.

La señorita de Kergant obedeció. Kad descendió tras ella, llevando en sus brazos á la hermana de Hervé, y volvió á aparecer algunos minutos despues, cuando llenaba ya la capilla un humo mucho mas espeso.

—¡Alix, hija mia! gritó el guarda-bosque. ¡Dios mio! Esta claridad me desvanece; este humo me ciega. ¿Dónde estás, dónde?

—Aquí, padre mio, á vuestro lado, dijo Alix.

—¡Ah! ¡Será cierto!... ¡Qué noche, gran Dios!... Pero, ¿ves tú?... Dime, ¿dónde está el jefe?... Es preciso salvarle antes que todo... y despues, si el cielo lo permite, salvaré tambien á nuestro jóven señor... ¿Dónde está?... ¿Cuál es Fleur-de-Lys?

—Aquel, padre mio, respondió la jóven. El guarda-bosque levantó el cuerpo inmóvil que le indicaba la mano de Alix, y empezó á bajar la escalera con precaucion. ¡Ven, Alix, ven! No te detengas un instante... Sigüeme... ¡No es verdad que me sigües?

—Sí, padre mio, respondió Alix incorporándose; pero no le siguió. Antes bien se habia acercado al herido, que permanecia aun al pie del altar, é inclinándose hácia él:

—Fleur-de-Lys, exclamó: os he dicho mas de una vez que si no me engañábais nunca, me reconoceriais siempre... ¿Me reconoceis?

Un sordo gemido se escapó del pecho del herido.

--¡Qué cobardía! prosiguió la jóven apretando los dientes: ¡qué cobardía y qué barbarie! ¡Con qué lazos tan crueles me teniais sujeta! ¡Ah! Demasiado bien sabeis que yo lo habia de sufrir todo... todo... antes que revelar á mi padre la deshonra de su hija, antes que desgarrar el generoso corazon de mi inocente rival... ¡Pobre Bellah! ¡Yo la he causado mil y mil dolores: pero el mas agudo, el mas amargo, lo he reservado para mí. No he querido sonrojar su frente pura y sin mancha con el relato de vuestra infamia. ¡Al fin ella os llorará, porque no os conoce!

Mientras pronunciaba Alix las anteriores palabras, se habia retratado en el semblante de Fleur-de-Lys la espresion de un dolor indefinible, y reuniendo sus fuerzas espirantes, dijo con voz casi imperceptible:

--Escucha... escucha... jamás he amado á nadie mas que á ti... el orgullo... la ambicion me han arrastrado á mi pesar... Sí... pongo á Dios por testigo... solo á ti te he amado... Alix... dame tu mano...

¡Tú eres mi única esposa!...

—Desgraciada de mí! exclamó la jóven; todavia me engaña; pero le amo... y le salvaré.

Cogiendo entonces entre sus brazos al jóven jefe, se precipitó con él hacia la suspendida losa; pero al llegar á ella se encontró cara á cara con su padre, que la miraba con ojos terribles. Alix retrocedió aterrada; sus rodillas se doblaron, y cayó á sus pies el cuerpo de su amante.

—Padre mio! exclamó uniendo sus manos con angustia: ¡dejadme morir, pero salvadle á él!

—Ni á él, ni á ti, dijo el guarda-bosque con voz sorda; ¡jamás ha entrado ahí la perfidia! Y volviéndose de repente, derribó con el pie las dos barras de hierro que sostenian la losa sepulcral, produciendo al caer un ruido espantoso.

—Ahora roguemos á Dios, prosiguió el anciano con acento solemne. Vos tambien, señor duque, si es que me oís; y tú ¡hija infame! si es que le amas.

Un grito desgarrador de Alix le contestó. Fue el último. En este momento se

o, un horroroso crugido, y despiomándose la bóveda, sepultó bajo su ardiente masa todo cuanto existia en la capilla.

En una hora se habian realizado todos estos desastres. Cuando la pálida luz de la aurora vino á mezclarse con los últimos reflejos del incendio, no alumbró mas que un monton de humeantes ruinas sembrado de restos humanos.

CAPITULO XV.

El subterráneo en que habia quedado sepultado todo cuanto existia de la familia y de la casa de Kergant se extendia circularmente por los costados del montecillo bajo una bóveda sostenida en una hilada de piedras, cuya prolongacion estaba formada por la roca viva. De trecho en trecho tropezaba el pie en el húmedo pavimento con la parte saliente de alguna lápida sepulcral. Las grietas de la roca apenas servian para renovar el aire mofético que allí se respiraba. Desde que la mole de granito que cerraba la única salida del subterráneo cayó movida por la

atlética fuerza de Kad, ninguna luz vino á turbar las tinieblas perpétuas de aquel sitio de horror. El sordo estruendo que produjo la bóveda al desplomarse anunció á las desgraciadas cautivas que su retiro era ignorado de todos los vivientes, y que la piedra de la entrada era la losa de su sepulcro.

Solo la señorita de Kergant habia conservado la suficiente presencia de espíritu para conocer todo el horror de semejante situacion. Las otras reclusas, mudas y como dominadas de un torpe idiotismo, sollozaban abatidas en un rincon. No bien llegó á oídos de Bellah el ruido ocasionado por el hundimiento, cuando se precipitó desolada por la escalera del subterráneo, procurando levantar con convulsivos esfuerzos el enorme peso que cerraba la entrada; pero bien pronto se hizo cargo de que las fuerzas combinadas de muchos hombres se agotarían vanamente en este trabajo. Un momento despues bajó lentamente, estrechando entre sus manos su ardorosa frente, y dirigiéndose á tientas hácia el sitio en que habia quedado Andrea reclinada contra el muro:

—Inocente! dijo arrodillándose al lado de aquella; plegue al cielo que no vuelvas á despertar.

Mientras hablaba, soltaron un quejido los labios del herido que reposaba al lado de Andrea, y á quien Bellah le habia oido llamar Fleur-de-Lys por el mismo Kad.

—Padeceis mucho, caballero? prosiguió aquella inclinándose hácia el que creia ser el jóven jefe.

—Bellah! Sois vos? dijo el herido con voz casi imperceptible.

La señorita de Kergant arrojó un grito frenético, profundo, semejante al que se escaparia del corazon de una madre.

—Hervé! dijo. Hervé mio! Y su mano recorría con rapidez el pecho y la ensangrentada frente del herido, pero con una precaucion tan tierna, que Hervé creia sentir sobre si el aleteo de un pájaro.

Despues de algunos minutos empleados en dar fervientes gracias al cielo y en ocultar la turbacion que la habia causado el haber echado un momento en olvido á su difunto padre, prosiguió Bellah con mayor dulzura:

—Conque sois vos, Hervé! ¿Es cierto que no me engañan mis sentidos?... Al fin nos reunimos. ¡Pero en qué momento y en qué sitio! ¡Ah! ¡Dios de bondad! Vos ignorais...

—No, lo sé todo, dijo Hervé... Parecía mucho; pero no llegué á perder el sentido... no se me oculta dónde estamos... pero... ah!... no tengo fuerzas para preguntaros... dónde... ¿dónde está mi hermana... mi idolatrada Andrea?

—No ha recibido ningún daño... pero sigue desmayada. Miradla!

—¡Gracias! ¡Dios mio, gracias! Pero... acaso no hubiera sido mejor para ella... Decidme, Bellah... vos que sois tan animosa... ¿es cierto que se ha desprendido la losa? ¿Que nada existe ya?

—Solo un milagro podrá salvarnos, dijo Bellah.

—¿Segun eso nadie sabe que estamos aqui?

—Nadie, á lo que creo.

—¡En nombre del cielo!... Que ignore Andrea eso todo el mayor tiempo posible... querida Bellah...

—¡Silencio, Hervé! ¡Silencio! Ya vuelve en sí, y podrá oiros.

Andrea empezaba en efecto á dar señales de vida, moviendo los brazos en su helado lecho como un niño en su cuna. Inclínada hácia ella la señorita de Kergant, la llamó repetidas veces con voz cariñosa. La pobre niña pronunció al principio algunas palabras sin dilacion, y preguntó si no era todavía de día; pero la terrible realidad, disipando por grados las tinieblas de su espíritu, la obligó á esclamar:

— ¡Dónde estoy, Dios mio!

Bellah, cubriéndola de besos, la respondió que estaban en lugar seguro, y puso entre las suyas una mano de Hervé. En seguida la enteró de sus pérdidas irreparables y de todas las circunstancias que la obligaron á buscar un refugio en el subterráneo, cosas que á decir verdad, era imposible ocultarlas; pero añadió que habian conseguido salvarse Kad y uno ó dos de los criados del castillo, y que se apresurarian á venir á sacarlas de su prision cuando creyeran que no estaban espuestas á caer en poder de los republicanos. Estas seguri-

dades, y la presencia de un hermano á quien habia creído no volver á ver, templaron la agitacion de Andrea. Además, algunos rayos de luz que en aquel momento penetraban á traves de las hendiduras de la roca y de los intersticios del muro acabaron de restituir á su pensamiento la perdida calma.

Uniendo sus esfuerzos ambas jóvenes, ayudaron á tomar á Hervé la posicion que su herida le hizo parecer menos dolorosa. La bala de Fleur-de-Lys le habia destrozado un hombro. Cada movimiento le arrancaba á su pesar débiles quejidos; pero mas cuidadoso de los demas que de sí mismo, procuraba ocultar con un lenguaje tranquilo y casi alegre las involuntarias sorpresas del dolor. Andrea, tratando de devolverle sus tiernas ficciones, se esforzaba por distraerle con una locuacidad vivaz y risueña, mezclada de furtivas lágrimas.

Bellah los dejaba de tiempo en tiempo, para acercarse á las campesinas que estaban recostadas contra la roca, ya la-

mentándose de su suerte, ya cayendo en una muda apatía. La resistencia á los grandes padecimientos consiguientes á la desgracia no se mide por el vigor del cuerpo, sino por el temple del alma. Bellah, cuya delicada complexion estabamas y mas debilitada por muchos dias de sufrimiento, habia encontrado de repente nuevas fuerzas vitales en el terrible infortunio bajo el cual sucumbian sus compañeras, de miembros mas robustos, pero de corazon menos enérgico. La señorita de Kergant, dirigiéndose alternativamente á cada una de aquellas desgraciadas, las llamaba por su nombre, estrechaba sus manos, las recordaba su fe, y las hablaba de Dios, que no olvida á ninguna de sus hechuras, consiguiendo por este medio inspirarlas alguna resignacion. A cada instante volvía á su lado para cumplir su noble mision, y ellas besaban sus manos deshechas en lágrimas, y se cogian á su vestido, suplicándola que no las abandonase. En su delirio creian ver en ella el ángel de la caridad.

Hervé parecia mas tranquilo. La mucha sangre que habia perdido sirvió para

templar el ardor de la fiebre que le devoraba. Feliz Andrea viéndole padecer menos, y confiando en las ilusiones que le habian hecho concebir, recobraba poco á poco la graciosa vivacidad que constituia el fondo de su carácter, y en su cándida alegría formaba proyectos, sonreia ante el porvenir, y ni aun sospechaba siquiera que jamás saldria quizás de aquel fúnebre subterráneo. No sabia que sus inocentes sueños irritaban las crueles angustias que procuraba calmar. Tratando de moderar la señorita de Kergant el placer de una esperanza que habia de verse desvanecida tan pronto, la recordaba con dulzara la sangre y el luto que las cercaba por todas partes.

—Bellah, dijo Hervé: creo que sabreis perdonarme por la parte que he podido tener en las desgracias que os han anonado... Ese perdón me tranquilizaria, y le espero de vuestra bondad y de vuestra justicia.

—¿Cómo habia yo de osar acusaros, Hervé, cuando habeis estado á punto de perder la vida por salvar á mi infeliz pa-

dre? respondió aquella.

—Mejor seria que dijeras que le amas y le amarás siempre, dijo la señorita de Pelven.

—¡Por piedad, querida Andrea! prosiguió Bellah.

—Y qué mal hay en eso? continuó Andrea, con una emoción que á través de la que se descubria su infantil atolondramiento. Yo sé tambien como tú que nuestras desgracias son terribles... ¿Pero por qué negar el consuelo que Dios ha querido dejar á las infelices huérfanas? Yo bendigo la mano que lo ha dirigido todo, sin dejar por eso de llorar á los desventurados á quienes hirió. Dios no ha podido permitir que fueses víctima de ese hombre infame, del miserable Fleur-de-Lys... Porque preciso es que Hervé lo sepa; tú te sacrificabas en aras de no sé qué deber terrible... Ya ves que no aciertas á decir nada... ¿Quieres que te diga la razón? Pues bien: te la diré... Yo fui quien recogí la carta que no ha mucho escribiste, y yo quien se la envié á Hervé... Ahora creo escusado añadir que la sabrá de memoria.

Bellah quedó helada al oír semejante revelación: pero mas dueña de si misma algunos instantes despues, empezaba á dirigir á su amiga algunas palabras de reconvencion, cuando sintiendo de repente el contacto de las trémulas manos del herido en una de las suyas, enmudeció, inclinando la cabeza como avergonzada, é inundando con sus lágrimas el rostro de aquel. Andrea se separó algunos pasos para no turbar con su presencia una efusion cuya embriaguez estaba turbada por una amargura que no pudo sospechar siquiera.

Procuraba esta en su distraccion ensanchar una de las hendiduras del muro, cuando notando el movimiento de una piedra que sobresalía algun tanto, la separó casi sin esfuerzo, difundíendose por el subterráneo una luz mas viva. Andrea llamó á su hermana con un grito de alegría. La caída de la piedra habia dejado en la muralla á la altura del nacimiento de la bóveda una estrecha abertura, en la que apenas cabia la mano. El agujero estrechaba gradualmente en el espesor de

la fábrica, á través de una hendidura vertical é irregular que se prolongaba hasta el exterior, y que, segun todas las apariencias, debia concluir en uno de los lienzos de pared que cortaban por diversos lados la falta del montecillo. Bellah trabajó en vano por ensanchar aquel respiradero. Separando al caer el enorme peso de la bóveda algunas de las colosales piedras de silleria que componian las hileras, solo sirvió para consolidarlas mas aun. La única ventaja que pudieran disfrutar las cautivas fue gozar desde entonces un aire menos sofocante, y distinguir á través de una aspillera de dos dedos de ancha, y de media toesa poco mas ó menos de profundidad, algun trecho del patio y un terreno cubierto de césped, al que daban sombra los primeros albores de la avenida. Aquella débil vision del sol, de la vida, de la libertad, en una palabra, del mundo exterior, causó en Bellah una dolorosa impresion. Andrea, por el contrario, se convenció mas y mas con esta perspectiva de la esperanza de una salvacion próxima, juzgándola ya casi realizada. En

su natural agitacion se acercaba con frecuencia á la abertura, para espiar impaciente la presencia de un libertador.

Aprovechando Bellah uno de los instantes en que Andrea permanecia en tan vana contemplacion, preguntó en voz baja á Hervé si creia que sus gritos serian oidos por aquella grieta, cuya forma y dimensiones le habian descrito antes. Hervé la respondió que no lo juzgaba posible, á causa del espesor de la fábrica y de las irregularidades del intersticio, que bastarian por sí solas á ahogar la voz.

—En todo caso, añadió, los sonidos que llegasen al exterior serian demasiado débiles para llamar la atencion de un indiferente, y si por acaso viniese alguno en busca de los restos de un paciente ó de un amigo, subiria seguramente hasta donde están las ruinas de la capilla. De todos modos, siempre oiríamos el ruido de sus pisadas sobre la bóveda, y entonces seria ocasion de apelar á ese último recurso. Hasta tanto, ya podreis conocer que los gritos no servirian sino para aumentar inútilmente el espanto que

produce esta horrible mansion, y para disipar las ilusiones en que se mecen Andrea y esas infelices mujeres... Ah! Bellah! ¡Con qué alegría daría yo la sangre que me resta por librar á ellas y á vos de los horribles instantes que entreveo!...

—Pero yo creo, Hervé, que aun no está todo perdido... Pensad que alguno debe venir á dar sepultura á los infortunados...

La voz de Andrea se estinguió en sus labios ante el dolor que iba unido á sus recuerdos.

Hervé prosiguió despues de un breve silencio:

—Bellah, no puedo ni debo engañaros... Cierto es que vendrá alguno: pero será dentro de dos dias... ó quizá mas tarde. Yo he visto mas de una vez campos de carniceria como el que tenemos encima abandonados durante mucho tiempo de resultas del terror... y dado caso que venga alguien, ¿conocerá el secreto de este subterráneo?... ¿Tendreis entonces fuerzas para arrojar un solo grito?... ¿Sereis oida?... Ah! Mucho lo dudo...

—Conque, según eso, ¿no nos queda ninguna esperanza, Hervé? dijo Bellah. Creo que me conocéis demasiado bien para que temais hablarme con franqueza.

—Preguntáis si nos queda una esperanza? prosiguió Hervé. Pues bien, si.... nos resta una... una tan solo, y esa es Francisco... Su deber le detenía al lado del general, y si ha sobrevivido á la batalla de la noche pasada, no dudo que... ignoro lo que debe hacer... pero me parece que, colocado yo en su lugar, procuraría buscarle... ¡Pobre Francisco!...

Largas horas trascurrieron en esta angustia mortal. Andrea fue á sentarse al lado de su hermano en el momento en que, declinando el día, volvía á sumergirse al subterráneo en su lúgubre oscuridad. Ya no hablaba, anchas gotas de sudor resbalaban por su satinada frente: había empezado á sospechar la verdad. Cuando desapareció la claridad del todo, no fue dueña de contener la espresion de sus ansias, y dejó escapar algunas palabras embargadas por desgarradores sollozos, que revelaban su desaliento y partían el corazón.

Bellah la tuvo largo tiempo estrechada entre sus brazos sin conseguir calmarla. Hervé, de quien se había vuelto á apoderar una fiebre violenta al comenzar la noche, estaba próximo á perder la razon.

Cuatro de las criadas de Bellah presentaban una escena mucho mas triste todavia en otra parte del subterráneo. La noche habia venido á concluir con el resto de esperanza que las sostenia, y sintiendo ya las primeras torturas del hambre, que les hacia concebir al mismo tiempo el horrible presentimiento del porvenir que les esperaba, salieron de repente de su torpe letargo con esa furiosa energia que prestan los instintos sublevados. En su feroz demencia recorrian el subterráneo, golpeaban las paredes con su frente y soltaban de vez en cuando clamores salvajes. Aquellos trasportes tenian un no sé qué de brutal y de odioso, que aterró á la infeliz Andrea. A la vista de tan repugnante espectáculo cesó de sollozar, y cayó en una postracion profunda, semejante al sueño de la infancia ó de la muerte. Las otras reclusas, cediendo á los piadosos consuelos que sin descanso

les prodigaba su jóven señora, y á las exigencias de su debilitada naturaleza, quedaron sumergidas en un gran silencio y en una aparente insensibilidad.

Poco nos detendremos en el relato de lo que sucedió en las siguientes horas. La señorita de Kergant dirigia al cielo fervientes preces, postrada de rodillas.

Hervé, á su vez, no habia podido resistir mucho tiempo á la abrasadora fiebre que le devoraba: palabras estravagantes é incoherentes salian sin intermision de sus labios, y sus ardorosas manos buscaban con ansia la fria humedad de las paredes. Bellah le dejaba entregado á este delirio, que al menos significaba olvido. A las primeras horas de la mañana se abandonó á su pesar la infeliz al sueño que pesaba sobre sus párpados y al desfallecimiento que empezaba ya á trastornar su cerebro. Mas de repente despertó sobresaltada al oír la voz de Hervé, que la llamaba con insistencia:

—Bellah! Bellah! decia: escuchad! Oigo pasos! Alguien debe de haber en la capilla!

Bellah creyó en un principio que el herido era victima del delirio de la fiebre; pero escuchando con atencion, oyó distintamente algun rumor de pasos por encima de la bóveda, y se levantó inmediatamente.

La luz del nuevo dia penetraba en aquella mansion lóbrega. Si mas vagar, subió rápidamente la escalera, y dió repetidos golpes con la mano en la losa que cerraba la entrada.

—No! No! Por ahí no! exclamó Hervé: es imposible que os oigan. Por la abertura de la muralla, querida Bellah Gritad!... ¡Gritad con todas vuestras fuerzas!

Bellah bajó á toda prisa la escalera, y acercando sus labios á la especie de aspillera que la casualidad les habia hecho descubrir el dia anterior, comenzó á exhalar agudos gritos, conteniendo despues su aliento para escuchar.

—Dios mio! dijo pasados algunos instantes: ¡ya no oigo nada, Hervé! Se han marchado de la capilla!

Aquel no respondió.

—Si gritáramos todas á la vez, quizá... prosiguió la jóven: y mientras esto decia se precipitaba hácia sus compañeras de infortunio, y procuraba hacerles salir de su estupor, suplicándolas que uniesen su voz á la suya. Andrea, que fue la única que dió muestras de comprender lo que pasaba, se incorporó algun tanto sobre las rodillas; pero volvió á caer sin movimiento.

Bellah, agitando dolorosamente su cabeza, se encaminó de nuevo á la abertura de la muralla, y miró otra vez por ella.

—¡Ya los veo!... exclamó.

—¿Y quiénes son? ¿Los conocéis? dijo Hervé.

—¡Sí! Es el jóven oficial!

—¡Francisco!

—Sí, con el sargento y otros dos... ¡Cielos!... ¡Se alejan con lentitud y como á su pesar!

—¡En nombre del cielo! ¡Gritad otra vez, si es que podeis, querida Bellah!

Bellah obedeció á la indicacion de Hervé.

—¡Y bien! ¿Oyen?... ¿Oyen? preguntó Hervé con acento ahogado.

—¡No, no! ¡Dios mio, apiadaos de nosotros!... Ya no los veo... han atravesado la parte del patio que yo puedo descubrir desde aquí... pero... ¡Cielos! ¡Ya los vuelvo à ver; están en la entrada de la avenida!... ¡Se van!... ¡Señor, Señor; haced que me oigan!... ¡Socorro! ¡Francisco, socorro!

Bellah habia agotado en este último esfuerzo el escaso vigor que la restaba.

Hervé volvió á interrogarla nuevamente, y ella le contestó con voz tan débil como un soplo.

—¡Se han parado! ¡Creo que vuelven! ¡Si, me han oido!... ¡Parece que consultan entre sí! ¡Ah desgraciados de nosotros!... ¡Se alejan!...

Éstas últimas palabras se ahogaron en la garganta de Bellah, y vacilando un momento, cayó sin sentido en tierra.

Hervé se sintió acometido de un nuevo acceso de delirio que hacian mas cruel algunos intervalos en que su razon obraba: una estraña fantasmagoría hacia pasar por de-

lante de sus ojos risueñas imágenes, que borraba de repente el aterrador sentimiento de la realidad. En su desvario creyó oír de nuevo algunos pasos por encima de la bóveda, y un ruido semejante á la sorda repercusion de un trabajo continuo. Pero aquellos sonidos se confundían con los infinitos murmullos que resonaban en su exaltado cerebro. De repente los puros rayos del sol penetraron á torrentes en el subterráneo, y algunas sombras humanas se dibujaron al principio de la escalera en el cuadro luminoso que ofrecía á la vista la levantada losa. Hervé creía soñar todavía.

—¡Pelven! gritó una voz juvenil y conmovida.

—¡Francisco! ¡Aquí, querido Francisco! respondió Hervé.

.....

El antiguo castillo se habia librado de la voracidad del incendio, á causa de la solidez de sus murallas. Una hora despues de la escena que acabamos de referir reposaba el comandante Hervé en el gran lecho antiguo en que habia dormido el dulce sueño

de sus primeros años. Un anciano cirujano, vestido de uniforme, ordenaba en el alfeizar de una ventana el terrible arsenal de su imponente profesion. Un tercer personaje, de aspecto á la vez grave y burlesco, cuyo pantalon rayado estaba cubierto hasta las rodillas por un delantal blanco, levantaba con una mano la cabeza del herido, y le presentaba con la otra una taza de caldo.

—Sabeis lo que digo, mi comandante, exclamaba aquel singular enfermero: que habeis debido experimentar un diabólico efecto moral en aquella catacumba.

—Si, buen Broidoux; la noche ha sido terrible. ¿Cómo está mi hermana?

—A pedir de boca, mi comandante. Todo el mundo, en general, vuelve á hincar el diente en el pan con regular apetito. Solo hay uno que me parte el corazon, y es ese pobre muchacho; hijo de Kad. Sobre este punto, mi comandante, se me ha ocurrido una idea: estoy resuelto á adoptarle por hijo; y no hago nada de mas, porque al fin lo merece, en primer lugar, porque es huérfano; en segundo, porque me salvó la vida en el bosque, y en tercero,

porque acaba de salvar la vuestra...

—Si no le hubiéramos encontrado en la avenida y no se le hubiera antojado meter las narices por el agujero del subterráneo, no hay para qué decir que hubiéramos tomado el olivo. Mi designio es, pues, servirle de padre, y Colibri, por su parte, se ofrece á hacer con él las veces de madre, cosa que nadie estrañará, en atencion á la dulzura de su carácter.

Francisco entró en este momento en la estancia.

—Comandante, dijo: la señorita Bellah se halla completamente restablecida desde que la he asegurado que el doctor responde de vuestra curacion.

—Yo no respondo de nada, interrumpió bruscamente el anciano cirujano, si no guardais silencio. Media vuelta á la derecha!... Marchen!

Francisco y el sargento salieron del aposento sobre las puntas de los pies, y Hervé quedó bien pronto profundamente dormido.

3000
3 tomas a 1 vol

-AN

-LVI

-SXIX





